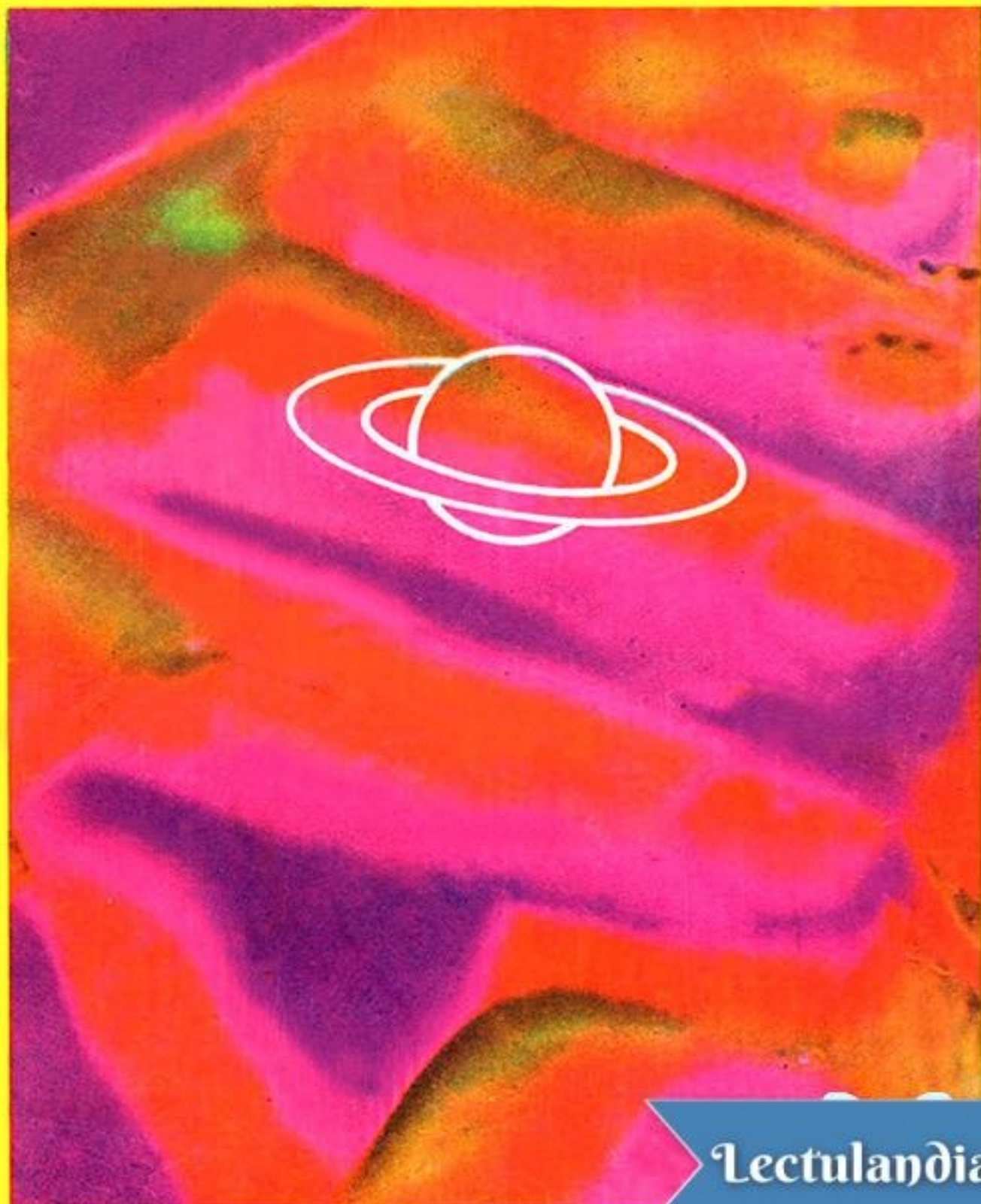


VICTOR CANNING

EL DEDO DE SATURNO

Ciencia-Ficción

7



Lectulandia

Luego de dos años de búsqueda Robert Rolt logra encontrar a Sarah, su mujer, que había desaparecido misteriosamente. Una serie de extrañas coincidencias lo impulsan a continuar la investigación. ¿Por qué Sarah no recuerda lo que sucedió durante los dos años de ausencia?

Poco a poco, y sin saberlo, Robert Rolt se enfrenta a un mundo desconocido... donde la ciencia se transforma en una necesidad imperiosa para todos aquellos que poseen el Dedo de Saturno.

Lectulandia

Victor Canning

El dedo de Saturno

ePub r1.0

Titivillus 16.02.2019

Título original: *The Finger of Saturn*

Victor Canning, 1973

Traducción: Lita Mourgliaer

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

El dedo de Saturno

Primera Parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Segunda Parte

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Sobre el autor

PRIMERA PARTE

La última era, anunciada en el Canto de Cumas ha llegado y se inicia nuevamente la gran marcha de los siglos. Ahora retorna la Virgen; Saturno es otra vez Rey y una raza, nueva y mejor, desciende de las alturas.

VIRGILIO, *Églogas*.

CAPÍTULO UNO

Desde el frente de la casa y la gran explanada cubierta de grava, el terreno descendía suavemente hacia el distante océano. Por encima de la copa de los robles que ocultaban la entrada, se alcanzaba a divisar un desparejo triángulo de agua, que reflejaba el sol de junio con brillo metálico. Uno de los perros de la mansión se dirigió hacia el camino bordeado de robles; se detuvo repentinamente y observó con atención hacia los árboles. Luego inició un trotecito hasta un grupo de cortaderas que se destacaban en el parque como una suave explosión de plumas. Después que el perro desapareció de mi vista, alcancé a percibir a través de la ventana abierta de mi estudio, el sonido de un auto que se aproximaba. Mientras lo veía trepar trabajosamente por la prolongada pendiente, comprendí que éste sería el día de su regreso.

Físicamente no estaría en el auto; pero vendría en él de alguna manera. Tuve esa sensación con una certeza que desafiaba toda lógica; la seguridad que algunas veces brota de un instinto que, aunque sólo se percibe en contadas ocasiones en la vida de una persona, puede lograr encender nuevamente la llama de una esperanza perdida.

El auto era un Austin Mini-Traveller, cubierto de tierra. Estaba salpicado de grandes manchas que lo hacían semejante a la piel de un leopardo; eran marcas de enormes gotas de lluvia de uno de esos aguaceros tan poco comunes en esta época del año. Tratando de ocultarme dentro del estudio, observé a un hombre que descendía del coche. Tendría aproximadamente treinta años; era alto, de piernas largas y vestía un traje de hilo azul claro, camisa blanca y corbata roja. Llevaba la cabeza descubierta y el cabello oscuro y ondeado, corto; al caminar hacia la escalinata de la entrada, se movía con la soltura de un atleta. Se detuvo un instante y recorrió con la mirada todo el frente de la casa. Hizo un pequeño gesto de aprobación con la cabeza y luego desapareció de mi vista al comenzar a subir los peldaños. Bajo el brazo llevaba un pequeño portafolios negro.

Lo estábamos esperando y la señora Cordell, el ama de llaves lo acompañó hasta mi estudio. Su nombre era Charles Vickers; conocía este dato por un llamado telefónico que había recibido el día anterior. Su rostro era alargado, amable y tenía el mentón prominente, recubierto por una barba oscura que tendría tres o cuatro días.

Como si contestara a una tácita interrogación mía, se pasó la mano por el rostro y dijo, disculpándose:

—Perdone usted mi aspecto, señor Rolt; estoy dejándome crecer la barba. —Sin otra explicación, colocó el portafolios sobre la mesita redonda y aceptó una copa de jerez que le ofrecí.

Le dije:

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Vickers?

—Creo que el general Sir Maxwell Campbell le telefoneó; ¿qué le dijo?

Por un momento me molestó su forma de encarar el asunto, pero la esperanza que había renacido en mí era tan fuerte que pasé este detalle por alto.

—Me dijo que era usted un empleado del Archivo del Servicio Exterior y que deseaba revisar algunos de los papeles que pertenecieron a mi padre.

—¿Y qué conclusiones sacó sobre esto? —Se había dado cuenta inmediatamente de que sus modales no me habían agradado. Una de las características de los varones de la familia Rolt era el genio vivo. Luego agregó, desconfiado—: Le ruego que me dé un momento para recobrar el aliento. Siempre que enfrento un problema de difícil solución, me pongo nervioso... algo torpe... —Parpadeó varias veces seguidas.

Le sonreí. —No saqué mayores conclusiones. Cinco años antes de morir, mi padre entregó todos sus documentos al Servicio Exterior.

—Bien; el general es un hombre sensato.

—Y un viejo amigo de la familia.

—Por supuesto. Somos nosotros quienes debemos mantener una máxima discreción; no él. También hay de por medio un empleado del Archivo; pero no soy yo. —Buscó en su billetera y me enseñó una credencial recubierta en plástico. Era un documento de identidad perteneciente al Servicio Exterior. Yo había tenido uno así durante un breve período; pero el mío no tenía cuatro estrellas azules en una esquina, sobre la foto de medio cuerpo.

Le devolví su documento y dije:

—Tal vez debería controlarlo...

—Hágalo si lo cree conveniente. El número telefónico es el mismo que cuando usted trabajaba allí. Algunas cosas no cambian nunca.

Sacudí la cabeza negativamente. —Por el momento, me reservaré esa alternativa.

Sonrió. —Una de las principales características de Sir Henry Rolt era una marcada intuición.

—Creo que ella lo ayudó a salir victorioso de varias situaciones difíciles, ¿no es así?

—¿Cree usted haber heredado esa condición?

—Si está usted tanteando para descubrir el rastro acertado, no tengo inconvenientes. Pero no tarde demasiado para adoptar una decisión. Sólo soy paciente cuando lo creo imprescindible.

Terminó su jerez, depositó la copa sobre la mesa y se pasó la mano por la áspera cara. Parpadeaba continuamente y me pareció que estaba en constante tensión por motivos que yo no conocía; algo personal que no tendría nada que ver con lo que lo había traído hasta aquí. Tomé el botellón y volví a llenar su copa.

Hizo una mueca. —¿Coraje holandés? Generalmente no bebo tanto. Pero tampoco estoy realizando un trabajo de rutina. No me gusta entrometerme en los

sentimientos de otras personas. Mucho menos aún, aprovecharme de ellos. De las buenas personas, quiero decir—. Levantó su copa, sorbió un trago y luego, mirando hacia la estufa de piedra, preguntó: —¿Quién lo pintó?

Sin darme vuelta, supe a qué se refería. Nada podría haberme hecho dar vuelta en ese momento; estaba casi seguro de conocer la verdad; estaba controlándome, especulando de manera supersticiosa sobre si el hecho de hacerlo partícipe de mi secreto, no podría cambiar de alguna manera un destino que parecía inmutable. Tampoco me animaba a formularle directamente la pregunta. Debía contener toda la pena que me producía el amor.

Respondí:

—Fue un italiano llamado Bordino. Está muerto ahora. Era un hombre viejo, lleno de fuego juvenil. —Podía recordarla, recostada contra las rojas paredes de la villa, con los cipreses y viñedos en el fondo. Recordaba su cabello rubio ceniciento agitado por el viento que venía del mar; la belleza de su rostro y la profundidad de sus ojos violáceos que Bordino había captado tan maravillosamente. Vestía un traje azul que era uno de sus preferidos y recordé cómo Bordino se había arreglado para ocultar una mancha de vino que deslucía la falda... Brazos y piernas tostados por el sol... Una verdadera Madonna vestida de campesina...

Repentinamente y con brusquedad, dije:

—¿Han encontrado a Sarah?

Se puso de pie. —Sí; así creemos.

—¿Solamente creen?

—Usted es el único que podrá saberlo con completa certeza. Está viva y en buenas condiciones en este país.

Fui hasta el ventanal, pasando a su lado. La grava se extendía como un dorado camino hasta el verde oscuro de los robles. Más allá, el mar centelleaba sobre ellos. Me sobrepuse a la impaciencia y la pasión que bullían en mí. Hacía poco más de dos años que Sarah se había alejado por ese camino en su auto, desapareciendo totalmente de mi vida. Sin explicación; sin previo aviso, sin siquiera un indicio que me lo hubiera hecho suponer. Se alejó por el camino hacia Shaftesbury para hacer unas compras. Esa misma noche habían encontrado el coche estacionado cuidadosamente sobre un desvío de la ruta Shaftesbury-Dorchester, sin ninguna señal que pudiera ofrecer alguna pista sobre su desaparición. No había ninguna nota; absolutamente nada. Desde entonces yo viví con el corazón oprimido por la pena pues ella había sido su única moradora.

Vickers habló desde atrás de mí:

—Le ruego que sea paciente conmigo. Debo arreglar ciertos detalles... Aquí, quiero decir. Tardaré un tiempo. Querían encararlo de otra manera, pero a mí no me pareció conveniente. Para serle sincero, me advirtieron que era usted una persona difícil de tratar... Bien; si no hay más remedio, tendrá que ser así. Pero aunque sea por ahora, trate de colaborar conmigo lo más posible; tenga paciencia.

Sin darme vuelta, dije con ilógico fastidio en mi voz:

—Por Dios; haga usted lo que tenga que hacer...

Oí que salía de la habitación. Luego lo vi acercarse a su auto. Vi que sacaba del asiento trasero dos grandes cajas negras y un extraño tubo de metal. Con una valija en cada mano y el tubo bajo el brazo, volvió a subir trabajosamente la escalinata.

Debería haberlo ayudado pero no lo hice. Sabía que él no quería mi ayuda. Cuanto menos aceptara de mí ahora, más podría exigirme después. Yo sabía que el principio era válido aún para esos nimios detalles. El instinto o tal vez la intuición que creía haber heredado de mi padre, me decían que llegaría el momento en que exigiría su recompensa. Si no existiera esa posibilidad de lograr un pago a sus molestias y desvelos, no hubiera venido hasta aquí con su gastada credencial con estrellas azules y sus ojos que parpadeaban incansablemente. Simplemente hubiera venido la policía o habrían llamado por teléfono; era un caso que les concernía a ellos; un trabajo más de rutina. Pero había venido Charles Vickers y yo conocía algo del mundo en que se desarrollaban sus actividades. No mucho, pero lo suficiente como para reconocer su enfoque del problema y las desmañadas disculpas que trataban de disimular una línea de acción predeterminada dentro del ámbito de donde provenía. Si mi hermano mayor no hubiera fallecido cuando yo tenía poco más de veinte años, todavía yo también pertenecería a ese mundo. Pero en la familia Rolt el hijo mayor tenía una única obligación: atender las posesiones que pertenecían a la familia; éstas habían crecido desde una modesta extensión perteneciente a un servidor del Estado, que originariamente fuera de un Thomas Rolt de Rolthead, condado de Dorset en el siglo XIII, hasta lo que era hoy en día. Mi padre no se había visto confrontado con esta obligación hasta el fallecimiento de su hermano mayor que era soltero. Y ese había sido el final de su carrera diplomática.

Vickers sacó del estuche una pantalla de cine portátil que tenía su propio trípode y la colocó contra la pared recubierta de bibliotecas que había en el fondo de la habitación. Ubicó el proyector sobre la mesita redonda, alejándola del telón para poder enfocar adecuadamente; luego encontró un tomacorriente en el zócalo, cerca de la puerta.

El ponerse en movimiento pareció calmar su ansiedad. Dijo:

—Son tres películas. Todas en colores pero sin sonido. Fueron filmadas secretamente. Es nuestro procedimiento de rutina. Todas fueron tomadas el año pasado. Ella aparece en todas. Por lo menos, usted podría confirmarnos este hecho. Sólo aparece otra persona más en todas ellas; a pesar de que en la última, el término “aparece” podría no ser estrictamente correcto. No obstante, ya comprenderá usted lo que quiero decir, señor Rolt. La primera película fue tomada en septiembre del año pasado. —Pasó junto a mí y corrió los pesados cortinados del escritorio. Prosiguió desde la penumbra: la siguiente, se tomó en diciembre del mismo año. La última, en mayo: el mes pasado.

Volvió hacia donde estaba el proyector y comenzó a colocar la película a la luz de una pequeña lámpara auxiliar.

—¿La policía no sabe nada todavía? —pregunté.

—No; pero lo sabrán, por supuesto; cuando llegue el momento oportuno. Usted decidirá acerca de esto. No habrá problemas. Pero trataremos de mantener alejados a los periodistas; aún a los de los periódicos locales. No obstante, preferiría que no nos anticipáramos a los hechos por ahora. Primeramente le pasaré las películas sin solución de continuidad; sin comentarios. Usted se limitará a mirar. La calidad de la primera deja bastante que desear. Muy bien: aquí vamos.

Encendió el proyector y un rayo escapado de alguna parte del mismo filtró su luz a través de una rejilla, proyectando una sombra rayada sobre la parte inferior de su rostro.

El film comenzó a correr. Me sentía casi totalmente despojado de sentimientos. Me limité a observar. Ya tendría tiempo suficiente para mis emociones personales; para cientos de recuerdos y nostalgias y prefería quedarme a solas con ellos.

La primera parte de la película mostraba la sala de estar y el bar de un pequeño restaurante. Había sido tomada desde arriba; cerca del techo. Se veía un hombre sentado solo en una banqueta roja, bebiendo. Por encima de la banqueta, cruzaba un largo barrote horizontal de bronce, de donde colgaba una cortina; ésta estaba corrida hacia un lado y dejaba ver la gente que comía en el restaurante. Todas las luces estaban encendidas y parecía que era de noche. El hombre era grueso; de cabellos grises. Vestía un traje azul oscuro y tenía todo el aspecto de un hombre de negocios. Parecía cansado y una o dos veces se recostó contra el respaldo del asiento, entrecerrando los ojos por un instante, como tratando de sobreponerse a la fatiga de un día de intenso ajetreo. Se veía gente que atravesaba la sala de estar. El hombre tenía las manos sobre la mesa y levantaba la vista, evidentemente esperando a alguien. Después de unos segundos, ella apareció en escena. Tenía la cabeza descubierta y vestía un abrigo negro de cuello levantado, sobre un vestido rojo; usaba un collar de perlas. No reconocí la ropa ni el collar. Continué observando, tratando de desprenderme de todo sentimiento personal. Sentí que el esfuerzo que realizaba repercutía en la tensión de mis músculos.

El hombre se puso de pie y la saludó palmeándole afectuosamente en el brazo derecho; ella se sentó a su lado, colocando una cartera negra grande sobre la mesa. Hubo una pequeña interrupción en la película. No pudo haber pasado mucho tiempo. Seguían sentados juntos, conversando y frente a ellos, había unas copas. No había nada de particular en la manera en que conversaban. Podrían haber sido simplemente amigos; no se notaba ninguna señal de una relación más profunda. Luego el hombre tomó del asiento un pequeño paquete cónico, envuelto en papel y lo depositó sobre la mesa. Ella sonrió y al abrirlo, apareció un pequeño ramo de rosas blancas, con los tallos recubiertos de papel plateado. Al ver las flores, sentí que un recuerdo llegaba a mi mente como un nervio punzante.

Ella tomó las rosas y se las acercó al rostro. El film quedó en blanco, mostrando sólo un recuadro garabateado y luego comenzó la siguiente sección.

Esta estaba brillantemente iluminada y también había sido tomada desde una altura. Mostraba un corredor entre dos largas filas de bibliotecas. Se veía claramente que se trataba de una librería y no de una biblioteca pública ya que todos los libros tenían colocadas sus brillantes cubiertas; en el estante más cercano, se veía una colección de ediciones económicas. Apareció el hombre de la primera película, de perfil. Sacó un par de libros de uno de los estantes, los hojeó y volvió a ponerlos en su lugar. Usaba un sombrero hongo y un pesado abrigo. Sacó un tercer libro y comenzó a hojearlo también. Luego, claramente y mientras lo sostenía con una mano, puso la otra en el bolsillo del abrigo, extrajo un pequeño sobre y lo colocó entre las hojas. Cerró el libro lentamente y permaneció así un momento, antes de volver a colocarlo en su lugar. En esos pocos instantes, noté que dejaba caer los hombros, en evidente señal de que su resistencia espiritual estaba totalmente agotada. Pareció que un manto de cansancio lo envolvía. Luego se enderezó, puso el libro en su lugar y se alejó. Hubo una nueva interrupción en la película: otra extraña danza de puntos negros sobre el blanco cuadrado iluminado y nuevamente apareció la fila de bibliotecas. Sarah caminaba despreocupadamente por el pasillo. Sacó uno o dos libros al azar y luego se dirigió hacia donde había estado parado el hombre; estirándose como por casualidad, tomó el libro que éste había colocado en último término. Por lo menos, así me pareció a mí. Se lo puso bajo el brazo y volvió sobre sus pasos. Por un instante, antes de desaparecer del recuadro, se detuvo y miró hacia donde había venido; levantó la vista, como si presintiera la presencia de la cámara oculta. Permaneció así un par de segundos, enfrentando completamente el objetivo. Usaba un impermeable blanco, con cinturón y una boina negra; por debajo de la boina asomaba el cabello suelto. Calzaba botas de cuero negras, hasta la rodilla. Encogiéndose levemente de hombros, se dio vuelta y desapareció.

La tercera secuencia había sido filmada desde un ángulo mucho más bajo; casi parecía a nivel mismo del piso. Mostraba una entrada de autos pavimentada, frente a un amplio portón flanqueado por columnas. Sobre el arco de la entrada, se veía una pequeña cruz de piedra oscura. Desde la entrada, la cámara se alejó un poco por el camino y aparecieron unos rosales con las primeras flores; un arbusto cubierto de flores amarillas y un árbol del que parecía caer una verdadera lluvia de oro. La cámara captó un coche fúnebre que avanzaba lentamente por el camino. Detrás de él, se veía un solo automóvil negro. La cámara siguió a ambos vehículos mientras se deslizaban por la calle y luego se detuvo cuando éstos quedaron frente a la entrada. Las personas que ocupaban el coche del cortejo se bajaron y permanecieron indecisas unos minutos, mientras que los hombres de la empresa fúnebre descargaban el féretro que estaba totalmente recubierto de flores. Ella no estaba entre las personas que descendieron del auto. Había un joven alto que vestía traje gris con una banda de luto en una manga. Una señora mayor vestida de negro, con un extraño sombrero y un

abrigo negro ajustado. También se veía un hombre mucho mayor, vestido de negro y con sombrero hongo, que se movía dificultosamente ayudado por un bastón. Unos instantes después que el féretro fuera introducido a través del pórtico, el coche fúnebre se alejó. El conductor de la limusina le dijo algo al joven que llevaba el luto en la manga y todo el grupo se desplazó lentamente a través de la entrada y desapareció. El chofer esperó que se fueran y luego siguió detrás del coche fúnebre. Mientras se alejaba, la cámara hizo un pantallazo sobre varios metros del camino y luego se detuvo. Ella estaba más allá de la entrada, sobre el césped y bajo la sombra de un árbol recubierto de flores amarillas. Tenía la cabeza descubierta y usaba un abrigo gris oscuro, de una tela pesada. Podría haber sido tweed. Llevaba un pañuelo de seda marrón en la mano derecha y una cartera negra (la misma que había visto en el restaurante bajo el brazo izquierdo). Avanzó unos pasos desde abajo del árbol y se detuvo sobre el cordón de la vereda, indecisa por algún motivo. Luego depositó la cartera en el piso a sus pies y se cubrió la cabeza con el pañuelo. Se dirigió hacia el pórtico de entrada por el camino y la cámara la siguió, enfocándola hasta que se perdió en las sombras del interior.

Vickers dijo suavemente:

—Eso es todo. —Se inclinó sobre el proyector y comenzó los preparativos para volver a enrollar la película.

—¿Quién estaba dentro del féretro? —pregunté—: ¿El hombre?

—Sí.

—¿Cómo murió?

—Un accidente callejero.

—¿Verdadero?

—Sí; un acto de la misericordia divina. Un camión patinó y se subió a la vereda. Lo mató a él, al canillita que le estaba vendiendo el diario vespertino e hirió gravemente a una joven empleada. Cuando vuelva a pasar la película, le ruego que me avise cuándo quiera que la detenga; lo haré cuantas veces lo desee. Es ella, ¿no es verdad?

—Sí; es mi esposa. No es necesario que la vuelva a pasar.

Fui hasta el ventanal y descorrí la cortina. La hermosa mañana de junio lucía en todo su esplendor. Al pie de la pendiente se veía una masa rosa y escarlata, formada por rododendros. Un halconcito planeaba sobre la copa de los pinos, mientras las tijeretas pasaban cerca del suelo, emitiendo sus chillidos agudos, sobre la ardiente grava de la explanada situada delante de la casa. Sentía dentro de mí un frío al que debía acostumbrarme en aras de mi sano juicio. Debía hacerlo así, hasta lograr aprender a convivir con este elemento hostil que Vickers había introducido en mi hogar. Lo percibía claramente; estaba allí. No podría esperarse ningún buen desenlace con semejante principio.

Volví hacia mi anterior ubicación y le indiqué con la cabeza que se sirviera otra copa del botellón de jerez.

—A no ser que prefiera whisky —le dije, mientras iba hacia la mesa de arrimo que estaba junto a la estufa, donde siempre guardaba las otras bebidas.

—No quiero ninguna de las dos cosas —dijo. Permaneció allí, parpadeando, mientras se acariciaba la incipiente barba.

Me serví un whisky y pregunté:

—¿Quién era el hombre?

Se sentó en una silla de respaldo alto que había junto a la mesa y luego de solicitar tácitamente mi autorización mediante un gesto, encendió un cigarrillo. —El nombre no tiene importancia. Era un Corrector Principal, de la Cámara de Comercio, en el Departamento de Patentes y Marcas.

—¿Tenía algún problema?

—Creíamos que valía la pena vigilarlo. Muchas cosas pasan por la Oficina de Patentes y Marcas y no todas ellas son accesibles al público en general. Lo vigilamos durante más de cuatro años. Solamente tenemos estas tres constancias de entrevistas con su esposa.

—¿Y el restaurante?

—Queda en Liverpool. ¿Reconoció usted algunas de las ropas que vestía su señora?

—No; pero reconocí la bebida que tomaba. Siempre tomaba Campari con soda. ¿Qué significado tienen las rosas?

—Podría haber habido algo dentro del papel plateado. En cierto modo, no nos interesaba. Sólo estábamos tratando de detectar los posibles contactos. —Ahora estaba entrando de lleno en el tema. Repentinamente, pareció sentirse más seguro de sí mismo.

—¿Y la librería?

—Estaba en Glasgow. Algunas veces solía ir allí en misiones oficiales.

—Parece extraño que la Oficina de Patentes y Marcas pudiera preocupar al Servicio Exterior.

—Hoy en día, hay muchas cosas que se conectan entre sí. Lamento no poderle explicar más extensamente.

—¿Y qué pasa con el funeral?

—Eso fue en un crematorio, cerca de Manchester. Pensamos que algún tipo que nos interesara podría dejar traslucir algo, con la guardia baja por la pena. Solamente su esposa lo hizo. Discúlpeme por decirlo así, tan sin ambages.

—Preferiría que mantuviéramos esta conversación en un tono enteramente impersonal y directo.

—Los otros eran miembros de la familia del muerto: su esposa, el padre y el hijo. Toda gente común. Ganaba más o menos cinco mil libras al año en la Oficina de Patentes; dejó una herencia muy pequeña.

—¿Cómo averiguaron que se trataba de mi esposa?

—Les mostramos las películas a varias personas. Fue necesario hacerlo, pues siempre trabajamos coordinadamente y en equipo. Alguien que trabaja en el Ministerio de Defensa (prefiero no dar su nombre) los conocía a ambos; la reconoció hace poco, al ver la secuencia del funeral. Tenía la certeza casi absoluta de que se trataba de ella. Nos costaba creerlo.

—¡Bendito sea Dios!... —dije en voz baja—. Es ella, sin ninguna duda. Cualquiera que haya pasado solamente una hora en su compañía, la reconocería nuevamente.

—Puede ser. Pero usted ya sabe cómo funciona el sistema oficial. Teníamos que asegurarnos. Primero desde nuestra posición y luego... bueno, desde aquí. Existía una razón de bastante peso que nos hacía presumir que estaba conectada a otras actividades... ilegales...

—¿Tienen pruebas absolutas de ello?

—No; también podría no haber sido su esposa. Tan solo otra mujer mezclada en un amorío con él... Primavera y otoño. Estas cosas suelen suceder. Las rosas podrían muy bien haber sido un gesto galante. El sobre que puso en el libro, tan solo un mensaje. Podríamos pensar que su esposa estaba en Glasgow con él. Y la presencia de su esposa en el entierro podría no tener otra connotación que el vínculo sentimental. Él había fallecido y ella querría decirle un último adiós.

—¿Usted lo cree así?

—En este momento, no sé qué pensar. Usted dice que se trata de su esposa. Desapareció hace dos años; podría haber perdido la memoria y comenzado una nueva vida... Partiendo de esa premisa, bien podría haber iniciado una relación inocente con este hombre; solamente eso... La única extraña coincidencia es que se trata justamente de él. Estaba bajo nuestra vigilancia. No debíamos tocarlo; podía moverse libremente porque no se lo consideraba de primordial importancia. Seguramente nos sería de más utilidad libre que entre rejas. Siempre suelo hacer toda clase de conjeturas, pero no me gusta aseverar nada si no tengo pruebas suficientes. Es por eso que he venido hasta aquí. Cumplo instrucciones superiores.

Terminé mi whisky y me serví otro. Dándole la espalda, dije:

—Piensa hacerme algunas preguntas, ¿no es así? Eventualmente lo hará.

—Así es. Pero primero hay algunos detalles que...

Me di vuelta. —¡Malditos sean los detalles!... Pueden esperar. Se trata de mi esposa. He estado viviendo en el vacío durante más de dos años. ¡Dígame qué es lo que quiere!...

Apagó nerviosamente el cigarrillo en el cenicero. A pesar de mi enojo, noté sus movimientos torpes e inseguros. Me di cuenta de que estaba furioso consigo mismo.

—Quiero que actúe exactamente como lo hubiera hecho de aparecer la policía e informarle que habían encontrado a su esposa. Podría haber padecido amnesia o tal vez no. Tendría alguna explicación, buena o mala... Un motivo cualquiera para marcharse. Eso es problema suyo. Quisiera que la enfrentara y manejara el asunto

según su propio albedrío. Tal como lo hubiera hecho si nunca me hubiera visto a mí o a las películas.

—¿Eso es todo?

—Es mi mayor deseo, señor Rolt. Hemos encontrado a su esposa. Comencemos por ahí. Podrá tardar algún tiempo, pero nadie interferirá con usted.

Se acercó al portafolios, lo abrió y extrajo una hoja de papel que me alcanzó a través de la mesa.

—Aquí encontrará todos los detalles que necesita. Su dirección, el nombre que adoptó, etc. Además tenemos esto...

Colocó una llave encima de la hoja de papel.

—¿Y esto para qué es?

—Algunas veces suele pasar días fuera de su departamento. Ese es un duplicado de la llave.

—¿Para qué demonios necesitaré eso?

Se puso de pie y parpadeó rápidamente. —No lo sé, señor Rolt. Me ordenaron que se la entregara. Si lo desea, puedo dejarle el proyector y la película.

—¡No! ¡Llévese esas malditas cosas!

Lo contemplé mientras se alejaba en su auto por el camino; justo antes de llegar a los robles, pasó cerca de él una urraca: una centella negra y blanca. Esperé a ver si veía a la pareja, pero era un ave solitaria.

Me senté frente a mi escritorio con las notas que Vickers me había dejado. Miré el cuadro de Sarah y luego paseé la vista a mi alrededor. Siempre nos juntábamos aquí, luego de nuestras respectivas labores diarias y tomábamos un trago antes de comer. Guardaba su labor aquí, en una mesita octogonal; todavía estaba allí su último tapiz a medio terminar. Uno de los estantes de la biblioteca guardaba sus libros favoritos; novelas románticas y una colección de disparates acerca de seres extraterrestres, platos voladores y de teorías acerca de la existencia de vida inteligente en otras galaxias. Me sonreí al recorrer los libros con la mirada. Para una mujer eminentemente práctica como ella, estos temas a los que prestaba tanta atención —a pesar de mis constantes bromas— parecían enteramente fuera de toda lógica.

Cerré los ojos y sentí que ella volvía a mí. Charles Vickers no había estado aquí jamás. La hoja de papel me la había traído algún inspector de policía, compadecido de mi situación. La habían encontrado y yo debería hacerla volver a mí. Eso era todo. Solamente eso. Me olvidaría del ramo de rosas. Del sobre dentro del libro. No debería ni siquiera recordar el deceso de un funcionario del gobierno de mediana edad. Debía alejar de mi mente todo factor perturbador.

CAPÍTULO DOS

Estaba totalmente seguro de que la información que me había dejado Vickers no era de ninguna manera completa, en lo que respecta a su gente. Aún así, era bastante detallada y en un orden cronológico bastante aceptable. Al leerlo, me parecía una cosa totalmente ajena a mí. No estaba leyendo algo referido a mi esposa sino a alguien desconocido y sólo existían entre ambos las más remotas coincidencias o nexos de unión.

La presentaban como la señora Angela Starr, viuda, de treinta y seis años. No se proporcionaban detalles acerca del señor Starr. La recopilación de datos de Vickers comenzaba en julio, solamente catorce meses después de su desaparición. Desde entonces había vivido en una gran casa de campo próximo a las orillas del río Deben, cerca de Woodbridge, en Suffolk. La casa había sido dividida en dos lujosos y amplios departamentos y ella ocupaba el superior. Se proporcionaba un número telefónico. Por lo que yo sabía de ella, no era una región de Inglaterra con la que hubiera tenido ninguna conexión previa.

Describían su ocupación como vendedora de propiedades. Se especializaba en casas de campo que no pasaran el límite de treinta mil libras; luego las restauraba y transformaba para venderlas nuevamente. Había desplegado esta misma actividad en Cumberland, North Wales, Northamptonshire y Lancashire. El último balance bancario mostraba un depósito de setenta mil libras y una sustanciosa cantidad en su cuenta corriente. Por lo que el Banco sabía (y me imaginé que habrían ejercido suficiente presión sobre sus directivos para obtener la información), no tenía inversiones en acciones o bonos de ninguna especie. Se daba el número de su pasaporte británico. Todavía tenía cinco años de los diez que normalmente tardaban en caducar; también figuraban todos los detalles y documentos aportados para su obtención; esta había sido solicitada desde la dirección que figuraba en los papeles. Se había comprobado que todos estos datos eran falsos o fraguados. Poseía un coche alemán marca Audi, asegurado por la Norwich Union y patentado en el condado de Suffolk el año anterior. No figuraba ningún otro registro de otro vehículo bajo su nombre o emanado de la misma autoridad.

El ocupante anterior del departamento, que había vivido en él durante cuatro años, era un señor Albert Martin Chinn, inglés, del cual se desconocía su actual dirección y datos anteriores.

Se decía que la señora Starr hablaba correctamente español, italiano y francés, lo que yo bien sabía, ya que había vivido y viajado durante muchos años con su madre por el continente. Esta señora, a la que yo solía visitar todavía dos veces al año, vivía

en Italia. Había estado casada en dos oportunidades: la primera, cuando era aún muy joven, con un político brasileño y Sarah era la única hija de ese matrimonio que había finalizado al morir el padre en un accidente automovilístico. La segunda vez, se había casado con un banquero griego que había fallecido mucho antes de que yo me casara con su hija adoptiva. No me sorprendía que tanto esta señora Angela Starr, viuda — por el momento trataba de no dejarme llevar por ninguna emoción, sabiendo que no faltaría luego oportunidad para ello— como mi propia esposa, no tuvieran problemas pecuniarios. Su madre tenía una fortuna de más de un millón de libras y a mi esposa le correspondía la mitad de eso por derecho propio. Yo nunca me había inmiscuido en sus asuntos financieros. No habíamos efectuado ningún acuerdo con respecto a eso cuando contrajimos matrimonio. Durante los siete años de nuestro casamiento, Sarah había demostrado ser perfectamente capaz de manejar sus propios negocios, independientemente de lo impulsiva y tozuda que podía llegar a ser en otros aspectos. Siempre me sentí agradecido por esto, ya que la administración de los intereses de la familia Rolt era casi más de lo que yo podía afrontar.

Al escribir esto ahora, me doy cuenta de que debo parecer frío y calculador y demasiado introvertido. Bueno, aún después de haber tratado con la gente durante bastante tiempo, esa es la impresión que tienen de mí. Es una faceta de mi carácter acerca de la cual, nada puedo hacer. Sé que mis verdaderos amigos —los que han logrado franquear la barrera de mi carácter— dicen abiertamente que existen dos versiones de Robert Rolt; pero sólo unos pocos conocen al segundo; al que se esconde detrás de la barrera. Durante mi juventud, solía con bastante frecuencia beber más de la cuenta, con la intención de ver si así lograba el ánimo suficiente para sobrepasar esa barrera durante un tiempo. Pero nunca obtuve mayor éxito.

Después que terminé de leer los informes que me dejara Vickers, llamé a la señora Cordell y le avisé que no almorzaría. Partiría en viaje de negocios y estaría ausente por unos cuantos días. No sabía con seguridad dónde pararía, pero la llamaría por teléfono y se lo comunicaría. Luego llamé a mi oficina y le informé lo mismo al administrador. También le pedía que se lo hiciera saber a mi agente cuando lo viera.

Junté unas cuantas cosas de mi estudio que pensé que podrían serme útiles y luego subí al dormitorio para preparar una valija pequeña. Cuando terminé, abrí la puerta que conectaba ambos dormitorios y paseé la vista a mi alrededor. Nada había sido cambiado desde el día en que Sarah se había ido hacia Shaftesbury. Todo había sido mantenido en su lugar, listo para cuando regresara. El amplio ventanal miraba hacia el Oeste, hacia el pequeño parque que descendía hasta el lago alimentado por un arroyo que yo había mandado a hacer especialmente para ella que adoraba el agua... El arroyo se secaba rápidamente en el verano así que había hecho perforar un pozo artesiano más arriba que podía emplearse para mantener el nivel del agua del lago durante la sequía. Sarah había elegido todo personalmente: las cortinas azules, el piso de cerámica italiana, la cama blanca baja, cubierta por un baldaquín de seda azul. Las paredes blancas con paneles dorados y un único cuadro, que el viejo Bordino

había pintado para ella: una Virgen vestida de azul que tenía un pájaro en la mano derecha, mientras acunaba al Niño Dios en el brazo izquierdo... Todo estaba como antes porque nunca había dejado de pensar que llegaría el día en que volvería...

Llegué a Woodbridge cuando se hacía de noche. Había manejado ligero pero no impaciente; sin sentimientos; envuelto en un vacío dentro del cual me había acostumbrado a vivir, seguro de que cuando me saliera de él, sería debido a fuerzas y circunstancias que escaparían totalmente a mi control. En los interminables meses de espera, había llegado a pensar que hubiera sido preferible la muerte a no saber nada de ella. Ningún hombre o mujer, sin importar cuánto se amen, puede resistir la voluntad de Dios como única razón para separarse. Pero desaparecer así, llevándose consigo todo nuestro amor, es dejar tras sí un infierno cuyas torturas nunca lograrán apaciguar la pena del que se queda esperando. Pero ahora me daba cuenta de que también podía haber más agonías. Vickers las había traído consigo como un conjunto de malos espíritus.

Tomé una habitación en el hotel Ship y pregunté en la conserjería cómo llegar a Otwell Park House que era la dirección que figuraba en los informes de Vickers. Estaba a tres millas de Woodbridge y a más de media milla del pueblo más próximo. Quedaba en una altura, mirando al río Deben, pero bastante alejada del río en sí. El portón del frente estaba flanqueado de olmos y luego un camino curvo llevaba hasta una simpática mansión cuadrada, de estilo Georgian. Había tres coches estacionados frente a la casa; ninguno de ellos era el Audi. A un lado de la entrada principal, había un cartel indicador que proporcionaba el nombre de la misma y debajo flechas que indicaban las diferentes entradas a los cuatro departamentos. Los de la planta baja y el primer piso, utilizaban la puerta principal. El del segundo piso tenía su entrada a la derecha de la casa. El del último piso, estaba señalado hacia la izquierda y atrás. Un pequeño camino bordeado de rosas llevaba hasta una estrecha puerta verde en el costado de la casa. Se veía un cartel en la pared que decía: “Departamento Cuatro. Sírvase subir”.

Subí los tres tramos de escalera alfombrada. Me imaginé que en otros tiempos habría sido la entrada de servicio. En el descanso superior, se abría un hall que contenía un armario antiguo con un florero chino encima. Frente a esto, había una gran puerta. Encima de un llamador de bronce que había hacia un lado, una tarjeta que decía: “Señora A. Starr”.

Me quedé frente a la puerta, con el portafolios en la mano, dudando.

Deliberadamente desde que Vickers se había ido, había tratado de no imaginarme este instante. De no hacer ninguna consideración respecto a cómo actuaría en esta situación. Ella abriría la puerta y yo debería basarme en el desarrollo de los acontecimientos, que eran totalmente imprevisibles.

Toqué el timbre y mantuve mi dedo sobre él por varios segundos. Esperé. Pasó medio minuto. Volví a tocar, por más tiempo esta vez. Toqué y esperé cinco veces diferentes pero nadie acudió a mi llamado. Mi mente estaba envuelta en una fría

oscuridad que no quería rechazar. Sentía que era toda la protección que tenía en ese momento. Bajé la escalera y fui hasta la puerta principal. No me había fijado en el interior de la entrada, con excepción de un pequeño escritorio ante el cual se sentaba un hombre de mediana edad, con uniforme verde de portero, que contaba y separaba monedas que tenía en una lata. Cuando me paré frente a él, levantó la vista, moviendo los labios en silencio mientras finalizaba algún cálculo. Estaba por anotar alguna cifra en un papel que tenía a su lado y dijo:

—Sí, señor. ¿En qué puedo servirlo?

Le respondí:

—En el departamento de la señora Starr no me contestan. ¿Sabría usted dónde está o cuándo volverá?

—La señora Starr...; déjeme ver. —Abrió un cajón y sacó un conjunto de papeles unidos con un clip—. Por lo general me avisan o me dejan una nota si...

Revisó los papeles y negó con la cabeza. —Aquí no hay nada; déjeme pensar... —Levantó la vista hacia mí, pasándose la mano por la barbilla—. Sí; la vi salir esta mañana. Estaba sacando el coche del garaje cuando llegué. Con frecuencia está fuera de casa casi todo el día.

—¿Pero no se ha ido de viaje?

—Oh, no lo creo, señor. Si alguno de los inquilinos piensa ausentarse por un tiempo, siempre me avisan. ¿Quisiera dejarle algún mensaje, señor? ¿O tal vez preferiría usted volver más tarde? ¿O llamar por teléfono antes de molestarse nuevamente hasta aquí?

—Muchas gracias; volveré más tarde.

Salí y subí a mi auto. Tomé por un camino sin pavimentar que estaba más atrás de la entrada principal y en unos pocos minutos, me hallé en un pequeño muelle en desuso sobre el río. Permanecí en el auto, mirando fijamente el agua. No era difícil esperar. Había esperado tanto tiempo. Era pensar lo que me torturaba.

Mientras estaba allí, repasé mentalmente todas las cosas que había traído en mi portafolios...; las evidencias para plantearle un extraordinario reclamo. No me cabía duda de que sería así. Del otro lado del río se veían campos bajos y luego suaves pendientes que se elevaban hasta el comienzo de las arboledas. La corriente era rápida; cubría los charcos y serpenteaba entre los arroyuelos bordeados de cañas. Una bandada de gaviotas de cabeza negra volaba sobre la corriente y flamencos y avutardas hurgaban el fondo cerca de la orilla. Necesitaba un cigarrillo y al buscar mi encendedor, encontré en mi mano la llave del departamento que Vickers me había dado. Me quedé mirándola, olvidando totalmente el cigarrillo. Las personas como Vickers jamás obraban al azar. Siempre había un propósito determinado detrás de cada movimiento que hacían. Se imaginó que yo no tardaría en venir hasta Suffolk y bien podría haber sabido que mi esposa no estaría en el departamento. Que estaba ausente. Quería que entrara al departamento por mis propios medios. No especialmente porque supiera que había cosas allí —papeles, evidencias, recuerdos

de actividades pasadas— que él quería que yo viera y que de alguna manera podrían hacerme formar parte de un plan ideado por él o a medio idear. No; no era eso. Quería simplemente que yo me encontrara envuelto en una operación relativamente sencilla; la intrusión en la intimidad de otra persona; y de esta manera desencadenar un posterior proceso de compromisos.

Realmente, como un Rolt, como el hombre que era y la manera en que me habían educado, la sola idea de inmiscuirme en la vida de otra persona, me repugnaba. Pero mientras estaba sentado allí, con la llave en la mano, la idea no me pareció tan descabellada. La señora Angela Starr era una desconocida; una ficción creada por circunstancias que yo desconocía; pero al mismo tiempo se suponía que era mi esposa y ya empezaba a sentir dentro de mí, que tenía cierto derecho o por lo menos una excusa para emplearla.

Salí del auto; fui hasta la orilla del agua y arrojé la llave al río. Volví al hotel, cené y luego retomé a Otwell Park House cuando las últimas luces del día veraniego se apagaban en el cielo.

Subí nuevamente hasta el departamento y toqué el timbre. Sonó cuatro o cinco veces pero nadie contestó. Me fui sin consultar al portero que estaba en la entrada. Antes de dormirme aquella noche, decidí que independientemente de los problemas que pudieran presentarse o de la angustia personal que me esperaba de allí en adelante, los enfrentaría a mi manera, según mi propio sistema. El primer paso para perder el honor es convertirse en presa de otra persona.

Al escribir esto ahora, todavía me suena tan pomposo y pasado de moda como cuando lo hice. Pero no me importa un rábano. Si tener sólidos principios, creer en ellos y actuar según ellos significa ser “pasado de moda”, me alegra saber que no marchó según el resto de la gente. Es común poseer fallas de carácter o debilidades; todos debemos aprender a convivir con ellas; pero hacer de ellas huéspedes honorables, sólo logra hacerlas resaltar aún más. Cuando era joven solían considerarme demasiado serio y falto de humor. Creo que así lo era en muchos aspectos; pero era sólo una apariencia que surgía de creencias sostenidas firmemente pero que no sabía demostrar convenientemente. Ahora que ya no soy joven pero que tampoco soy demasiado viejo, creo haber aprendido el arte de presentarme en forma discreta. No se necesita gritar a voz en cuello para agradecer a Dios.

A la mañana siguiente, deliberadamente pospuse mi visita a Otwell Park House hasta las once. Cuando bajé del auto, supe que ella debía estar en su departamento. Había un Audi estacionado sobre la calle del costado.

Subí las escaleras, toqué el timbre y contestó inmediatamente. Se abrió la puerta y ella apareció allí, enmarcada por la luz difusa de un pequeño hall a sus espaldas. No sé por qué razón, el ver las luces encendidas me emocionó tanto como verla a ella. Odiaba las sombras o la oscuridad en la casa y le encantaba mantener las luces

encendidas. La claridad iluminaba la parte superior de su cabello ceniza y uno de los lados de su rostro. Estaba exactamente igual a cuando se había ido. Inmutable y sin que la ausencia o el tiempo la hubieran cambiado en lo más mínimo. Vestía una túnica suelta de mangas largas que caía hasta las caderas sobre pantalones negros. Calzaba unas chinelas de cuero rojo. Pude captar todo esto mientras por unos segundos, miré en sus ojos violáceos, que en la penumbra parecían oscuros y casi sin color definido. Sus ropas me resultaban desconocidas, pero un leve aroma que de ella se desprendía, me trajo reminiscencias. Se quedó de pie frente a mí; alta, seria, con la cabeza levemente inclinada hacia un lado y una muda interrogación en su actitud. Fue sólo un instante pero en él tuve que recurrir a todas mis reservas para no ceder a mi emoción. Éste hubiera sido el momento preciso para que me venciera; era como la repentina aparición del sol a través de oscuras nubes en una pesadilla. Había imaginado este momento durante incontables horas. Pero ahora, estos breves segundos me parecían los más difíciles que había pasado en toda la vida.

Dije:

—¿La señora Starr?

—Sí.

Dudé un momento, esperando sin mayor esperanza, pero sin poder remediarlo, algún imperceptible gesto que delatara en su rostro la más mínima señal de que me había reconocido. O tal vez alguna sombra de duda que pudiera predecirme que había algo en mí que le traía algún recuerdo.

Antes de que mi indecisión pasara a ser embarazosa, le dije:

—Señora Starr; mi nombre es Robert Rolt. Le agradecería si pudiera dispensarme un poco de su tiempo. —Para facilitar la presentación, le ofrecí mi tarjeta.

Ella la tomó, leyó la inscripción y luego la dio vuelta para mirar el lado del revés antes de levantar sus ojos hacia mí.

Dije:

—No se trata de un asunto de negocios. No soy un vendedor ni nada que se le parezca. Es algo enteramente personal.

Levantó su mano izquierda y miró el reloj. Era pequeño, con malla de oro y yo no lo había visto nunca. Pero reconocí el gesto. Era una de las maneras que ella tenía de indicar que, si bien estaba dispuesta a escuchar, no tenía mucho tiempo que perder. Era una excelente mujer de negocios y conocía el valor del tiempo.

Dijo:

—Haga el favor de entrar. —Se hizo a un lado, cerró la puerta detrás de mí y prosiguió—: Pase.

La puerta al terminar el hall estaba abierta y pasé a una gran sala de estar. La habitación estaba llena de sol que entraba a raudales por los grandes ventanales. Era una habitación cómoda, amueblada con gusto, pero los detalles no me decían nada especial. Tenía que contenerme constantemente para no dejarme dominar por un instinto salvaje, de un loco deseo de hacer algo que mágicamente terminara con estas

ridículas presentaciones y amabilidades entre nosotros, para dar paso a un estallido apasionado de reconocimiento y comprensión.

Pasó a mi lado y me dijo:

—Síntese por favor, señor Rolt. —Fue hasta el hogar, volvió a mirar la tarjeta que todavía conservaba en la mano, y colocándola sobre la repisa comentó—: Rolthead Manor... Dorset. Es un lindo condado, a pesar de que no lo conozco muy bien...

Se dejó caer con un gracioso movimiento en el borde de una pequeña banqueta, mientras yo lo hacía en un sillón y depositaba el portafolios sobre mis rodillas.

—La familia Rolt ha vivido allí desde hace muchísimos años. Mi padre, Sir Henry Rolt —ahora fallecido— prestaba servicios en el Cuerpo Diplomático. Tenía rango de embajador a pesar de que nunca tuvo ningún nombramiento realmente interesante... —Me oía a mí mismo y me asombraba de la firmeza de mi voz en contraste con el torbellino que bullía en mi interior—. Quisiera expresarle que lo que debo decirle tardará cierto tiempo; por lo tanto, si no he venido en el momento apropiado, me agradecería que me indicara cuándo le resultaría más conveniente...

—Eso no será necesario, señor Rolt. Estoy, libre en este momento. —Se sonrió y su hermoso y alargado rostro, levemente tostado por el sol y los ojos sin sombras, fue nuevamente para mí el mismo que durante estos años me contemplaba desde el cuadro de Bordino. Tal vez fuera esto; el rostro tan conocido, tan amado y la mujer misma sentada en el borde de la banqueta en una actitud que me resultaba tan familiar, lo que hizo que perdiera la calma por un instante. Su sola presencia, el hecho de saber que era mi esposa y que habíamos pasado tantos años felices juntos; que habíamos compartido tantos días, que nos habíamos amado y habíamos dormido uno en brazos del otro incontables veces, me golpeó con la violencia de un mazazo.

Me puse de pie y dije:

—Señora Starr...; ¿aparte del hecho de que usted sabe que mi nombre es Rolt, no hay algo en mí que represente nada para usted? Míreme: ¿no le despierta ningún recuerdo mi presencia? ¿No le parece que me ha visto antes?

Me miró y su suave frente se arrugó con la preocupación o el temor. No podía precisar porqué, pero me di cuenta de que la había asustado y eso era lo último que hubiera querido hacer. Antes de que tuviera tiempo de hacer algo para remediarlo, contestó:

—No; mucho me temo que no, señor Rolt. Creo que sería mejor si me dijera a qué ha venido.

—Lo siento mucho. Le ruego que me perdone. Por un momento perdí mi compostura. Trataré de explicarle lo más rápido y simplemente que me sea posible. Hace más de nueve años que me casé. Mi esposa tenía veintisiete años y yo treinta y dos. Vivíamos en Rolthead, que es la casa paterna. Éramos felices, nos amábamos y jamás existió ni una sombra entre nosotros. Hace poco más de dos años, mi esposa salió en su automóvil una mañana para ir al pueblo más cercano a hacer unas

compras. Se fue como antes lo había hecho infinidad de veces, sin ninguna disputa o señal de problemas entre nosotros; o en ella o en mí. Nunca volvió. Encontraron su auto abandonado en la carretera. No había ninguna pista que indicara hacia donde había ido. Desapareció sin dejar rastros y ni la policía ni yo por mis propios medios, logramos jamás averiguar algo acerca de su paradero. Desde el día en que se marchó, nunca abandoné la esperanza de que la encontraría... Y yo...

El esfuerzo que realizaba al hablar como un abogado de la familia o como un simple testigo, resultó demasiado para mí. Debí interrumpirme y me di vuelta hacia la ventana.

Afuera el verano lucía en todo su apogeo; un enorme nogal estaba cubierto de flores rosadas, cada una de sus hojas brillando inmóviles en el plácido aire. El portero, en mangas de camisa, lavaba un auto sobre el playón frente a la entrada de los garajes; el agua de la manguera formaba un abanico plateado al caer. Frente al verano que reinaba afuera, en mi corazón anidaba el invierno. Era como si estuviera penetrando en una helada pesadilla.

Lentamente me di vuelta para mirarla. Estaba todavía en su asiento, casi como había estado antes; solamente sus manos habían variado de posición. De la plácida pose sobre su regazo, habían bajado a los costados, tomándose del borde del asiento, sus largos dedos en tensión. No pude adivinar por su rostro, inmutable, si sería debido a un repentino temor por haberme dejado entrar a su departamento o por algún otro motivo que la atemorizara.

Dije inmediatamente:

—Le ruego que no tema nada ni se preocupe. Solamente deberá decir una palabra y me marcharé. Pero le ruego que no lo haga. Sólo querría significar eso y para tranquilidad de mi conciencia y de la suya, tendría que enviar a otra persona en mi lugar y esto iría completamente en contra de mi manera de ser.

Repentinamente se sonrió y sacudió levemente la cabeza. —No se preocupe, señor Rolt. De ninguna manera quisiera que se marchara. Creo que me encantaría saber todo lo que me quiere decir.

Sus dedos se aflojaron en el borde de la banqueta; se puso de pie lentamente y fue hasta un mueble en el extremo de la habitación. Mientras abría la puerta, dijo:

—Por lo general bebo una copa de jerez a esta hora de la mañana. Estoy segura de que usted también querrá tomar una.

—Gracias, señora Starr. Sí.

—También puede fumar, si lo desea.

Encendí un cigarrillo mientras servía las copas. En el instante en que había dicho que deseaba oír todo lo que tuviera que contarle, la esperanza había renacido en mí. Pero era una esperanza mínima; tan pequeña que ni quise tomarla en cuenta ya que todavía estábamos presos en esta horrenda pesadilla. Cruzó la habitación y colocó cuidadosamente sobre la mesa, una bandeja con las dos copas de jerez. Observé sus manos largas y diestras y no noté en ellas el más mínimo temblor. En el dedo anular

de la mano izquierda, usaba una alianza y un anillo de brillantes. No eran los que yo le había regalado. Tomó su copa y volvió a su asiento.

Me hizo un pequeño movimiento con la cabeza y comenzó a beber. Su cabello, su rostro, su cuerpo, la posición de sus brazos y piernas me resultaban tan familiares y habían constituido en un tiempo buena parte de mi felicidad; durante los dos últimos años, habían sido fuente inacabable de mi pena...

Repentinamente, dijo:

—Usted parece del tipo de persona que se sabe dominar en cualquier trance, ¿no es verdad?

—Sí; así es.

—Yo también, señor Rolt. Especialmente en este momento. Pero el asunto es que... bueno...; no me creo tan fuerte como usted.

—Si lo prefiere, me marcharé y volveré en otra oportunidad. O, mejor aún, le escribiré antes de hacerlo.

—No; debe quedarse y decirme lo que quería decirme.

—Gracias, señora Starr. —Tomé mi portafolios de dónde lo había depositado y comencé a abrirlo. Lo que debía hacer, me decía a mí mismo, era ir derecho al grano y dejar de lado los sentimientos. Debía exponer un tema; hacer una declaración y por el momento, no cabrían las especulaciones de ninguna especie. Era inútil adivinar la posibilidad de éxito o el rotundo fracaso. Ya conocería el resultado a la brevedad.

Tomé un sobre grande de adentro de la cartera y lo puse sobre el asiento a su lado.

—En ese sobre hay algunas fotografías y documentos. Todas tienen que ver con mi esposa y conmigo.

Asintió con la cabeza, mientras el cabello le caía suavemente sobre la nuca; puso el sobre sobre su regazo con una mano. Lo miró, luego posó sus ojos en mí y lentamente bebió un sorbo de jerez. Presentí que quería demorar el momento de la apertura del sobre. Estaba equivocado. Me di cuenta de que ya había sobrepasado esa etapa, cuando me dijo de improviso:

—Usted ha venido hasta aquí porque piensa que soy su esposa, ¿no es así?

—No lo pienso; lo sé. Lo sé con tanta seguridad como me conozco a mí mismo; mi propio cuerpo y mi mente.

—¿Tan simple como todo eso?

—Sí.

Su rostro se puso serio y se mordió levemente el labio inferior.

Tomó el sobre y lo dio vuelta, como si esperara encontrar alguna inscripción en él. La observé y bebí mi jerez sin darme cuenta de que lo estaba haciendo hasta que me llegó al paladar. Y cuando lo hizo, no me costó trabajo reconocerlo. Ella siempre bebía Tío Pepe. Su aroma le pertenecía; pertenecía a las mañanas de verano en la terraza de Rolthead.

Abrió el sobre y dejó caer el contenido sobre su falda. Había cuatro fotografías, todas en color; nuestro certificado de casamiento y una carta que me había escrito

desde Italia donde había estado con su madre una semana antes de desaparecer. Era una carta afectuosa, anunciándome su regreso, pero no contenía nada que pudiera resultarle embarazoso en este momento frente a mí. Me había asegurado de esto antes de elegirla. Tampoco la había traído con la esperanza de convencerla de nuestra relación.

Tomó una de las fotografías. Desde donde yo estaba, alcanzaba a ver lo suficiente como para saber cuál era. Era de ella, su madre y yo, tomada en el jardín de la villa de aquella. Observé su rostro mientras la estudiaba. No se le movió ni un músculo; estaba inmóvil como si fuera de mármol. Dejó esa foto y siguió con las otras. Había una de ella a caballo, en la caballeriza de Rolthead; montaba un bayo llamado Minto que era uno de sus favoritos. La siguiente era un grupo en la playa, tomada en Devon o Braúnton Sands. Ella estaba en bikini, entre mi hermano menor y su esposa y yo estaba arrodillado adelante. Mi padre había tomado la foto, un mes antes de morir. La última era de nuestra boda. Mostraba a los novios a la salida de la iglesia de Rolthead. Por primera vez su mano tembló al sostenerla, y bajó la cabeza para que no pudiera verle los ojos. Hubiera dado cualquier cosa por haber sabido entonces qué pensamientos o emociones pasaban por su mente. Luego, con un movimiento brusco, dejó caer la fotografía y tomó la carta que estaba en su sobre abierto. Leyó mi nombre y dirección que figuraban en la parte exterior y extrajo la carta: una sola hoja y la leyó. Luego la dobló y volvió a guardarla en el sobre.

Sin mirarme, tomó la carta y las fotografías, las volvió a poner en el sobre grande y me lo alcanzó.

Cuando las tomé, me miró de frente pero no había vida en su rostro; ni el más mínimo movimiento. Nada más que su bien conocida belleza, ahora inmóvil y estereotipada. Luego, cerró lentamente sus ojos y pude ver el leve movimiento de sus hombros al inhalar profundamente, ansiosa, como si se sintiera desesperada por un repentino agotamiento. Sus hombros comenzaron a agitarse. Dejó caer la cabeza y levantó una mano para sostenerse la frente, ocultando su rostro de mí. Hice un movimiento hacia ella pero lo captó inmediatamente. Antes de que pudiera alcanzarla, se puso de pie y dándome la espalda, fue hasta la ventana.

Luego de un momento dijo con una voz que dejaba traslucir el esfuerzo que realizaba para controlarse:

—Por favor... le ruego que me deje... Quédese allí un momento, por favor.

Permanecí allí, contemplándola, completamente desvalido y ansiando poder hacer algo; deseando poseer algún poder mágico para hacer que pasara este momento, que se demostrara que era tan solo una pesadilla y poder despertar ambos en la paz y seguridad de una mañana de primavera dos años atrás.

Repentinamente comenzó a balancearse y luego se desplomó. Alcancé a tomarla cuando caía de rodillas; la levanté y la llevé hasta la banqueta; pero sabía que era una extraña la que llevaba en mis brazos. Que el momento del verdadero reencuentro todavía estaba muy lejano.

Encontré el baño, empapé una toallita en agua fría y volví hacia donde ella estaba. Le humedecí el rostro, torpemente, debido a mi propio nerviosismo. La toalla estaba demasiado mojada y el agua se deslizó por su cara y le salpicó la blusa.

Luego de un par de minutos, volvió en sí y se sentó lentamente. Me arrodillé a su lado y sin darme cuenta le tomé la mano. Ella la oprimió con suavidad y me sonrió débilmente.

—Eso fue una tontería de mi parte... —Se miró la blusa mojada y pasó sus dedos sobre la tela con expresión ausente.

—Temo haber sido algo torpe... —dije.

—No es nada. Y muchas gracias.

Se puso de pie, me incorporé y estiré una mano para ayudarla pero se apartó de mí.

—Voy a cambiarme la blusa. Creo que estaré bien.

Salió de la habitación y me quedé allí, pensando hacia donde iríamos ahora. En ese momento me di cuenta de que su copa de jerez a medio terminar que estaba sobre la mesita al lado de la banqueta, se había volcado. Comencé a limpiar con la toalla húmeda que todavía tenía en la mano. Mientras lo hacía, recordé cuánto le molestaba que las cosas estuvieran desordenadas o desprolijas. Mi mente se retrotrajo al momento en que Bordino había pintado su retrato. Había insistido en cambiarse la falda manchada de vino pero Bordino no se lo había permitido, ya que era esa falda exactamente la que quería que usara y no otra. Podía ser impulsiva, algo salvaje y descuidada, algunas veces tan sorprendentemente que solía dejarme atónito; pero aún en sus momentos menos protocolares, solía mantener su aspecto fresco y prolijo.

Me froté las manos con la pegajosa toalla y quedé allí, sin saber qué hacer. Por un momento pensé arrojarla en el cesto de los papeles pero deseché la idea; luego, cuando volví a ver nuevamente el sobre con las fotos olvidé por completo la toalla. Sólo entonces me di cuenta de cuán torpe había sido. La evidencia de las fotografías y de la carta era innegable, al igual que la fuerte impresión que ella había recibido. Irrumpir en la vida de otra persona y poner ante sus ojos brutalmente y sin aviso previo, evidencia de una vida anterior, aparentemente olvidada, jamás soñada o tal vez, borrada totalmente de la memoria... ¡Dios mío! No podría haberlo hecho peor, de manera más cruel y egoísta. Por primera vez, me puse en su lugar y traté de imaginar el efecto que una revelación así hubiera causado en mí... Furioso conmigo mismo, fui hasta la ventana. Había actuado como un típico Rolt, cargando como un toro ante el primer trapo rojo que se agitaba ante sus ojos. Debería haber encarado el asunto mediante un intermediario: un médico, un abogado o mi cuñada... Pero no; tuve que hacerlo yo solo, bruscamente, como un maldito vendedor de seguros. Me presenté súbitamente y le dije a una extraña, a alguien que no tenía idea de quien era yo o de donde venía, ni de nuestra vida en común; a alguien que ahora llevaba una vida totalmente diferente sin el menor recuerdo del pasado, que yo era su esposo y venía a llevármela conmigo. Entonces me di cuenta de que el amor posee fuerzas

ocultas, que pueden hacer que un hombre realice acciones sin pensar, a pesar de que su mente proclame a toda voz el único deseo de proteger y devolver una perdida felicidad.

Oí su voz detrás de mí que me decía:

—No puede quedarse con esa toalla sucia en la mano todo el día, señor Rolt. Puede dejarla en el baño.

Sin decir una palabra me dirigí al baño, todavía envuelto en mi helada pesadilla. Yo era el señor Rolt. Debía recordarlo. Dejé caer la toalla en el canasto de la ropa sucia y me lavé y sequé las manos. Al mirarme al espejo, noté mis labios crispados en un gesto duro; mi rostro era el de un intruso impertinente; no el de un amante.

Cuando regresé al living, ella había vuelto a llenar las copas de jerez y las había puesto sobre otra mesita entre dos sillones. Estaba sentada en uno de ellos, con el sobre en el regazo.

Me hizo un gesto para que me sentara y dijo:

—Creo que ambos necesitamos otro trago. Evidentemente tenemos muchas cosas de qué hablar. Esto ha sido un tremendo shock para mí como se habrá dado cuenta, pero ya estoy mejor. —Sonrió—. Después de todo, no sucede algo así todos los días... Un hombre que se presenta en su departamento, en su vida y le dice a una que es su esposa y le presenta la evidencia que lo prueba. —Se interrumpió y me miró fijamente; luego prosiguió con voz tensa pero decidida—. Debe perdonarme señor Rolt por aclararle esto tan crudamente, pero es usted totalmente desconocido para mí. No tengo el más mínimo recuerdo suyo. Hay varias cosas que le podré decir dentro de un momento que podrán hacer que las cosas parezcan algo más razonables pero primeramente, quisiera hacerle muchas preguntas.

—Pregúnteme usted lo que quiera.

En este momento ella se dominaba mucho mejor que yo. Reconocí su forma de actuar. Había decidido encarar las cosas como un negocio, de manera lógica y dejando las emociones de lado. Era la misma forma en que había encarado la administración de Rolthead y todos sus negocios. Siempre había mantenido su vida emocional totalmente separada de sus obligaciones y asuntos financieros.

Sacó del sobre las fotografías y la carta. Tomó esta última.

—¿Trajo usted esto debido a la caligrafía?

—Sí.

Asintió. —A no ser de que se trate de una muy buena falsificación, creo que es la mía...

—Por supuesto que no es una falsificación. Yo...

—Señor Rolt —me interrumpió— no debe usted ser así. Estoy tratando de decidir qué rumbo tomar; qué pensar. Aparece en mi vida repentinamente y...

—Lo siento; le ruego que me disculpe. Sí; por supuesto, podría tratarse de una falsificación. Pero están las fotografías.

Dejó caer la carta y tomó la foto tomada en Braúnton Sands. —Parece que soy yo y evidentemente es usted el que está arrodillado detrás de mí. ¿Quiénes son los otros?

—Fue tomada el año después que nos casamos. La sacó mi padre, ya fallecido. Los otros son mi hermano y su mujer.

—¿Y ésta?

—Esa fue sacada en Rolthead. El caballo era uno de sus favoritos, llamado Minto.

Sacudió la cabeza. —El mundo parece estar patas arriba esta mañana. Por lo que yo me acuerdo, jamás monté un caballo en mi vida.

Sonreí. El mundo estaba patas arriba y nada de lo que dijera podría hacer cambiar las cosas en este momento. —Era usted una excelente amazona; hasta podría decirle, arriesgada. ¿Comprende lo que quiero decirle?

—¿Impetuosa?

—Sí.

Tomó la otra fotografía; la que había sido tomada en el jardín de la villa de su madre. —Aquí estoy yo nuevamente; y usted. ¿Quién es la otra mujer?

—Fue sacada en el jardín de una villa cerca de Amalfi. La otra mujer es su madre. Como podrá ver, usted se le parece mucho. Tienen un parecido extraordinario.

Se llevó una mano a la frente y sacudió la cabeza desorientada. —Según mis informaciones, mi madre falleció cuando yo tenía tres o cuatro años. No guardo ningún recuerdo de ella.

—Si usted lo cree así... Pero ésa es su madre. Todavía vive y sigue en Amalfi; estoy seguro de que no tendría la menor duda de que es usted su hija. Era usted hija única. Su padre, un político brasileño, falleció al poco tiempo de nacer usted. Su madre es argentina, de origen español. Después del fallecimiento de su padre, su madre vino a Europa y volvió a casarse. Con un banquero griego. Falleció hace más o menos quince años. Después de la muerte de él, su madre, a pesar de que todavía vive la mayor parte del tiempo en Amalfi, obtuvo la carta de ciudadanía británica para ambas.

Tomó su copa de jerez, tomó un sorbo y dijo, mientras sacudía la cabeza:

—¿Esta es una mañana de existencia real, no es verdad? ¿No estaremos ambos embrujados... esperando el momento de despertar?

—Es una mañana verdadera; yo soy real y usted también. Podrá creerlo o no, pero somos marido y mujer; vivimos así durante años y nos amamos y ruego al cielo para que un día podamos volver a hacerlo. Debería explicarle que, al comienzo, su madre se oponía a nuestro matrimonio. En realidad, usted estaba comprometida con otro hombre. Nos fugamos y nos casamos en una oficina de Registro Civil en Londres. Luego su madre cambió su actitud y para darle un gusto a ella y a mi padre, nos casamos por la iglesia. —Me estiré hacia ella y le alcancé el certificado de nuestro matrimonio por la iglesia—. Este es nuestro certificado matrimonial. Podría llevarla hasta la iglesia de Rolthead y mostrarle su propia firma que figura en el registro; hay cientos de personas...

—Por favor...

Tomó la fotografía en que estábamos ambos vestidos de novios, frente a la iglesia de Rolthead. Transcurrieron unos instantes hasta que, luego de volver a poner las fotos, el certificado y la carta en el sobre, dijo:

—El matrimonio tuvo lugar hace nueve años; ¿tuvimos hijos?

—No.

Me devolvió el sobre.

—Señor Rolt; ¿está usted absolutamente convencido de que soy su esposa?

—Absolutamente. Esto —dije, indicando él sobre— es sólo una pequeña parte de la evidencia que poseo. No existe para mí la menor duda. Muéstreme su mano izquierda.

Lo hizo muy lentamente. Me sonreí ante su indecisión; en todo el tiempo que yo la había conocido, había ideado la más variada gama de pretextos para no mostrarla. Este hecho había constituido un secreto compartido entre ambos y su razón no tenía ninguna importancia para mí. Su belleza no se veía afectada en lo más mínimo por ello. Más aún: mi padre solía decir que una gran belleza siempre necesitaba alguna pequeña imperfección para ser realmente única. El dedo mayor de su mano izquierda era notablemente más corto que el anular; casi del mismo largo que el índice. Era una característica hereditaria, según me había dicho su madre, que aparecía generación por medio y se limitaba a los miembros femeninos de la familia.

—Le dije: —La mano izquierda de su abuela presentaba la misma característica. Usted solía ser muy hábil para ocultarla. Parece que aún lo es.

—Es cierto que soy algo sensible a este hecho.

—Usted me dijo hace un momento que había ciertas cosas que podría decirme, que harían que la situación pareciera algo más racional. ¿Eso querrá decir que usted sabe algo o que algo le habrá sucedido que pudiera hacer... bueno, que todo esto tuviera un poco más de lógica? ¿Alguna explicación?

Se puso de pie lentamente, con el rostro pensativo y dijo:

—Una vez me sucedió algo sumamente extraño. Algo bastante incómodo. Escribí un informe sobre ello pues soy una persona muy metódica. No acostumbro a llevar un diario detallado de mis actividades pero este suceso fue tan fuera de lo común, que decidí hacerlo. —Fue hasta un escritorio que había en un rincón de la habitación—. Creo que lo mejor que puedo hacer, es mostrárselo. Pero preferiría que se lo llevara, lo leyera y luego volviera a verme. En este momento no me siento con la fuerza necesaria como para enfrentarlo personalmente. ¿No le importaría?

—No; por supuesto que no. Haré cualquier cosa que usted me pida.

Abrió uno de los cajones del escritorio y sacó un sobre largo y blanco. Volvió hacia donde yo estaba y me lo entregó. No tenía ninguna inscripción y estaba sellado con una pequeña porción de lacre azul.

—¿Está parando cerca de aquí?

—En un hotel de Woodbridge.

—No lo lea hasta que llegue allí. Tal vez una vez que lo haya hecho y ambos hayamos tenido tiempo de meditar sobre el asunto, ¿querría venir a comer conmigo esta noche?

—Me encantaría hacerlo.

Hice un movimiento como para retirarme pero ella me detuvo. —Dígame una cosa antes de irse. ¿Qué ropa tenía puesta su esposa el día en que desapareció?

Respondí:

—¿Quiere decir qué ropas tenía usted? —Lamenté haber dicho esto pero ya era tarde. Ante mi asombro, no me hizo ninguna objeción.

Sonrió y una oleada de calor envolvió su expresión; luego dijo:

—Estoy comenzando a apreciar una o dos condiciones acerca de su carácter, señor Rolt. Le pregunté qué ropa tenía puesta su esposa el día en que desapareció y eso es sólo lo que quise decir.

—Está bien. No llevaba sombrero. Usaba un saco liviano de franela gris sobre un vestido de hilo azul, con un cinturón de cuero blanco. Medias de nylon marrones y zapatos de cocodrilo marrón con hebillas plateadas. Llevaba una cartera de colgar marrón. Por lo que pudimos saber, guardaba en ella su billetera con unas pocas libras y una chequera que pertenecía al Banco de Westminster de Shaftesbury. Seguramente tendría también algunas otras cosas, pero nada importante cuya ausencia se notara después de revisar sus pertenencias en Rolthead. La única alhaja que usaba era la alianza, lisa y con nuestras iniciales adentro, y el anillo de la boda, también de oro con un zafiro grande engarzado en un óvalo de brillantes. En términos generales, es todo lo que llevaba cuando se fue. No creo que pueda olvidar nunca ningún detalle. Como tampoco podré olvidar ese día...

—Creo comprenderlo muy bien. —Fue hacia el hall, pasando a mi lado y abrió la puerta del departamento.

Una vez afuera, me di vuelta y no pude evitar formular nuevamente una pregunta:

—¿No represento nada para usted? Viéndome en este momento, ¿no hay absolutamente nada en mí que despierte ni siquiera un vago recuerdo... el más mínimo, bueno... sentimiento con respecto a mí?

Me miró en forma totalmente impersonal y dijo con voz calma:

—Siento por usted una variedad de sentimientos, señor Rolt. ¿Por qué no debería hacerlo? El mundo se ha comportado de manera extraña con nosotros. Por favor; váyase ahora y lea lo que le he dado. Lo escribí para mí, exclusivamente. ¿Podrá volver después de las siete?

Antes de que pudiera despedirme, volvió la cabeza y entró al departamento, cerrando la puerta.

Fui hasta mi coche y enfilé hacia el muelle que había visitado el día anterior. No había hecho las cosas como hubiera querido. Me quedé allí, contemplando el río; las golondrinas volaban a ras del agua y los patos y gaviotas se movían cada tanto. Pensé en ella. Sé había comportado correctamente con la sola excepción del desmayo. Y en

todo lo que había dicho y hecho, noté la sombra de similitudes del pasado de la mujer que había sido mi esposa. La mano izquierda que había extendido ante mí cuando se lo solicité, había llevado una vez nuestra alianza y nuestro anillo de bodas. Los anillos que tenía hoy me resultaban desconocidos.

Pensando en eso, mi memoria voló hacia mi padre. Cuando la conoció por primera vez, me preguntó si me había fijado en su mano izquierda. Tenía la vista de un halcón y había notado inmediatamente la pequeña imperfección de su dedo mayor. Al pensar en ello ahora, recordé que fue entonces cuando oí por vez primera la denominación de “dedo de Saturno”. Mi padre era un asiduo lector y profundo conocedor de antiguas leyendas. Él lo había denominado el “dedo de Saturno”. Como se trataba de algo que le atañía a ella y especialmente en ese momento cualquier cosa de ella era importantísima para mí, siempre recordé su cita de Ben Johnson, respaldando su erudición:

El pulgar en quiromancia, pertenece a Venus;
El índice a Júpiter; el mayor a Saturno
El anular al Sol; el meñique a Mercurio.

No importaba qué hubiera sido lo que le hubiera pasado, yo estaba convencido que no habría poder suficiente en la tierra que pudiera apartarme de la más absoluta certeza de que se trataba de mi esposa o de que no volvería a Rolthead sin saberlo.

Puse el auto en marcha y enfilé hacia Woodbridge. La ruta era estrecha durante una milla más o menos y luego doblaba bruscamente hacia la derecha. Al aproximarme a la curva, un auto —no tenía idea de qué marca ya que mi mente estaba en otra cosa y manejaba como un autómata— apareció de repente y avanzó rápidamente hacia mí. Tuve que hacerme a un lado para esquivarlo. El otro coche patinó y al hacerlo, me echó una cortina de pedregullo con que habían recubierto el camino recientemente. Parte del mismo o una piedra más grande me golpeó el parabrisas y lo hizo añicos.

Detuve la marcha y descendí del auto. El otro auto había desaparecido. Maldiciendo me calcé un guante y golpeé el parabrisas con el puño cerrado. Fui hasta una estación de servicio en Woodbridge donde el propietario prometió colocarme un parabrisas nuevo, pero tendría que mandarlo a buscar a Ipswich. Recién podría tenerlo listo para la mañana siguiente. Mientras tanto me ofreció amablemente que usara uno de sus coches, cosa que acepté gustoso. Con excepción del fastidio que me produjo la manera de manejar del conductor del otro coche, no le di al incidente mayor importancia. Otras veces se había roto el parabrisas. Había olvidado el episodio por completo cuando llegué a mi habitación y me dispuse a leer el contenido del sobre blanco.

CAPÍTULO TRES

El relato estaba escrito a mano en papel de buena calidad.

Comenzaba así:

Ya hace bastante tiempo que todo esto sucedió. Me he decidido a escribirlo porque sé que la memoria puede fallar y que puede resultar difícil reconstruir las cosas con exactitud.

Volví en mi o me desperté —me resulta difícil decir exactamente cuál de las dos— en un dormitorio. Los detalles de la habitación no tienen mayor importancia, pues según averigüé después, pertenecía a una villa sobre la costa, alquilada, entre St. Jean-de-Luz y San Sebastián. Estaba acostada y me sentía cansada, pero no enferma. De pronto noté que tenía un gran golpe en la sien derecha.

La ventana de la habitación estaba entreabierta y las cortinas blancas se mecían suavemente en la corriente de aire; podía oír el ruido del mar. Tenía puesto un camisón azul de seda, con pasa cintas rojos que me cerraban el escote y las mangas. No sabía quién era ni dónde estaba. Recuerdo que, por alguna misteriosa razón, esto no parecía preocuparme. Más tarde, cuando me fueron explicadas ciertas cosas, dejé de preocuparme; pero esto lo sé porque tuve que aceptar la palabra de otras personas que me contaron su historia; y todavía debo hacerlo. Ahora, cuando pienso en ello, me atemorizo. Desperté súbitamente y no pude recordar nada de mí misma o de mi vida anterior. Por lo que a mí respecta, era como si hubiera nacido en esa habitación de esa villa francesa en ese preciso momento.

Había un hombre sentado a mi lado, junto a la cama. No es necesario que lo describa porque aún lo veo con frecuencia. No tenía la menor idea de quién era.

Prosiguió narrando cómo aprendió de este hombre —que era su hermano, y tenía más o menos diez años más que ella— lo que le había sucedido y quién era. Tuvo que aceptar toda la información que le ofrecía al principio, confiando enteramente en su palabra. Más tarde, otras personas corroboraron algunos detalles. El hombre se llamaba Albert Chinn. En primer lugar, le explicó que era viuda, llamada Angela Starr y que habían estado pasando sus vacaciones en esa villa que habían alquilado. Habían estado allí solamente cuatro días. Al atardecer del segundo día, mientras

caminaban por las rocas al borde del mar, al pie de la casa, había resbalado, golpeándose la cabeza contra una roca al caer. Él la había llevado hasta la villa y llamó a un médico de St. Jean-de-Luz, que le había curado la herida que tenía en la frente. Ella seguía inconsciente cuando le pusieron una inyección y mandaron a buscar una enfermera del pueblo para que la atendiera y acompañara. (En el texto, con nombre completo, describió a la enfermera).

Todo lo que mi hermano me dijo, me resultaba totalmente desconocido. No tenía recuerdos de ninguna especie, salvo haberme despertado en la cama en la villa. Él parecía estar muy preocupado por todo esto y, ahora me doy cuenta, bastante asustado también. Llamó al doctor que conversó conmigo y me explicó que el fuerte golpe en la cabeza me había producido una amnesia temporaria. Gradualmente, volvería a recordar todo. El hecho de que jamás lo haya logrado, me impulsa a escribir esta historia. Vivo con la permanente esperanza —en realidad no sé a ciencia cierta la razón— de volver a recordar todos los detalles de los primeros momentos de mi existencia, y las personas y circunstancias que me rodearon. Paso a relatar los detalles sobre mi persona que me contaron en los días subsiguientes. (Permanecimos allí dos semanas más, antes de que mi hermano me llevara nuevamente a Inglaterra)..

No pude menos que sonreírme ante esto, a pesar de que no estaba de humor para hacerlo; pero una de sus características más salientes era una pasión para hacer listas con todas las cosas hechas y por hacer: sus pertenencias personales; sus joyas, cuadros, muebles, como así de sus asuntos de negocios. Mantenía un completísimo archivo de sus inversiones, sus gastos y los recibos. Podría haber administrado Rolthead con mucha mayor eficiencia que yo. A pesar de que era una persona extremadamente generosa, tenía que saber exactamente donde estaba cada cosa y poseer un panorama claro del estado de sus cuentas.

Le habían dicho que su nombre de soltera era Angela Chinn. Su madre había sido francesa, de Argelia. Su padre, un inglés de muy buena posición y muy afecto a viajar y jugar. Ambos habían muerto en un accidente automovilístico en España —sobre la ruta Madrid-Burgos—, cuando ella tenía sólo cinco años. Ella y su hermano habían sido criados por una tía, también fallecida, en Birmingham. Se había casado a los veintidós años con un señor Franklin Starr, quince años mayor que ella; era un comerciante de Liverpool y habían vivido cerca de la pequeña ciudad de Formby, al Norte de Liverpool. No habían tenido hijos y su esposo falleció de un ataque al corazón dos años más tarde. (¡Tres años después se había casado conmigo, y yo la había conocido seis meses antes de casarnos!...). Él le había dejado una gran fortuna. Dos años después de su muerte, se había ido de Formby y pasó dos años recorriendo

el mundo con una amiga, hasta que finalmente tomaron un departamento en Florencia. Luego de algunos años, tuvieron una diferencia de ideas y la amiga se fue. Ella había venido desde su departamento en Florencia a pasar unas vacaciones con su hermano en St. Jean-de-Luz. Nunca había vuelto al departamento. Su hermano había insistido en llevarla con él a su departamento en Otwell Park House. Daba una lista minuciosa con todos los nombres, direcciones y fechas que su hermano le había proporcionado. También había varias listas.

Detallaba cuidadosamente las ropas, joyas, dinero, etc. que tenía con ella en la villa.

Su relato terminaba así:

Nada de lo que pudiera haber sido o hecho antes del momento en que me desperté en aquella villa, ha vuelto a mi memoria todavía. Pero con frecuencia siento como si estuviera allí, justo fuera de mi alcance y que algún día volverá a mí. Pero tengo ciertas cosas que pertenecen a mi pasado. No solamente puedo hablar y leer inglés, sino también francés, italiano y español. Tengo una buena mente para las matemáticas y comprendo perfectamente las cifras, así como asuntos legales, financieros o que atañen a las mujeres. Pero acerca del mundo y lo que pasó en él antes de despertarme, soy completamente ignorante y ahora debo aprenderlo, venciendo mis naturales complejos por no saber nada. Es una situación que no le desearía a nadie. Es aterrador despertarse un día y al mirarse en el espejo, encontrar a un extraño que nos mira de frente. Es totalmente desolador.

La angustia que encerraban estos dos últimos párrafos me conmovieron profundamente. Ni por un instante, mientras leía, me pareció el relato de un extraño. Esta era mi esposa. Se había ido de Rolthead y todo esto le había sucedido o por lo menos, así se lo habían hecho creer. El nacimiento, su niñez, los padres, los detalles de su vida, su matrimonio y todo el resto de su vida hasta el momento de despertarse, no podían ser ciertos. No eran ciertos. Algunos de los hechos —según ya sabía a través de Vickers— no eran verdaderos: su pasaporte había sido falsificado. Pero estaba preparado para creer que había perdido la memoria y hubiera podido despertarse en esa villa. Desde el momento en que se despertó y por motivos que yo desconocía pero esperaba desentrañar algún día, le habían atribuido una nueva vida y una nueva identidad. Todo esto, sin embargo, era mucho menos importante que devolverla a Rolthead y hacerla regresar al sendero de su vida real.

No sería tarea sencilla. Sabía que tendría que apelar a todo el poder de persuasión y la suavidad que pudiera. Con seguridad me esperaban días de amargura y desencanto y mientras esto sucediera, estaba decidido a mantener a Vickers y los

intereses que él representaba fuera del asunto. Para mí, eso tenía un carácter secundario. Sólo lo enfrentaría cuando se hubiera recuperado. Estaba convencido de que Albert Chinn la había usado; tal vez todavía lo estuviera haciendo. Además de hacerla regresar a Rolthead, estaba deseando conocerlo.

Fui hasta Otwell Park House en el coche que el dueño del garaje me había prestado y llegué justo antes de las siete y media. Ella me abrió la puerta y a pesar de que la saludé afablemente, se limitó a inclinar la cabeza y dejarme pasar.

Tenía puesto un vestido de terciopelo dorado, largo y el cabello recogido en la nuca con un lazo del mismo color. No llevaba más alhajas que un pequeño collar de perlas y los anillos. Se la veía pálida y me pareció algo nerviosa. Me indicó un sillón y me preguntó qué me gustaría beber.

—Un whisky con soda, por favor.

Se dio vuelta hacia el bar y me dijo:

—Le ruego que no lo tome a mal si no bebo con usted; tal vez más tarde.

Una vez que tuve mi vaso, se sentó frente a mí, en la butaca. Le entregué el sobre blanco, con el sello roto.

—¿No le importaría si en algún momento se lo pidiera nuevamente para sacar una copia? ¿Tal vez podría autorizarme para mostrárselo a otras personas también?

—No. —Sonrió levemente—. No sé cómo podría impedirle que lo hiciera.

—¿Y si ahora le formulara algunas preguntas?

—¿Cómo podría negarme en las presentes circunstancias? Lo que más me interesa es la verdad.

—A mí también. Pero debo decirle esto primero. Estoy absolutamente seguro de que usted es mi esposa.

Extendió sus manos hacia adelante en un gesto indefenso y se encogió levemente de hombros. Era como el gesto de un niño que reconoce que no puede dar ninguna explicación valedera.

Le indiqué con la cabeza el sobre que había colocado sobre la banqueta.

—¿Alguna vez trató de verificar algunos de los hechos de su vida anterior a su pérdida de la memoria?

—¡Oh!, claro. Varios de ellos, aunque no todos, naturalmente. En la lista en que cito mis posesiones, verá que menciono mi pasaporte. También la mitad de mi boleto de regreso a Florencia.

—¿Qué sucedió con el departamento de Florencia?

—Nunca volví allá. Se alquiló sin muebles. Albert fue allá y arregló todo. Vendió los muebles y todo el resto. Tengo un boleto de venta guardado en mi escritorio. Me trajo alguna ropa y otras cosas sueltas que pensó que me gustaría tener.

—¿Y la amiga con la que vivía?

—Nunca volví a saber nada de ella. Albert trató de ubicarla pero no la pudo encontrar.

—¿Dónde está su hermano ahora?

—Ha estado en el extranjero desde hace un tiempo. Este departamento está todavía a su nombre. Trabaja para un grupo de empresas petroleras norteamericanas. Es bioquímico; o lo era. Ahora ocupa un importante puesto ejecutivo. Estuvo muchos años en Londres pero recientemente fue transferido a América. Esto no le agradaba en absoluto porque no quería dejarme. Creo que hubiera renunciado a su puesto si no fuera porque lo convencí de que me sentía perfectamente capaz de cuidarme sola.

—¿En qué parte de América está?

—Tiene su oficina en Nueva York, pero viaja constantemente. Me llama por teléfono cada tanto. La última vez, lo hizo desde Montevideo. —Sonrió—. Es un hombre rico y odia escribir cartas. Algunas veces me horroriza pensar lo que le deben costar las comunicaciones telefónicas.

—¿Alguna vez trató de certificar los detalles de su casamiento?

—Por supuesto. El certificado de matrimonio —provenía de una Oficina de Registro Civil de Liverpool— me fue enviado desde Florencia. Un par de meses después de que Albert me trajo aquí, se puso en contacto con una hermana de mi esposo y ésta vino a visitarme. Me contó muchas cosas de nuestro casamiento y trajo fotografías de la casa en que vivíamos en Formby y otras de mi esposo y mías; algunas en las que aparecíamos juntos y otras por separado.

—¡Esto es una locura! —dije, antes de poder evitarlo.

Ante mi sorpresa, soltó una carcajada. —Estoy de acuerdo con usted, señor Rolt. Pero resulta que es una locura sumamente real y que nos atañe a ambos por igual. Usted viene aquí y me dice que soy su esposa al mismo tiempo que todo lo que me han contado a mí y que según mi entender he comprobado me dice que no lo soy. Es todo tan disparatado que creo que cambiaré de idea y tomaré un trago.

—Déjeme servírselo —dije, poniéndome de pie.

—Bueno... gracias; tomaré...

—No me diga lo que quiere.

Fui hasta el bar, abrí la puerta y le preparé un trago. Se lo ofrecí.

—¿Cómo lo sabía usted? —dijo, mirándolo asombrada.

—Porque es usted mi esposa. Y porque esto es lo que tomaba siempre antes de comer. De la misma manera que siempre tomaba Tío Pepe antes del almuerzo. No todo se ha perdido en el pasado. Usted misma ha escrito que tanto el inglés como el francés y otros idiomas le resultan familiares, así como una facilidad especial para los números y los negocios. También mantiene sus modalidades, su manera de hablar y el carácter; por lo menos en lo que he podido juzgar hasta ahora. Si ha mantenido todas esas características, no puede ser que las demás se hayan perdido irremisiblemente. Me niego a creerlo.

Sorbió lentamente su bebida y a pesar de que le resultaba agradable, esperó a que frunciera levemente la nariz en el momento en que el amargo del Campari llegara a su paladar. Así sucedió, como tantos cientos de veces había sucedido antes y como yo recordaba tan bien.

—Le he preparado ese trago ciento de veces. También hay otras cosas. —Le indiqué una pequeña biblioteca que flanqueaba la estufa—. Tiene allí media docena de libros sobre la vida en otros planetas, platos voladores y naves espaciales. Más aún; la tarde que desapareció, iba usted a una reunión de la sociedad local que trata todos estos temas. Yo solía burlarme de usted por el interés que ese tema le producía, tan... —Me interrumpí.

Me sonrió:

—¿Tan qué? ¿Tan disparatado?...

—Si a usted le parece. ¿Qué más puedo decirle? Pero lo más importante es que no me cabe ninguna duda de que es usted mi esposa.

—Es usted un hombre muy decidido, ¿no es verdad?

—Sí; así es.

—Y yo en este momento me siento muy confundida. ¿Qué podremos hacer?

—Muchas cosas. Después que su hermano la trajo a Inglaterra, ¿recibió usted algún tratamiento para la amnesia?

—Por supuesto. Mi hermano me llevó a un neurólogo famoso en Manchester; como no obtuvo resultados, hizo arreglos para que consultara con el profesor Sir Hugh Gleeson, especialista en Psicología Experimental en Cambridge. Solía ir allí una vez por semana pero ahora sólo me comunico con él cada dos meses. Sir Hugh ya se jubiló, pero nos hemos hecho amigos y todavía lo visito... como paciente y como amiga.

—¿Y cuál era su opinión acerca de todo esto?

—Bueno; yo no comprendo todo este problema demasiado bien. Pero dice que no tengo una amnesia orgánica, que pueda desaparecer con un tratamiento. Mi amnesia es psicogénica. Y es del tipo que desaparece repentinamente y en el momento más inesperado. He tratado de leer algo sobre el tema pero es algo confuso para mí. Básicamente, a pesar de que recibí un golpe en la cabeza, está seguro de que no tengo una lesión cerebral. Pero usted debería consultarlo a él sobre el tema. Es un hombre encantador. Le daré su tarjeta. —Fue hasta su escritorio y me trajo una tarjeta que guardé en mi billetera.

—Lo veré con toda seguridad. —Hice una pausa. No podía resistir la tentación de someterla a una prueba. Proseguí—: Por el informe que escribió, puedo deducir que es usted una persona rica. ¿Pero realiza ahora alguna actividad? Quiero decir, ¿en qué ocupa su tiempo?

Me sentía indigno de ella y de mí mismo; pero ella no sabría que yo tenía informes de Vickers y no tenía la menor intención de dejárselo saber. A pesar de lo

mucho que la amaba, tendría que buscar todas las vías posibles; aunque me desagradaba hacerlo.

—Tengo un buen pasar; sí. Pero no me gusta estar sin hacer nada. Me ocupo de comprar propiedades antiguas, casas de campo y cosas de ese tipo. Las refaccio y luego las vendo. Me resulta una ocupación interesante y agradable... y me resulta también desde el punto de vista económico.

—Me imagino que su hermano tendrá fotos suyas en las que están juntos antes de que... bueno, sucediera todo esto. Fotografías de cuando usted era joven. Y cartas suyas que se remontan hacia atrás en el tiempo.

Se rió; se puso de pie y tomó mi vaso vacío. Me miró desde arriba y tuve la impresión de que repentinamente se había producido un cambio en ella. Tal vez fuera solamente una etapa embarazosa que había logrado superar o un cambio de actitud y un principio de aceptación de todo el complicado asunto. Era como si se hubiera sacado un peso de encima, por pequeño que fuera; y en ese momento se parecía más aún a la mujer que yo había amado y que había hecho mi esposa.

—Usted me gusta, señor Rolt —me dijo—. Me gusta su forma de hablar y su manera de comportarse. Me agrada que siempre hable de “fotografías” cuando otras personas dicen “fotos”. Y tiene usted una manera de ser algo solemne. ¿No le importa que le diga esto?

—Por supuesto que no. Tengo una idea bastante aproximada sobre mí mismo. No me conforma totalmente. En lo que se refiere a mi lenguaje, mi padre era muy estricto en cuanto a su empleo.

—Albert también es así. —Fue hasta el bar a prepararme otro trago y me dijo, por sobre el hombro—: Sí; Albert tiene algunas fotografías antiguas. No muchas. Le gusta viajar con poco equipaje. No tiene ninguna carta que yo sepa. Pero me mostró una tarjeta postal que le envié el día que cumplió veintiún años, con un tonto mensaje, propio de una colegiala. Por aquel entonces, yo estaba en la escuela en Florencia. —Volvió hacia donde yo estaba, sosteniendo cuidadosamente mi vaso—. Siempre he deseado volver a Florencia. Cuando miro fotografías de allí, siento como si... bueno, un sentimiento como de algo que está cercano pero no logro alcanzar.

—Usted estuvo en Florencia conmigo hace justo tres años. Pasamos una noche en el hotel Excelsior, mientras íbamos de viaje a visitar a su madre.

Colocó el vaso sobre la mesa, a mi lado y se sentó en la banqueta. Me miró en silencio por un largo rato.

Tomé mi vaso y lo llevé a mis labios. Mientras lo hacía, noté sus ojos violáceos, fijos en mí. Su rostro y su cuerpo estaban inmóviles, como si al mirarme alcanzara a ver hasta una distancia de miles de millas. Luego sacudió sus hombros, casi imperceptiblemente y dijo:

—Usted me ha hecho muchas preguntas, señor Rolt. Ahora quisiera hacerle una yo: ¿Cómo hizo para encontrarme aquí?

Con gran sorpresa, me di cuenta de que esta pregunta no había sido formulada antes. La posibilidad de que me la hiciera, había escapado de mi mente; eran tantas las preguntas que ya habían sido hechas, que ésta no figuraba en mis cálculos. No podría decir si ella notó mi indecisión.

Tomé unos minutos antes de contestar. —Cuando usted desapareció, el asunto tomó estado público. La policía intervino y los diarios publicaron los detalles. Existieron rumores de que había sido vista en diversas oportunidades, pero nunca resultó nada concreto. Usted no lo recordará, pero contábamos con un vasto círculo de amistades. En un tiempo pertenecí al Servicio Exterior y conocía a mucha gente de los otros Departamentos de Estado. Hace unas semanas, un amigo del Ministerio de Defensa que suele venir a navegar a Woodbridge, la vio en el pueblo, entrando a su auto. Tomó el número de la patente y después de eso, fue fácil ubicarla. Él no estaba totalmente seguro de que se trataba de usted; pero en cuanto yo tuve la información, vine hasta aquí. Cuando me abrió la puerta, se dispararon todas mis dudas.

A pesar de que era sólo una mentira inocente, era la primera vez que se cruzaba entre nosotros el menor engaño. Muchas cosas se hacen en nombre de la eficiencia. No debería haberle dado mayor importancia; pero en cambio, me sentía como un miserable.

—No existe ni la más mínima duda para usted, ¿no es verdad?

—Ninguna. Usted es mi esposa. Ya ha visto nuestro certificado de matrimonio. Su nombre de soltera es Sarah Peralta; el apellido corresponde al primer esposo de su madre. Su madre todavía vive en la villa de Amalfi. Se llama Alexia Vallis; éste era el apellido de su padrastro. Era un banquero griego muy rico. Su madre nació en una ciudad llamada Rosario cerca de Buenos Aires. Por lo que yo sé, muy bien puede existir una persona llamada Angela Starr. Pero no es usted. Usted es Sarah Rolt... originariamente Sarah Peralta.

Bebió un sorbo de su Campari, soltó una breve risita y dijo:

—Sarah... Es un bonito nombre. —Quedó silenciosa por un momento, mientras pasaba un dedo suavemente por el borde de la copa; este era otro de los gestos que yo recordaba. En nuestros momentos de intimidad en Rolthead, siempre significaba que estaba por hacerme alguna confidencia; era una señal de que preparaba alguna pregunta directa. Inmediatamente formuló la pregunta—: Señor Rolt; ¿estábamos muy enamorados?

—Sí que lo estábamos. Tanto que rompió usted su compromiso anterior para casarse conmigo. Usted fue la primera mujer que amé y la única. Es la única mujer que conocí. Cuando desapareció de mi vida, no podría decirle sinceramente que fue el fin de todo. Todavía había cosas que podía y debía hacer. Pero si la vida no perdió totalmente su sentido para mí, lo que realmente desapareció, fue el encanto y la dicha de su compañía. Mi cerebro y mi cuerpo siguieron funcionando pero mi corazón quedó vacío. Creo que esto le parecerá... exagerado. Pero es así Como lo sentí.

—No me parece exagerado. Me parece una forma honesta y directa de describir sus sentimientos. —Se puso de pie—. Creo que deberíamos comer ahora. Es todo frío; espero que no le importe.

—De ninguna manera.

—Y mientras comamos, podrá contarme cómo me conoció... quiero decir, cómo conoció a esta Sarah Peralta.

—¡Fue a usted a quien conocí! —dije con énfasis—. Es usted mi esposa. Puedo decirle no sólo cuáles son sus bebidas favoritas, sino también sus flores preferidas; el compositor que más le agrada. También conozco las cosas que la enfurecen. Sé sus gustos y las cosas que le disgustan y todas las innumerables pequeñeces que un hombre conoce de su esposa y que casi nadie llega a conocer jamás.

—¿Y cuáles son mis flores favoritas?

Le alcancé mi lápiz de plata. —Escriba el nombre en la parte de atrás del sobre.

Tomó el sobre que contenía su narración y escribió algo en la parte de atrás y luego lo apretó junto a su pecho, escondiéndolo a mis ojos.

—¿Y bien?...

—Las rosas. Usted se hizo cargo del viejo rosedal de Rolthead y lo transformó en una hermosura. En su cuarto de estar, en nuestro hogar, tiene colgadas cuatro láminas de rosas.

Me alargó el sobre y lo dio vuelta. Había escrito una sola palabra: *Rosas*. Pasó a mi lado sin mirarme y desde la puerta me dijo:

—Necesito cinco minutos para preparar todo. Sírvese otro trago si gusta...

Permanecí sentado, contemplando el sobre blanco que había dejado caer sobre la butaca.

Permanecimos sentados a la mesa alrededor de dos horas; conversamos o, mejor dicho, conversé la mayor parte del tiempo. Le conté cómo la había conocido mientras estaba en Amalfi, con mi padre y cómo logré que nos presentaran por intermedio de un amigo común. Parecía muy interesada en estos primeros pasos y me formuló un sinnúmero de preguntas. Más tarde, cuando llegamos a la narración de nuestra vida en común en Rolthead, también se mostró llena de interés, pero era algo diferente al que despertaba en ella la primera etapa de nuestro romance. En general, noté que, si bien quería saber detalles acerca de su madre o personas como mi padre y mi hermano, lo que más le apasionaba era todo lo relacionado con su propia persona. Esto no sólo me pareció normal, sino que tenía el presentimiento de que ella deseaba comprobar si por algo que yo pudiera contestarle a sus preguntas, se despertara en ella algún sentimiento oculto; algo que representara siquiera una mínima respuesta. Yo también comprendía esto y por eso me esforzaba en recordar la infinidad de pequeños detalles de nuestra vida compartida, en la certeza de que sería en ellos donde se escondía la verdad.

Cuando le conté de su fortuna y de la capacidad que tenía para administrarla, no se mostró sorprendida en lo más mínimo. Este era un rasgo de su personalidad que mantenía intacto. Le sorprendió saber que en esa época, era capaz de montar a caballo con soltura o jugar un buen partido de golf o tenis. En ningún momento traté ni remotamente de relacionar ninguna parte de mis relatos con las actividades que había visto en las películas de Vickers. No me interesaban sus actuales amistades o relaciones, ni tampoco más de lo que ya sabía acerca de sus negocios. Por sobre todas las cosas, debido a que ya había tenido que mentirle con respecto a cómo la habían reconocido, no quería tener que desdecirme. Lo único que realmente me importaba era el hecho de que era mi esposa y que debería haber alguna manera de hacerle comprender y aceptar totalmente ese hecho. Todo lo demás, carecía de importancia.

Al terminar la comida, llegamos a un trato bastante sensato: ella no podía ignorar totalmente el peso de la evidencia que yo había aportado para probar que era Sarah Rolt. Por otra parte, poseía evidencias de que era Angela Starr. No podía hacer nada, prometer nada o comprometerse en manera alguna hasta que hubiera tenido oportunidad de consultar con su hermano. Dijo que llamaría por teléfono a su oficina en Nueva York y trataría de ponerse en contacto con él. Según me dijo, ya había intentado hacerlo luego de mi visita de la mañana; pero no había podido encontrarlo. Me marché habiendo acordado volver a la tarde siguiente, para averiguar qué había sucedido con su hermano.

Cuando me fui, se la veía pálida y muy cansada. Al contemplarla así y saber que la causa había sido yo, me costó ocultar todo lo que sentía por ella. De pie en la puerta, tuve que luchar contra un intenso deseo de tomarla en mis brazos y estrecharla contra mí, en la esperanza de que algún factor mágico en el contacto de nuestros cuerpos, disipara las negras sombras de la pesadilla que nos envolvía. Tal vez, en su duda, ella reconoció este deseo, pero le faltó el impulso necesario que la llevara a buscar lo que yo tan ansiosamente le ofrecía. Nos miramos un instante, y luego sin cruzar palabra me rozó apenas el brazo con la punta de sus dedos. Fue un contacto casi imperceptible e inmediatamente su mano desapareció al cerrar la puerta. Me quedé allí paralizado, poseído de un fuerte deseo de golpear algo violentamente... cualquier cosa que pudiera calmar mi angustia. Mientras permanecía frente a la puerta cerrada, pude percibir el sonido ahogado de los sollozos de una mujer.

Volví al hotel, presa de un inútil ataque de furia y frustración.

Todavía me sentía así al despertarme y me duró mientras tomaba mi desayuno. Cuando terminé, bajé al salón a leer el diario. Faltaban muchas horas hasta que pudiera volver a Otwell Park House e iban a ser horas interminables. Un hombre penetró en el salón y se sentó en un sillón cercano al mío.

—Buenos días, señor Rolt —dijo.

Era Vickers, con su traje azul y su corbata roja; todavía no se había afeitado. No hice el menor esfuerzo para ocultar mi fastidio ni mi sorpresa.

—¿Qué demonios está haciendo aquí? ¡Prometió dejarme tranquilo!

Afortunadamente no había nadie más en la habitación.

Se encogió de hombros, parpadeando continuamente. —Lo siento mucho... pero me limito a cumplir órdenes. Pensé que a lo mejor tendría ganas de caminar un rato junto al río... que tal vez quisiera conversar con alguien...

—No quiero conversar con nadie; sólo quiero leer el diario.

—Está bien; yo tampoco soy muy conversador después del desayuno. —Tomó otro diario de encima de la mesa y comenzó a hojearlo.

Después de esto, fue totalmente imposible para mí concentrarme en la lectura. Solamente había tomado el diario en mis manos, para evitar que algún otro huésped iniciara una conversación conmigo. Mi cabeza estaba llena de preguntas sin respuestas y ningún diario hubiera logrado hacerme pensar en otra cosa. Mientras permanecía ahí sentado, recordé repentinamente las peleas que había tenido con mi familia y mis amistades debido a la mala costumbre —que ahora creía curada en parte— de hablar primero y luego pensar. La sola presencia de Vickers y el recordar las películas, me había puesto fuera de mí. Ahora me daba cuenta, sin embargo, que si había algo que deseaba hacer más que nada en este momento, era conversar con alguien. Vickers solamente estaba cumpliendo una misión más de tantas. Estaba interesado en todo el asunto; más aún; si no hubiera sido por él, todavía estaría en Rolthead, sin haber oído nombrar jamás a la señora Angela Starr.

Dejando el diario, le dije:

—Le ruego que me disculpe el mal genio; el mundo parece estar patas arriba en este momento.

—Eso es lo que pensaron, señor Rolt. Por eso me dijeron que viniera. No obstante, no quisiera presionarlo. —Sonrió, algo más seguro de sí mismo—. Usted sabrá qué hacer. Pero si hay cualquier cosa... alguna forma en que pudiéramos serle útil, no tiene más que decirlo.

—Muchas gracias. —Puse la mano en el bolsillo interior de mi saco y saqué el largo sobre blanco, con el sello roto. No cometía ninguna infidencia: le había solicitado autorización a Sarah para sacar una copia y para mostrárselo a otras personas, según lo creyera conveniente. Se lo alcancé y le dije—: Lea esto.

Sacó el papel y comenzó a leerlo. Encendí un cigarrillo y lo observé. Una o dos veces se rascó la incipiente barba y en dos oportunidades volvió atrás en la lectura para controlar algo que ya había leído. Volvió a colocar la hoja de papel en el sobre, miró la palabra “rosas” escrita a lápiz en la parte de atrás y dijo:

—Aquí cerca hay un antiguo molino muy interesante y el paseo junto al río es muy agradable.

Cruzamos el pueblo hacia el río y nos sentamos junto a la orilla en un lugar alto. Era el mes de junio y había poca gente andando en bote. La corriente pasaba veloz, lamiendo los costados de las embarcaciones amarradas.

Vickers dijo:

—En primer lugar, me gustaría llevarme la narración de la señora Starr.

—Puede usted sacar una copia. Ella me autorizó como así también para que se la mostrara a otras personas.

—No; quisiera el original. Luego haría hacer una copia. Le devolvería el original cuanto antes.

—¿Por qué tiene que ser así?

—Le ruego que confíe en mí; mis razones son valederas. También sería una buena idea si me devolviera la llave del departamento. Ya no tendrá que usarla.

—Nunca la utilicé. La tiré al río.

Se rió para sus adentros. —Me alegra oír eso. Me hizo usted ganar cinco libras. Aposté a que nunca la usaría...

—¡Por Dios!... ¡esto no es ningún juego!...

—Por supuesto que no. Es una parte muy importante de su vida, pero es al mismo tiempo algo muy importante en mi carrera. Le guste o no le guste, debe aceptar esto. No obstante, eso no quiere decir que no pueda distraer unos minutos de mi tiempo para hacer una broma o hacer una apuesta. Hasta usted tiene que comer, beber y dormir... El mundo no se detendrá porque usted y yo y unas cuantas personas más, tengamos entre manos un gran enigma que resolver.

En ese momento, me di cuenta que lo había juzgado demasiado a la ligera. Detrás de sus modales nerviosos, había una serena entereza. Me tendió la mano y yo le di el sobre. Mientras lo guardaba, dijo:

—Es su esposa; ¿no le cabe a usted la más mínima duda?

—No.

—A mí tampoco. Se trata de la señora de Robert Rolt; es decir, su esposa. Le seré franco aún a riesgo de ir a parar de cabeza al río: en lo que a ella respecta, sólo hay dos alternativas. La primera es que hasta el momento en que usted apareció en su vida, ella creía sinceramente ser Angela Starr y en este momento está sumamente confundida; o segundo, ella sabe perfectamente bien que es su esposa, pero por algún motivo que desconocemos, prefiere no reconocerlo...

—¡No puedo aceptar eso!

Sacudió la cabeza. —Usted no es ningún tonto, señor Rolt; ya debe haber calculado esa posibilidad. No le hará ningún daño reconocerlo.

—Es verdad que he pensado en ello como una posibilidad; sí. Pero lo deseché totalmente porque sé que no puede ser cierto. Creo que este hombre... este bandido de Chinn la encontró luego de que ella perdió la memoria y como encajaba perfectamente dentro de algún plan misterioso... debe haberse aprovechado de su estado.

—Estoy de acuerdo con usted en que ésta parece una posibilidad bastante plausible. Si le sirve de algún consuelo, tengo la certeza de que, cuando comprobemos sus aseveraciones acerca de lo que ella cree que es su pasado, descubriremos que muchas cosas serán falsas o imposibles. Es por eso que desearía que me contara todo lo que ella le contó. Cuantas más comprobaciones podamos

hacer, más pronto descubriremos la verdad. Sería capaz de apostar que en este momento no podremos encontrar al tal Albert Chinn o que Sarah tenga fotos o cartas de él que prueben su identidad.

—Me dijo que está en América; trabaja para una compañía petrolera. Lo va a llamar por teléfono.

—No recibirá respuesta. Nosotros ya lo estuvimos buscando. También sabíamos que se suponía que estaba trabajando con una compañía petrolera en América; pero nadie sabe nada de él. Y hemos investigado a fondo, señor Rolt. No necesito explicar lo que eso significa. Creo que lo más inteligente por el momento, será que usted me narre con lujo de detalles lo que ella le haya dicho y trataremos de investigar. Se trata de su esposa. No nos preocupa demasiado lo que vimos en las películas. Hasta que usted no nos diga lo contrario, directamente, se trata de su esposa que ha perdido la memoria y adoptado una nueva personalidad. El problema es suyo y es bastante grave. Usted lo afrontará según su deseo. Nosotros no interferiremos. Pero si en cualquier momento necesitara de nuestra ayuda, bien... ya sabe cómo lograrla.

Nos quedamos allí sentados y le conté todo lo que nos habíamos dicho Sarah y yo; lo hice con cierto placer porque quería demostrar que todo lo que concernía a Angela Starr era falso. Si podían lograr eso y si Sarah se convenciera, presentía que lo peor habría pasado. Pero el hecho de que Vickers había dicho que se trataba de mí problema y que debería tratarlo a mi manera, era algo que yo no aceptaba totalmente. Su tarjeta de identificación tenía cuatro estrellas azules. Yo conocía el Servicio Exterior y otras dependencias del gobierno. Si les resultara conveniente, no les importaría en lo más mínimo ni Sarah ni yo. No habría vinculaciones ni sentimiento de lealtad que les impidiera hacerse cargo del asunto.

Cuando terminamos de conversar, volvimos caminando al hotel. Él no paraba allí. —Le devolveré la narración de su esposa en cuanto pueda —dijo, mientras estábamos en la puerta—. Antes de irme, quisiera dejar algo en claro: al igual que usted, yo también pienso que su esposa está siendo usada. Cómo surgió la oportunidad o cómo se planeó todo, lo sabremos con el tiempo. Un día de estos encontraremos a ese señor Albert Chinn...

—¡Espero estar allí cuando lo hagan!... ¡Dios mío!, ¡cómo me gustaría tenerlo aquí en este mismo momento!

—Sin duda. Pero el asunto es que su esposa no ha sido usada con un fin inocente. Ya vio las películas. El mundo del señor Chinn está tambaleando. Él —y sin lugar a dudas, otros— no se sentirán felices de que esto suceda. A las personas que planean las cosas minuciosamente no les gusta verlas alteradas. Algunas veces devuelven el golpe.

—¿Quiere decir que debo tener cuidado al cruzar la calle?

—Todo el tiempo. En cualquier lugar. Es sólo una precaución sensata. Su coche está en el garaje en este momento, para que le cambien el parabrisas que se le rompió, ¿verdad?

—¿Cómo demonios lo supo?

—Porque estuve por aquí ayer. Tomé un trago en el bar, mientras usted comía en Otwell Park House. El tipo del garaje lo mencionó al pasar...

—Usted me ha estado vigilando. O alguien lo ha hecho.

—¿Fue un accidente?

—Sí.

—Tal vez haya sido así. Pero lo podrían haber hecho caer en la cuneta, podríamos decir. Entonces sólo hubiera sido necesario que le dieran un buen golpe para que resultara un accidente fatal. Por su propia seguridad, señor Rolt, creo que sería conveniente que comenzara a pensar en términos más drásticos que los de un conductor ordinario. ¿No le parece?

Se marchó. Cuando fui a retirar mi coche después de almorzar, le pregunté al hombre del garaje si había encontrado una piedra o algo así entre el vidrio pulverizado al limpiar el interior del auto. Me dijo que no había encontrado nada.

CAPÍTULO CUATRO

Cuando llegué a Otwell Park House aquella tarde, no me sorprendió que Sarah me dijera que no había logrado comunicarse con Albert Chinn. Cuando le pregunté el nombre de la empresa para la que trabajaba, me alcanzó un trozo de papel en el que figuraban también las direcciones de Londres y Nueva York.

—¿Tiene los números telefónicos?

—No; pero estarán en la guía.

—¿Alguna vez lo fue a ver a la oficina de Londres o lo llamó allí por teléfono?

—No; nunca tuve oportunidad. ¿Por qué?

—Para serle sincero, aunque obviamente acepto su palabra acerca de la existencia de este Albert Chinn y de que usted lo conoce, no creo que trabaje para esa compañía petrolera ni que tenga absolutamente nada que ver con ella.

—No creo que eso pueda ser así.

—¿Por qué está tan segura?

—Por algo que Albert me dijo; y también...

Se interrumpió y esperé que prosiguiera. Hoy estaba completamente tranquila y me parecía que había meditado mucho desde la última vez que la viera. Probablemente podría haber arribado a la conclusión que compartíamos Vickers y yo, de que Chinn se había aprovechado de su amnesia, para elaborar una nueva personalidad y antecedentes que sirvieran a sus propios fines.

—¿Qué es lo que te dijo Albert, Sarah?

Al oírme emplear su nombre levantó la cabeza bruscamente y por un momento pensé que se enfadaría conmigo.

Proseguí:

—Debes decirme si te molesta que te llame así.

Pero para mí, tú eres Sarah, mi esposa. No puedo seguir llamándote Angela o señora Starr.

Se encogió levemente de hombros. —Si lo prefieres así... —Sonaba algo fría y distante.

—¿Qué es lo que te dijo Albert? —repetí.

—Que prefería que nunca lo llamara a su oficina. O que le escribiera por intermedio de ella. Me pareció extraño, pero me explicó que realizaba muchas investigaciones confidenciales. Trabajos reservados que debería evitar que se conocieran oficialmente para que no lo conectaran con ellos abiertamente. Más aún; me dijo que si fuera necesario, ellos negarían que lo conocían.

—¿No te pareció extraño?

—No; conozco lo suficiente acerca de negocios como para saber que no todo se hace a través de los canales oficiales. Las grandes compañías viven en perpetua competencia y cuentan con sistemas de información propios. Seguramente usted sabrá esto, señor Rolt. Todas las empresas se vigilan entre sí y quieren averiguar los adelantos producidos. Siempre supuse que Albert haría un trabajo de este tipo.

—¿Alguna vez te pidió ayuda de alguna especie?

Fue hasta la ventana y se quedó dándome la espalda. —Pareces un policía.

—No es mi deseo. Solamente estoy tratando de aclarar toda esta maraña. Sé que eres mi esposa. Tú no sabes con certeza quién eres. Has aceptado ser Angela Starr y tienes pruebas de ello. Yo examinaré esas pruebas y estoy seguro de que resultarán falsas... fraguadas... Dios sólo sabe qué...

—¿Pero cómo podrás hacer eso? —dijo, dándose vuelta.

—Por muchos medios. Figuras en la policía como una persona desaparecida. Podemos contarle tu historia y ellos la verificarán. O, con mayor discreción, podría recurrir a mis amigos en Whitehall. Pero si por ahora no quieres que lo haga así... bueno, trataré de hacerlo personalmente. Cualquiera de las formas que prefieras será por tu propio bien... Quieres llegar a saber, sin duda alguna, quién eres. Yo ya lo sé, pero de nada te sirve mientras no lo sepas tú. Así que por ahora, mantengamos las cosas entre nosotros. ¿Alguna vez te pidió Albert que lo ayudaras en sus negocios?

—Una que otra vez.

—¿Qué hacías?

—Algunas veces me encontraba con algunas personas... Buscaba cosas para él. Cosas de negocios; una carta o una nota. Yo las entregaba a Albert o algunas veces a otra persona en su nombre.

—¿Qué pensabas de eso?

—Al principio no me gustaba. Pero me explicó que no había nada ilegal en ello. Sólo se trataba de gente con la que no le gustaba ser visto. Me explicó que cuando se trataba de grandes negocios entre compañías importantes, bastaba que dos personas fueran vistas almorzando juntas para que diera lugar a rumores que podrían dar por tierra con un contrato.

—Supongo que puede ser así.

—Estoy segura que no había nada ilegal en todo eso. —Sonrió—. Algunas veces yo pensaba que era innecesario. Era como un juego de hombres grandes, tratando de que todo pareciera secreto para que fuera más divertido. Por lo menos, esa es la sensación que me daba Albert. Le encantaba que las cosas fueran dramáticas... diferentes. Por ejemplo, si nos teníamos que encontrar para comer en alguna parte, podía aparecerse vestido con unas ropas que yo nunca había visto y una barba postiza o bigotes o una peluca... —Soltó una risita que para mí, volvió directamente del pasado; era un sonido que despertaba mil y un recuerdos—. Algunas veces yo estaría sentada en el bar o el salón de espera y él estaría allí también, a pocos metros. De

pronto me guiñaba un ojo y yo lo reconocería inmediatamente. Le encantaba hacer cosas divertidas, ¿sabe?

—¿Cómo era?

—Oh, no sé... Era un tipo común; de mediana altura, con la cara cuadrada, algo serio; casi triste. Pero siempre estaba lleno de bromas y risas.

Me puse de pie, encendí un cigarrillo y caminé hasta la ventana. Dos chicos jugaban al Bádminton con sus raquetas, en el jardín detrás del garaje. Desde un grupo de árboles, levantó vuelo una paloma, se elevó, agitó las alas un par de veces y desapareció de mi vista, planeando. Todo este asunto era terriblemente complicado. Alguien, en algún lugar, había armado esta broma sádica. Tenía deseos de golpear a alguien; pero golpearlo bien fuerte... Quería que se produjera una explosión que hiciera volar todo el asunto en mil pedazos.

Sarah debió presentir mi estado de ánimo. Oí que se aproximaba por detrás de mí y su mano tocó mi brazo por un instante.

—¿Qué vamos a hacer?

Me di vuelta y tuve que contenerme para no tomarla en mis brazos. Su rostro estaba pálido y demacrado; se la veía desalentada y tenía los ojos entrecerrados.

—Vamos a resolverlo entre nosotros. Quiero que vuelvas a Rolthead conmigo. Que lo veas. Que veas la casa en la que viviste varios años. Puede ser que te provoque alguna reacción. Si no lo hace, bueno... paciencia. Después de eso, quiero que vayamos a Amalfi a ver a tu madre. Debido a un accidente, una enfermedad o sólo Dios sabe qué, has perdido la memoria y no la has podido recobrar todavía. Estás viviendo con un pasado ficticio. Debo decírtelo porque es lo que creo. No acuso de nada a Albert Chinn. Sólo que no sé qué papel juega en todo esto. Pero una cosa está bien clara: debes averiguar quién eres en realidad. Yo lo sé; pero no basta. Debes saberlo tú. No hay absolutamente ninguna razón para que debas quedarte aquí...

—Pero sí; hay una... Debo ponerme en contacto con Albert.

La tomé firmemente por los hombros. Todavía era presa de la cólera y sólo quería hablar claramente.

—No quiero que vuelvas a hablar de Albert. Es obvio que sientes afecto por él; pero por lo que yo sé, no es tu hermano. Te encontró cuando vagabas en la tiniebla de tu amnesia y por algún motivo, bueno o malo, te inventó una vida totalmente falsa. Tu verdadera vida te espera en Rolthead. Lo menos que puedes hacer es volver allí y tener una oportunidad de reconocerlo.

Dejé caer mis manos. Pensé que había ido demasiado lejos. Lo sabía; pero nada me podía detener. Estaba listo para que ella se quejara de mis modales.

No lo hizo. Se limitó a sacudir la cabeza y dijo:

—Sabes lo que quieres, ¿no es verdad? Pero no voy a contestarte todavía. Pasaré el resto del día tratando de comunicarme con Albert. Vuelve esta noche después de la cena y te daré mi respuesta.

—Está bien... y siento mucho si estuve algo grosero.

—¿De veras que lo siente, señor Rolt? —dijo sonriendo inesperadamente—. Hay siempre mucho de verdad en la ira de un hombre.

Cuando volvía de Otwell Park House, me detuve en el lugar en que se me había roto el parabrisas y eché una mirada por los alrededores. La carretera había sido repavimentada recientemente y había pedregullo suelto junto a las banquetas. Por primera vez me di cuenta de que había una zanja bastante honda sobre la mano izquierda y se notaban las marcas de mis neumáticos que llegaban hasta medio metro de distancia. En cierto modo me molestaba haberme detenido allí para comprobar qué había pasado. No quería de ninguna manera formar parte del mundo de Vickers. Mi propio mundo estaba suficientemente complicado en este momento.

Desde el hotel, llamé a Rolthead y hablé con la señora Cordell, diciéndole donde me encontraba y que esperaba regresar pronto. Tomé una copa y comí temprano. Después de comer, salí a caminar hasta el río durante media hora. Quería darle a Sarah todo el tiempo que fuera posible para que hablara por teléfono. Era una noche tibia; la claridad del día desaparecía rápidamente y había bastante gente en los alrededores. Recordé las palabras de Vickers en cuanto a pensar en términos “dramáticos”, pero las deseché. Eso pertenecía a su mundo; no al mío. No había nada de siniestro en la noche ni en la gente con la que me cruzaba en las calles, en el muelle o junto al río. Sentía una especie de deseo de que algo sucediera; de que alguien tratara de atacarme. Dentro de mí, había una frustración que se hubiera aliviado si se me presentara la oportunidad de un acto violento.

Eran las nueve y media cuando regresé a Otwell Park House. Estacioné el auto a un costado del edificio y subí al departamento. El descanso de la escalera estaba a oscuras y tuve que tantear para encontrar la llave de la luz.

Toqué el timbre. Nadie contestó. Insistí tres veces más, manteniéndolo apretado. Tampoco obtuve respuesta. Tanteé la puerta. Estaba cerrada con llave. Golpeé con fuerza. Cualquiera que hubiera estado adentro hubiera oído mis furiosos golpes; pero no apareció nadie. Por un instante sentí la tentación de golpear la puerta con mi hombro y forzarla, pero me contuve. Un loco conjunto de ideas surcó mi mente como un relámpago.

Fui hasta la entrada principal. El encargado estaba sentado detrás de su escritorio, leyendo el diario de la tarde. Le pregunté si no sabía si la señora Starr había salido. No lo sabía. “¿No había dejado algún mensaje?”. “No; no había ningún mensaje”.

—¿Tiene usted duplicados de las llaves de los departamentos?

A pesar de que yo trataba de mantener la calma, debe haber notado cierta tensión en mí. —Sí, señor. ¿Por qué? ¿Hay algún problema?

—No estoy seguro. Pero la señora me esperaba esta noche y nadie me contesta. Su coche está estacionado en el garaje. Creo que sería una buena idea si usted me

acompañara y abriera la puerta del departamento. Podría haber sufrido un accidente y...

—Puede haber salido a dar una vuelta, señor. Es una noche muy agradable.

—Puede ser... —Tuve que contener mi impaciencia—. Pero si me quedo por aquí una hora, perdiendo el tiempo, bien podría ser que ella estuviera arriba, necesitando ayuda. Vamos, hombre; tome la llave y acompáñeme arriba. Lo haremos bajo mi total responsabilidad.

Me miró un instante, dudando. Luego se puso de pie y tomó la llave de un tablero que había detrás del escritorio. Subimos hasta el departamento. Tocó el timbre dos veces y al no obtener respuesta, abrió la puerta con la llave. Yo entré primero y él me siguió.

Estaba todo oscuro. Encendió las luces y entramos al hall y luego al gran living. Permanecía a mi lado y juntos revisamos el departamento. Consistía del hall, el living, un comedor, la cocina, un dormitorio principal con su baño y otro dormitorio más pequeño también con su baño. Los dos dormitorios tenían pequeños balcones que daban al frente. A pesar de que las ventanas estaban cerradas, el encargado las abrió y miró en los balcones. No había señales de Sarah por ninguna parte. Las camas estaban hechas y la del dormitorio principal, abierta para la noche. No había rastros de comida en la cocina ni tampoco estaba puesta la mesa en el comedor.

Cuando volvimos al living, el encargado dijo:

—No parece haber nada extraño, señor. Creo que fue una buena idea entrar a revisar el departamento y estoy seguro de que la señora Starr comprenderá. Es una señora muy amable y de buen trato. Le encanta caminar. La noche es agradable y probablemente ha salido a dar una vuelta...

Casi no lo oía. Sólo sabía que se había ido. Nunca se hubiera ido a dar una vuelta, sabiendo que yo volvería; especialmente en el estado en que estaban nuestras relaciones. No conocía el departamento y no sabía cómo averiguar si faltaban ropas o artículos de uso personal. Por lo que yo apreciaba, todo estaba como la última vez en que yo había estado allí. El cenicero que había sobre la mesa, junto al sillón donde me había sentado, todavía tenía dos colillas. Me hubiera gustado quedarme solo y revisar el departamento metódicamente; pero el portero no lo vería bien; y con bastante razón. No me conocía y debía velar por la intimidad de sus inquilinos.

Cerró la puerta con llave nuevamente y bajamos. En ese momento pensé que podría haber despertado ciertas ideas en el encargado que luego podrían resultar un problema. No le interesaban las idas y venidas de sus inquilinos. Pero yo le había demostrado que los movimientos de Sarah tenían un interés especial para mí. Si no regresaba, podría sentirse en la obligación de avisar a la policía. Eso no me convenía en este momento. Ello traería aparejada publicidad y toda clase de inconvenientes. Y también sabía que a Vickers no le agradaría.

—Espero que tenga usted razón y que sólo haya salido a dar un paseo. Volveré a llamarla más tarde. Si no vuelvo a comunicarme con usted, será porque no hay

ningún problema.

—Muy bien, señor.

Le puse en la mano un billete de una libra y volvió a su escritorio.

Volví al hotel, sin saber qué hacer ni qué pensar. Podría haber salido a caminar. En realidad, tenía bastantes cosas en que pensar... más aún de las que yo sabía, si es que había conseguido comunicarse con Chinn. Tal vez tantas, que no se había animado a enfrentarme esa noche. Decidí llamar por teléfono antes de acostarme y si no contestaba, iría a la mañana para ver si había regresado.

Guardé mi auto en el garaje del hotel. Mientras pasaba por el hall, la empleada de la recepción me llamó:

—Señor Rolt...

Fui hasta donde estaba ella.

Me alcanzó un sobre. —Hace un momento llegó esto para usted.

El sobre estaba dirigido a “R. Rolt, Esq”. Conocía muy bien la letra. Lo abrí; dentro había una pequeña hoja de papel. Escrito de su puño y letra, pero sin firmar, pude leer: “Por favor vuelve a Rolthead y ten paciencia. He hablado con Albert”.

—¿Quién trajo esto? —le pregunté a la chica.

—No lo sé, señor. Tomé mi turno hace media hora y estaba sobre el mostrador.

—Gracias.

Subí a mi habitación y me quedé sentado en el borde de la cama, contemplando la hoja de papel.

Salí de Woodbridge temprano a la mañana siguiente. Fui hacia Otwell Park House. El Audi estaba todavía en el garaje. Subí hasta su departamento y toqué el timbre un par de veces pero no obtuve respuesta.

Antes de irme, fui hasta donde estaba el encargado y le dije que la señora Starr estaba bien. Había salido a dar una vuelta la noche anterior, según habíamos pensado. Agregué que se iría de viaje y estaría ausente varios días. Aceptó todo lo que le dije sin demostrar mayor interés. Mi preocupación era asegurarme en lo posible que los hechos de la noche anterior y su ausencia, no despertaran en él sospechas, que lo indujeran a llamar a la policía.

Decidí ir a Londres de paso para Rolthead. Llegué poco después del mediodía. Estacioné el auto y fui a almorzar a mi club. Había estado pensando intensamente durante todo el viaje. A pesar de que no tenía la menor intención de prestarme a ninguna forma de actuar que Vickers hubiera decidido secretamente, decidí que era justo informarle sobre los últimos acontecimientos. Por lo que a mí concernía —a pesar de que me resultaba bastante difícil— estaba preparado a tener paciencia como me había pedido Sarah. Había una cierta esperanza para mí en esa nota. Hubiera dado cualquier cosa por saber qué había sucedido entre ella y Albert Chinn. Seguramente habría sido de tal cariz, pensaba yo, como para hacer que ella quisiera unos días de

paz y recogimiento para ordenar sus pensamientos. No podía aceptar otro planteo. No obstante, me parecía razonable informar a Vickers. Lo llamé a su oficina del Servicio Exterior y lo sorprendí justo cuando estaba por salir a almorzar. Por un momento pensé en invitarlo a almorzar conmigo, pero luego cambié de idea. Por el momento, cuanto menos tiempo pasara con él, sería mejor. Le dije que viniera al club a tomar un café después de almorzar.

El conserje me anunció su llegada en el hall de entrada. Todavía tenía el rostro cubierto de barba a medio crecer, pero vestía un traje oscuro, llevaba un paraguas y un sombrero hongo en la mano. Subimos por la escalinata principal y encontramos un compartimiento desocupado en la amplia galería, debajo de la cúpula de cristal que iluminaba el hall.

Después que nos sirvieron el café y quedamos a solas, le conté lo sucedido la noche anterior y le entregué la nota de Sarah. Le echó un vistazo y la dejó caer sobre la mesa.

—¿Qué piensa de esto? —pregunté.

Se rascó la barbilla y dijo, dudando:

—Podría haber varias explicaciones, naturalmente. ¿Cuál le parece a usted la más adecuada?

—¿Qué demonios quiere decir, con eso de que cuál me parece la más adecuada? —dije, cortante.

Suspiró, se acomodó nerviosamente el nudo de la corbata y me miró con una sonrisa helada. —Lo siento; pero me parece una observación perfectamente razonable. Desde mi punto de vista, podría ofrecerle dos o tres hipótesis. No debe sulfurarse porque está preparado solamente para aceptar una de ellas. Ambos buscamos la verdad, ¿no es así?

—Por supuesto. Y a mí me resulta claro que Sarah —no puedo seguir llamándola señora Starr— se puso en contacto con este tipo, Chinn y éste tuvo que confesarle la verdad: decirle que la había utilizado, que le había inventado una vida falsa. Esto debe haberle producido un shock y lo único que querrá ahora, será alejarse por unos días y ordenar sus pensamientos y acostumbrarse a la idea de que en realidad no es Angela Starr. Que es Sarah Rolt. Pienso que eso es lo que hubiera hecho yo en circunstancias similares. ¡Maldito sea!... Cómo me gustaría echarle el guante a ese canalla de Chinn...

—Sin duda. —Sonrió—. Espero que logre hacerlo algún día... Sí; creo que ésa es una interpretación bastante plausible. Pero también podría haber otras. De cualquier manera, no tienen mayor importancia en este momento. El asunto es que la señora Rolt ha desaparecido. No le queda otra cosa que hacer, que sentarse en Rolthead y esperar que regrese. Estoy seguro de que lo hará.

—Yo también.

—Pero debo advertirle que eso no quiere decir necesariamente que volverá con la memoria restablecida. Sólo entonces confiará en su palabra y en toda la evidencia que

usted le pueda proporcionar —totalmente innegable, como sabemos—, para comenzar a construir una nueva vida.

—Recibirá el mejor tratamiento que pueda proporcionarle. Más tarde o más temprano, se curará. No puedo ni siquiera concebir otra posibilidad.

—Naturalmente; sólo que pido que no se encierre totalmente. —Sacó de su bolsillo un largo sobre blanco y me lo entregó—. Esta es la narración que tan amablemente me dejó leer. Ya le hemos sacado una copia. Todavía no certificamos ninguno de los hechos que figuran en ella. Pero tengo la certeza de que, cuando lo hagamos, encontraremos que todos son falseados. Una mezcla inteligente elaborada por Chinn, podríamos decir. Pero hay algo que quisiera decirle, creo que por su bien.

—¿Qué demonios se trae entre manos ahora?

—Creo que debe ser otra prueba más de las habilidades de Chinn. La gente de nuestro laboratorio efectuó un rápido análisis del escrito y la tinta esta mañana. Dicen que podrían jurar ante cualquier tribunal que ese documento no fue escrito de ninguna manera hace más de dos meses.

—Bueno. ¿Y por qué no? —exclamé—. Ella no especificó cuándo lo había escrito.

—Si hubiera tenido usted una experiencia semejante y quisiera fijarla en su memoria, ¿hubiera tardado tanto tiempo en hacerlo?

—¿Cómo demonios quiere que sepa lo que yo hubiera hecho? ¿Sugiere usted que esta narración es sólo un invento de ella? ¿Que es una mentirosa?

—No sería muy hábil de mi parte si hiciera tal cosa; sobre todo ante su estado de ánimo actual, señor Rolt. Todo lo que puedo sugerirle es que —tal vez contra su voluntad— puede haberse visto forzada a hacer o decir cosas que... serían para su propia seguridad. —Se puso de pie—. Le agradeceremos que nos avise cuando su esposa llegue a Rolthead. No nos inmiscuiremos para nada. Pero si llega a necesitar ayuda, siempre podrá recurrir a nosotros.

A pesar de que estaba furioso, no lo estaba contra él. Era contra todo el enojoso y confuso asunto. Respondiendo a un impulso repentino, le dije:

—Usted y su gente saben mucho más de lo que pretenden o están dispuestos a decirme en este momento, ¿no es verdad?

Reflexionó sobre esto, haciendo balancear con una mano la cucharita de café por encima de la taza. —Así es —afirmó—. Pero nada de lo que sabemos, le serviría a usted en este momento; ni tampoco a la señora Rolt. —Se interrumpió; se pasó nerviosamente la mano por el mentón y agregó—: No incurriré en infidencia si le confieso que hay mucho más detrás de todo esto que la desaparición de su esposa y su eventual amnesia. Sólo puedo decirle que en este momento existen dos posibles teorías; y no hay absolutamente nada que nos indique cuál es la correcta.

—¿Y qué sucede entonces con Sarah? Si ustedes piensan que no es totalmente inocente en algún asunto turbio, será mejor que me lo diga claramente. Eso aclarará el panorama y por lo menos sabré a qué atenerme...

Ante mi sorpresa, forzó una sonrisa. Hizo un gesto hacia la balaustrada de hierro forjado que rodeaba la galería y replicó:

—¿A sólo dos metros de aquella escalera? No estoy loco como para eso. Pero le seré sincero: Usted podría resultarme desagradable, señor Rolt; más aún, esperaba que fuera así la primera vez que lo conocí. Pero no fue así. Me gusta usted, realmente. Así que le diré lo que pienso que es la verdad en cuanto a su esposa. Creo que —sin tener ninguna opción— se encuentra en tierra de nadie y por ahora debe soportar fuego cruzado de ambos bandos.

—Con eso no me ha dicho usted gran cosa... Pero lo mismo, agradezco su intención.

Después que se fue, me dirigí al bar y pedí un cognac grande. Al sacar de mi bolsillo la billetera para pagar mi consumición, cayó sobre el mostrador una tarjeta de visita. La tomé. Era la que Sarah me había dado con el nombre y la dirección del profesor del que me había hablado y al que todavía veía una vez por mes.

“Sir Hugh F. Gleeson, Abbey House, Upper Chute, Wilts”. Sabía vagamente dónde quedaba Upper Chute y no me representaba desviarme demasiado de mi ruta de regreso a Rolthead. Mientras bebía mi cognac, reflexioné que no tenía mayor urgencia en regresar. Sarah no estaría allí.

Cuando terminé mi bebida, fui hasta la biblioteca del club y traté de ubicar Upper Chute en un mapa. También busqué un ejemplar del *Quién es Quién* y busqué el nombre de Gleeson. Frente a la sencillez de su tarjeta, no pude menos que sonreírme al leer el artículo dedicado a su persona. Era Sir Hugh Frank Gleeson, K.B.E., y había varios renglones dedicados a su biografía. Había nacido en 1805, por lo que tenía cerca de ochenta años. Era M.A., D.M. (Oxon) y un F.R.C.P. (Londres); educado en las facultades de Rugby y New College, en Oxford. Luchó en la primera guerra mundial (recibió la *Medaille Militaire*) y seguía luego una larga lista de nombramientos, distinciones y publicaciones. Había sido en diferentes oportunidades, director del Guy's Hospital, neurólogo consultor del John Hopkins Hospital, profesor del Sims Travelling Commonwealth, Harveian Orator, miembro honorario de la Sociéte de Neurologie de París y director del Laboratorio Psicológico de Cambridge. Sus hobbies eran la astronomía y la pesca con señuelos. Su dirección era la misma que figuraba en la tarjeta, pero también daba un número telefónico.

Mi primera intención fue llamarlo y preguntarle si podría pasar a verlo pero luego cambié de parecer. No tendría la menor idea de quién era yo y si le mencionara a Angela Starr, la ética profesional haría que se negara a hablarme del caso. Es mucho más fácil colgar el auricular rápidamente que cerrarle la puerta en las narices a un visitante en su propia casa. Quería verlo y no estaba preparado para ningún rechazo. Si no lo encontraba en su casa, siempre podría volver otro día. Sarah me había dicho que lo apreciaba mucho y yo tenía el presentimiento de que, si estaba en casa, me recibiría.

Tardé dos horas y media en llegar a Upper Chute. Abbey House era una casa de piedra, de aspecto poco acogedor, ubicada en medio de un parque, al borde de la pendiente y mirando al Sur.

Me abrió la puerta un mayordomo vestido de oscuro. Le di mi tarjeta y le dije que le agradecería si le preguntara a Sir Hugh Gleeson si podía brindarme un momento de su atención para consultarle sobre algo personal. Tuve suerte. Sir Hugh estaba en casa y me atendería gustoso.

El mayordomo me condujo por un largo corredor, a cuyos lados colgaban enormes cuadros pintados al óleo, hasta un escritorio de ventanas acogedoras, que miraban hacia el Sur, por encima de la suave pendiente y el bosque próximo. Al principio no presté mucha atención a los muebles de la habitación, pero sí noté junto a una de las ventanas un escritorio sobre el que había una pequeña morsa de las que se emplean para fabricar señuelos, una cantidad de plumas diferentes y sedas de distintos colores. Por la forma en que la silla estaba retirada hacia atrás, adiviné que Sir Hugh había estado dedicado a la fabricación de moscas.

Ahora estaba de pie junto al hogar y me extendió la mano en señal de bienvenida; me indicó una silla. Él permaneció de pie. Era un hombre alto, de cabellos grises y a pesar de estar levemente encorvado, tenía una apostura casi militar. Su rostro estaba surcado de arrugas y la piel caía formando numerosos pliegues; los ojos, bajo unas cejas hirsutas, eran de un brillante color celeste. No parecía preocuparse mayormente de su apariencia personal, por lo menos en la intimidad. Vestía una gastada chaqueta de pana verde y unos pantalones de uniforme, muy arrugados.

Miró mi tarjeta y la colocó sobre la repisa de la estufa.

—¿Es usted el hijo de Henry Rolt? —preguntó.

—Sí; Sir Hugh; así es. ¿Conocía usted a mi padre?

—Lo vi en varias ocasiones; no éramos muy amigos. Pero siempre me resultaba agradable encontrarlo. Siempre tenía algún buen cuento para narrar. ¿Tiene usted la misma habilidad?

—Mucha me temo que no, Sir Hugh. Por lo menos, las mías no suelen ser historias entretenidas. Pero casualmente, hoy tengo una que me gustaría contarle.

—¿Un tipo sobrio, eh? Y ¿por qué razón aparece así de repente, queriendo hacerme oír una historia? Estaba sumamente entretenido armando una Green Highlander. Pienso ir a Escocia la semana próxima. Todavía pesco ¿sabe? Todos tratan de convencerme de que estoy decrepito y se ponen al borde de un colapso cuando busco mi bastón y me preparo para vadear los arroyos.

—Quisiera contarle esta historia porque, espero, sinceramente, que pueda usted ayudarme.

—¿Es muy larga?

—Trataré de hacerla lo más corta que pueda. Usted ya conoce parte de ella.

—¿De veras? —Miró su reloj y prosiguió—: Es demasiado tarde para el té y demasiado temprano para un whisky. Tendremos que conformarnos con un jerez.

Se acercó hasta una mesa revuelta, tomó el teléfono interno y llamó al mayordomo. —Martie, tráiganos una botella de jerez y un par de copas. No pierda el tiempo con bandejas de plata o botellones. —Colgó el receptor y dijo—: Supongo que usted será el que se hizo cargo de todo después del fallecimiento de su hermano.

—Sí, así es, Sir Hugh.

—Trabajaba usted en el Servicio Exterior, ¿no es así?

—Sólo durante un tiempo.

—¿Sintió dejar el puesto?

—No; realmente no, Sir Hugh.

—Me parece muy sensato de su parte.

Se dejó caer algo rígidamente en un sillón, sacó un estrujado paquete de cigarrillos y encendió uno. Me señaló con la cabeza y añadió:

—Puede fumar si lo desea; estos no le gustarían. Son medicados, pero eso no impide que lo mismo me hagan toser como el demonio algunas veces.

Encendí uno de mis cigarrillos y comencé mi historia. Mientras lo hacía, apareció el mayordomo con una bandeja de plata sobre la que traía un botellón de jerez y dos copas muy finas de Waterford.

Traté de simplificar mi historia todo lo que pude. Pasé por alto una cantidad de detalles, sobre todo lo referente a Vickers y al Servicio Exterior e hice un resumen del episodio de las películas que me habían mostrado y que habían conducido a la identificación de Sarah. Pero hice hincapié en el hecho de que yo creía que Albert Chinn se había aprovechado de la pérdida de memoria de Sarah para crearle una nueva identidad.

Escuchó todo lo que le dije sin interrumpirme, echándose hacia adelante en su asiento, poniendo ambas manos sobre un gastado bastón de nogal que había apoyado contra la mesa donde estaba el jerez. Cuando concluí, volvió a llenar su copa, mientras miraba la mía que estaba prácticamente sin tocar y dijo:

—¿Conoce usted bien las Sagradas Escrituras?

—¿La Biblia?

—¿Qué otra cosa puede ser? Cuando Martie me trajo su tarjeta, yo estaba ocupado. Ocupado y feliz, realizando un trabajo pequeño pero agradable. Pensé que podría tratarse del hijo de Henry Rolt, pero eso no me pareció motivo suficiente como para no armar dos o tres moscas para atrapar salmones antes de la cena. Estuve tentado de hacerle decir que había salido pero recordé un pasaje de la Biblia. Dice en alguna parte: “No descuides entretener a un extraño; por cuanto algunos habrán entretenido ángeles inadvertidamente”.

—Mucho me temo que no soy un ángel, Sir Hugh.

—¿Cómo podemos saber lo que somos? De cualquier manera, dejaremos el asunto así. Obviamente es usted un hombre práctico y lógico. No pierde su tiempo en

tonterías. Pero no pierda la esperanza. Puede ser que algún día comprenda. Algo más acerca del cielo y de la tierra; cosas de ese tipo...

Sinceramente no entendía absolutamente nada de lo que me decía, pero había sido amable conmigo y necesitaba su ayuda. Los viejos suelen estar llenos de sabiduría, pero algunas veces se van por las ramas. En mi estado de ánimo actual, sólo tenía una preocupación.

—Le agradezco que me haya recibido —dije—. Y esa es mi historia. No podría decirle si estoy parado al revés o al derecho; lo único que sé sin la menor duda, es que la señora Angela Starr es mi esposa Sarah.

—¿Y ahora irá a Rolthead para esperar que aparezca por allí? —Sí.

—¿No tiene dudas de que lo hará?

—Absolutamente ninguna.

—Esa es una demostración de fe. Es una buena señal; y ¿qué es lo que quiere de mí?

—Dios bien lo sabe, Sir Hugh. Algunas veces, me encuentro totalmente a la deriva. Supongo que quisiera algo de esperanza de su parte. Quisiera que continuara el tratamiento. O aconsejarme quién debería hacerlo. Pero más que nada, necesito una explicación, una promesa —esperanzas— de que con el tiempo volverá a ser ella misma. Esto no es sólo un deseo egoísta mío; es por su propio bien.

Asintió con la cabeza:

—¿No le importa si hablo como un viejo sabio de las montañas, mi amigo? He notado que es usted de carácter muy estricto y obstinado cuando se trata de solucionar un problema. No le importaría aplastar a cualquiera que se atravesara en su camino, si estuviera en la certeza de estar sobre la pista correcta, ¿no es verdad?

—Bueno... sí; supongo que no me importaría. Siempre que estuviera seguro de estar en lo cierto.

—El problema, Rolt, es que puede haber diferentes caminos hacia la verdad. Y con frecuencia se entrecruzan y la gente se encuentra frente a frente, cada uno seguro de su propia verdad. ¿Quién debe ceder en ese caso?

Contuve mi impaciencia. No había ido hasta allí para recibir una lección de moral o filosofar. Necesitaba ayuda. Si todo lo que iba a hacer era irse por las ramas, estaba perdiendo mi tiempo.

Pareció adivinar mis pensamientos porque sonrió y dijo:

—Lo siento. Creo que lo estoy confundiendo. Es imperdonable. Iré derecho al grano. Sí; cuando su esposa regrese, tráigala a que me vea. Conozco toda su historia como la señora Starr. La tengo en mi archivo; desde un punto de vista estrictamente profesional, es un caso bastante raro, pero no único. No trataré de explicárselo. Existen muchas formas de amnesia y lesiones cerebrales. En lo que respecta a su esposa, no creo que tenga ninguna lesión de ese tipo. Ése fue el diagnóstico del neurólogo de Manchester. A usted no le serviría de nada conocer la diferencia entre estados evasivos, ambulaciones patológicas o los efectos que producen a corto o largo

plazo la amnesia psicológica u otras formas de pérdida de la memoria. No sería ni más ni menos capaz de solucionar su problema. Todo lo que desea saber, es si ella volverá a ser lo que era antes; ¿no es así?

—Sí; por supuesto.

—Bueno; yo no soy Dios. Él es el Supremo Consultor; pero me siento capacitado, tal vez algo presuntuosamente, a anticiparme a él con todo respeto. Sí; creo que ella retornará a su estado normal.

—¿Cuándo?

—Su pregunta es obvia. Pero puede ser que no le agrade la respuesta. Pienso que su pérdida de memoria pueda muy bien ser una forma de autocastigo que se ha infligido a sí misma por sentimientos de culpabilidad.

—¿Culpa? ¡Por Dios!; ¿de qué puede sentirse culpable? —Lamenté mi desborde, pero ya era tarde.

Permaneció en silencio por un momento y luego agregó, con suavidad:

—¿Se habrán cruzado dos caminos hacia la verdad en algún momento? ¿Habrá habido otro caminante en su camino?

—Lo siento, Sir Hugh. Le ruego que me disculpe.

—No es nada, amigo. En cuanto a la culpa, si uno conociera la causa, todo sería muy sencillo, claro está. Pero para tranquilizarlo, le diré que hay miles de formas de culpa que no tienen nada que ver con la ley y de ninguna manera constituyen delitos penales. Uno puede ser culpable de dar o pretender demasiado cariño. De sentirse inútil o ignorante; arrogante, orgulloso... hay cientos de causas. Algunas personas hasta se sienten culpables de ser demasiado felices. ¿Me comprende usted?

—Sí; sí... comprendo. —Lo comprendía en general; pero no podía entender qué relación podría guardar con la pérdida de la memoria o el propósito deliberado de perderla. En este momento lo que menos me importaba era realizar disquisiciones metafísicas. Me bastaba con saber que, a su juicio, Sarah recobraría la memoria. Esto representaba una esperanza. Era lo que buscaba. También había algo más—: ¿Le importaría si le hiciera unas cuantas preguntas Sir Hugh? —pregunté—. ¿Si me salgo de los límites... bueno... de la ética profesional?

—Si lo hace, me limitaré a hacerlo callar, Rolt. Pregunte pues.

—Está este hombre, Albert Chinn, que dice ser su hermano. ¿Lo conoció usted?

—Sí; lo conocí de manera muy casual. Es por ello que, una vez que había terminado con el neurólogo y todo el resto del tratamiento de rutina, me la trajo para que la viera.

—¿Puedo preguntarle cómo lo conoció?

—A través de negocios... —Se sonrió y se frotó la nariz contra la empuñadura de su bastón—. Usted puede que no lo sepa; pero soy un apasionado de los retratos. Retratos antiguos que no sean pintados por artistas famosos. Del tipo de cuadros que se pueden encontrar en casas viejas como ésta. Inglaterra y el continente los tienen a montones. Algunos son muy buenos; otros, horribles. Pero me agrada coleccionar

todos los que puedo. Conocí a Chinn por primera vez en un remate en una casa de campo. Llegó tarde para ofertar por un cuadro que yo había comprado. Trató de comprármelo particularmente después, pero no se lo quise vender. Luego lo encontré en otros varios remates y bueno... mantuvimos un conocimiento relativo. Después de un tiempo, me trajo a su esposa.

—¿Era un vendedor profesional?

—Pienso que no; sólo un aficionado, como yo. Por lo que yo sabía, estaba conectado con una compañía petrolera y vivía cerca de Woodbridge. Supongo que, dadas las circunstancias, le costará aceptar esto, pero es un buen tipo. Me gustaba. Pero eso no quiere decir nada. Suelen agradarme muchos tipos dudosos.

—¿Usted lo consideraba dudoso?

—No en ese momento. Pero por lo que me cuenta, podría serlo.

—¿Lo ha visto últimamente?

—Hace más de dieciocho meses.

—Lamento insistir, pero: ¿podría describírmelo?

—Por supuesto. Diría que está alrededor de los cincuenta años. De mediana estatura. De buena contextura; hablaba correctamente. El rostro más bien grande. Cabello oscuro, muy lacio y un bigote cortado muy corto y una barba bien cuidada. Siempre supuse que sería inglés, pero con un toque de vanidad en cuanto a su aspecto personal. Quería parecer continental. Era un hombre muy inteligente. Muy culto. Le resultará extraño, pero soy un astrónomo aficionado. Él también lo era, pero sabía mucho más que yo.

—¿Puede imaginarse algún motivo que haya tenido para inventar ese ficticio pasado para mi esposa?

Negó con la cabeza. —Lo encuentro muy extraño; pero las rarezas del ser humano son infinitas. Pienso que le habrá resultado conveniente por alguna razón.

Le hice unas cuantas preguntas más y luego me marché. Me acompañó hasta el hall. Era un lugar lúgubre y de techo altísimo; una ancha escalera de piedra arrancaba de allí. Se detuvo a mitad de camino. Me miró en silencio por un par de segundos, casi como si estuviera tratando de tomar una decisión.

Luego dijo:

—Es usted un buen exponente de Dorset, Rolt. Una familia sin dobleces. Con los pies bien firmes sobre la tierra. Y esto de por sí, es admirable. Pero en este momento se encuentra inmerso en una situación que nunca se hubiera atrevido a soñar.

—Bueno...; no le discutiré eso.

—Déjeme mostrarle algo; no para confundirlo más todavía; ni siquiera para sugerirle nada. Es algo que me pareció sumamente curioso. Mire eso.

Levantó su bastón y señaló un cuadro que colgaba a uno de los lados del hogar; estaba en una fila donde había varios otros, pero especialmente bien iluminado por una luz en la parte superior del marco. Era de una mujer de cabellos oscuros. Tenía el cabello recogido hacia atrás, formando dos suaves ondas a ambos lados de la cabeza

y sostenidos con una cinta sobre la nuca. Vestía un traje largo, color torcaza, que ocultaba sus pies; estaba sentada en una silla de respaldo alto. Alrededor del cuello, tenía una cinta negra angosta, con un broche de brillantes en forma de estrella. Detrás de la silla, se veía un amplio ventanal, enmarcado en cortinas rojas, sostenidas a ambos lados. En el fondo se veía un paisaje convencional; un parque y un hombre a caballo a la distancia. Sostenía un abanico en la mano derecha. Su brazo izquierdo descansaba al costado de la silla, con la mano apoyada en él brazo del sillón. A sus pies había un perro pequeño, de tipo *spaniel*. En la parte inferior del marco, tenía una pequeña placa dorada con una inscripción en negro.

Di un paso hacia adelante para leer lo que decía y Sir Hugh me informó:

—Lo pintó un hombre llamado Hever. Sé muy poco acerca de él. A pesar de que era solamente un pintor trashumante, tenía algo especial. Se ganaba la vida viajando por el país, pintando retratos familiares. Tengo un par más. Se venden entre cincuenta y cien libras. Este es el cuadro que quería Chinn. Me ofreció mucho más de lo que yo había pagado por él. Tuve mis motivos particulares para no querer venderlo. ¿Le gusta?

Sí; por cierto. Es muy agradable. Parece una mujer serena, tranquila. —Mientras hablaba, iba leyendo la inscripción: “Miss Evangeline Santora de Great Park en el condado de Worcester. 1820”.

Di nuevamente un paso hacia atrás, escudriñando cuidadosamente el cuadro. En ese momento observé algo que me hizo volver súbitamente hacia Sir Hugh.

Antes de que pudiera decir nada, movió la cabeza, como para hacerme callar. —Bien —dijo—. Es usted un hombre observador, Rolt. Yo también lo soy. —Indicó el cuadro con un movimiento de cabeza—. Allí está; y puedo asegurarle que no se debe a una falta de capacidad profesional. Hever era un excelente artesano por sobre todas las cosas. Entonces, márchese y deje que vuelva a mis señuelos. Llámeme cuando vuelva se esposa.

Retomé la senda, pensando por qué motivo me había dado la oportunidad de mirarlo. La mano izquierda de Evangeline Santora, que descansaba sobre el brazo del sillón, era exacta a la de Sarah, con el “dedo de Saturno” más corto, perfectamente a la vista.

CAPÍTULO CINCO

Mientras volvía hacia Rolthead, decidí que sería mejor por el momento no decirle nada a mi familia o a la señora Cordell acerca de Sarah. (Mi hermano menor vivía en una granja de dos mil acres a veinte millas de Rolthead. Tenía dos hijos, ambos varones; uno estaba todavía en la escuela primaria y el otro en el secundario; para mayor exactitud, en Marlborough. También tenía una hermana, dos años menor que yo, casada con un oficial de marina. Vivía en Plymouth en la actualidad, donde habían destinado a su esposo. Tenía una hija de diecinueve años. También había otros Rolt no tan cercanos, diseminados por todo el país).

Me pareció que no tenía objeto decirles nada. La situación era suficientemente complicada para mí, sin necesidad de añadirle las conjeturas y curiosidad que en ellos despertaría. Pero había una persona a la que creía que debía contarle todo: la madre de Sarah.

Esa noche, después de comer, fui hasta mi estudio para escribirle. Antes de comenzar, miré largamente el retrato que Bordino había pintado de Sarah. Recostada suavemente sobre la balaustrada de piedra, su brazo izquierdo caía suavemente y los pliegues de su falda cubrían en parte los dedos de su mano izquierda. Bordino había elegido la pose y yo sabía que era demasiado observador como para no haberse fijado en el “dedo de Saturno”. No había dicho nada al respecto. El pintor trashumante del que Sir Hugh Gleeson me había hablado, Hever, habría sido igualmente observador y prudente, pensaba yo. Pero, obviamente Miss Evangeline Santora no le había dado la menor importancia a su pequeño defecto, como para impedir que se lo retrataran. Evidentemente, sería una mujer de mucha personalidad.

Le escribí una larga carta a la madre de Sarah, contándole lo que había sucedido. No le di todos los pormenores, como no se los había dado a Sir Hugh; no obstante, le brindaba un panorama bastante claro y completo, con excepción de la implicancia de Vickers y su interés profesional en Albert Chinn.

Cuando terminé, me quedé allí sentado, pensado en la madre de Sarah. Siempre sentí que Alexina Vallis nunca se había conformado sinceramente con nuestro casamiento. Nunca habíamos tenido ninguna diferencia, pero siempre me pareció que yo no era el tipo —tal vez era mi carácter lo que no le agradaba— que ella habría deseado para su hija; seguramente más de una vez habría imaginado o más aún, considerado de manera práctica, al hombre que un día sería el marido de Sarah. (Ella me había confesado que el hombre con quien se había comprometido había sido, en realidad, elegido por su madre. Era un italiano, autodidacta, que había desarrollado ciertos procesos nuevos en el campo de los plásticos; inició su propia compañía para

elaborarlos y había logrado mucho éxito). Aún después que Sarah y yo nos habíamos fugado y casado secretamente y que Alexina nos había perdonado, había algo en su actitud que me preocupó durante mucho tiempo; lo había comentado con mi padre. Él me había dicho que era sólo mi imaginación. Siempre se había entendido muy bien con ella; pero lo hacía con todas las mujeres. Tenía un encanto especial y una galantería innata que a mí me faltaba por completo. Me señaló además, que era un hecho psicológico reconocido, que todas las madres se sentían básicamente antagonistas de los hombres que pretendían quitarles a sus hijas. Me divertió que me dijera esto, porque también había funcionado exactamente a la inversa: a mí me constaba que, a través de sus conexiones en el Servicio Exterior (a pesar de que ya estaba retirado), se había ocupado de averiguar quién era este banquero Vallis, fallecido, el padrastro de Sarah. Sus antecedentes habían sido impecables y su fortuna pasó a Sarah y a su madre.

Luego de terminar la carta y como aún quedaba algo de luz crepuscular, llamé a Frannie, el perro, y fui a dar un paseo por el parque hasta el lago que había mandado a hacer para Sarah. Había una islita en el medio sobre la que se veía una cabaña veraniega. Las truchas saltaban tratando de atrapar una nube de moscas que pululaban junto a los juncos que bordeaban la isla. En el aire, por encima del agua, algunos murciélagos estaban de cacería en un vuelo aparentemente sin sentido. Repentinamente, desde el lado más lejano del lago, se oyó un ruiseñor que iniciaba su canto desde un macizo de nogales. El canto del pájaro hizo que se me formara un nudo en la garganta. Sarah y yo solíamos caminar a esta hora, después de comer y oíamos a los ruiseñores que saludaban las primeras sombras de la noche. Me di vuelta y pasé por un pequeño portón que daba a un camino que conducía a los primeros peldaños de la pendiente. El perro corría delante de mí, entretenido husmeando entre los helechos y matorrales en busca de liebres. A un lado de la senda, más o menos cincuenta metros más adelante, había un grupo de abetos, proyectando sus siluetas metálicas contra el pálido cielo en el que las estrellas recién comenzaban a cobrar fuerza. Cuando el perro estaba a diez metros de los abetos, se detuvo en seco; se le irguieron los pelos del lomo y comenzó a gruñir, señalando con la cabeza gacha hacia los árboles. Mientras me aproximaba a él, Frannie salió disparando hacia adelante unos cuantos metros, se detuvo nuevamente y comenzó a ladrar furiosamente.

Me llevé la mano al bolsillo, buscando la linterna que siempre llevaba conmigo en mis caminatas nocturnas. A pesar de que el terreno de esta zona me pertenecía, el sendero era público; llamé al perro que regresó sin mucho entusiasmo. Luego avancé. Había solamente cuatro o cinco árboles; los troncos estaban desnudos hasta más o menos dos metros de altura, donde comenzaban las ramas. Había suficiente luz como para que alcanzara a ver cualquier cosa que se alejara de allí. Sólo se me ocurría que podría ser un intruso. Siempre quedaban algunos faisanes del año anterior y yo sabía que solían anidar en ese macizo.

Encendí la linterna y caminé hacia los árboles, con el perro a mi lado; al pasar el primer árbol, moví la linterna y capté una sombra, claramente la figura de un hombre que salía de atrás de otro árbol y comenzaba a moverse, alejándose de donde yo estaba. Le grité y moví la linterna hacia un lado y hacia otro, tratando de cubrirlo con el haz de luz. Mientras lo hacía, la linterna se apagó, ya sea porque dejé de apretar el botón en un descuido o porque al sacudirla, se hubieran desacomodado las baterías en su interior, interrumpiendo por un instante el contacto. La golpeé contra mi pierna y volví a apretar el botón con fuerza. La luz retornó. Caminé hacia adelante, moviendo la linterna hacia la izquierda y la derecha pero no logré ver nada. Me agaché al borde del macizo de árboles para lograr una vista completa de la pendiente, contra el cielo pálido. Podría haber visto perfectamente a cualquiera que corriera, recortado nítidamente contra la claridad del cielo. Pero no vi nada ni percibí tampoco sonido alguno de nadie que pudiera estar corriendo. Estaba casi seguro de que se trataría de un intruso. Quienquiera que fuera, se movía ligero y había aprovechado la cobertura que le ofrecían los matorrales y helechos de la zona. Volví caminando entre los árboles, iluminando el suelo con la linterna; estaba cubierto de agujas de pino, pero el lugar había sido ocupado por caminantes para hacer picnics y era imposible detectar ninguna huella nueva: ni siquiera las que yo había dejado.

En ese momento me di cuenta que el perro no estaba conmigo. Se había quedado del otro lado de los árboles en lugar de haber vuelto a mi lado como debía. Volví sobre mis pasos. Estaba tirado en el suelo, a un metro del primer árbol. Echado de costado, con los ojos abiertos y la lengua colgando, mientras respiraba agitado, como si acabara de correr una enorme distancia. Por un instante, mirando sus patas delanteras, rígidas, pensé que había tenido un ataque. Era un *spaniel* de buena raza que nunca había servido como cazador, pero yo lo había tenido como compañía. Me agaché junto a él. Mientras lo hacía, giró suavemente sobre sí mismo y se puso de pie. Lo acaricié por un momento; luego me incorporé y lo llamé. Me siguió, obediente y volvimos caminando juntos por la senda hacia Rolthead.

No me preocupé demasiado por Frannie. Algunos *spaniels* son muy temperamentales y pueden padecer ataques de este tipo. Pero me llamaba la atención la linterna. Me gustaba que mis pertenencias funcionaran correctamente y la linterna había fallado.

Sólo mucho después, recordando el consejo de Vickers en cuanto a que debía pensar en forma “dramática”, traté de hacerlo así; pero igualmente no pude darle mayor importancia...; un intruso experto, capaz de aprovechar las condiciones del terreno y rápido para desplazarse; una linterna que falló por cualquier motivo y un perro demasiado mimado... Ya tenía bastantes misterios entre manos sin necesidad de inventar otros nuevos...

Los siguientes cinco o seis días me ocupé de los asuntos de rutina de Rolthead. Era una época del año de mucho trabajo y tenía bastante que hacer. Pero sería obvio recalcar que trataba de sumergirme en mi trabajo. Era una forma de distraerme. Seguí convencido de que Sarah volvería pronto. A pesar de que —para mí— la decisión adoptada me parecía algo drástica, comprendía que la impactante revelación de su propia identidad, sumada a lo que Chinn podría haberle dicho por teléfono, podrían haberla llevado a desear una semana, o tal vez un poco más, para ordenar sus pensamientos.

Sin embargo, durante esos días, cada vez que recibía la correspondencia, buscaba ansioso un sobre con su letra. Cada vez que sonaba el teléfono, despertaba en mí una llama de esperanza antes de tomar el receptor. Y algunas veces, hasta me encontraba de pie junto a los ventanales del estudio, mirando hacia el camino, esperando ver aparecer el Audi o un taxi que se aproximara, surgiendo de entre los árboles y deteniéndose frente al portón.

Durante este período, Vickers me llamó dos veces por teléfono, para ver si Sarah había regresado. Nuestras conversaciones fueron breves. Pero me informó que había destacado un hombre para vigilar Otwell Park House. Nadie había ido al departamento desde que Sarah se había marchado. No mencionó nada acerca de la investigación sobre los detalles del pasado de Angela Starr, creado por Albert Chinn y yo evité preguntarle. Para mí, Angela Starr no había existido jamás.

La llamada telefónica que ansiosamente había esperado se produjo a través de una persona inesperada, ocho días después de mi regreso. Estaba en mi estudio, a las once de la noche, cuando llamaron de larga distancia, desde Amalfi: era la madre de Sarah. Reconocí su voz inmediatamente y como no había tenido contestación a la carta que le enviara, pensé que me llamaba para comentarla. Pero estaba equivocado.

—¿Robert? —preguntó.

—Sí. ¿Alexina? —Habíamos tardado bastante tiempo para llamarnos por nuestros nombres de pila—. ¿Cómo estás? ¿Recibiste mi carta?

—Sí, Robert. Creo que tendrías que venir hacia aquí en seguida. Sarah llegó esta mañana.

Me quedé mudo. Era lo último que hubiera esperado, pero inmediatamente me pareció totalmente natural. ¿Cómo diablos no se me había ocurrido antes?

—Gracias a Dios... —musité—. ¿Cómo está? ¿Está bien? Llámala al teléfono; quisiera hablar con ella.

Se produjo un silencio y luego escuché nuevamente su voz, pausada y con su leve acento extranjero. —No podrás hablar con ella ahora. Está durmiendo.

—¿Cómo está de su memoria? ¿Recuerda quién es?

Recalcando las palabras, dijo:

—Parece aceptar su identidad. Pero su memoria no ha mejorado. ¿Cuándo vendrás?

—En seguida. Voy a ir hasta Londres en auto esta noche y trataré de tomar el primer avión.

—Bueno. Ella sabía que te iba a llamar. Cuando se despierte le diré que vienes hacia aquí.

—Gracias a Dios que está contigo... Envíale mi cariño y dile que voy hacia allí.

—Lo haré.

Colgó sin decir nada más, pero yo estaba acostumbrado a sus modales algo bruscos para hablar por teléfono. Mi única preocupación era ahora llegar a Italia cuanto antes.

Llamé al número de Vickers en el Servicio Exterior. Me contestó el empleado de guardia. Vickers no estaba allí. Le dije que necesitaba comunicarme urgentemente con él y que deseaba conseguir el teléfono de su domicilio particular. El empleado me dijo que él no podía dármele pero que si yo colgaba, se pondría en contacto con Vickers, que me volvería a llamar en cuanto pudiera. Luego llamé a Dorchester y pedí un coche que viniera a buscarme en seguida para llevarme hasta Londres. Le dije a la señora Cordell que había recibido un mensaje de la madre de Sarah, pidiéndole que fuera inmediatamente a verla.

La señora Cordell que había trabajado en Rolthead desde que yo era un chico, sabía perfectamente bien hasta donde podía estimar su confianza:

—¿Es por algo relacionado con la señora, señor?

—Efectivamente; pero por el momento, quisiera que lo mantuviéramos como un secreto entre los dos.

—Subiré a prepararle una valija, señor. Si hay algo especial que desea llevar, le ruego que me lo diga.

—Sólo las cosas de siempre.

Diez minutos después, me llamó Vickers. Le dije que Sarah había aparecido en la villa de su madre. Partía para Londres en este instante y ¿no podría él reservarme un pasaje en el primer vuelo que fuera posible hacia Roma o Nápoles? En cualquiera de las dos, quisiera disponer de un auto sin chofer esperándome en el aeropuerto. Prometió arreglar todo y esperarme en el aeropuerto.

Eran las cuatro de la mañana cuando llegué a Heathrow y Vickers estaba allí. Me había conseguido pasaje en un vuelo demorado a Roma, que saldría a las cinco. También había solucionado el asunto del auto.

Al entregarme el pasaje, me dijo:

—Uno de nuestros hombres estará esperándolo a su llegada, señor Rolt. Le conseguiré todas las libras que necesite...; más aún, le brindaré todo el apoyo que pueda necesitar.

—Es muy amable de su parte.

—De ninguna manera; es parte de nuestro trabajo. ¿Sabe usted si su esposa recobró la memoria?

Era la primera pregunta de índole personal que me hacía.

—Me han dicho que no.

—Ya veo. El hombre que lo esperará en Roma, le dará su número telefónico. Si llegara a necesitar ayuda de cualquier tipo, en cualquier momento, llámelo.

A las diez de la mañana siguiente, me dirigía velozmente por la Autostrada 2 hacia Nápoles. Conocía bien el camino porque lo había recorrido varias veces con Sarah... Frascati, Frosinone y Capua, donde Pompeyo había pasado el invierno con sus tropas. Me sonreí al recordar esto que me había contado por primera vez mi padre, que era un apasionado de la historia.

La villa de Alexina Vallis quedaba sobre la ruta entre Positano y Amalfi. Se llamaba Villa Mendola y estaba ubicada a setenta metros de altura, sobre una sierra, mirando el mar. Se llegaba hasta ella por un camino serpenteante, de piedras sueltas, que se transformaba en un verdadero torrente cuando llovía. Tenía una enorme terraza y un jardín, que descendía casi hasta el camino costero. La villa misma estaba ubicada sobre una pequeña planicie que había sido formada artificialmente en la roca viva. A pesar de que los jardines y la ubicación sobre el mar eran hermosos, la casa en sí era casi fea. Era una construcción de dos pisos, cubierta con un deslucido techo de pizarra y las paredes pintadas de un horrible color rojo. Vallis, el banquero, la había comprado poco tiempo antes de casarse con Alexina, como lugar de veraneo. Se había casado ya mayor y murió antes de cumplir los diez años de matrimonio. Alexina había mantenido la villa, a pesar de que tenían otra casa en Atenas y otra en una de las islas. Al final, había vendido todas las propiedades que tenía en Grecia y se había retirado a vivir a Villa Mendola; nunca había querido modificarla. Estaba tal como era cuando vivía Vallis. Alexina vivía allí con unas pocas personas de servicio. Había ido a visitar Rolthead sólo en raras oportunidades desde que Sarah y yo nos casamos.

Eran más de las dos de la tarde cuando avancé por el sinuoso camino de montaña y atravesé los portones de hierro forjado. La terraza del frente de la casa estaba dividida por una hilera de arcos cubiertos de bougainvillea y jazmines. Desde el jardín clásico en forma de semicírculo que adornaba la parte delantera de la casa, descendía una ancha escalinata.

En cuanto salí del auto, vi que Alexina me esperaba en la terraza. La saludé con la mano y comencé a ascender hasta donde ella estaba. Mientras conducía mi automóvil hasta allí, había pensado infinidad de cosas: no había podido menos que reconocer, muy a mi pesar, que, aunque Sarah hubiera regresado, este hecho no alteraría mayormente la relación que habíamos establecido en Otwell Park House, puesto que no había recobrado aún la memoria. Me estaba vedada la espontaneidad que cualquier otro enamorado hubiera podido emplear. Era algo bastante difícil de aceptar.

Alexina extendió sus manos hacia mí y al tomarlas, me incliné hacia adelante y la besé en la mejilla. Era nuestra manera habitual de saludarnos. Siempre aparecía amistosa, algo lejana y fría. Pero no era así sólo conmigo. Aún con Sarah, en público, siempre había tenido una actitud reservada y poco demostrativa que al principio me

había sorprendido. Luego comprendí que, a pesar de las apariencias, las unía un fuerte vínculo.

Luego de intercambiarnos las primeras palabras, dije:

—¿Dónde está Sarah?

—Está en su habitación. Bajaré dentro de un momento. ¿Has almorzado?

—Me detuve en el camino a comer un bocado —mentí—. ¿Cómo está?

—Creo que muy parecida a cuando la viste por última vez. Mira, Robert; quisiera pedirte antes de que la veas, que me hagas una promesa. Esta es una situación difícil para ambos. Pero yo te conozco bien. Piensas que si embistes de frente contra un problema, éste se resolverá ante la sola fuerza de tu ataque. Bien; no creo que en este caso pueda ser así. Debes tener paciencia; y más paciencia aún... Lo siento Robert; pero no puedo dejar de decirte esto. Recuerda que, además de tu esposa, es también mi hija.

No me enfadé con ella. Tenía derecho a hablarme así. —No tiene por qué preocuparse, Alexina —repliqué—. Pudo haber sido así en un principio. Pero he tenido tiempo de cambiar...

—Espléndido. Haré que Tino lleve tus cosas arriba y luego te traiga una taza de café. Más tarde podremos tener una conversación en familia, pero creo que será mejor si primero ves a Sarah a solas. Yo saldré del camino...

Me brindó una sonrisa y se marchó. Era una mujer alta y atractiva, que representaba menos edad de la que tenía. Cualquiera le hubiera dado cerca de cuarenta en lugar de los cincuenta bien cumplidos que tenía. No tenía ni una cana. Sarah había heredado el cabello rubio ceniciento de su padre. Pero existía un parecido notable entre la madre y la hija y ambas tenían el mismo color azul violáceo de ojos; la misma apostura y forma de moverse.

Me senté a la sombra junto a una de las mesas de la terraza. Tino, el mayordomo, apareció, me saludó y bajó a buscar mi valija del auto. Un rato después, con su chaqueta y guantes blancos, me sirvió el café.

Tomé un sorbo, mientras contemplaba el jardín y la pendiente que llegaba hasta el mar. Oscuras nubes pasaban sobre él. Un par de lagartijas coqueteaban sobre la terraza y el sol hacía brillar los nuevos brotes de las vidas en las lejanas faldas de las sierras. Yo adoraba este lugar; no sólo por su belleza sino porque había sido aquí donde la había conocido realmente a Sarah. Y fue en el jardín que había a mis pies donde, bajo un cielo púrpura oscuro, le pedí que se casara conmigo y ella había aceptado. Recordando todo aquello, me costaba aceptar la presente situación. Pero parecía tener algún sentido el hecho de que fuera aquí, donde nos habíamos conocido por primera vez, el sitio donde daríamos los primeros pasos para reencontrarnos nuevamente. Tendríamos que empezar de nuevo y, como lo habíamos hecho antes, aprender a conocernos y compartir y enfrentar los problemas que nos brindaría nuestra vida en común.

Mientras estaba pensando todo esto, Sarah salió de la casa. Me puse de pie pero refrené mi instintivo deseo de correr hacia ella. Se detuvo un momento y miró hacia donde yo estaba. Tenía el cabello suelto y vestía una sencilla blusa blanca de algodón de mangas cortas y la falda azul que tenía puesta cuando Bordino pintó su retrato. No sé si esto había sido deliberado o por accidente o si tal vez Alexina había ejercido alguna influencia en la elección. Sarah tenía siempre un nutrido guardarropa en la villa. Ya fuera casualidad o deliberación, me pareció una buena señal.

Vino hacia mí y yo extendí mis manos hacia ella.

—Sarah...

Sin señales de turbación, tomó mis manos, las sostuvo un instante y contestó:

—Robert...

Oírla emplear mi nombre me llenó de felicidad.

Se sentó en una silla frente a mí y prosiguió:

—Llegaste rápido. ¿No estás cansado? —Su voz sonaba tranquila, natural; no demostraba estar forzada por el hecho de que estaba tratando de convencerse para aceptar el hecho de que éramos marido y mujer.

—No; no estoy cansado... Solamente me siento muy feliz...

Viendo que mi pocillo de café estaba vacío, tomó la cafetera y lo volvió a llenar. Con la cabeza algo baja, mientras lo hacía, dijo:

—Sentí mucho irme de Otwell Park House de esa manera. Pero no tuve otra alternativa. Después de lo que pasó, necesitaba estar a solas para decidir qué hacer.

—¿Después que pasó qué cosa?

—Ya te dije en mi nota. Hablé con Albert. O mejor aún, él me llamó. Traté de comunicarme dos o tres veces con el número de Nueva York pero no obtuve respuesta. Luego y de improviso, él me llamó a mí...

—¿Desde dónde y qué fue lo que te dijo?

—No sé de dónde me llamó, pero no me pareció que fuera desde larga distancia. El teléfono llamó y al levantar el tubo, apareció Albert. Luego antes de que yo tuviera tiempo de decirle por qué había querido hablar con él, me dijo que no quería oír nada; que ya sabía toda la situación.

—¿Cómo diablos lo habrá logrado saber?

—No lo sé. Eso no me preocupaba porque, cuando le pregunté a boca de jarro si era cierto que yo era Sarah Rolt y no Angela Starr, me dijo que sí; que era Sarah Rolt.

—¿No te explicó nada? Debiste haberle preguntado...

—Por supuesto que lo hice. Pero me contestó que no ganaría nada con la explicación. Simplemente me dijo: “Sin duda eres Sarah Rolt. Simplemente da marcha atrás y comienza a ser ella nuevamente”. Luego colgó. Todo me pareció muy extraño. No pareció estar enojado ni desilusionado o... nada. Parecía el Albert de siempre: “Da marcha atrás y comienza a ser ella nuevamente”... Esas fueron sus palabras; luego soltó una risita y colgó.

—Me gustaría conocer a ese Albert Chino uno de estos días —dije, furioso—. Él tipo es un monstruo.

Sarah asintió con la cabeza. —Debe ser así. Pero por algún motivo no puedo pensar en él más que como... bueno, el hombre que yo conocía y me gustaba. De cualquier manera, después que colgó, sentí que necesitaba alejarme y ordenar mis ideas. Así lo hice, quiero decir: me alejé, pero no logré aclarar mucho mis ideas. Por eso... —me miró y me sonrió— decidí hacer lo que hacen muchas chicas cuando tienen problemas: ir a casa de mamá...

—Cuando llegaste y la viste; hablaste con ella y ya no tenías dudas de que ella sabía que eras su hija, ¿no recordaste nada? ¿No volvió a tu mente ningún recuerdo del pasado?

—No; absolutamente nada.

—Ven conmigo, Sarah —le dije, poniéndome de pie.

—¿Adónde?

—Ya verás. —Le tomé la mano. La conduje a través del jardín hacia el lugar exacto donde habíamos estado juntos hacía varios años. Era un pequeño jardín circular, con canteros de hierbas, bordeado por arbustos enanos. En el centro había una pequeña fuente ornamental, con una escultura que representaba a Tritón rodeado por delfines. Un grupo de airosos eucaliptos lo protegían por uno de los costados.

Nos quedamos uno junto al otro, al lado de la fuente. De la boca de uno de los delfines salía un hilito de agua plateado que caía formando una graciosa curva. Al brillar sobre él, el sol lo transformaba en una lluvia de fuego.

Con su mano en la mía, le dije:

—Aquí fue donde te pedí que te casaras conmigo hace tantos años. A pesar de que querías mucho a tu madre y sabías que yo no le gustaba, rompiste tu compromiso y te fugaste conmigo. Nos amábamos intensamente y nos casamos. Fuimos muy felices. Fue aquí donde todo comenzó.

—Y yo no puedo recordar absolutamente nada...

—Volverás a recordar algún día. Peto yo quisiera que todo volviera a comenzar aquí mismo. Te amo y puedo esperar. Todo lo que necesito saber es si te parece que podremos volver a empezar desde aquí... A pesar de que eres legalmente mi esposa, nadie puede obligarte. Como no tienes memoria de tu pasado, debes consultarte a ti misma y luego decirme: si o no.

Permaneció callada. Alejó su mirada de mí, elevando sus ojos hacia la copa de los eucaliptos, como si en el susurro del viento al agitarlas, hubiera algún mensaje para ella.

Luego me miró y contestó:

—Sí; quiero volver a empezar. —Su voz se quebró en un profundo sollozo—. ¡Dios mío!... debo empezar de nuevo...

A la hora de la cena aquella noche, tuvimos una conversación familiar. Tanto Alexina como Sarah eran mujeres prácticas y les gustaba tener sus asuntos en orden. Si preveían algún problema, preferían hacer planes inmediatos para solucionarlos. De las dos sin embargo, Alexina era la más dominante y decidida. A decir verdad, podía ser demasiado agresiva y directa cuando ella lo creía conveniente a sus fines. Antes de comer, mientras Sarah estaba todavía en sus habitaciones cambiándose para la cena, tomamos un trago juntos. Pareció dispuesta a hacerme perder la paciencia y enojarme con ella.

Sin ningún preámbulo, dijo:

—Te imaginas que por el solo hecho de que Sarah haya aceptado la situación existente entre ustedes, no quiere decir que podrán reiniciar su vida en común como si nunca hubiera estado interrumpida. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—¡Por supuesto que sí! ¡Por Dios Alexina! ¿Por quién me tomas? —Me sentía realmente molesto.

Sacudió la cabeza, sonriendo. —No lo entiendes, ya veo. Naturalmente, no pretenderías que fuera así desde ahora. Pero con seguridad, has de pensar que pronto, en cuanto comiencen a conocerse mejor, sucederá. Posiblemente creerás que cuanto antes suceda, será mejor; que la intimidad física puede formar parte de la recuperación de Sarah y ayudarla a recordar su pasado.

—Alexina, realmente no me parece adecuado tratar este punto contigo.

—Ya sé que no te agrada. Generalmente no se hace. Bien; no hablaré más del asunto. Pero te diré lo que pienso, te guste o no. Hasta que Sarah recobre su memoria, todo lo que puedas brindarle o recibir de ella, no será real. Recibirán su recompensa de la ternura que ambos se ofrezcan. No me mires de ese modo, Robert. Hasta que Sarah vuelva a recordar su pasado, nada de lo que ocurra entre ustedes será legítimo, como si realmente fueran marido y mujer. No debes olvidar esto y debes actuar en consecuencia.

—¡Te agradezco que me recuerdes que no me comporte como un hombre de las cavernas, Alexina!... —Y así terminó nuestra conversación. No era la primera vez que teníamos un encontronazo.

Decidimos quedarnos una semana en la villa. Sarah y yo podríamos reanudar nuestra relación tranquilos; alejados de las presiones que podrían surgir en Rolthead donde nos sería imposible estar a solas debido a mi familia y las amistades. También convendría que Alexina le hablara de su padre y su padrastro y de la vida que habían llevado con ellos. En la casa había numerosas fotografías y recuerdos de su vida anterior. Si su amnesia había sido inexplicable, tal vez la recuperación de su memoria también podría serlo. ¿Quién podría saberlo? Alguna cosa que Alexina pudiera decir impensadamente, alguna vieja fotografía, el sólo contemplar algún gastado juguete o escuchar la melodía de un disco que hubiera sido uno de sus preferidos, podría desencadenar una reacción y hacerla recordar. (Alexina guardaba numerosas pertenencias de la infancia y la adolescencia de Sarah). Fue entonces cuando recordé

que Sir Hugh Gleeson había dicho que la pérdida de la memoria de Sarah podría deberse a un sentimiento de culpa, que hubiera causado un deseo de autocastigarse. Esta me parecía una teoría bastante atrevida de parte del viejo. Pero sus palabras continuaron rondando mi mente mientras oía hablar a las dos mujeres. ¿Qué complejos de culpa podría haber tenido Sarah en realidad? Si hubiera habido algún motivo en su vida que la hubiera preocupado hasta el punto de querer rechazar todo su pasado, yo lo hubiera sabido; por lo menos hubiera llegado a presentirlo luego de siete años de matrimonio. Algo tan trascendente debería haberse manifestado de alguna manera o haberme ofrecido por lo menos un aviso previo. Pero nunca había sentido nada así. Nada había empañado la felicidad de nuestro matrimonio; lo único que ambos habíamos deseado y no habíamos logrado, era tener hijos. Y esto había quedado en manos del Señor ya que ambos nos habíamos hecho revisar por diferentes especialistas que arribaron a la conclusión de que, orgánicamente, éramos ambos aptos. Más aún; poco antes de que Sarah desapareciera, habíamos decidido esperar un año más y luego adoptar un niño.

Al finalizar nuestra estada de una semana en la villa, volveríamos a Inglaterra en el auto que yo había alquilado; Sarah quería recorrer Italia y había algunos lugares que yo tenía especial interés en mostrarle.

Yo le escribiría a mi hermano y le contaría acerca del regreso de Sarah. Él podría avisarle discretamente a nuestras amistades y si yo se lo pedía a Vickers, la prensa no le daría ninguna difusión. Volveríamos a vivir en Rolthead sin la menor alharaca. Mientras se pudiera —con la excepción de los miembros más próximos de la familia— nadie tendría porqué saber que Sarah no había recobrado aún la memoria. Una vez que estuviéramos de regreso, decidiríamos el tratamiento adecuado a seguir. Después de recordar las palabras de Sir Hugh Gleeson, no estaba muy seguro de si sería lo más conveniente continuar el tratamiento con él. Pero en nuestra pequeña conferencia familiar, no se había tocado aún ese tema. Podría hablar sobre ello a solas con Sarah, más adelante.

Así comenzó nuestra semana de prueba; se instituyó una rutina tranquila. Yo me levantaba siempre temprano pero ninguna de las dos mujeres aparecía antes de las once. Cuando Sarah se levantaba, solíamos bajar hasta la pequeña playa privada y nadar un rato antes del almuerzo. Luego almorzábamos; después hacíamos una siesta y dábamos un paseo en auto a lo largo de la costa o caminábamos por las serranías de la parte posterior de la villa. Pasábamos veladas muy tranquilas; Alexina tenía numerosos amigos entre los vecinos pero no invitaba a nadie en esos días. A pesar de que los días transcurrían placenteros, no podía menos que sentirme impaciente por volver a Rolthead. Tenía el presentimiento de que, puesto que ese era el lugar al cual Sarah pertenecía realmente, de donde había desaparecido, también sería allí donde finalmente recobraría su salud. Pero no le dije nada acerca de esto a ninguna de las dos. Tal vez esta creciente impaciencia que sentía dentro de mí era más fuerte de lo

que yo pensaba y cuando llegara el momento, se expresaría con más vigor que el que yo hubiera deseado.

La pequeña bahía donde nos bañábamos era privada. Tenía media docena de casillas para cambiarse, que el propietario había dejado allí como parte del derecho de uso de la zona. Alexina siempre alquilaba dos de ellas. Más allá de las casillas, había una plataforma de cemento, con varias amarras para barcos; desde allí descendían varios peldaños hasta el agua. Prácticamente no había nada de playa. El pequeño muelle entraba directamente al agua profunda. Para tomar baños de sol, había que utilizar la plataforma de cemento.

Tanto Sarah como yo éramos buenos nadadores. Nos encantaba nadar casi hasta la salida de la bahía, donde comenzaba el mar abierto, liberado de los acantilados que lo encerraban. Ahí nos dejábamos estar, boca arriba, hamacados por las fuertes olas que iban y venían.

En la mañana del tercer día, estábamos ambos mares afuera, dejándonos mecer por las olas. No se veía ni una sola nube; el cielo estaba de un color celeste pálido, algo brumoso y el mar parecía plata en movimiento. Dejé caer mis piernas y comencé a salpicar agua. Vi que desde el mar abierto, avanzaba velozmente una lancha que arrastraba a un esquiador. La lancha realizaba pronunciadas curvas y podía ver al hombre formando amplios arcos, levantando cortinas de espuma con sus esquíes. Primero lo observé sin mayor interés. Luego la lancha enfiló directamente hacia nuestro muelle. Sarah y yo estábamos directamente en la línea del barco. Sabiendo lo imprudentes que suelen ser algunos conductores de estas embarcaciones, me asomé afuera del agua y le hice señas con los brazos para advertirles de nuestra presencia. El bote siguió avanzando sin alterar el rumbo y alcancé a ver a un hombre al volante. Vestía una camisa azul abierta y una gorra con una borla blanca. Volví a agitar los brazos y grité pero la lancha proseguía acercándose a gran velocidad hacia donde estábamos nosotros mecidos por las olas. Me di vuelta hacia Sarah que estaba a mi lado y le grité que se sumergiera, al mismo tiempo que hacía un gesto con el brazo para mostrarle claramente lo que quería que hiciera, en caso de que no alcanzara a oírme. Para mi tranquilidad, la vi sumergirse con la facilidad de un delfín y desaparecer totalmente de la vista. Yo la seguí. Bajamos juntos hasta una buena profundidad. Me di vuelta sobre la espalda y miré hacia arriba, la quilla del bote pasó por la superficie del agua, encima de nuestras cabezas, seguida por una turbulencia lechosa producida por la hélice al hendir el agua. No sabía a ciencia cierta si el maldito nos habría visto o no; pero había pasado exactamente por el lugar donde habíamos estado nadando unos instantes antes.

Subí a la superficie furioso. La lancha avanzaba hacia el muelle. Había disminuido la velocidad y el esquiador había desaparecido de la vista. Sarah salió a la superficie a unos pocos metros de donde yo estaba. La sola idea de que la lancha podría haberla embestido, me hacía perder el control.

Me di vuelta y comencé a nadar con toda mi fuerza hacia el muelle. Cuando llegué, el bote estaba atado a una de las amarras. Trepé por los escalones. Sobre la explanada de cemento había dos hombres. Uno era el que manejaba la lancha; el otro, el esquiador, un muchacho de más o menos dieciocho años, en traje de baño. Estaba agachado encendiendo un cigarrillo. El hombre de la gorra azul era un individuo alto, de fuerte contextura física, que tendría treinta años.

Fui directamente hacia él y lo increpé:

—¿Sabe usted que estuvo a punto de embestimos con su maldita lancha, hace apenas unos instantes? ¿Qué diablos cree que está haciendo corriendo a toda velocidad en un lugar donde puede haber gente bañándose?

Me miró un instante sin contestar y pensé que pudiera ser italiano y no hubiera comprendido ni una palabra; pero luego, afloró a su rostro una expresión insolente. —Lo siento, amigo; tal vez haya sido el sol que me encegueció y por eso no lo vi... —contestó con un fuerte acento norteamericano. Hizo una pequeña seña con la cabeza, como dando por terminado el asunto y acercó el encendedor al cigarrillo, para encenderlo. Sus modales terminaron de sacarme de quicio.

Tratando de dominar mi voz para que no dejara trasuntar mi furia, le dije:

—Si el reflejo del sol sobre el agua lo enceguece, sería más lógico que condujera su cachorro con más prudencia y no como un loco... Podría haber matado a mi esposa y a mí y a ninguno de los dos nos hubiera interesado mayormente que usted “lo sintiera”. ¡Recuérdelo la próxima vez que suba a ese barco! ¡Y aquí tiene algo más para que lo recuerde!...

Di un paso hacia adelante y le golpeé la mandíbula con toda la fuerza de mi puño cerrado. Nada me hubiera podido impedir hacer esto. Reconocía que no era correcto, que era algo primitivo y que debería haberme controlado; pero todo quedaba anulado ante la sola idea de que podría haber matado a Sarah. Cayó de espaldas y se hundió directamente en el mar. Esperaba que me gritara o insultara al volver a la superficie. Para mi desconcierto, se limitó a mirarme; se masajeó la mandíbula, esbozó algo así como una sonrisa y comenzó a nadar hacia los peldaños. Cuando llegó hasta ellos, se trepó y mirando a Sarah que acababa de llegar, le dijo:

—Lo siento mucho *signora*. Parece que he molestado a su esposo... —Luego, dirigiéndose al muchacho que continuaba sentado sobre el muelle, agregó: Vamos Giorgio; creo que no somos bienvenidos aquí...

Unos minutos después, el barco se alejaba del muelle. Mientras lo mirábamos, Sarah me preguntó:

—Robert: ¿era necesario que hicieras eso?

—Por supuesto que sí; podría habernos matado. Pero no me siento especialmente orgulloso de haberlo golpeado. Hace mucho tiempo que realmente no pierdo el control.

Rozó mi brazo y me sonrió.

—Te enfureciste por mi culpa. Por eso te perdono. Ven; vamos a cambiarnos.

No volvimos a mencionar el incidente y yo no le dije nada a Alexina. Ninguno de los dos volvimos a ver la lancha otra vez. Pero esa noche, antes de dormirme, me puse a reflexionar sobre lo sucedido. Si alguien me hubiera golpeado como yo golpeé al norteamericano y me hubiera hecho perder pie y caer al mar, hubiera subido nuevamente al muelle para devolvérsela con toda mi furia. Por lo poco que pude ver del hombre, me pareció que era del tipo capaz de hacerlo. Hubiera podido apostar que era así. Recapacitando sobre todo aquello y sobre los pocos minutos en que el bote nos había pasado por encima, recordé la recomendación de Vickers acerca de pensar “dramáticamente”... También volvió a mi mente el parabrisas hecho trizas y el extraño incidente con el perro en las cercanías de Rolthead.

Sin saber muy bien porqué, a la mañana siguiente tuve una pequeña conversación privada con Tino. Siempre me había entendido bien con Tino que hablaba mucho mejor inglés que lo que yo hablaba italiano. Le conté el episodio de la lancha y del norteamericano y, tal como yo esperaba, lo conocía. Se llamaba John Chambers y alquilaba una pequeña villa en Positano durante un par de meses todos los años. Aparentemente tenía mucho dinero y en la región se lo tenía como un *play-boy*. Estuve a punto de llamar por teléfono al hombre, cuyo nombre me había dado Vickers, que me había esperado en Roma para narrarle lo sucedido, pero luego me arrepentí. Ya tenía bastantes complicaciones sin necesidad de agregar otras. Una vez que comenzara a pensar como Vickers y su gente, imaginaría un asesino detrás de cada árbol y tendría que contratar un catador para impedir ser envenenado con la comida. Pero el verdadero problema era que, en el instante en que uno entraba en contacto con el mundo de Vickers, podía llegar a ser muy difícil evadirse de este tipo especial de contaminación. Se hacía tan sencillo encontrar misterios donde en realidad no los había e imaginar que el más normal de los comportamientos respondía a fines ocultos e inconfesables...

Tanto Alexina como Sarah aparecieron muy tarde esa mañana. Yo solía levantarme a las seis. Para hacer tiempo hasta que Tino me sirviera el desayuno en la terraza, a las ocho, solía pasear por el jardín y algunas veces bajaba hasta la orilla del mar y fumaba un cigarrillo. Rara vez encontraba a alguien allí y podía quedarme a solas con mis pensamientos.

Allí sentado, recordé la primera vez que conocí a Sarah. Mi padre había estado pasando una temporada con uno de sus amigos, en una villa muy cerca de Amalfi. Yo había salido a caminar por las sierras, por la parte posterior de la villa y me perdí. Finalmente bajé hasta el camino costanero por la senda sin pavimentar que pasaba frente a Villa Mendola. Cuando estaba a unos cien metros de la entrada, Sarah salió del portón y comenzó a caminar hacia mí. Yo podría haber tomado otro sendero para bajar de las sierras o Sarah podría haber salido de la villa cinco minutos más tarde... Podrían haber sucedido cientos de pequeños incidentes cotidianos que hubieran alterado el esquema o impedido nuestro encuentro. Pero no había sido así. Salió del portón y caminó hacia donde yo estaba. Cuando estaba a escasos cinco metros,

levantó la vista. Sólo entonces vi su rostro por primera vez. Cuando nos cruzamos, incliné la cabeza levemente, saludándola, y ella me sonrió muy circunspecta.

En cuanto pasó a mi lado, supe que era la mujer de mi vida. Suelo ser bastante orgulloso, obstinado y egoísta. Pero en ese momento no me sentía ninguna de esas cosas. Sólo sentía que algún día la llevaría conmigo a Rolthead. Y así había sucedido. Había venido a Rolthead y durante varios años había conocido una felicidad que no había vivido antes...; que me había hecho bendecir una y mil veces cada día que compartíamos y yo sentía que a ella le sucedía lo mismo. Después se había alejado de mi lado —perdida en la más extraña oscuridad o en un limbo que yo desconocía totalmente—. Yo había quedado sumido en días sombríos pero nunca perdí la fe de que un día volvería... completa y totalmente mía nuevamente.

Una mañana, las primeras luces me despertaron mucho antes de lo habitual. En lugar de caminar por el jardín, decidí trepar por el sendero de las sierras para ver si podía llegar suficientemente alto como para alcanzar a divisar la isla de Capri que estaba a muchas millas hacia el Sudoeste. Por un trecho, la falda de la sierra estaba plantada de viñedos, olivos, higueras y almendros. Cada tanto se abría un pequeño sendero que conducía a alguna granja o alguna casita. Más adelante, la tierra cultivada daba paso a zonas más áridas y rocosas y el sendero principal se transformaba en poco más que una senda. Después de un rato descubrí que tardaría más de lo que pensaba para llegar a la cima, que estaba a más de trescientos metros de altura. Me senté sobre una roca y encendí un cigarrillo; miré hacia la villa, que parecía pequeña en la distancia y el ancho mar que se abría más allá.

Mientras permanecía allí sentado, vi una figura que avanzaba por el camino desde la villa. Se trataba de una mujer y la estudié unos minutos antes de darme cuenta de que se trataba de Sarah. Su ropa era inconfundible. Llevaba un pañuelo rojo atado en la cabeza, una camisa amarilla y pantalones azules; en algún lugar por encima de la villa, salió del camino principal y se dirigió por uno de los senderos hacia una de las granjas; luego la perdí de vista. Me encantó verla y pensé que para variar había decidido levantarse temprano. Inmediatamente deseché mi idea de llegar a la cima y comencé a descender hacia donde ella estaba; pensé que podríamos desayunar juntos en la terraza. Tardé algo más de cinco minutos en llegar a la granja.

Era un lugar bastante pobre, construido en parte dentro de la falda de la montaña. Tenía el techo cubierto de tejas rojas, muchas de ellas rotas y el revoque de las paredes se había caído en muchas partes. En la planta baja había un establo y un depósito. Se llegaba a la parte superior por unos derruidos escalones de madera, flanqueados por latas viejas que contenían geranios y petunias. Era pintoresco pero saltaba a la vista que no habían gastado un centavo en mantenerla desde hacía muchos años.

Sentado al pie de la escalera, había un chico de más o menos diez años, entretenido en arrojarle trocitos de madera a las gallinas que rascaban el suelo. Por lo que pude ver, el sendero terminaba allí.

Los idiomas no habían sido nunca mi fuerte pero conocía unas pocas palabras de italiano y las unía de una manera tan deplorable que siempre lograba que Sarah se burlara de mí.

—*Dov'è la signora? In casa?...* —pregunté.

Me miró como si fuera idiota.

Señalé hacia la villa y repetí: La Villa Mendola. *La signora della Villa Mendola...*

Se limitó a sacudir la cabeza, evidentemente sin comprender lo que quería decirle. Se me ocurrió pensar que pudiera ser infradotado. Entonces, desde el pie de la escalera, grité:

—¡Sarah!... ¿Estás allí?

Después de unos minutos, apareció en la puerta de la casa una mujer. Era de mediana edad, busto amplio y tenía puesto un arrugado y viejo vestido negro; un chal también negro le cubría la cabeza.

—*Buon giorno, signore* —dijo.

—*Buen giorno, signora* —contesté—. *Vengo de'lla Villa Mendola... Mia moglie... la signora Sarah... e venuta qui?*

Negó con la cabeza: —*No, no signore. L'ho vista passare di la* —dijo, señalando hacia una pequeña abertura en la pared que llevaba a los viñedos—. *E passata due minuti fa.*

Sabía suficiente italiano como para comprender eso. *Grazie* —respondí. Crucé el terreno hacia la pared. Miré por el agujero y vi un caminito que corría a lo largo de la terraza y luego descendía bruscamente entre parcelas cultivadas y finalmente llegaba a un pequeño monte de olivos. Bajé por él rápidamente, esperando llegar antes que Sarah pero no tuve éxito. Después de más o menos cien metros, el sendero volvía al camino principal y lo retomé con rumbo a la villa.

Tino estaba en la terraza preparando la mesa para el desayuno. Lo saludé y le pregunté si no había visto a Sarah. Me dijo que no. Mientras conversábamos, Sarah entró por el portón y subió hasta la terraza. Me sonrió y se dejó caer en una silla.

—Tomaré el desayuno aquí, Tino.

—Muy bien, *signora*.

Después que Tino se marchó, le dije:

—Te has levantado temprano esta mañana...

—Así es; no podía dormir.

—Yo estaba en la sierra y te vi. Bajé para alcanzarte cuando entraste en la granja. La mujer me dijo que habías pasado por allí pero no pude alcanzarte. Debo decir que el chico que estaba allí es medio tonto o si no, que mi italiano es mucho peor de lo que me imaginaba...

Sarah se sonrió:

—Por lo poco que he escuchado, no creo que merezcas mucho crédito como lenguaraz. Siento que no me alcanzaras. Es una mañana hermosa.

Era un incidente sin mayor trascendencia. Pero no pude menos que sentirme intrigado. Había nacido y me había criado en el campo y no solía equivocarme en cuanto a los detalles del paisaje. Desde la parte delantera de la granja se lograba una buena visión de la sierra que descendía hasta el camino principal y la villa. Si cualquiera hubiera cruzado por allí, lo hubiera visto con seguridad. No me explicaba cómo podía ser que Sarah se hubiera escabullido ante mis ojos y luego llegara después que yo. De pronto cruzó por mi mente una idea que nunca debí dejar que permaneciera allí: el hecho de que lo hiciera —a pesar de que la descarté casi de inmediato— derivaba de la corrupción (empleé la palabra deliberadamente) contagiada de mi escaso contacto con el mundo en que habitaban Vickers y sin ninguna duda, también Albert Chinn. ¿Sería posible que Sarah hubiera estado en la granja y no quisiera que yo lo supiera?

CAPÍTULO SEIS

No hicimos todo el camino de regreso a Inglaterra en auto. Fuimos hasta Roma y desde allí cruzamos a la costa adriática y seguimos hasta Venecia. Permanecimos allí tres días y luego volamos a Londres.

Sarah parecía sentirse tranquila y a gusto conmigo pero aún estábamos lejos de ser marido y mujer. Yo estaba seguro de que ese momento llegaría; pero hasta entonces, mis únicos aliados serían el tiempo y la paciencia; además de la comprensión que me permitiría apreciar con claridad todas las dudas que la embargaban.

Desde Roma yo había pensado ir hasta Florencia. Con toda intención, había planeado detenernos cuando fuera posible en los lugares en los que antes habíamos estado juntos. Cuando insinué que fuéramos a Florencia —y entre mis planes secretos figuraba que pudiéramos ver el departamento donde se suponía que ella había vivido con su amiga— Sarah me respondió que no deseaba ir allí. Alegó, y yo comprendí sus razones y las apoyé, que no quería tener nada que ver con ningún lugar que tuviera conexión alguna con la ficticia señora Starr que ella había sido anteriormente.

—La señora Starr era una leyenda que, por alguna razón, servía a los planes de Albert Chinn —me explicó—. Algo creado por él. Ahora sé quién soy en realidad, aunque aún no lo recuerdo totalmente. No quiero revivir a la señora Starr. Está muerta para mí. Todo lo que quiero ahora es reencontrar nuevamente el camino para sentirme tu esposa en todo sentido. Pienso que no será fácil, pero podemos intentarlo juntos.

Estuve totalmente de acuerdo con ella y mientras atravesábamos Italia, discutimos sin falsos pudores acerca de la situación que nos esperaba en Rolthead y que deberíamos enfrentar. En lo que se refería a los familiares y amigos, explicaríamos su desaparición como causada por una amnesia debida a un colapso nervioso. No habría necesidad de dar más explicaciones. Podrían hacer toda clase de conjeturas; no habría manera de evitarlo, pero realmente no deberían preocuparse por averiguar nada más. Acordamos en contarle las cosas tal cual eran a mi familia más próxima. No había peligro de que ninguno de ellos dejara trascender más de lo debido: los Rolts éramos una familia muy unida. Habíamos pasado diversas crisis, escándalos y episodios como cualquier familia. Pero siempre habíamos mantenido la más estricta discreción.

Los días que pasamos en la Villa Mendola y luego recorriendo Italia, me brindaron la oportunidad de informar a Sarah acerca de toda la gente que había conocido en Rolthead y el resto del condado y de los hechos que se suponía que debía conocer. Me divertía ver con que avidez asimilaba toda la información; algunas veces

se reía y bromeaba a medida que los personajes que habían sido sus amigos cobraban vida a través de mis relatos. También noté que, después que nos alejamos de Alexina, su actitud hacia mí había variado fundamentalmente. Mientras estábamos en la villa, había mantenido una cierta reserva que ahora parecía estar diluyéndose. No éramos marido y mujer pero por lo menos, éramos buenos amigos. Las intimidades que había entre nosotros eran las que podían existir entre hermanos y no hice nada para alterar esta situación. Se despedía de mí con un beso antes de entrar a su habitación del hotel y algunas veces nos tomábamos de la mano cuando salíamos a caminar. Algunas veces rodeaba sus hombros con mi brazo y de esa manera fue creciendo entre nosotros una lenta aceptación del contacto físico.

Desde Venecia le escribí a mi hermano, explicándole todo cuanto creía necesario y avisándole de nuestro regreso. El día antes de tomar el avión, llamé por teléfono a la señora Cordell —que ya estaba avisada a medias— y le anuncié que volvería con Sarah. Tal como yo había pensado, la señora Cordell aceptó este hecho con la misma calma que hubiera recibido la noticia de que traería esa noche cuatro invitados a comer. Una vez que estuviera de regreso, trataría de conversar con ella para explicarle algo más, tanto como para que quedara satisfecha y convencida de que sabía más acerca del asunto que la mayoría de la gente.

En realidad, cuando se trató de volvernos a instalar en Rolthead, encontramos muchas menos dificultades de las que ambos habíamos imaginado que se presentarían. Todos parecían amables y comprensivos, sin hacer demasiado hincapié en que lo eran y los pequeños problemas que surgieron fueron de mínima importancia, rápidamente disimulados y olvidados.

Una de las cosas que habíamos discutido antes de llegar, era qué tratamiento médico seguiría, si es que seguía alguno; yo era de opinión de comenzar desde el principio con alguien nuevo. Sarah no coincidía conmigo. El especialista de Manchaste era de primera, al igual que Sir Hugh Gleeson. Ella consideraba que ya había recibido de los especialistas toda la ayuda que podrían brindarle. Basaba todas sus esperanzas de recuperación en el tiempo, en Rolthead y en retomar las sendas de su vida pasada. No obstante y puesto que había nacido una cierta amistad entre ella y Sir Hugh, quería proseguir visitándolo; además estaba convencida de que sus periódicas visitas le hacían algo de bien. Naturalmente acepté esta decisión. No obstante, no le mencioné la opinión de Sir Hugh acerca del posible motivo de su amnesia.

Con la única persona que comenté este hecho, fue con mi hermano Harold. Tenía treinta y seis años, cinco menos que yo. Al igual que yo era más bien bajo, algo grueso y con un aspecto general de luchador infatigable parecido al mío. Ninguno de los dos hubiéramos podido ganar ningún premio en un concurso de belleza.

Al poco tiempo de nuestro regreso, vino a pasar un fin de semana con su esposa y ambos se comportaron maravillosamente. Lograron ganarse a Sarah inmediatamente

y a cualquier extraño que los hubiera estado observando, le hubiera costado convencerse de que para ella era como conocerlos por primera vez.

Al segundo día de estar con nosotros, Sarah e Isabelle, la mujer de mi hermano, fueron a acostarse antes que nosotros. Nosotros permanecemos en el estudio y tomamos varios tragos antes de subir; como era de suponer, le narré a Harold ciertos pormenores acerca de todo este extraordinario asunto. Por primera vez le conté a alguien la historia completa. Lo hice porque sentía que era mi propia sangre y el pariente más cercano que tenía.

Después que terminé mi relato, comentó:

—Es extraño que este doctor Sir Hugh, o como se llame, haya dicho eso... Que la pérdida de la memoria pueda deberse a una forma de autocastigo por un complejo de culpa.

—¿Te parece? A mí me pareció que era bastante presuntuoso de su parte. Típica charla de psicólogos...

Harold se rió para sus adentros y se sirvió otro whisky. —Por supuesto que pensarías así, querido Bobby. Pero siempre has estado tan embobado con Sarah, ¿y por qué no habías de estarlo?, que tomarías como un insulto si alguien te dijera que tiene la nariz sucia. Para ti es una diosa y nada de lo que haga puede estar mal.

—¿Estás sugiriéndome que podría tener algún complejo de culpa? Porque si lo estás haciendo...

—Tranquilízate Bobby. No estoy sugiriendo nada. Sólo consideraba la opinión de Sir Hugh. La mayoría de nosotros tenemos algún complejo. Diría que todos. No puedes vivir sin adquirir alguno en algún momento. Pero eso no significa que eres activamente culpable de nada.

—Eso sobrepasa los límites de mi imaginación. Si tienes un complejo de culpa, significa que serás culpable de algo.

—No enteramente. Podría significar que, inocentemente, has ido a desembocar en una situación, te has enfrentado a una serie de circunstancias de las que no puedes evadirte sin sentirte en cierta forma culpable; ya sea voluntariamente o contra tu deseo.

—No seas ridículo. Si Sarah se hubiera encontrado en una situación semejante, yo hubiera sido el primero en enterarme.

—Después de casada, tal vez. Pero, ¿qué me dices de mucho tiempo antes de que te conociera? No eres la única persona del mundo por la que siente lealtad, ¿sabes? También está su madre: la querida Alexina. Es algo fría y remota, ¿no es verdad? Siempre pensé que encerraba algún misterio...

—Estás hablando pavadas...

—No; no lo estoy. Solo repito lo que Sir Hugh consideró una posibilidad. Sarah puede haber tenido algún problema mucho antes de conocerte. Al casarse contigo, vino con ella y no sería algo que pudiera compartir tan fácilmente. Tal vez haya

tenido que guardar un secreto y esto haya sido terrible para ella. Un esfuerzo que hizo que al fin, perdiera la memoria.

—Estoy convencido que jamás puede haber habido nada de ese tipo —dije furioso—. Y debo agregar, que no es el tipo de historia fantástica que esperaba oír de ti.

Harold hizo una mueca:

—No me mires de ese modo, Bobby. Estoy totalmente de tu lado. Resulta que estoy madurando y cada vez me cuesta más tomar el mundo y las personas tal como aparentan ser. ¿Sabes lo que haría, si estuviera en tu lugar?

—No creo que me interese saberlo...

—No me refiero a Sarah; creo que ese asunto lo estás manejando perfectamente bien. Me refiero a este tipo Vickers y todo el asunto de Albert Chinn. Yo no me quedaría tranquilo con esa historia. Iría en busca de Vickers, lo tomaría del cuello y lo sacudiría hasta que me dijera toda la verdad. Y si no quiere hablar, iría más arriba. Recurriría a la máxima autoridad y haría un escándalo hasta enterarme de toda la verdad. Tú conoces Whitehall. También puedes contar con los antiguos amigos de nuestro padre. Por lo menos, podrías aclarar esa parte del problema. Sólo entonces estarías más libre para ocuparte de la recuperación de Sarah.

—Si hay algo en lo que no tengo interés, es en complicarme más con esa gente...

—Es asunto tuyo. —Se puso de pie, apuró su vaso y prosiguió—: Lo siento querido Bobby si te hice enfadar sin querer. Pero ya sabes cómo somos los Rolt. No andamos con vueltas. Es por eso que papá nunca tuvo una embajada de las buenas...

Después que se marchó, tomé otro whisky y medité sobre lo que me había dicho. El hecho de que nos hubiéramos enfrentado como dos gallos de riña, no tenía importancia y pronto lo olvidé. Siempre habíamos discutido y peleado, pero eso no alteraba en lo más mínimo el afecto y la lealtad que nos guardábamos. En una cosa estaba de acuerdo con él: Alexina era fría y remota; pero me resultaba difícil imaginarla en ningún problema que ella o su esposo Vallis, el banquero, no hubieran podido resolver. El viejo Vallis había solucionado muchos problemas en su momento. Mi padre me lo había dicho. Y lo último que podía imaginar, era que Alexina pudiera comprometer a Sarah en nada raro. Aún a su manera, fría y distante, la adoraba; Sir Hugh Gleeson podría tener su teoría, pero yo no la compartía en lo más mínimo. Y si Sarah quería continuar viéndolo, yo no me opondría. En realidad y a pesar de no compartir sus ideas, a mí también me resultaba un hombre sumamente agradable.

Subí a mi habitación y allí encontré motivos más que suficientes para dormirme mucho más feliz de lo que había estado en muchísimo tiempo.

Encima de la almohada, sobre mi cama abierta para la noche, había una rosa prendida, junto con una nota de Sarah que decía:

“Querido Robert:

Gracias por un hermoso día. Me parece haber conocido a Isabelle y Harold toda mi vida. Que duermas bien...

Sarah”.

Dos semanas más tarde, sucedió algo que me hizo sentir más feliz todavía: Sarah, de acuerdo a su manera de ser, eminentemente práctica, decidió que ya era tiempo de encarar nuevamente el manejo de su considerable fortuna personal. Durante su ausencia, se había ocupado de ello su abogado, el contador y Alexina; algunas veces también me consultaban a mí. En realidad no habían hecho mucho más que mantener todo congelado. Tanto el abogado como el contador sabían ya que ella había regresado pues yo les había hablado por teléfono, aunque sin entrar en mayores detalles. Al principio, le había insinuado la conveniencia de que yo fuera a verlos y los pusiera en antecedentes, pero ella se opuso.

—No, Robert —dijo—. Debo volver a aprender a manejar mis asuntos sola. Tú me dices que ambos son hombres amables y comprensivos...; bien. En tal caso, no habrá ningún problema. Estoy segura de que no serán imprudentes como para formularme preguntas que puedan ponerme en aprietos.

—Iré contigo, de todas maneras; podemos pasar la noche en la ciudad.

Sacudió la cabeza negativamente. —No; tienes suficiente trabajo aquí. No necesito enfermera. Soy Sarah Rolt, de Rolthead y puedo arreglármelas sola. Así era antes y así será de ahora en más. —Se inclinó hacia adelante y me besó en la mejilla; su gesto fue tan sencillo y espontáneo como lo había sido en el pasado.

Sarah fue a Londres y pasó allí la noche. El día de su regreso, yo debía asistir a una reunión de comité del condado de Dorset. La reunión se prolongó más de lo previsto. A mi regreso, decidí parar en la casa de Harold e Isabelle y tomar un trago con ellos. También debía tratar un asunto de negocios con Harold. Juntos teníamos una parcela de terreno boscoso en Somerset y habían surgido problemas con el sindicato que tenía la concesión de los derechos de caza. Mientras estaba allí, llamé a Rolthead para saber si Sarah había regresado. Volvería de Londres en tren y luego tomaría un taxi en la estación. La señora Cordell me dijo que no había vuelto aún. Como yo conocía los horarios de los trenes, sabía que no regresaría antes de las nueve y media. Le dije que me quedaría a comer con mi hermano y volvería a esa hora.

En realidad, debido a la hospitalidad de Harold y a nuestra charla de negocios, emprendí el regreso más tarde de lo que había planeado y era algo más de las diez cuando llegué a casa. La señora Cordell me esperaba en el hall.

—¿Dónde está la señora?

—Comió en el tren de regreso, señor. Hace unos minutos salió a dar un paseo por el jardín.

Salí en su busca. Estaba casi totalmente oscuro. El crepúsculo terminaba; era una noche tibia y sin viento. Di un rodeo alrededor de la casa y fui hasta el sitio donde era más probable que la encontrara: el rosedal. Le encantaba ir allí después de la cena; algunas veces conmigo; otras sola. En estas noches cálidas y plácidas, el perfume de las rosas podía llegar a ser demasiado intenso para mí. Personalmente no me entusiasmaba mucho, pero jamás se lo hubiera hecho saber.

El rosedal estaba rodeado por tres lados por una pared de ladrillos. En el cuarto, había un alto seto vivo, con una entrada recortada en forma de arco, en el medio. En el centro del jardín, rodeado por un sendero a cuyos lados había unos largos bancos de piedra, se veía un cantero circular de rosas.

Cuando atravesé el arco que formaba la entrada, vi a Sarah que venía hacia donde yo estaba por el sendero, desde el centro del rosedal. Caminaba lentamente, con la cabeza gacha y se sostenía la frente con las manos.

—¡Sarah!...

No respondió a mi llamado y prosiguió avanzando hacia donde yo estaba; hubiera pasado de largo si yo no estiraba la mano y la tomaba del brazo. Se dio vuelta hacia mí, dejó caer las manos y me miró. Por un momento me pareció que no tenía idea de quién era yo; que estaba a cientos de millas de distancia. Luego, dijo lentamente:

—¡Oh, Robert!... ¡Oh Robert!... —Su rostro estaba demacrado, como si estuviera sufriendo algún dolor.

—¡Por Dios!... ¿Qué te sucede? ¿Estás enferma?

Respiró profundamente un par de veces y luego negó con la cabeza:

—Estoy bien... Por favor; Vayamos adentro...

La llevé hasta el frente de la casa y a mi estudio; la ayudé a sentarse en una silla y le serví una copa de cognac. Apenas se humedeció los labios con el licor y lo alejó de sí. Luego se recostó en la silla, levantó la vista y me sonrió débilmente.

—¿Qué te sucedió?

—Fue algo extraordinario... No; no te preocupes, Robert; estoy bien.

—¿Estás segura?

—Sí; completamente segura.

—¿Qué sucedió?

—Bueno; cuando regresé, la señora Cordell me dijo donde estabas. Salí a dar un paseo; por el rosedal. El perfume de las rosas era exquisito. —Hizo una mueca extraña—. Tal vez demasiado intenso. Embriagador. Estaba sentada en el centro del jardín, cuando repentinamente... sentí como si flotara por el aire...

—¿Quieres decir que perdiste el conocimiento?

—No; no... eso no. Era como si flotara... No; tampoco era así. Era como si algo me envolviera. Una sensación deliciosa de suavidad, felicidad, llena de dulces promesas... Robert; no quiero que prestes demasiada atención a esto. Pero, en realidad, por un instante, me pareció que me volvía la memoria; que de pronto todo se aclararía. Lo sentía así...

—¿Qué sentías?

—Sentía que volvería a saber toda la historia de mi pasado. Que recobraba la memoria... Sentía que todo volvía a mí y luego, repentinamente, la próxima cosa que recuerdo es darme vuelta hacia ti, cuando me tomaste del brazo. —Se puso de pie y se acercó a mí. La rodeé con mis brazos y prosiguió—: Estoy segura. Sé que todo estaba volviendo a mí... y repentinamente volvió a desaparecer.

—Sé que recobrarás la memoria. Nada me hará cambiar de idea. Tal vez este sea el comienzo.

—Yo también lo creo así. Por un momento, alguien o algo me hizo una promesa, mientras estaba allí afuera.

Después que Sarah se fue a dormir quedé recapacitando acerca de lo que me había dicho. Era evidente que algo le había sucedido; pero, me costaba aceptar la manera fantástica en que lo había narrado. Por supuesto, jamás se lo hubiera dicho a ella. Las mujeres suelen traducir las cosas que les suceden en términos emocionales, mucho más que los hombres. Yo no tenía ninguna objeción a este hecho. El adornar los hechos ordinarios, no hacía ningún daño. Pero para mí fuero interno, estaba seguro de que sucedería lo que yo siempre había creído: una vez que volviera a Rolthead y se encontrara entre viejos amigos y lugares que conocía tan bien, con seguridad encontraría ecos e impulsos del pasado que actuarían sobre su mente y la harían reaccionar; era un proceso natural de recuperación. La naturaleza es más sabia que miles de médicos juntos. No me cabía ninguna duda de que éste era un primer síntoma de mejoría. Me sentía mucho más feliz de lo que me había sentido en muchos años, pero al mismo tiempo, tenía una preocupación. El aspecto de Sarah cuando salía del rosedal, me había asustado: se la veía vieja, extenuada, agotada... Decidí que por su propio bien y mi tranquilidad, debería hacerle hacer una cuidadosa revisión médica general. En otros tiempos, solía ir a su médico en Londres dos veces por año. Tendría que convencerla para que volviera a hacerlo. Antes de subir a mi habitación, había decidido ir a ver a Sir Hugh Gleeson para pedirle que le sugiriera, como cosa suya, la próxima vez que fuera a visitarlo, que se hiciera una revisión médica completa.

Me acosté, satisfecho y sin dudas de que llegaría el día en que Sarah estaría totalmente recuperada para mí y para Rolthead.

Dos días más tarde, me llamó Vickers por teléfono.

—Señor Rolt —dijo—. Lamento molestarlo pero necesito una directiva de su parte con respecto al departamento de Otwell Park House. El contrato está hecho a nombre de Albert Chinn. No lo podemos encontrar y ha dejado de pagar el alquiler. Pagaba mensualmente, en efectivo; enviaba dinero por carta certificada.

—¿Y qué quieren que haga?

—Bueno; aquí está el coche de la señora Rolt; los muebles y algunas otras cosas.

—Ya veo; bueno. No me importa lo que hagan con todo eso. Véndanlo y repartan el dinero en obras de caridad. No quiero saber nada de eso.

—Muy bien. Pero también hay ciertos negocios de la señora Rolt pendientes; sabrá que ella trabajaba en propiedades. Con seguridad que tendrá todavía algunas deudas.

—Sí, por supuesto. Hablaré con ella al respecto. Sin duda hará que su abogado o su contador vayan hasta allá y se encarguen de todo.

Cuando hablé con Sarah más tarde, no me sorprendió saber que ya había dado instrucciones al abogado cuando estuvo en Londres, con respecto al departamento. Debía ir allá, revisar las cuentas e incorporar cualquier cosa que hubiera quedado pendiente a sus cuentas actuales. Estuvo completamente de acuerdo conmigo en que no tenía interés en el auto ni en los muebles. Quería que los vendieran y entregaran lo obtenido a obras de caridad que ella misma designaría.

Antes de cortar, Vickers dijo:

—Puede que le interese saber que, hasta ahora, todo lo que hemos verificado acerca de la presunta señora Starr, resultó falso o fraguado. No hemos controlado todo. Sin embargo, la persona que preparó todo lo hizo con mucha habilidad. Supongo que no le habrá dicho nada a su esposa acerca de la narración que escribí... quiero decir, en cuanto a la posible discrepancia en el tiempo.

—Por supuesto que no; no pienso dedicarme a espiar a mi propia esposa, ¡bendito sea Dios!... Estoy Seguro de que debe tener alguna razón valedera. Mi esposa está nuevamente a mi lado y no quiero ser molestado con nada de lo que le sucedió mientras estaba con Albert Chinn.

Más tarde, recapacitando, pensé que me había comportado bastante mal con él. Después de todo, estaba cumpliendo con su deber y más aún, había contribuido a que yo volviera a encontrar a Sarah. Pero yo conocía bien a Vickers y los tipos de su calaña. Por las historias de mi padre y mi propia experiencia, sabía bien los métodos despiadados que solían emplear algunas agencias gubernamentales, cuando lo consideraban necesario a sus fines. Podían hacer lo que quisieran con Chinn, por el motivo que consideraran razonable. Pero si intentaban siquiera acercarse a Sarah, no dudaría un minuto en dirigirme a algún personaje importante del Whitehall. Nadie se entrometería en mi vida en Rolthead junto a Sarah.

Nadie lo hizo. El mes siguiente transcurrió plácidamente. Por momentos me parecía imposible imaginar que había estado ausente o que todavía tenía una nebulosa en cuanto a nuestra pasada vida en común. Fue una o dos veces a ver a Sir Hugh, pero según sus relatos, esas visitas eran más sociales que profesionales. Le hicieron una revisión general en Londres y el médico la encontró en buen estado de salud. Aparte de la pérdida de la memoria, no tenía otro problema. Cada quince días iba a Londres para ocuparse de sus negocios, cosa que hacía con el mismo entusiasmo con que lo había hecho anteriormente.

A fines de julio, vino su madre y pasó una semana en Rolthead; luego fue a visitar a sus amistades de Londres y otros puntos del país. Yo seguía ocupado con mis negocios, administrando nuestros bienes y con mis obligaciones como consejero del condado; además debía ocuparme de las variadas comisiones y organizaciones que eran casi obligatorias por el sólo hecho de ser un Rolt.

Vivíamos felices y yo no perdía las esperanzas de que llegaría el día en que nuestra felicidad fuera completa. No habíamos vuelto a ser marido y mujer, a pesar de que había nacido entre nosotros una forma especial de intimidad, mucho más profunda que la relación fraternal que antes habíamos mantenido; mucho más que una simple amistad. Me sentía satisfecho, pero no podía engañarme pensando en que encontraría en ella una satisfacción duradera. Ambos éramos de naturaleza apasionada. Mantener nuestra relación a ese nivel era difícil para los dos, por igual. Pero nunca tratamos ese tema. Habíamos aceptado un límite y supongo que ambos pensábamos que no hallaríamos una dicha definitiva por el sólo hecho de traspasarlo.

Durante este período, uno o dos episodios hicieron crecer mis esperanzas. Montábamos a caballo y jugábamos al golf juntos. Desde el primer instante en que Sarah montó a Minto, su bayo preferido, supo exactamente cómo conducirse; el dominio de la cabalgadura le volvió instintivamente. Lo mismo sucedió con el golf. Hasta tenía la misma dificultad en los palos cortos que siempre había tenido. También pescaba truchas en el lago y manejaba la caña y los señuelos con la misma maestría de siempre. A pesar de que la memoria de su mente fallara, era evidente que no había perdido la memoria de sus movimientos.

Casi todas las noches, después de comer, salíamos a dar un paseo por el jardín y siempre volvíamos atravesando el rosedal. Yo sabía que ese lugar tenía un atractivo especial para ella y logré saber cuándo deseaba estar sola allí. Solía inventar alguna excusa y alejarme pero, recordando su extraña experiencia, nunca me alejaba demasiado.

Pero, como sucede tantas veces en la vida, la crisis se presentó de improviso y cuando debido a la rutina habíamos bajado la guardia.

En los primeros días de agosto habíamos ido caminando hasta el lago con nuestro perro, Frannie. Cuando regresábamos, me pareció que Sarah quería quedarse a solas entre sus rosas. Le dije que iría hasta la casa del cuidador para hablar con él de ciertos problemas referidos a la caza.

La dejé y me marché. Cuando estaba a mitad de camino, me di cuenta de que Frannie se había quedado con ella. Me quedé con el cuidador mucho más de lo que había pensado. Tenía problemas con los faisanes y tuve que oír sus quejas acerca de un grupo de muchachos de la aldea que utilizaban uno de los graneros más alejados como lugar de reunión, con lo que había peligro de incendio pues había almacenado allí algo de heno.

Regresé cuando ya estaba oscureciendo. Estaba tan seguro de que Sarah habría regresado, que comencé a subir los escalones de la terraza y de pronto, sin ninguna

razón especial, sentí una imperiosa necesidad de ir hacia el rosedal. Fue un impulso tan fuerte, que comencé a correr los últimos metros que me faltaban para llegar a la entrada. Cuando atravesé el arco, me encontré que, debido a las paredes y el seto, estaba mucho más oscuro dentro del jardín que en el resto del parque. Saqué la linterna del bolsillo y avancé apresurado por el sendero hacia el centro. Nunca olvidaré este momento: el perfume de las rosas era intenso y abrumador. Una polilla, encandilada por el haz de luz de mi linterna, revoloteó un par de segundos y luego golpeó contra mi rostro. A lo lejos, junto al lago, se oyó el chistido de una lechuza. Recortado contra el oscuro cielo, por encima de la pared, se dibujaba el perfil de las lomas. Repentinamente, apareció en el cielo una estrella errante. Todas estas cosas las vi, oí y olí en ese momento sin darme cuenta. Pero cuando pienso en ellas ahora, reviven en mi memoria junto al shock que me produjo encontrar a Sarah bajo la luz de mi linterna.

Estaba caída junto a un banco de piedra, con las piernas encogidas como si se hubiera deslizado o caído lentamente sobre la granza, estando sentada.

Me arrodillé junto a ella, le pasé un brazo bajo los hombros y traté de incorporarla. Su cabeza cayó hacia atrás sobre mi brazo; su rubio cabello dejó su rostro al descubierto. Tenía los ojos cerrados pero a la luz de la linterna, noté que respiraba lentamente pero de manera pareja; lo noté en la manera regular en que se elevaban y descendían sus pechos.

Dominando mi nerviosidad, en realidad algo más parecida al pánico, la tomé en mis brazos y la conduje a la casa.

En el hall llamé a la señora Cordell con toda la fuerza de mis pulmones. Cuando llegó le dije:

—La señora se ha desmayado. Llame a Blundell. Si no está, trate de conseguir al suplente. Quiero que venga uno de ellos inmediatamente.

Llevé a Sarah hasta su dormitorio; la coloqué sobre la cama y encendí la luz. Estaba laxa y tranquila como si estuviera durmiendo. Me incliné sobre ella y la sacudí suavemente por el hombro pero no reaccionó. Le moví los brazos y las piernas pero no me pareció que tuviera ninguna herida. La única marca visible era un poco de granza y unas hierbas de pasto adheridas a la mano derecha donde yo me imaginaba que se había apoyado al deslizarse del banco.

La señora Cordell entró a la habitación mientras yo me incorporaba.

—Logré comunicarme con el doctor Blundell, señor. Vendrá en seguida. ¿Qué sucedió?

—No lo sé. Estaba sentada en el rosedal. Creo que se desmayó. La encontré caída en el sendero.

Creo que nunca pasé diez minutos de mi vida sintiéndome más enteramente inútil. Si uno se enfrenta a un problema pero conoce la causa que lo produjo, siempre se puede hacer algo. Pero Sarah no parecía tener ninguna herida, aparte del raspón de la

mano. Permanecía inmóvil sobre la cama, como si durmiera tranquilamente. Volví a sacudirla suavemente y la llamé por su nombre, pero no obtuve ninguna respuesta.

La señora Cordell le acomodó la almohada debajo de la cabeza y dijo:

—Yo la dejaría hasta que venga el doctor. No parece sentir ningún dolor.

Afortunadamente, Blundell vivía a sólo una milla de distancia. Ya estaba comenzando a impacientarme cuando oí el ruido del motor de su auto que se aproximaba por el camino. Además del médico de la familia, era un buen amigo. Cuando salí a recibirlo, ya estaba subiendo la escalera. Le conté brevemente lo acontecido y entró a ver a Sarah. —Espera afuera Robert; no quiero tenerte dando vueltas a mi alrededor. La señora Cordell podrá ayudarme si fuera necesario. Ve abajo y tómate un trago. Te acompañaré luego.

Fui a mi estudio y me serví un cognac. Me temblaba el pulso, pero la sola presencia de Blundell me había tranquilizado algo. Era viejo y anticuado en sus métodos pero había atendido a todos los habitantes de Rolthead durante veinticinco años y yo le tenía confianza.

Veinte minutos después, entró al estudio.

—La señora Cordell me ayudó a acostarla. Respira normalmente, su pulso es regular y el corazón late como un reloj. Solamente está profundamente dormida.

—¿No está herida?

—No; por lo menos, nada que yo haya podido descubrir. Simplemente está durmiendo y mi consejo es dejarla dormir hasta que despierte por sí sola. No te preocupes; lo hará. Si lo prefieres, puedes quedarte a su lado. Tal vez estarías más tranquilo.

Le serví un cognac y dije:

—¿Conoces sus antecedentes? ¿Tendrá algo que ver con ellos?

Se encogió de hombros. —No lo sé... Por el momento, lo único que puedo diagnosticar, es que está durmiendo. Pienso que cuando llegue la mañana, despertará—. Sorbió un poco de cognac y por encima de la copa agregó—: Luego podrás partir desde allí. A no ser que me necesites antes, vendré a las nueve y media.

Después que se fue, subí a la habitación. La señora Cordell estaba allí todavía pero le pedí que se fuera a acostar. Después de oponer cierta resistencia, aceptó.

Apagué todas las luces del dormitorio, con excepción de un velador y me quedé contemplando a Sarah. Parecía dormida completamente natural; su mejilla descansaba en una de sus manos, el cabello suelto sobre la almohada.

Fui hasta el ventanal y me acomodé en un sillón; apoyé los pies sobre una banqueta de su *toilette*. Era una noche tibia y no necesitaba abrigo. Esa noche permanecí en vigilia, lleno de esperanzas. Si me hubieran preguntado por qué, no hubiera podido explicarlo. Pero, sabía que, cuando Sarah se despertara, nuestra vida sería distinta.

Me quedé contemplando el cielo estrellado; los sonidos de la noche llegaban a mí a través de la ventana entreabierta. Se oía una zorra llamando a su compañero y éste

le respondía desde la lejanía. Al escuchar el aullido, recordé que Frannie no había vuelto con nosotros. No me preocupó mayormente ya que muchas veces pasaba la noche afuera.

La lechuza que habitaba en el establo pasó volando junto a la ventana. Desde el lado del mar, llegó el melódico canto de un avefría. Algunas veces Sarah se agitaba en el sueño y cambiaba de posición. Cada vez que lo hacía, me aproximaba a la cama; en una oportunidad volví a colocar un brazo que se había deslizado fuera de la cama nuevamente bajo las sábanas. Sostuve su mano entre las mías y la besé.

Pronto las primeras luces del amanecer harían empalidecer las sombras de la noche y las estrellas comenzarían a apagarse; reinaba una calma total. Una paz y un amor que parecían predecir al momento que tanto había esperado: el día prometido.

Extrañamente y como para probar que en la naturaleza no existe el concepto de romanticismo, el sueño fue venciendo imperceptiblemente mi deseo de permanecer en vigilia y con la certeza de que la felicidad me sería devuelta, me quedé dormido.

Desperté cuando ya era pleno día. La sombra de rápidas nubes empujadas por el viento cruzaban los prados iluminados por el sol; una fresca brisa hacía mecer las copas de las altas hayas que limitaban el parque y se oía el canto de innumerables pájaros.

Sarah estaba de pie a mi lado, envuelta en un *deshabillé* de seda azul encima del camisón. Se quedó allí, sonriéndome, hermosa. Intenté incorporarme pero estiró una mano y me tocó levemente un hombro. Luego se echó en mis brazos, escondió su rostro junto a mi cuello y supe que había vuelto a mí. También supe mientras nuestros labios se buscaban ansiosos y nuestros cuerpos se estrechaban, que no existían palabras capaces de describir el amor y la comprensión que fluían entre nosotros. Todo quedó dicho, sabido y reafirmado en el contacto apasionado que compartimos, mientras temblaba entre mis brazos en el silencioso éxtasis de su liberación.

Sarah no me contó mucho del incidente en el rosedal. Después que la dejé allí, se quedó disfrutando de la noche y del perfume de las rosas.

—Simplemente me quedé allí —dijo— me sentía algo cansada; pero tranquila y feliz. De pronto pareció que el aroma de las rosas se hacía cada vez más intenso; demasiado penetrante. Pareció que la cabeza comenzaba a darme vueltas. Recuerdo haber mirado hacia arriba y ver las estrellas en el cielo; lentamente comenzaron a moverse y bailar por todas partes. Me mareaba de sólo mirarlas. Recuerdo que pensé: “Por Dios, ¡qué tontería!... creo que voy a desmayarme”. Entonces Frannie soltó un prolongado aullido y perdí el conocimiento.

Cuando vino Blundell y la revisó, dijo que no le encontraba nada. Había recobrado la memoria pero no totalmente. Recordaba toda su vida hasta que subió al auto en Shaftesbury y comenzó a volver hacia casa. De ahí en adelante, no recordaba nada de lo sucedido hasta que despertó en la cama de la villa, donde le dijeron que su

nombre era señora Starr. Blundell opinaba que eventualmente, también recordaría ese período; que el haber recuperado la memoria hasta el episodio de Shaftesbury, era el comienzo de un proceso de recuperación total. En ese momento y ante la enorme dicha que nos producía el estar nuevamente juntos y como marido y mujer, no le dimos mayor importancia a ese detalle.

Fue el comienzo de días muy felices para nosotros. Recuperamos totalmente la pasión física y mental de tal manera, que costaba creer que hubiera estado interrumpida en algún momento. Más aún: nuestro amor llenaba nuestras existencias de un modo tal, como no lo había hecho jamás. Todo lo que hacíamos o decíamos cuando estábamos a solas tenía un contenido más rico, más salvaje. A pesar de que, por mi modo de ser, no era propenso a las exageraciones, no podía dejar de reconocer, y al mismo tiempo sentirme hondamente agradecido, que entre nosotros existía una nueva comunicación; no sólo al hacernos el amor sino en todo lo que emprendíamos juntos. Sarah representaba toda mi vida y yo era la suya y Rolthead se transformó en un jardín paradisíaco.

A mí no me preocupaba mayormente el hecho de que todavía hubiera una laguna en su mente; era tanto lo que ya había recibido... Pero esa laguna correspondía al período más enigmático de su vida. Estaba nuevamente en Rolthead; sabía que era mi esposa y recordaba nuestros primeros encuentros, nuestro matrimonio y los años pasados juntos. Pero yo sabía que ese período en blanco todavía la preocupaba. Faltaba casi un año de su vida. Para mí era fácil ignorarlo, a pesar de que despertara mi curiosidad. Pero yo notaba que para Sarah, a pesar de que se refería cada vez menos a él, seguía constituyendo una mácula en su felicidad. Seguramente el tiempo haría que la importancia disminuyera también para ella. Ahora debería olvidar ese período fantástico y mirar hacia el futuro, hacia la vida que nos esperaba a los dos. Yo seguía convencido de que el tiempo terminaría el proceso de cicatrización de su memoria.

No obstante, al principio, cuando aún estaba fresco en su mente el recuerdo de esa laguna, solía ensombrecer algún momento de tranquila comunión entre nosotros; fui a ver a Sir Hugh Gleeson para hablarle de ello. Sarah y él eran muy buenos amigos y ella lo visitaba con frecuencia. Sarah le había contado acerca de su laguna.

Sir Hugh podía hacerme encrespar en más de una oportunidad; pero en general, era un hombre que merecía mi respeto. No obstante ya me había dado cuenta de que poseía ciertas ideas y convicciones, totalmente alejadas de las mías. Como no soy muy imaginativo, me cuesta creer en convicciones totalmente idealistas y abstractas. Pienso que lo más importante en la vida es vivir con los pies sobre la tierra, decentemente y en armonía con la gente que nos rodea. No me molesta reconocer que soy un cristiano de la vieja escuela. Pertenezco a la Iglesia de Inglaterra. Suelo leer partes de la Biblia una que otra vez en la iglesia de Rolthead y creo en las Escrituras. Si eso suena presuntuoso... bueno; puede ser que sea así. Pero no es esa mi intención.

Sin buenos principios y sólidas bases morales, se está más cerca del demonio; y él puede ser bienvenido.

Tomé un whisky con Sir Hugh y luego de una breve charla, saqué el tema de la persistencia de la laguna en la mente de Sarah.

—¿Realmente lo preocupa? —preguntó.

—No; no me preocupa. Más aún, por momentos sospecho que jamás la recuperará. Pero soy un tipo curioso. Minucioso, sería el término más apropiado. Si existe una explicación, me gustaría conocerla.

Sir Hugh se sonrió:

—El deseo de saber... Esa es la historia de la humanidad. Pero parte del conocimiento siempre se nos escapa. Déjeme hacerle una pregunta: ¿Alguna vez lo preocupa tener un período de nueve meses en blanco en su mente?

—No le comprendo...

—Porque nunca se ha preocupado por ello. Usted ha pasado nueve meses en el vientre de su madre, amigo mío. Con seguridad habrá llegado a este mundo como un bebe lleno de vida. ¿Cuánto recuerda usted de esos primeros nueve meses?

Fruncí el ceño. Realmente se le ocurría presentar las cosas desde unos ángulos insólitos. —Bueno; nada, por supuesto. Nadie recuerda nada de ese período.

—Es una aseveración demasiado aventurada. Algunas personas dicen recordar. ¿Lo harán realmente? De todos modos, la generalidad de la gente no lo hace. Debe haber alguna buena razón para ello. No me pregunte cuál es. El cerebro con todas sus funciones y fallas es todavía un misterio para nosotros. Por ejemplo: si yo eligiera al azar una fecha de hace veinte años, ¿podría recordar perfectamente qué hacía usted en ese momento y dónde estaba?

—Bueno... eso depende.

—Claro está: depende de si su memoria es eficiente hasta ese extremo o si posee usted un buen motivo para recordarlo. —Volvió a sonreírse—. Cuando era un joven estudiante de medicina, algunas veces bebía de más y solía ponerme muy borracho. Perdía la conciencia en medio de una reunión y volvía a recuperarla recién a la mañana siguiente, acostado en mi propia cama. Jamás recordaba haber abandonado la reunión, llegar a casa, desvestirme y meterme en cama. La memoria estaba totalmente ausente. Toda la vida es morir y volverla crear. El organismo se renueva constantemente hasta que no puede hacerlo más. Lo mismo sucede con la memoria. Partes de ella, mueren. Según mi opinión, una parte de la memoria de Sarah, murió. Olvídese de ello. Si se tratara de algo que tuviera una importancia primordial en la vida de ella o la de usted, Dios, o sea cual fuere la fuerza vital en la que cree, no la hubiera dejado morir jamás. La ciencia médica puede contestar muchas preguntas y resolver innumerables problemas; pero el conocimiento total está tan lejos de nosotros como las estrellas. Debe conformarse con el hecho de saber que el hombre es una criatura extraña, que posee el don de formular preguntas; pero solamente puede contestar muy pocas de ellas. Personalmente, y tal vez sea conveniente que lo

considere así, creo también que la mayoría de nosotros equivocamos el camino. Estamos mirando hacia adentro cuando deberíamos hacerlo hacia afuera. Como un genuino Rolt, sus pies están firmemente plantados en la tierra. Trata de ignorar lo que no comprende; a no ser lo que le atañe personalmente; y entonces, se encuentra frente a un obstáculo insalvable. Por ejemplo; ¿Por qué cree usted que le enseñé ese retrato de Miss Evangelina Santora? ¿Ha pensado alguna vez en ello realmente?

—No; nunca lo hice. Sólo me llamó la atención el pequeño defecto de su dedo.

—Ahí tiene —dijo, con una sonrisa—. Un momento de curiosidad y luego se detiene allí.

Disimulando cierta irritación, dije:

—Todo eso está muy bien Sir Hugh; pero no veo la relación que un viejo retrato puede tener con mi problema. Sólo me preocupa mi esposa. Le sucedió algo extraño e inexplicable. No le arruina la vida a nuestro matrimonio; pero yo sé que le preocupa. Falta en su memoria casi un año completo y hay alguien, en alguna parte, que sabe lo que le ocurrió. Quisiera ponerle mis manos encima... Me gustaría conocer la verdad.

Sonrió y sacudió la cabeza.

—Claro que le gustaría. Yo también solía preocuparme por mis lagunas postborracheras... Pero tuve que aceptarlas. Pero tiene razón; como corresponde a un hombre práctico. Alguien, en alguna parte, sabe lo que le sucedió a Sarah en ese período de amnesia. No creo que nunca pueda averiguar nada por intermedio de ella. Por lo tanto, sólo le queda un recurso: si quiere averiguarlo y tiene tiempo disponible para ello, busque a ese alguien. Pero mi consejo es que se olvide del asunto y disfrute de la felicidad que se le ofrece.

Mientras volvía a casa en el auto, pensaba en Sir Hugh. Evidentemente, al final de una larga carrera profesional, preñada de honores, se consideraba algo místico y le encantaba hablar formulando adivinanzas. No obstante, no podía menos que pensar que su consejo final era acertado. De allí en adelante, rara vez me ponía a pensar en la laguna mental de Sarah. Desde el momento en que desperté y encontré a Sarah de pie a mi lado, contemplándome y luego se dejó caer en mis brazos, sentí que el amor y la felicidad me habían sido devueltos. Dios había sido generoso conmigo. Me sentía satisfecho.

La mañana en que vino Blundell y quedó a solas con Sarah, fui caminando hasta el rosedal. Al llegar a la entrada del cerco, se aproximó Martín, el capataz, trayendo algo en la mano derecha.

Lo levantó para que lo viera.

—Es la perrita *spaniel* de ustedes, señor: Frannie. La acabo de encontrar muerta en el jardín. Debe haber tenido un ataque o algo así. Pobrecita... Tenía demasiado temperamento, señor...

Los ojos del perro estaban abiertos y vidriosos y había una o dos manchas de saliva seca en su trompa. Sentí esa sensación de vacío que produce perder a un perro

querido. Nunca había sido un animal bueno para la caza, pero tanto Sarah como yo, lo queríamos mucho.

—Entiérrela. Yo le avisaré a la señora Rolt.

Se lo dije unos días después. —Pobre Frannie...; me había olvidado que estaba allí conmigo—. Luego volvió la cabeza para ocultar las lágrimas que asomaban a sus ojos.

CAPÍTULO SIETE

Éramos marido y mujer. Habíamos atravesado una crisis pero logramos superarla. Pero se habían producido algunos cambios. Cuando se está muy cerca de perder algo muy querido y luego, repentinamente se lo vuelve a conseguir, se vuelve doblemente precioso. Siempre habíamos disfrutado de los placeres simples de la vida; pero ahora, estos pequeños placeres habían dejado de ser cosa cotidiana. Cada uno de estos actos tenía un significado especial, un aura y facetas especiales que nos costaba creer que no habían estado allí antes.

Sarah me lo dijo más simplemente y mejor de lo que yo pudiera hacerlo, a las pocas semanas de haber vuelto a Rolthead.

Fui hasta su dormitorio una noche, tarde; me había quedado trabajando en mi estudio y fui a darle las buenas noches. Algunas veces, si estaba dormida, lo hacía sin despertarla. La encontré sentada en el sillón junto a la ventana, con todas las luces apagadas. Estaba echada hacia adelante en su asiento, escudriñando la noche otoñal.

Al acercarme se volvió a medias y en la penumbra vi que su rostro estaba surcado de lágrimas.

—Sarah, por Dios, ¿qué te pasa? —pregunté.

Me tomó la mano y sacudió levemente la cabeza. —Nada— respondió y comenzó a secarse los ojos con un pañuelo.

—Pero estás llorando. ¿Tienes algún problema?

—¡Oh!... Robert... —Terminó de enjugarse las lágrimas y me sonrió—: Simplemente porque esté llorando, no quiere decir que tenga un problema.

—¿No?

—No, tonto... Estaba sentada allí, simplemente, esperando que subieras a saludarme y estaba gozando de la noche... Era todo tan bello y de pronto me embargó la sensación de lo feliz que soy... tan, tan feliz...

Me arrodillé a su lado, tomándole la mano y dije:

—Pero eso no es un motivo para llorar.

Se rió y dijo:

—¡Oh! Robert... siempre tan práctico, fuerte y materialista... Claro que es algo para llorar. Las lágrimas no indican sólo pena; también pueden ser por alegría o felicidad. Por lo menos, así sucede con las mujeres.

A menudo recuerdo esos instantes y siempre vuelven a mí claramente los primeros segundos de mi reacción, al oírla sollozar. Había sido un impulso primitivo contra la causa que la hubiera llevado al borde de las lágrimas.

Después de la cosecha, que ese año fue tardía, fuimos juntos a Amalfi durante un par de semanas; luego volvimos en coche a lo largo de la costa y atravesando Francia. Para Navidad, como era habitual, tuvimos la casa llena de los Rolt y sus parientes. Todo parecía lleno de vida y era como un ruidoso carnaval. Sarah presidía todo con una sencillez que a veces hacía que me sintiera a punto de estallar de orgullo y de amor por ella. Me sentía enormemente orgulloso de ella. No solamente por su belleza y porque la adoraba, sino por lo que ella era en sí misma. La gente la quería. Hacía amigos en todas partes y debo reconocer que yo estaba totalmente embobado con sus habilidades. No era una mera figura decorativa en Rolthead: sabía cazar, participar de una cacería del zorro, manejar una caña de pescar y tomar parte en todas las actividades del campo tan bien como cualquier hombre. Con la sola ayuda de la señora Cordell, manejaba Rolthead sin ningún esfuerzo aparente; además se ocupaba de sus propios negocios con una visión y una eficiencia que la habían transformado en una mujer mucho más rica que cuando nos habíamos casado. Esto no me lo había dicho ella, sino la madre que, orgullosa de su hija, se refirió a esto cuando estuvimos en Amalfi. Sarah no me ocultaba sus actividades. Tratamos juntos uno o dos negocios, no porque necesitara mi consejo, sino porque le parecía correcto que compartiéramos nuestras actividades. Si hubiera querido conocerlos más a fondo y hasta participar de ellos, en cierto sentido hubiera estado satisfecha. Pero la administración de Rolthead —que entre Harold y yo estábamos extendiendo, mediante la adquisición de tierras laborables en otros condados y otras propiedades— ocupaba todo mi tiempo.

No era un misterio para nadie que yo la adoraba y me sentía feliz a su lado. Trataba de disimular que me consideraba el más feliz de los hombres por tener una esposa así.

Un día que estaba con Harold, comencé a preocuparme porque Sarah había salido a caminar con los perros y comenzó a llover. Yo sabía que no había llevado impermeable.

Harold dijo, socarronamente:

—No te preocupes Bobby. La diosa Sarah no se mojará. Simplemente hará que la lluvia se aparte y caiga a ambos lados de su camino.

Comencé a darme cuenta que Harold estaba cambiando el carácter. Había adquirido el hábito de decir ciertas cosas que jamás esperaba oír de él. Pero en realidad, debo admitir que tal vez yo había colocado a Sarah en un pedestal y la adoraba demasiado abiertamente. Debía reprimirme algunas veces ya que no hay nada más aburrido —y embarazoso, tal vez— que un hombre proclamando su amor a los cuatro vientos. El amor suele enceguecer y la pasión embriagar.

Todavía no estoy muy seguro si esto sucedió conmigo. Sólo sé que, nueve meses después de que Sarah volviera a Rolthead, tuve que recapacitar al respecto.

Lo que paso a narrar tuvo lugar un veintisiete de marzo; era jueves y yo estaba pescando salmón en las aguas de Avon Tyrrell, un poco más abajo de Ringwood en Hampshire. Siempre solía ir allí los jueves y el río Avon quedaba a un buen rato de viaje desde Rolthead. A la mañana temprano, cuando fui hasta allí, hacía un frío endiablado; caía una nevisca helada pero yo estaba bien preparado contra la temperatura. Como mi cantimplora contenía sólo una ración de whisky, me detuve en Ringwood y como una protección más contra la inclemencia del clima, compré una botella de whisky. Comencé a pescar a las nueve. Las condiciones del tiempo y el río no estaban como para pescar con señuelo, así que preparé una cuchara. Estuve allí durante dos horas, empleando como carnada una imitación de mojarrita dorada y marrón. El viento soplaba despiadadamente y la nieve, por momentos me enceguecía. Mientras saltaba de un pie a otro y golpeaba las manos para entrar en calor, recordé uno de los dichos favoritos de mi padre: “Sólo una delgada línea divide a un pescador de un demente”. Pero los dioses siempre han sentido debilidad por los dementes y ese día me fueron propicios. Casi sin pensarlo, me encontré que había pescado una trucha de diez kilos, justo cuando había tirado la línea por última vez antes de comer mi frugal almuerzo.

Me eché el pescado a la espalda y me encaminé hacia la cabaña. Al acercarme, vi otro auto estacionado junto al mío.

Colgué el pescado afuera de la cabaña y entré. Encontré a un viejo amigo de mi padre, sentado junto a la mesa: El general Sir Maxwell Campbell. También era mi padrino. Era bajo, grueso y de complexión robusta, con un bigote color gris acerado. Bastaba una mirada para darse cuenta de que era —o mejor dicho, había sido— militar. A pesar de tener cinco años menos que mi padre, habían sido muy buenos amigos. Tenía puesta una gorra y un grueso abrigo. La canasta con mi almuerzo estaba sobre la mesa y él la había abierto y había encontrado el whisky. Cerca de la mano, tenía un vaso a medio terminar.

Me recibió con una sonrisa y dijo:

—Buen día, Robert. Conociendo la hospitalidad de los Rolt, sabía que no te importaría. —Alzó el vaso hacia mí y prosiguió—: Hace un frío de los mil demonios. ¿Has tenido suerte?

—Pesqué una linda trucha. ¿Cómo está usted, Sir?

—Poniéndome más viejo cada día, como todo el mundo. Llamé a tu casa y la señora Cordell me dijo que estabas pescando. Pensé que podría venirme hasta aquí y charlar un rato contigo. ¿Cómo está Sarah?

—Está muy bien; se ha ido de viaje por unos días.

Me serví whisky en un vaso y me senté frente a él. Yo sabía que, a pesar de estar retirado, era un hombre ocupado. Con seguridad, demasiado ocupado como para recorrer tantas millas en un crudo día como éste con el único propósito de conversar con su ahijado en una cabaña tan fría como una heladera. Alcé mi vaso hacia él y bebí en silencio.

Agradeció el brindis, llevándose el vaso a los labios. Luego dijo:

—Hace años que no toco una caña de pescar...

Sin más preámbulos, le espeté:

—Estoy seguro, Sir, que no habrá elegido un día como éste simplemente para charlar conmigo de pesca...

Se sonrió:

—Eres el mismo Robert de siempre. Directo; sin vueltas. Me gusta. Pero menos mal que dejaste el Servicio Exterior. Nunca te hubieran dado ninguno de los mejores puestos. Tu padre también era así en cierta forma; pero casi siempre sabía disimular. No; no he venido hasta aquí simplemente a charlar. He venido a decirte algo y darte algunos consejos. Para serte sincero, me ordenaron venir y mantener la mayor discreción posible.

—¿Ordenaron? Creía que estaba retirado.

—Para el Ejército, lo estoy. Pero algunas veces, debido a mi antigüedad y experiencia, me encargan alguna misión especial.

—¿Qué es lo que tiene que decirme?

Sacó una tarjeta de su bolsillo y me la enseñó:

—¿Tiene algún significado para ti?

Miré la tarjeta. Tenía impreso un nombre y una dirección. Sentí que un escalofrío de intranquilidad me recorría el cuerpo.

—No; no tiene ningún significado.

—Quiero verte mañana a las once de la mañana.

—¿Para qué demonios?

—No podría decírtelo en detalle; pero en general, bueno... es por algo concerniente a Sarah.

—¡Dios mío! —estallé—. No me diga que está por comenzar toda esa serie de disparates otra vez... —Golpeé la tarjeta con fuerza contra la mesa—. Esto viene de Whitehall, ¿verdad?

Tomó la botella de whisky y completó ambos vasos. —Sí; viene de Whitehall.

—Bueno; puede decirles que no iré a verlos. Me he saturado de ellos... Y no permitiré que vuelvan a entremezclarse en la vida de Sarah.

Permaneció en silencio un momento, mirándome fijo. Luego agregó, cortante:

—Escúchame: he venido hasta aquí en cumplimiento de una orden. También podría decirte que lo hice como amigo de la familia. Supongo que esa es la razón por la que fui seleccionado. Primero de todo, quiero que entiendas eso bien: estarás allí a las once mañana, Robert. Si no vas, son muy capaces de venir a buscarte a Rolthead. Si no les importara nada acerca de ti o de Sarah, no se hubieran preocupado por enviarme aquí.

Furioso, respondí:

—Me parece, general, que su misión no es una cosa tan casual como pretende hacerme creer...

Sacudió la cabeza, sonriendo:

—Robert, hijo mío... realmente, eres un gallo de riña...

—¿Y por qué no habría de serlo? Sarah está bien y feliz; todo aquel asunto de Chinn se acabó. ¡No voy a permitir que una jauría de agentes del Whitehall vuelva a importunarla ni perturbarla!

Repitió:

—Vine a darte una orden... y algunos consejos. Aquí va parte de ellos: desahógate cuanto quieras conmigo. Te conozco perfectamente. Eres el hijo de mi mejor amigo. Yo sé que cuando me vaya, me enviarás una nota disculpándote por tu comportamiento aunque te dijera que no es necesario, lo harías igual. Por eso he venido. Conozco tu carácter. Ellos también lo conocen en parte. —Repentinamente rechinó los dientes y agregó—: Tal vez eligieron este medio para evitar que arrojaras por una ventana a algún empleado de la oficina... Eres orgulloso, irascible e impulsivo... ¡Oh, sí!... Así eres. Pero también tienes cualidades: eres correcto, honrado y directo en tu proceder. Nadie podría tomarte por tonto. Además, todo tu mundo gira alrededor de Sarah y Rolthead. ¡Que Dios proteja a quien quisiera inmiscuirse en tu vida!... Pero, te ruego que lo vuelvas a pensar. Podría ser que esta jauría de Whitehall, como la has llamado, esté tan preocupada por el bienestar de Sarah como tú mismo. Si fuera así, lo menos que puedes hacer es escucharlos y controlar tu mal genio. ¿No te parece?

Asentí. —Sí; creo que es así. Lo siento. Pero podrá imaginarse cómo me siento. Pensé que todo esto estaba terminado.

—Ya lo sé. Sarah y tú han pasado momentos bravos. Pero mucha gente los pasa en la vida. —Se puso de pie, tieso y se levantó el cuello del abrigo. Su cara colorada brillaba con el frío. Prosiguió—: Tienes razón en pensar que he sido designado por alguna otra razón que el mero azar; pero te lo digo en forma estrictamente confidencial. Para tranquilizarte, te haré otra confidencia que tal vez no debiera hacer. No creo que el interés principal de ellos esté centrado en Sarah. Hay otras personas que les interesan mucho más. Lo último que querrían hacer, sería perturbar tu vida o la de Sarah. Por lo tanto, Robert, te ruego que, cuando vayas a verlos, controles tus impulsos.

—Muy bien, general.

—Correcto; me olvidaba decirte que Dora te envía cariños.

—Muy amable de su parte —contesté—. Afuera tengo un hermoso pescado; tal vez le agrade llevárselo a Lady Campbell con mis recuerdos...

—Dora estará encantada. —Se detuvo en el umbral y agregó—: Quisiera que sepas, Robert, que si en algún momento consideras que necesitas ayuda o un consejo, no dudes en recurrir a mí; como a un viejo amigo. Además, antes de tomarte a trompadas, trata de considerar las cosas desde el punto de vista de ellos.

Después que se marchó, me quedé allí, sentado en la helada cabaña; dentro de mí sentía también un horrible frío. En unos pocos minutos, había sido arrojado del

paraíso de amor, calor y tranquilidad de nuestra vida en común con Sarah, a la cruda realidad. Por un momento mi mano aferró la botella de whisky y sentí deseos de arrojarla contra la pared con furia. Quería ver y oír algo que se rompiera en mil pedazos. Estuve a punto de hacerlo, pero me contuve. Permanecí allí, presa de la angustia y traté de controlar la indignación y la amargura que sentía dentro de mí.

El nombre que figuraba en la tarjeta era “Capitán H. Garwood, R. N.; Director de Proyectos Estadísticos. Ministerio de Defensa”. La dirección era en la avenida Northumberland. Llegué allí cinco minutos antes de las once, de la siguiente mañana. Era un edificio alto y deteriorado; en el pequeño hall de entrada había un portero uniformado. Le enseñé la tarjeta y me indicó el ascensor, diciendo:

—Quinto piso, señor.

El ascensor subió lentamente. Penetré a un mundo que no tenía nada que ver con el aspecto exterior del edificio. Había un largo corredor blanco, impecablemente pintado y el piso brillaba con un linóleo blanco y en damero. Una chica vestida de azul me atendió sentada detrás de un escritorio bajo de madera de pino. Le enseñé la tarjeta y anuncié:

—Mi nombre es Rolt. Tengo una cita con el capitán Garwood a las once.

—Sí, señor Rolt —repuso—. El capitán lo espera. Número siete. Golpee la puerta y entre. —Indicó hacia su derecha, por el corredor—. Es la última puerta de la izquierda.

La noche anterior, recapacitando, decidí que el consejo que me había dado el general era sumamente valedero. Más que un consejo, había sido un reto. Independientemente de lo mucho que pudiera disgustarle a uno el trabajo que realizaba gente como Vickers o Garwood, no había discusión en cuanto a su necesidad. Sarah y yo habíamos sido arrastrados a ese mundo. Mi único deseo era salir de él cuanto antes. Comportarme contra lo que se esperaba de mí, sólo demoraría las cosas. Trataría de controlarme todo lo que pudiera. Y, dentro de lo que fuera posible, trataría de ver las cosas desde su punto de vista.

Golpeé la puerta marcada con el número siete y entré. Al entrar, me enfrenté con la ventana de la habitación. Bajo la ventana había un escritorio y un hombre sentado tras él. Noté que unas palomas levantaban vuelo desde el alféizar cuando se puso de pie. En la habitación había un juego de archivos verdes, un par de sillas vienesas y un perchero alto y anticuado. Tenía todo el aspecto de una habitación que sólo se ocupaba temporariamente: una habitación dedicada a entrevistas. Era tan impecable y fría como el corredor.

El capitán Garwood era mucho más joven que yo. Era alto, algo desgarbado y vestía de civil. Su cabello rubio comenzaba a ralearse y parecía muy pegado a su cabeza. Su rostro era de pómulos altos y terminaba en un mentón pronunciado. Parecía cansado y pálido. Cuando me presenté, estiró un largo brazo a través del

escritorio y me estrechó la mano. Luego me indicó con la cabeza una silla que había junto al escritorio.

—Me alegra que haya venido, señor Rolt.

Tomé asiento y repliqué sin mucho entusiasmo:

—Me ordenaron que lo hiciera.

Se sonrió, se encogió de hombros y prosiguió:

—Bueno; supongo que será así. Espero que no lo tome a mal.

—No; no lo haré. Estoy totalmente preparado para cooperar con ustedes, siempre que me den una buena razón para hacerlo.

—En otras palabras... ¿Quiere que vayamos derecho al grano? Muy bien; así lo haremos. Pero antes de comenzar, quiero advertirle que deberé hacerle algunas preguntas estrictamente personales. No podemos evitarlas. Puede ser que algunas de ellas le resulten impertinentes pero desearía que las contestara lo mismo, con sinceridad; pueden ser de máximo interés para usted y la señora Rolt.

—Haré lo que pueda.

—Gracias, señor Rolt. —Acercó un cartapacio verde que estaba sobre su escritorio y lo abrió—: ¿Qué sabe usted acerca de los negocios de su esposa? ¿o de sus asuntos financieros?

—No mucho. Es una mujer de muy buena posición y muy capaz de manejarse sola. Me alegra que sea así, porque yo tengo bastantes preocupaciones con mis propios negocios.

—¿Pero, conoce algunos de ellos?

—Unos pocos.

—¿Tiene alguna idea, aunque sea aproximada, sobre la fortuna que posee en este momento?

—No; sé que es una fortuna considerable.

—¿Le sorprendería que fuera medio millón?

—No.

—¿Un millón?

—No lo dudaría. Si fuera así, me alegraría por ella. Pero no veo qué importancia pueda tener eso. ¿No podemos llegar al punto principal?

Algunas palomas habían vuelto a posarse en el alféizar y una oleada de escarchilla empañaba el vidrio.

—Dentro de unos minutos, señor Rolt. ¿Alguna vez le mencionó una compañía denominada “Sistemas Industriales Internacionales Limitados”?

—No.

—¿Lo oyó nombrar alguna vez?

—Sí; pero no conozco nada al respecto.

—Posee un capital millonario. Su esposa y su suegra poseen gran cantidad de acciones.

—En ese caso, no me cabe la menor duda de que se trata de una compañía floreciente. Mi suegra es aún mejor que mi esposa para los negocios.

—¿No le interesa saber quién posee el resto de las acciones?

—No he venido a hacer preguntas.

—Cuando se sienta inclinado a hacerlas, trataré de responderle lo que pueda. Sabrá usted, claro está, que su esposa dona grandes sumas de dinero para beneficencia.

—Sí; lo sé. Miles de otras personas adineradas lo hacen también...

—¿Está usted de acuerdo con todas esas obras de caridad?

—No creo conocerlas todas. Pero de las que conozco, pienso que... bueno: una o dos de ellas están algo en el aire. Supongo que, a pesar de que una persona puede ser muy competente y visionaria, siempre hay cosas que escapan a su control; cosas que desconoce. Pero, se trata de su dinero.

—¿Cuando dice eso, tiene alguna idea en cuanto a algo especial?

—Bueno... sí; creo que sí. Tiene un interés muy especial por la astronomía y sé que ha hecho varias donaciones importantes a diversos centros de investigación astronómica de Europa y América.

—Eso no me parece nada extraño, señor Rolt. Respaldo las investigaciones científicas después de todo es...

—¡Esto no es ciencia! Es el colmo de la tontería. Son esas extrañas organizaciones que creen en hombrecitos verdes que vienen de Marte y objetos voladores no identificados...

—¿Platos voladores y cosas de ese tipo?

—Sí; aún así... —agregué, encogiéndome de hombros— como le dije anteriormente: se trata de su dinero. Cada uno de nosotros tiene alguna chifladura, supongo. Pero no creo que me haya hecho venir hasta aquí para charlar de estas cosas.

—No; es verdad. —Efectuó una pausa, con un esbozo de sonrisa en los labios. En la ventana, una paloma se sacudía las plumas para quitarse los copos de nieve. Luego me preguntó—: ¿Cómo se lleva usted con su suegra?

—No intimamos demasiado. Podría decirle que nos respetamos mutuamente. Para decirle con franqueza, ella se oponía a nuestro casamiento.

—¿Y cómo son sus sentimientos con respecto a la hija?

—Aparentemente, son ambas muy reservadas. Pero yo sé que las une un vínculo muy estrecho.

Se puso de pie y vino hacia el otro lado del escritorio. —Voy a pasarle parte de una grabación —dijo—. Le advierto que no es la grabación completa. Sólo lo que me autorizaron a que le hiciera oír. Tampoco es una grabación muy buena, debido a las circunstancias en que fue grabada. Tiene mucha interferencia y por momentos, sólo es una serie de sonidos ininteligibles. —Abrió uno de los cajones y extrajo un grabador.

Lo colocó sobre el escritorio entre ambos y lo conectó en un enchufe debajo del mismo.

—Antes de comenzar, quiero hacerle conocer nuestra posición al respecto —aclaró—. Toda esta entrevista y sus implicancias son cuestiones de seguridad del Estado. Usted prestó servicios en el Servicio Exterior en una oportunidad. Las declaraciones que realizó usted bajo el Acta Oficial de Secreto, todavía tienen validez. Básicamente no estamos preocupados directamente por su esposa en el sentido de que haya podido participar en alguna violación de la seguridad nacional...

—¡Bendito sea Dios!... ¡Realmente espero que no!...

Esperó unos instantes hasta que volví a controlarme y prosiguió, con una sonrisa:

—Bueno... Por lo menos no trató de arrojarme por la ventana...

—Lo siento. Pero desearía que llegara al meollo de la cuestión. No me gusta esta especie de juego entre el gato y el ratón. No me resulta nada divertido estar sentado aquí. Quisiera oír cuanto antes todo lo que tenga que decirme: claro, directo y rápido.

—Muy bien; primero escuche la grabación. Es corta —dijo. Puso en marcha el aparato y quedamos escuchando, mientras el viento helado arrastraba copos de nieve por la desierta avenida.

Mucho después, me entregaron una copia de esta grabación. Esto es lo que decía: hablaban dos personas, un hombre y una mujer. Sólo tardé unos momentos en reconocer la voz de Alexina. La del hombre me resultaba desconocida.

Hombre: Bueno; siempre supimos que había un cierto riesgo de que el arreglo no resultara. Debemos reconocer que Sarah posee un elemento en su personalidad que siempre ha sido difícil de manejar.

Mujer: Siempre estuvimos de acuerdo en que, dentro de lo posible, deberíamos respetar sus naturales aspiraciones como mujer. Es mi hija y yo pretendía para ella toda la posible felicidad humana... (se oyeron ruidos e interferencias de estática)... Hemos estado aquí mucho tiempo. Independientemente de nuestra lealtad primera, habíamos acordado concederle estos períodos de alejamiento del plan original.

Hombre: A medida que transcurre el tiempo, se hacen más difíciles de manejar... (más ruido y estática)... Se ha elevado el nivel de la curiosidad humana. Los diferentes Departamentos de Estado se han vuelto más imaginativos. También existe una fuerte presión desde abajo. Existen organizaciones y sociedades cuyos reclamos no pueden desoírse... (más ruidos extraños)... De todos modos, creo que, en vista de las nuevas directivas, deberíamos tomar una decisión en cuanto a Sarah a la brevedad...

Mujer: Como su madre, me opongo a cualquier interferencia drástica por... bueno: un tiempo considerable. Ha atravesado un período difícil. Ahora es feliz y está enamorada y tiene derecho a permanecer así... (interferencias)...

Hombre: Ese fue uno de los inexplicables errores de Chinn. No obstante, ahora debemos ocuparnos de las nuevas directivas.

Mujer: (con un suspiro). Supongo que debemos hacerlo... Estimado Lincoln... a pesar del tiempo que hace que tenemos este asunto entre manos. ¿No duda usted a veces? ¿Nunca se cansa? ¿No se le ocurre que todo puede estar mal encarado?

Hombre: Un poco tal vez. Pero no tanto como usted. He sido criado de otro modo. Usted es en parte latina.

Mujer: Bueno; ¿qué es lo que la autoridad ha decidido ahora?

Hombre: Nos hemos vuelto peligrosamente vulnerables. Están ejerciendo sobre nosotros demasiada violencia; usted ya lo sabe... (distorsión de la voz, totalmente indescifrable)... Sólo tenemos una respuesta parcial. Por lo tanto la directiva es: una reorganización total de todos los sistemas de recolección; cerrar la mayoría de las salidas financieras y establecer otras nuevas; dismantelar todos los centros de información y los... (ruidos e interferencias)... y estos nuevos centros, con excepción de las personas clave, deberán renovar totalmente el personal.

Mujer: ¡Eso tardará muchísimo!...

Hombre: Un año; mucho menos si fuera posible. Pero debe hacerse. Todavía no se han determinado las nuevas ubicaciones pero, deberá disminuirse considerablemente la importancia de Europa porque se tiene la sensación de que... (aquí se produjo un largo período de interferencias)...

Mujer: ¿No piensa usted que eso sería difícil de organizar? Dadas las circunstancias, debe serlo.

Hombre: De acuerdo. Pero la próxima vez, el alejamiento debe parecer totalmente natural; ya sabe usted lo que eso quiere decir. No dejaremos la elección librada a... (más interferencias y finalizaba la grabación).

Garwood detuvo el grabador y se echó hacia atrás en su silla; luego preguntó en voz queda: ¿Quisiera oírlo nuevamente?

Sacudí la cabeza negativamente. Volvió a abrir la carpeta verde y me alcanzó una hoja de papel escrita a máquina apretadamente. —Esa es una copia de la grabación. Tal vez quiera controlarla aquí. No puedo dejar que se la lleve. Tomé la hoja de papel y la miré detenidamente. Sinceramente, me sentía bastante confundido; tan confundido a decir verdad, que no había cabida en mí para ningún otro sentimiento.

¿De qué diablos se trataba todo esto? ¿Qué demonios sucedía? Las letras del papel bailoteaban delante de mis ojos. No lograba concentrarme para leerlas.

Garwood dijo:

—La mujer, por supuesto, es la madre de su esposa. ¿Ha oído usted hablar alguna vez de este hombre Lincoln?

—No.

—La grabación fue realizada hace bastante tiempo en la Villa Mendola y...

—No me importa mayormente dónde fue grabada. Usted me mandó a llamar para que la escuchara. No creo tener nada que decirle, capitán Garwood, hasta que usted me haya dicho lo que me tiene que decir.

—Sí; por supuesto. Comprenderá que no puedo decirle ciertas cosas porque no estoy autorizado. Pero éste es un panorama amplio: desde hace varios años, las fuerzas de seguridad de este país y otros saben de la existencia de una agencia muy bien organizada que reúne información que en su mayoría es altamente confidencial. El campo de operaciones es muy vasto. Esta organización no se interesa solamente en temas militares o que atañan a la defensa. Sus operaciones cubren también documentos secretos del gobierno que no tienen necesariamente que ver con la defensa. Se ocupan de secretos industriales; detalles de nuevas patentes; datos acerca de procesos altamente tecnificados y planes en general sobre nuevos proyectos que cubren un vasto espectro. En realidad, parecen interesarse en todo lo que en este momento no es de dominio público. Cualquier cosa. La manera más sencilla de describirlo es que son un conjunto de urracas que recogen de su alrededor todo lo que brilla o atrae su atención. Más aún: la gama es tan amplia que resulta confusa. Quiero decir esto, en cuanto a que es imposible descartar posibilidades para determinar qué otro país en el mundo podría interesarse en todos los datos que coleccionan. La conclusión, y esto es oficial y ha sido probado en parte, es que se trata de una organización privada que reúne información y luego encuentra clientes para ella. Un país subdesarrollado como podría ser uno de los nuevos Estados africanos, podría resultar interesado en obtener cierta información que las potencias mayores ya poseen. Debido a que su radio de acción es tan amplio, ha habido cierta renuencia entre nuestro personal de seguridad en aceptar la responsabilidad de abordar a esta gente siempre y cuando no afecten sus intereses personales. Esto condujo a una enorme pérdida de tiempo; investigaciones duplicadas y una ineficiencia general. Eso ya ha concluido. Hace un tiempo se formó un cuerpo de seguridad combinado, más aún: inmediatamente después que Vickers habló con usted. Con seguridad, recordará usted a Vickers.

—Sí; lo recuerdo. Pero no me interesa especialmente su persona o nada que no tenga una conexión directa con mi esposa.

—Ya oyó la grabación. Alexina Vallis es una de las cabezas de esta organización y estamos casi seguros de que está dirigida o patrocinada por Sistemas Industriales Internacionales. También lo son Lincoln y el escurridizo Albert Chinn. De la grabación se desprende claramente que la organización va a sufrir grandes cambios y renovación de personal. Esto se debe, en gran parte, a que los estamos cercando peligrosamente y tal vez porque intenten extender sus actividades.

—Todavía no llegó usted al tema de mi esposa —acoté con frialdad—. Estoy esperando que me hable usted claramente.

—Muy bien; no le gustará nada lo que voy a decirle. Existen tres hipótesis: La primera es que, en un principio, su esposa fue utilizada por la organización sin

saberlo. En otras palabras, se vio envuelta inocentemente. La segunda es que todavía pertenece a la organización, pero contra su voluntad. Podría ser que estuviera conectada desde mucho antes de casarse con usted y que no haya logrado hasta el momento apartarse de ella. Tampoco puede sincerarse con usted porque podría ser peligroso para ella o para los dos. —Se interrumpió y jugueteó con la carpeta que tenía delante.

—¿Y la tercera?

Por primera vez pareció turbado y dijo:

—Seguramente se imaginará cuál puede ser...

—Quisiera oírsele decir, capitán Garwood.

—Muy bien: la tercera hipótesis es que forma parte de esta organización; que pertenece a ella desde hace mucho tiempo y que trabaja para ella por su propio deseo.

Permanecí callado un momento. Trataba de controlarme con todas mis fuerzas. De nada serviría en este momento que gritara o golpeará la mesa. Debía refrenar mi violencia; pero rogaba que llegara el día en que pudiera darle rienda suelta.

—¿Y cuál es la opinión oficial? —pregunté.

—Está dividida, en forma bastante pareja, entre las tres hipótesis.

—¿Y la suya?

—Que la están usando contra su voluntad; pero que en este momento, no tiene manera de escapar...

—¡Maldito sea!...

Se encogió de hombros. —Lo siento; pero usted me la pidió. —Señaló la transcripción de la cinta—. Mire aquí. El hombre se refiere a un elemento en su esposa que siempre ha sido difícil de manejar. Yo entiendo por ello que se habrá prestado a cumplir su papel a regañadientes. Su madre dice que no quiere que la compliquen más drásticamente por algún tiempo. Eso puede querer decir, que en este momento está cumpliendo un mínimo de funciones y su madre desea que ese período se prolongue lo más posible. Al terminar, el hombre dice: “Pero la próxima vez, el alejamiento debe parecer totalmente natural”. Pienso que ya trataron de “alejlarla” en una oportunidad —cuando su esposa desapareció— pero algo falló.

Me puse de pie. —¿Piensa usted que volverá a suceder? ¿No es así? ¿Que esta gente tiene tal poder sobre Sarah que la dejaron tomarse unas vacaciones y casarse conmigo? ¿Le dieron unos cuantos años de libertad y luego la volvieron a atrapar? ¿Que algo les falló y fue por eso que volvió a mí?

—Quisiera estar equivocado; pero, sí. Recuerde que no querían que se casara con usted. Que estaba comprometida con alguien mucho más apropiado a sus designios. Al casarse con usted, su esposa los desafió. Trató de huir pero al final volvieron a atraparla.

—Pienso que esto es nada más que una serie de disparates hilvanados por algún demente —repliqué, enfadado.

—Yo también lo haría en su lugar. Pero sé que no es así.

Me puse de pie y lo observé desde arriba. Por lo que a mí concernía, en este momento era como si estuviera hablando con un loco en una celda del hospicio.

—Usted y la gente que trabaja para usted deberían hacerse revisar por un psiquiatra —dije, agotado—. Sarah es la hija de Alexina. Se aman profundamente. Alexina jamás le haría daño a su propia hija. No creo que yo le importe mucho; pero Sarah, sí. Y de todas maneras, ¿cómo pueden haber engendrado toda esa historia de la señora Starr y la pérdida de la memoria? —Volví a sentarme—. No; lo siento mucho, pero no...

Garwood sacudió la cabeza e insistió:

—¿Por qué no trata de hacer resaltar el punto realmente importante? ¿No quiere enfrentarse con él? Hasta hace unos momentos, no tenía idea de que existiera ninguna conexión entre Alexina y este Albert Chinn. Esta es una primera prueba de que Alexina estaba al corriente de que Sarah era utilizada. La cinta dice: “Este fue uno de los inexplicables errores de Chinn”... Pienso que se refiere a la nueva identidad que crearon para su esposa —no importa en este momento cómo lo hicieron— cuando la alejaron de usted por primera vez. Algo falló. Pero es probable que vuelvan a intentarlo si no los descubrimos antes.

Se quedó sentado, mirándome; su rostro tenía un tono grisáceo bajo la luz invernal que entraba por la ventana. Había puesto ante mí una realidad cuya existencia —ahora me daba cuenta— mi mente y toda mi naturaleza se habían negado a reconocer, respondiendo a un instintivo acto de evasión mental, para evitar un shock fulminante y brutal que hubiera destruido mi vida, la de Sarah o la de ambos.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —pregunté con un hilo de voz que parecía provenir del más allá.

—Señor Rolt: *podríamos* necesitar su ayuda. En este momento no podría decirle en qué forma. Podría ser que logremos aclarar este asunto sin su intervención. Debo advertirle que tuvimos bastante oposición entre nuestros hombres a que yo le hiciera conocer lo que acabo de narrarle. Por una suma de distintas razones, finalmente se decidió que usted debería enterarse.

—Ha hecho usted un buen trabajo, capitán Garwood —repliqué—. Por lo menos, creo que la gente que lo respalda así lo ha hecho. No importa cuánto quiera disimularlo, han logrado interponerse entre marido y mujer. A ustedes no les intereso yo o Sarah. Sólo les interesan los sucios trabajos que deben hacer. Me ha informado de todo para que esté preparado para ayudarlos cuando lo consideren necesario. Sé exactamente lo que me dirá antes de irme: “Vuelva a Rolthead y lleve su vida de siempre; no le diga nada a nadie pero mantenga sus ojos y oídos atentos. Un día, si es dócil y hace lo que le pedimos cuando sea necesario y una vez que hayamos encerrado en una bolsa a todos los que necesitamos, haremos que su esposa, culpable o no, pueda librarse de todo este enojoso asunto”... ¿Será algo así, verdad?

—Ese es su punto de vista, señor Rolt. Pero no coincide con el mío ni con el de muchas otras personas. Hay otros elementos que de ninguna manera puedo discutir con usted. Pero en cuanto a la gente para la cual trabajo, puedo decirle una cosa: no son monstruos desalmados. Son seres humanos, ocupados con un problema que atañe a muchos miles de otras personas. Quieren protegerlas y desean sinceramente hacer cuanto puedan para lograr su felicidad, la de su esposa y la de vuestra vida en común. En lo fundamental, su mayor preocupación es el bien de la humanidad. Tratamos de ser todo lo abiertos y sinceros que podemos con usted en este momento. Su esposa ha vuelto a su lado gracias a nosotros y no querríamos que la volviera a perder. Todo lo que quisiera pedirle para lograr ese fin, es un poco de ayuda y una total discreción acerca de lo que le conté. Sí, señor Rolt: Le diré “Vuelva a Rolthead, haga su vida de siempre y no le diga nada a su esposa”... Si no hubiéramos pensado que era un hombre de suficiente carácter, capacidad y comprensión como para hacer una cosa así, no estaría en esta habitación en este momento.

—¿Es todo tan sencillo como eso? —agregué—. Dan vueltas patas para arriba toda la vida de un hombre y luego...

Está bien; trataré de ver las cosas desde el punto de vista de ustedes. Pero antes de irme...

—¿Hay alguna pregunta que quisiera hacerme?

—Sí.

—Muy bien; contestaré con todo gusto si me es posible.

Mi primera pregunta era la más importante. Desde hacía mucho tiempo había concentrado toda mi furia e impotencia en una sola persona. Lo consideraba responsable de todo lo que le había ocurrido a Sarah; y era a ese hombre al que quería encontrar para arreglar cuentas con él.

—¿Qué datos acerca de Albert Chinn me pueden proporcionar? —pregunté.

—Muy pocos. Estamos casi seguros de que el *verdadero* Albert Chinn rara vez aparece. Creemos que hay varios individuos que se ocultan tras ese nombre. Tenemos la película del Albert Chinn que conoció su esposa. También tenemos otras películas de otros Albert Chinn que conocieron otras personas. Todos son diferentes. El Albert Chinn de su esposa ha desaparecido. Realmente trabajaba para un consorcio petrolero pero sólo de una manera muy remota. Este consorcio ha perdido totalmente el contacto con él. Lo mismo nos ha sucedido con todos los otros... ¿podríamos llamarlos homónimos?... Aparecen repentinamente, operan con un fin determinado y luego desaparecen.

—¿Para qué usaba a mi esposa el Albert Chinn que actuaba con ella?

—Como receptora de mensajes. Se especializaba en dos campos: uno era el de las nuevas patentes y el otro, documentos secretos de compañías dentro de la órbita petrolera. En su mayoría se referían a los cálculos estimativos de la capacidad residual de las zonas petroleras e informes acerca de nuevas perforaciones. La mayoría del material, más tarde adquiriría estado público. A pesar de eso, debo

recordarle que muchas cosas a las que el público tiene acceso legal, son difíciles de encontrar.

Por primera vez desde que estaba allí encendí un cigarrillo. La ventana estaba cubierta por una repentina nevada y en ese momento me di cuenta de que la habitación era a prueba de ruidos. No se percibía ningún sonido causado por la tormenta o el espeso tráfico de la avenida.

—¿Hay alguna causa contra mi esposa por la que la puedan acusar ante la justicia? —pregunté.

—No.

—Bueno; por lo menos, le agradezco por eso.

—Eso no quiere decir que no exista ninguna, señor Rolt. Tiene grandes intereses en Sistemas Industriales Internacionales Limitados. Hay varias acusaciones que podríamos hacerle pero sería prematuro hacerlo todavía. Por lo que sabemos hasta ahora, su esposa puede no estar al tanto de sus actividades clandestinas.

—¿Y la madre?

—Ya oyó la grabación. Además poseemos información por la que no tenemos dudas de que está perfectamente al tanto de estas actividades y hasta controla algunas de ellas.

—¿Desde cuándo se vienen produciendo estos hechos?

—Desde hace mucho tiempo. Muchísimo tiempo, en realidad. Preferiría no precisar cuánto.

—¿Tuvo algo que ver en todo esto el viejo Vallis, el marido de Alexina?

—Por lo que nosotros sabemos, no.

Eché una ojeada a la copia de la cinta. —Alexina Vallis dice en un momento: “Bien; ¿qué es lo que ha decidido la autoridad?”. ¿Quién o qué es la autoridad?

Garwood se pasó una mano por el ralo cabello rubio. —Esa es una gran incógnita. Por lo general, después de cierto tiempo, puede descubrirse un país o una agencia. Puede deducirse algo por el tipo de material que coleccionan y mediante un análisis cuidadoso, y llegar a una conclusión bastante aproximada. Puede decirse China, la U.R.S.S. o la C.I.A. y otras más. Cada Estado tiene su propio sistema de inteligencia, pero por lo general, se los puede individualizar. Pero este no es el caso. También puede llegar a descubrirse las operaciones de individuos aislados o de grupos, espías dobles o meros criminales oportunistas que conocen el mercado y venden al mejor postor.

—Dígame —dije—. ¿Conoce usted la historia de mi esposa? ¿Quiero decir, el episodio de su amnesia?

—Sí; por supuesto.

—¿Considera usted que todo ello es parte de un plan, que falló, para alejarla de mi lado para que pudiera ser... bueno, cambiada de destino o para cumplir otro rol que “la autoridad” hubiera decidido?

—Sí; efectivamente.

—Siendo así. ¿Qué validez otorga su organización a la amnesia que ella padeció?

—Hay diversidad de opiniones.

—En otras palabras, ¿no quiere comprometerse de ninguna manera? ¿No quiere decirme a la cara que mi esposa sabía todo lo que estaba ocurriendo? ¿Que fingió todo el episodio de hacerme creer que era la señora Starr, ya sea contra su voluntad o por propio deseo?

—Esa no es la razón. Para serle sincero, no tenemos evidencia de una cosa ni de otra. Además, ha pasado por alto una tercera posibilidad. La amnesia puede haber sido real. Es decir, podría haber sido causada artificialmente por Albert Chinn. No me pregunte exactamente cómo, pero nuestros expertos afirman que no es imposible, ya sea mediante drogas o por hipnosis. Se pueden hacer cosas muy extrañas con la mente de las personas... Está comprobado; se logra un lavado de cerebro mediante una forma de sugestión persistente, ayudado por el empleo de drogas. No tendré que explicarle que cada gobierno del mundo practica los más diversos y sofisticados sistemas de guerra psicológica.

—¿Y usted piensa que éste procedimiento fue empleado con Sarah? ¿Y luego, cuando algo salió mal, el proceso fue revertido para que pudiera volver a mí? No me diga que cree usted en este tipo de cuentos de hadas...

—Las opiniones oficiales están divididas —dijo, sonriendo sin ganas—. Pero si quiere mi opinión personal, sí; creo en esas cosas. Pienso que es exactamente lo que sucedió. Hay un factor especialmente que me hace sentir seguro de que fue así.

—¿Qué factor?

—Todavía tiene una laguna mental sobre un período de casi un año sobre el que no tiene idea de lo que le sucedió.

—¿Cómo diablos sabe eso?

—¿De qué manera piensa que un servicio como el nuestro adquiere información de los bancos, contadores, científicos, médicos, etc.? Porque *tenemos* que adquirirla. Porque cuando se pelea contra un enemigo, no hay tal cosa como una confidencia que no pueda trascender, hacia un lado u otro.

—¿Quiere decir que le arrancaron ese informe a Sir Hugh Gleeson? ¡Dios mío!... qué conjunto de crápulas...

—Nos costó bastante. Efectivamente; lo hicimos... sí; pero luego de haberlo convencido de que lo hacíamos por el bien de su esposa. Esa laguna es algo a su favor. Pienso que Chinn o quienquiera que lo haya hecho, no logró revertir totalmente la amnesia. Quedó este espacio en blanco. El hecho de que lo posea, refirma la validez de la amnesia original. Según mi modo de ver, señor Rolt, su esposa no estaba “actuando” como la señora Starr; estaba realmente convencida de que lo era.

—Entonces, ¿en nombre de Dios, no sé cómo Alexina Vallis pudo tolerar eso!...

Garwood se encogió de hombros. —Lo aceptó o se vio forzada a hacerlo, señor Rolt. Esto debería darle una idea clara de la clase de gente con que estamos tratando y la razón por la que está usted aquí esta mañana.

—Pero, ¿para qué habrán querido nuevamente a Sarah? Se casó conmigo y huyó de ellos. Inocente o no, ¿por qué no la habrán dejado libre para vivir su vida a su manera?

—Porque no les gusta perder a ninguno de sus miembros. Puede haber llegado a usted totalmente inocente, pero pueden haber tenido planes para ella. Se les ha vuelto a escapar... pero aún pueden tener otros planes. —Volvió a indicar el escrito—. Pueden volver a hacer lo que ya han hecho una vez. Pienso que eso es motivo suficiente para esperar que usted nos brinde su ayuda cuando se lo solicitemos.

—En la cinta hablan de la vulnerabilidad y la violencia que se ejerce sobre ellos —dije—. ¿Eso es causado por ustedes?

—Son vulnerables de la misma manera que cualquier organización clandestina lo es si hay varios grupos ocupados en descubrirla. *Existen* otros grupos, señor Rolt. “Sistemas Industriales Internacionales” no limita sus actividades a este país.

Hay otros gobiernos interesados en ellas. Y han desatado una considerable proporción de mala voluntad entre otros consorcios industriales del mundo. Nosotros no empleamos la violencia a no ser que sea indispensable. Nuestra interpretación de este término, naturalmente, no es igual a la que le dan otras personas.

—Pero el hecho es que están por caer. ¿Lo que quiere decir, si interpreto correctamente lo que decía la grabación, es que existe una posibilidad de que traten de llevarse nuevamente a mi esposa... con su consentimiento o sin él... a sabiendas o sin saber?

Afirmó con la cabeza; por un instante, su expresión fue la de un hombre infinitamente cansado y bajo una gran tensión. Dijo:

—Sí; creo que así debe interpretarse. Esa es la razón por la cual está usted aquí hoy. Tiene dentro de nuestra organización muchos más amigos de los que nunca imaginó. Es por eso que recibe un trato preferencial —no sin alguna oposición— del que recibiría cualquier otra persona. Queremos atrapar a este grupo. Pienso que no deja de ser razonable que pretendamos, si es necesario, una ayuda de su parte.

Permanecí un rato en silencio. Por momentos me había sentido ofuscado, fuera de mí pero ahora no tenía más deseos de oponerme a nada. Había sido tan razonable y transigente como se lo habían permitido sus instrucciones. Una cosa era perfectamente clara: estaba de mi lado; del lado de Sarah; su preocupación y solidaridad eran genuinas. No podía negar que estaba algo confundido por todo lo que había oído. Mi mundo estaba dado vuelta. Pero era evidente que debería cooperar con él. Yo lo quería así ya que estaba decidido a impedir que ninguna fuerza del mundo volviera a alejar a Sarah de mi lado.

—Ha sido usted sincero conmigo, capitán Garwood —dije—. Se lo agradezco de veras. Seguramente habrá alguna cosa positiva que pueda hacer, ¿no es así?

Juntó sus papeles y la cinta grabada y los guardó en el cajón del escritorio. —Nada, señor Rolt. Por el momento, absolutamente nada.

—Pero ¿tiene que haber algo que pueda hacer!...

—Podrá haber en el futuro; sí. Pero por el momento, ya tiene bastante entre manos. Debe volver a Rolthead y llevar su vida de siempre. Sólo eso, será una especie de infierno para usted, señor Rolt.

—Tengo instrucciones de conectarme con Vickers en caso de necesidad; ¿eso es válido todavía?

—No —dijo cortante—. Póngase en contacto conmigo. Vickers está sólo parcialmente conectado con este problema en la actualidad. —Tomó un lápiz y escribió en una hojita de papel—. Este es mi número telefónico. Lléveselo. Apréndalo de memoria y luego destrúyalo. Siempre me encontrará ahí; o habrá alguien que lo conozca a cualquier hora del día o de la noche.

Estaba por darme vuelta para marcharme, con el papel en la mano, cuando, cambiando el tono de voz hasta lograr uno casi afable, dijo:

—Tal vez deba ser más explícito en cuanto a Vickers. Todavía trabaja con nosotros; pero en un puesto de menos responsabilidad. Todos los que trabajamos para esta organización estamos sujetos a tensiones. Pueden ocurrir cosas extrañas cuando uno sucumbe a ellas. Claro está que nos ocupamos de nuestro personal. En este momento, Vickers no está autorizado para mantener ningún contacto con usted. Si lo hace, usted me informará inmediatamente, sin prestar atención a lo que pueda decirle.

Me sentí algo molesto por tener que recibir órdenes. Pero mientras bajaba hacia la calle, pensaba en el nervioso Vickers, con cierta compasión. ¿Cómo podría mantenerse cuerdo durante mucho tiempo un hombre sensible, habitando en el mundo de Garwood?

SEGUNDA PARTE

Aún así la raza perdura inmortal, la estrella que la ilumina no se apaga en muchos años... Designando en sus marchas victoriosas, leyes que rijan contra su voluntad a las naciones y tentando sobre la tierra el camino de las estrellas!

VIRGILIO. *Geórgicas*.

CAPÍTULO OCHO

En una época, para mí no había período más bello en Rolthead que la primavera; me encantaba la casa, el parque y el terreno que lo rodeaba. A pesar de que no me consideraba poeta, la primavera siempre despertaba en mí la esperanza de un renacer pleno. Siempre llegaba el día en que se notaban claramente los primeros brotes en los cercos; cuando los acónitos se tornaban amarillos alrededor de los gruesos troncos de las altas secuoyas. Cuando las bandadas de cornejas aparecían alborotando con sus gritos, ocupadas en hacer sus nidos sobre los olmos; repentinamente brotaban entre el césped innumerables narcisos que al mecerse con la brisa asemejaban un mar amarillo. Las palomas comenzaban a cortejar a sus parejas sobre los techos de los establos. Los corderitos que hasta entonces habían permanecido encerrados en los corrales de cría, eran largados al bajo donde saltaban y brincaban dando rienda suelta a la alegría de vivir que bullía en ellos... Uno solía esperar ansioso el canto de los estorninos que volvían y las notas arrogantes del primer cuclillo... Era, de todas las épocas del año, la que esperaba con más ansiedad. Pero este año no fue así.

Vuelva a Rolthead y trate de llevar su vida de siempre...

Cuando regresé de hablar con Garwood, me encontré con que Sarah estaba pasando unos días con amigos comunes en Gales. Esto me dio un poco de tiempo más para planear la manera de enfrentar la amargura que había nacido en mi pecho.

Esa noche comí solo. Mucho después que la señora Cordell se había retirado, me quedé en el estudio, meditando sobre todo lo que me habían dicho y recordando nuestra relación con Sarah desde sus comienzos.

Su madre nunca había querido que me casara con ella y no lo había disimulado de ninguna manera. Entre Sarah y yo jamás había existido la duda en cuanto a nuestro amor. El sentimiento que se apoderó de mí cuando la vi por primera vez en la sierra, había sido compartido por ella desde el principio, según me contó luego. Y aquella noche en el jardín de la villa cuando le rogué que nos fugáramos y nos casáramos, no había tenido ninguna duda... Había respondido salvajemente a mi amor y recuerdo haberla oído decir: “Una vez que nos casemos, verás que todo cambiará y Alexina enfocará las cosas de otra manera...”. Así había sucedido, en efecto; aceptó los hechos consumados con aparente gracia, pero yo siempre sentí que su aceptación no había sido sincera. Ella había planeado otra boda para Sarah, probablemente más conveniente a sus fines. Tal vez en su corazón habría perdonado a Sarah, pero nunca lo había hecho conmigo. Siempre había aceptado eso como algo natural; pero las cosas de las que me había enterado ahora eran monstruosas e imperdonables... casi increíbles. Por momentos mientras recorría en mi mente la conversación con

Garwood, sentía unos deseos casi irrefrenables de comenzar a preparar un viaje para ir a ver a Alexina. Quería llegar a villa Mendola, enfrentarme con ella y bombardearla con mis preguntas; exigirle una explicación. Si no lo hice, fue más debido a la sinceridad que creí ver en Garwood y la preocupación que demostraba por todo el problema, que por voluntad propia. Si quería proteger a Sarah y aclarar todo el complicado panorama, el sentido común me indicaba que debería hacerlo con alguna ayuda. Me debatía en medio de una nebulosa, esperando que apareciera alguien que me guiara hacia la deseada meta de volver a ser simplemente Robert Rolt, que no tenía otra pretensión que gozar del privilegio de amar a su esposa, cuidarla y volver a vivir en la misma paz y armonía en que lo habíamos hecho en Rolthead, antes de que Alexina —y ahora estaba totalmente convencido de esto— decidiera alejarla de mi lado.

Pero ¿cómo se hace para aprender a vivir con una duda que corroe el corazón? ¿Cómo librarse de una sospecha que fue plantada allí por un tercero? ¿Sería Sarah totalmente inocente de las maniobras de la madre? Yo sabía muy bien que lo era...; debía serlo. Pero eso no bastaba para calmar mi desazón. La duda se movía dentro de mí y no encontraba la forma de atraparla y echarla de mis entrañas.

Me puse de pie y fui hasta la habitación de Sarah, atravesando el largo pasillo. Era una habitación amplia, con dos grandes ventanales que daban al frente de la casa. De día, llegaba a ver el mar entre las copas de los árboles. Originariamente esta habitación había sido la sala de música de mi madre y su viejo Steinway estaba allí todavía. Sarah había insistido en que lo dejara entre los ventanales; había un gran escritorio estilo Regencia. En uno de los rincones más alejados; una vieja caja fuerte marca Chubb y sobre una de las paredes, colgaban sus cuadros de rosas. Era una habitación confortable pero al mismo tiempo funcional. Durante los meses fríos, siempre ardían leños en el hogar, rodeado por sillones y una banqueta. Me senté en uno de los sillones, junto al fuego que se consumía.

La voz de Garwood volvía a mi mente, a pesar de todo el esfuerzo que realizaba por tratar de impedirlo. Me levanté y fui hasta el escritorio. La superficie estaba ordenada y prolija; tenía una carpeta de cuero de rusia rojo, un cenicero de cristal, un pisapapeles de alabastro, el teléfono y una lámpara. Sobre una bandeja de plata, había varios lápices y lapiceras, cuidadosamente colocados. Siempre me sorprendía que la mujer impulsiva con la que me había casado, pudiera tener una faceta así. Siempre que terminaba de trabajar, dejaba todo ordenado y listo para el día siguiente. El escritorio tenía dos cajones grandes en el frente y otros dos más chicos, sosteniendo la base. Yo sabía perfectamente por qué estaba junto al escritorio; bastaría con que extendiera la mano para controlar cuáles cajones estaban cerrados con llave y cuáles no. Después de mi entrevista con Garwood, había terminado casi apreciándolo. Ahora pensaba si, parte del motivo por el que me habían enviado a verlo, no habría sido que sabían que en algún momento yo estaría así, de pie junto a un escritorio o una cómoda y descubriría en mí una vena inmoral que, más fuerte que mis sentimientos

hacia Sarah, me impulsaría a abrir los cajones. Eso me brindaría la oportunidad de investigar y husmear y de esa manera, por un movimiento inicial mínimo, traicionar parte de mi amor, mi respeto y mi fe en Sarah. Ahora comprendía que tal esperanza debería haber estado, si no en la mente de Garwood, en la de las personas que lo respaldaban.

Me di vuelta furioso y abandoné la habitación. No podía negar que casi había sucumbido a la tentación.

Antes de acostarme, crucé hasta su dormitorio, esta vez totalmente libre de tentaciones. La habitación de la planta baja pertenecía a una Sarah. Pero esta otra, era la de mi verdadera Sarah. La mujer que me amaba con la misma devoción que yo la amaba; la mujer apasionada que me brindaba todo su ser y compartía conmigo su intimidad. Toda la habitación estaba impregnada de su encanto: de su perfume, del sonido de su voz, de su risa y los mil recuerdos de los gráciles movimientos de su cuerpo y las encantadoras expresiones de su rostro, según sus estados de ánimo. Sin pensarlo y con voz calma y exenta de pasión, me oí decir en voz alta: “Nadie la alejará de mi lado” y me hice el firme propósito de que, cuando volviera de su visita, se encontraría con el mismo Robert Rolt que había dejado unos días antes.

Me tocó vivir momentos duros. Algunas veces me alegré de que mi trabajo de Rolthead me alejara de la casa, recorriendo las diferentes granjas; en algunos momentos, cuando me encontraba a solas en medio de un trigal o en mi auto, podía aflojar mis tensiones. Lograba controlarme cuando era necesario, pero también necesitaba relajarme. Cualquiera que me hubiera visto durante una de estas expansiones, podría haberme tomado por un lunático maledicente. Pero necesitaba estas expansiones como un escape. El tiempo, claro está, actuaba como un paliativo para mi desazón. Cada día que pasaba, lograba aunque sea un mínimo consuelo. La costumbre o la rutina repetida de la vida diaria contribuían a formar una capa protectora sobre la dolorosa herida de mi mente.

No podría decir si Sarah notó algún cambio en mí. Se comportaba como siempre conmigo y yo trataba de hacerlo de igual modo. Nos veíamos poco durante el día, cosa que era normal. Por las noches, cuando no salíamos o recibíamos visitas, pasábamos las horas juntos, como lo habíamos hecho siempre. Algunas veces la observaba mientras se encontraba concentrada en la lectura de un libro o en su labor de bordado que tanto le gustaba; en esos momentos mis deseos de confesarle todo eran más fuertes que nunca. Hubiera querido acercarme a ella, contarle todo lo que me habían dicho y aclarar todo el asunto. Sólo Dios sabía cómo hubiera deseado hacer eso; despejar todas las dudas que pudiera haber entre nosotros y volver a vivir con la misma honestidad en nuestra relación con que habíamos vivido antes de que nuestra vida se viera ensombrecida por este fantasma. Pero por sobre todo, primaba en mí un deseo: impedir que volvieran a alejarla de mi lado. Algunas veces, mientras

la miraba, tascando el freno de mi propia impaciencia, levantaba la vista de su libro o su tapiz, frunciendo la nariz y haciendo un gesto con la boca, que constituían su manera de comunicarme su felicidad. Yo bendecía esos gestos ya que, más que su satisfacción de estar conmigo, representaban para mí un indicio de su inocencia total. Y en las noches, cuando nos entregábamos al amor, sentía una pasión de poseerla y sentirme deseado mucho más fuerte de lo que había sentido jamás.

Las semanas se sucedieron implacablemente hacia la primavera, con sus festejos tradicionales: El Servicio de Pascua en la iglesia de Rolthead; el primer día que llevamos nuestras cañas al lago del parque y pescamos las primeras truchas; la mañana que madrugamos para ver llegar a las primeras golondrinas, cruzando como saetas desde abajo de los aleros, recomenzando la tarea de armar sus nidos nuevamente; el espectáculo sobrecogedor de los primeros rododendros en flor, contra el oscuro follaje de los abetos y la primera noche en que, mientras Sarah y yo estábamos en cama, escuchamos el mágico canto del ruiseñor.

Yo me decía que nada había cambiado. Esto era Rolthead, como siempre lo había sido. Era mi Sarah de siempre. Comprendí qué fácil podía ser ignorar los hechos y negar la existencia de dudas; hacer que el mundo pareciera tal como uno quería verlo y ofrecer una falsa imagen de la vida. El mundo de Vickers y Garwood; de números telefónicos aprendidos de memoria y grabaciones distorsionadas, pertenecían a una fantástica y lejana pesadilla.

Pero todo ese mundo existía realmente. Volvió a Rolthead luego de un tiempo. Fue en una de las primeras noches de mayo; me había quedado trabajando en mi estudio hasta tarde. Me acosté y luego de un primer sueño, de alrededor de una hora, me desperté por el ruido que había una de las ventanas de mi dormitorio, abierta a medias al golpear contra la otra hoja; durante un momento traté de ignorar el ruido para no tener que levantarme; pero, luego no soporté más y salté de la cama.

Me acerqué a la ventana con el fin de cerrarla. El viento soplaba con bastante fuerza y arrastraba oscuras nubes contra el cielo iluminado por la luna. Justamente debajo de mi ventana había un patio pavimentado; más allá, una porción de césped que llegaba hasta un cerco bajo que bordeaba un sendero. Mientras estaba junto a la ventana, alcancé a divisar un bulto que se alejaba del cerco y comenzaba a cruzar el parque por el sendero. La luna salió de entre las nubes e iluminó con fuerza el paisaje. El bulto se detuvo. Era un hombre que usaba una gorra de tela y algo que parecía un rompevientos. La luna continuó iluminando y el hombre volvió a moverse. Mi primer impulso fue abrir la ventana y gritarle que se detuviera; preguntarle qué demonios hacía allí. En otras circunstancias, ni siquiera me hubiera molestado en hacer eso. Hubiera buscado la escopeta que guardaba en mi ropero y le hubiera tirado un par de tiros por encima de la cabeza que le habrían quitado las ganas de introducirse en propiedades ajenas, a las tres de la mañana.

Ahora, en cambio, me limité a observarlo; mi instinto me; decía que había concluido el período de paz; que había comenzado la invasión a Rolthead; que el

oscuro mundo de Garwood, Vickers y quién sabe qué otros habían enviado su primera avanzada.

El hombre se deslizó por un costado del parque, luego travesó diagonalmente el patio que había debajo de mi ventana y desapareció contra uno de los costados de la casa. Me alejé de la ventana, me puse los pantalones encima del pijama, me calcé los zapatos y bajé silenciosamente. No me apuré mayormente. Mi instinto me decía exactamente hacia dónde iría. No tenía la menor intención de alarmar al resto de la casa. Me entendería con él por mi cuenta y en silencio.

Saqué del estudio de mi padre la Colt 45. Estaba descargada pero la dejé así. Atravesé el largo corredor a oscuras y me detuve frente al cuarto de estar de Sarah. Con mucho cuidado hice girar el pomo de la puerta, hasta que zafó el pestillo; luego empujé suavemente la puerta hacia adentro y dejé que el pestillo volviera silenciosamente a su lugar. Todas las cerraduras y bisagras de la casa estaban aceitadas, tanto en el tiempo de mi padre como desde que yo me había hecho cargo de Rolthead. Entorné la puerta un poco más y alcancé a ver parte de la habitación, iluminada por el reflejo de la luna.

Uno de los dos ventanales estaba abierto. El hombre estaba de pie, de perfil hacia donde yo estaba, agachado junto al escritorio de Sarah. El cajón superior del lado derecho estaba a medio abrir. Tenía un montón de llaves en la mano derecha y estaba probándolas en el cajón de abajo. Sobre el escritorio, había una pequeña pila de documentos y sobres que había extraído del cajón abierto.

Encontró una llave que abría el cajón inferior y la hizo girar en la cerradura. Yo sabía, ya que yo mismo había comprado el escritorio para Sarah, que cada cajón tenía una llave independiente. Seguramente el hombre había venido preparado para esto.

En el momento en que se inclinaba sobre el cajón, abrí la puerta del todo, entré a la habitación y cerré la puerta tras de mí. El hombre se incorporó de golpe y se dio vuelta hacia donde yo estaba. Lo encañoné con la pistola y avancé hacia él.

—Si me ocasiona algún problema, usará esto, ¿comprendido? —le dije.

Me miró un instante en silencio y luego asintió con la cabeza.

Proseguí:

—Dése vuelta y haga lo que le digo. Mantenga sus manos por encima de los hombros, donde yo pueda verlas.

Levantó las manos y se dio vuelta. Avancé hasta poder clavarle la pistola entre las costillas.

—Salga por la ventana, luego hacia la izquierda por la terraza y luego por el jardín.

Cumplió lo que le dije y yo lo seguí de cerca. Cuando llegamos al parque, lo dirigí para que fuera hacia un macizo de rododendros, lo atravesamos y llegamos a la pared exterior de ladrillos del jardín. Quería estar tan lejos de la casa como pudiera.

Cuando estuvo junto a la pared, le dije:

—Bueno: dése vuelta pero mantenga las manos en alto.

A pesar de que era más alto que yo, no me cabía duda de que podría dominarlo si trataba de hacer algo. Esperaba sinceramente que lo hiciera ya que sería la primera oportunidad que se me brindaba de desahogarme físicamente de la tensión por tanto tiempo reprimida. Golpear a alguien que estuviera, aunque sea remotamente conectado con el sombrío mundo que amenazaba a Sarah, me proporcionaría un placer primitivo.

El jardín estaba bañado por la luz de la luna; se volvió lentamente, con las manos en alto y me enfrentó. Lo reconocí inmediatamente y estoy seguro que él también lo hizo. Pero no lo demostró ni por el más mínimo signo.

—¿Qué buscaba en el escritorio?

Por un momento, no contestó. Luego se encogió de hombros y dijo:

—Cualquier cosa; soy un ratero. —Contestó con voz clara e insolente.

El cierre de su campera estaba subido hasta la mitad del pecho y se me ocurrió que podría ocultar algo dentro.

—Bájese el cierre de la campera, del todo y luego vuelva a levantar las manos.

Con una mano cumplió lo que le dije. La campera se abrió pero no tenía nada escondido allí. Debajo del rompevientos usaba una camisa abierta y un delgado pañuelo de seda anudado alrededor del cuello.

Dijo tranquilamente:

—No he sacado nada. Es la pura verdad. No tuve tiempo.

—Yo lo conozco y usted me conoce a mí —respondí—. Sé que no es un ratero. Puede ser que sea cualquier otro tipo de basura, pero no eso. Quiero saber para qué vino aquí.

Con un tono más insolente aún, respondió:

—No tengo ganas de charlar. Usted es un ciudadano respetuoso de las leyes, Rolt. Por lo tanto, actúe como tal. Lléveme de vuelta a la casa y llame a la policía. —Hizo una pausa, sonrió y agregó—. Pero, tal vez no quiera hacer eso.

Me sentí furioso por su confianza en sí mismo y también porque había dado exactamente en la tecla. Si había alguien que no quería que viniera por aquí, era la policía.

—Me dirá lo que quiero saber, aunque tenga que hacérselo decir a golpes —contesté indignado.

Se volvió a encoger de hombros. —Supongo que podría hacer eso. Soy más grande que usted pero no me gustan las brusquedades. No obstante, si es así como se siente, soy demasiado caballero como para despreciarlo...

Era rápido, muy rápido y se había comenzado a mover antes de terminar de hablar. Me tomó por sorpresa. Me golpeó con el canto de la mano izquierda contra la muñeca y la Colt saltó volando por el aire. Enseguida, avanzó y me lanzó un golpe al rostro con el puño derecho. Alcancé a esquivarlo y el golpe pasó por encima de mi hombro y lo hizo vacilar. Sentí una furiosa satisfacción y me eché sobre él con toda mi fuerza. Su ataque inicial había sido bueno pero no tenía mayor respaldo. Comenzó

a lanzarme golpes de manera desordenada que me indicaron que nunca habría estado sobre un ring o calzado guantes de box. Lo golpeé tres veces, enviándolo trastabillando hacia atrás; luego lo liquidé con un gancho que lo mandó contra la pared de ladrillo. Se quedó apoyado allí, con la cara hacia el cielo, la boca abierta tratando de aspirar todo el aire posible. Lentamente recuperó el resuello, bajó la cabeza y repentinamente me lanzó una escupida.

En ese mismo momento, me golpearon desde atrás. Fue un golpe intenso que me dio en el costado del cuello. Me deslicé hacia el suelo y quedé allí.

Sentí que me pateaban fuertemente en las costillas dos veces y luego alcancé a percibir el sonido de pies que se alejaban corriendo. Cuando logré ponerme de pie, habían desaparecido y yo sabía que era imposible salir a perseguirlos.

Furioso e indignado por haber sido burlado tan fácilmente, volví a la casa. Entré al cuarto de estar de Sarah y cerré la ventana detrás mío. Imaginé que había levantado el pestillo desde afuera mediante una fina hoja de acero. Tomé la pila de papeles que estaban sobre el escritorio, volví a ponerla en uno de los cajones abiertos y lo cerré.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, le conté a Sarah acerca del visitante, pero corregí considerablemente los hechos. Le conté todo lo ocurrido hasta que entré en la habitación. Le dije que el hombre había logrado abrir uno de los cajones y estaba por extraer de él el contenido cuando aparecí yo. Había huido por la ventana y a pesar de que lo corrí por el jardín, había logrado desaparecer.

—Volví, arreglé la ventana y cerré tu cajón. Creo, querida, que deberías fijarte si te falta algo. Si fuera así, avisaremos a la policía. De otra manera, no vale la pena molestarnos.

—Robert —dijo—: No deberías haberte arriesgado así, solo. Deberías haber llamado a la policía en cuanto viste al hombre. Podría haberte atacado y entonces...

—Ojalá lo hubiera hecho. Hubiera dado buena cuenta de él... Por favor, revisa tus cosas; si no falta nada, olvidaremos todo el asunto. Tendré que hacer algo con las cerraduras de las ventanas. Mi padre siempre habló de que tendríamos que instalar una alarma contra ladrones. Creo que no sería una mala idea.

Sarah controló sus pertenencias y volvió:

—No parece faltar nada. Es el cajón donde guardo algunas de las cartas de Alexina y catálogos, estados de cuenta bancarias y cosas así. En realidad, sólo hay allí un montón de cosas inservibles. —Se volvió hacia mí y me besó en la frente—. Y la próxima vez que tengamos visitantes nocturnos, llama a la policía y no te espongas. No vale la pena exponerse a recibir unos golpes o tiros por un puñado de billetes...

Me quedé tomando una última taza de café después que ella subió a sus habitaciones. Yo había modificado mi historia. Esa era la palabra indicada, “modificado”, pero no la correcta. “Falseado” sería más cercana a la realidad. Hay tanto engaño en ocultar las cosas como en distorsionarlas. Era un mentiroso. Le había mentado a Sarah. En otros tiempos, no hubiera podido ni siquiera imaginar esa

posibilidad. Recordé palabras de mi padre, citando a Shelley con referencia a ciertas prácticas diplomáticas a las que tuvo que allanarse: decía que ningún hombre estaba a salvo del “contagio de la lenta contaminación del mundo”. ¡Dios mío!... ¡Cuánta razón tenía!... Por un momento, mientras volvía a colocar los papeles en el cajón de Sarah, nuevamente me asaltó la tentación de revisarlos.

Durante el día, marqué el número telefónico del capitán Garwood. Me costó decidirme. No quería volver a introducirlo en mi vida. Pero si comenzaban a venir a Rolthead en busca de alguna cosa, también podrían suceder otros hechos que, de una manera u otra, afectaran a Sarah; y esto es lo último que querría. Le hablé desde una cabina telefónica, mientras iba a casa de mi hermano. Le narré todo lo sucedido, incluso el engaño de parte de mi narración a Sarah. Al terminar, le pregunté:

—¿Esto no tiene nada que ver con su gente, verdad?

—No; por supuesto que no. Ya le dije que había otros intereses de por medio. ¿Está usted seguro de que reconoció a ese hombre?

—Totalmente. Lo conocería en cualquier parte que lo viera. Recuerdo que estuvo a punto de matarme, junto con Sarah, al tratar de embestimos con su lancha en Amalfi. Se llama John Chambers, es norteamericano y alquila una pequeña villa en Positano varios meses al año.

—¿Por qué no informó nunca acerca de este incidente de la lancha?

—¿Por qué diablos debería hacerlo? Me pareció que había sido simplemente una imprudencia.

—Hágame un favor, señor Rolt —agregó—. En el futuro, cuando ocurra algo fuera de lo común, aunque parezca accidental, haga el favor de avisarme. ¿El otro hombre que estaba con Chambers era el esquiador?

—No alcancé a verlo. Pero lo dudo. El golpe que recibí no me pareció que coincidiera con su tipo. Pero puedo estar equivocado.

Aproximadamente una semana después de la aparición de nuestro visitante nocturno, estaba tomando un trago en mi estudio antes de comer, esperando que Sarah viniera a acompañarme.

Cuando llegó, dijo:

—Discúlpame, querido; la señora Cordell me entretuvo charlando. Ese sobrino de ella está nuevamente en líos.

Mientras le preparaba un trago, contesté:

—No me sorprende; siempre tendrá problemas. Le gustan todas las cosas buenas de la vida, pero es demasiado haragán para ganárselas honestamente. Yo le diría una que otra cosa si tuviera que vérmelas con él.

Como uno de los tantos Rolt antes que yo, ocupaba el puesto de juez de paz del condado. No era un trabajo que me entusiasmara demasiado pero formaba parte de los diferentes servicios públicos a los que no me podía negar.

Sarah soltó una carcajada. —Parece que esta noche estamos muy lapidarios, ¿verdad? Bueno; aquí tienes otra noticia que te hará fruncir el ceño un poco más:

Alexina viene mañana por un par de días.

—¿Alexina? Creí que estaba en Italia.

—Tuvo que venir por cuestiones de negocios. Está en el Oeste ahora y quiere parar aquí en su viaje de regreso. —Tomó el vaso que le ofrecía y agregó, riéndose—: ¿No estás encantado? Mi querida madre que creía que no eras un buen partido para mí...

—Y creo que sigue pensando igual.

—No seas tonto...

—Bueno; no podré decir con sinceridad que es una noticia que me alegra, pero me servirá de pretexto para tomar otro trago; y más fuerte.

—Cualquiera que no te conozca, diría que eres un tacaño.

Mientras me servía otro trago, quedé de espaldas a ella y pregunté:

—¿Qué diablos estuvo haciendo por el Oeste? —Alexina era la persona que menos deseaba ver en el mundo en ese momento. Había logrado mantener una relación normal con Sarah —a pesar de que en más de una oportunidad, sentía como si me frotaran a contrapelo—. Con su madre, ya era otro asunto. Estaba convencido que todos los problemas provenían de ella. En alguna oportunidad, había deseado enfrentarla abiertamente y preguntarle la verdad; luego me di cuenta de que hubiera sido inútil. Pero aquí, en Rolthead, me parecía que la tentación de hacerlo sería mucho más fuerte.

—Ha estado allí por cuestiones de negocios.

Enfrentando a Sarah, con mi vaso en la mano, le dije, con naturalidad:

—¿Qué negocios?

—Estuvo en la Abadía de Caradon.

—Ya comprendo, mi amor; eso lo explica todo... Nunca oí hablar de ese lugar...

—¡Oh, sí que has oído! Te lo he contado hace mucho, Robert. Es propiedad de Sistemas Industriales Internacionales Limitados. Funciona como un centro de entrenamiento y recreación... ¡Oh!, y muchas otras cosas además.

—Debo estar perdiendo la memoria —respondí con toda sinceridad— porque no recuerdo que hayas mencionado nunca Sistemas Industriales Internacionales.

—Bueno; no me explico cómo no lo recuerdas. Estoy segura de que te hablé de ello. Alexina y yo tenemos mucho dinero invertido en esa empresa y es muy próspera.

—¿A qué se dedica?

—Financia investigaciones y nuevos métodos industriales. Si alguna compañía pequeña tiene una buena idea pero le faltan los medios para realizarla... Bueno; nosotros la analizamos. Es decir, nuestros expertos lo hacen y si parece factible, les adelantamos el dinero o no.

—¿Es una compañía de préstamos?

—En parte. Pero con mayor frecuencia, participamos del riesgo. Hemos prestado mucha ayuda. Debo advertirte, que a veces respaldamos a alguna empresa que fracasa

pero eso es parte del negocio. De cualquier manera, allí estuvo Alexina. —Alzó su copa hacia mí y agregó con una mueca—: ¿No te parece agradable que haya pensado en pasar por aquí antes de regresar a Italia? Le dije que estarías encantado.

—Por supuesto.

Se rió a carcajadas. —Oh, querido... ¡Si pudieras verte la cara! ¡Realmente das miedo!

—Es mi expresión habitual. Ninguno de los hombres de la familia Rolt ha sido famoso por su belleza...

Alexina vino a visitarnos y hubo momentos en que me costó bastante contenerme ya que —además de todo lo que Garwood me había contado acerca de ella— tenía un genio endiablado. Cuando Sarah le contó el episodio del visitante nocturno, armó un gran revuelo respecto a la seguridad de la casa. Era ridículo, dijo, que con todas las cosas de valor que había en la casa, nunca se nos hubiera ocurrido instalar un sistema de alarma; estaba contenta de que finalmente se nos hubiera ocurrido hacerlo sin más demora. Después comentó que Sarah parecía cansada y distante y trató de convencerla de que volviera a Italia con ella a pasar un par de semanas. Afortunadamente Sarah, que a mi modo de ver, estaba mejor que nunca, se resistió.

Siempre habíamos tenido fricciones, pero esta vez, a pesar de que todas sus quejas y críticas se referían a cosas triviales, me pareció que cubrían algo más profundo. No soy una persona especialmente sensible a los sentimientos de los demás. No me considero poseedor de un instinto que me indique lo que ocurre en la mente de otras personas; creo que, por sobre todas las cosas, se debe a que espero que cualquiera que tenga algo que decirme, lo haga claramente. Pero ahora presentía que nuestra relación con Alexina había cambiado. Al principio sospeché que se hubiera enterado de mi contacto con el capitán Garwood y me había transformado en una especie de amenaza para su organización. Aparte de verme como alguien a quien no consideraba apropiado para haberse casado con su hija, tal vez me veía bajo otro punto de vista. Pero me costaba aceptar esto porque estaba seguro de que Garwood no habría dejado filtrar nada acerca del contacto que habíamos mantenido. No; por su manera de actuar, me daba la impresión de una persona segura de sí misma, tranquila y físicamente imperturbable, sabedora de que tenía todos los triunfos en la mano. Era una sensación extraña y me preocupaba. Algunas de sus frases parecían tener un doble significado o tal vez era sólo mi imaginación. Una vez que se previene a una persona en contra de otra, es difícil dejar de examinar y analizar cada acción y cada expresión en busca de un doble sentido que probablemente no exista.

Una noche estábamos juntos en mi estudio, esperando que Sarah viniera a reunirse con nosotros a tomar un trago, cuando me dijo totalmente de improviso:

—Robert, ¿qué ha sucedido contigo?

—¿Por qué me preguntas eso? —respondí, sorprendido.

—Me resulta difícil hablar contigo. No importa qué cosa digo que parece tomarlo a mal. Comprendo que mi actitud ante tu casamiento con Sarah fue una mala

influencia en nuestra relación, pero pensé que estaba totalmente superado.

—Así es, Alexina.

—¿De veras? Por momentos me parece que todavía lo recuerdas. Estoy segura, por ejemplo, que no te hizo nada feliz la noticia de que vendría.

—Tonterías. Puedo haber protestado algo, pero eso no significa nada. Protesto por muchos motivos diferentes; supongo que lo hago por principio. Siempre has sido bienvenida aquí y lo seguirás siendo.

—Mientras no venga demasiado seguido —añadió sonriendo.

Encendió un cigarrillo. Fumaba una marca francesa y el olor quedaba impregnando la casa mucho tiempo después que ella se había ido. Prosiguió:

—Realmente creo que debería contarte ciertos detalles acerca de mi oposición primitiva a tu casamiento con Sarah que tal vez te sorprendan.

—No creo que me interese. Es historia antigua. ¿Para qué revolver el pasado?

—Porque me gustaría que reflexionaras acerca de ello. Y tal vez por vanidad; no quisiera que pasaras toda la vida pensando que soy una mujer diferente de lo que realmente soy. Mi oposición para tu casamiento era por causa tuya, más que por Sarah. Yo sabía que ella sería feliz. Estaba totalmente enamorada de ti. Pero yo pensaba en ti; no quería que ella te hiciera infeliz...

—¿Realmente es una declaración extraordinaria! ¿Cómo demonios podría Sarah haberme hecho desdichado?

—¿No te hizo? ¿No has sido desdichado?

—Eso también pasó y...

Me interrumpí y la miré fijamente:

—¿Tenías idea de que tendría ese problema de la pérdida de la memoria? ¿Era algo hereditario?

Ante mi sorpresa, se rió y dijo:

—Robert, tú y tu familia. —Hizo un gesto con la mano a su alrededor—: Los Rolt y Rolthead... La familia que es tu dios. No; el problema de la amnesia no existe en nuestra familia. Y no me refería a eso. Deberías haberte casado con alguien de tu círculo. Sarah era muy diferente. Nunca me pareció que encajaría en el ambiente de Rolthead; por lo tanto, me preocupaba tu felicidad.

—Sarah encaja perfectamente en Rolthead —dije con firmeza—. Ambos somos muy felices y esperamos seguir así. —Luego, repentinamente irritado por su manera condescendiente de hablar, añadí—: ¿Cuando dos personas que se aman se casan, importa un rábano de que mundo provienen! Ellos construyen su propio mundo. ¿Cualquiera que te oyera pensaría que Sarah ha descendido como una diosa entre las nubes, desde un planeta distante, para casarse con un patán de la familia Rolt!

En ese momento oí que Sarah se acercaba. En los pocos segundos que Sarah tardó en entrar, el rostro de Alexina, siempre sereno, hermoso, cuidadosamente maquillado y que rara vez demostraba ninguna emoción, se transfiguró por un pasajero gesto de incontenible resignación.

Reflexionando sobre esto más tarde, recordando su aseveración de que había estado más preocupada por mi felicidad que por la de Sarah y sabiendo todo lo que de ella sabía ahora, no pude menos que llegar a la conclusión que era una manera tardía y velada de disculparse por lo que había sucedido. Ella sabía que tendríamos problemas puesto que ella misma los ocasionaría. Había tratado de evitarlos oponiéndose a nuestro casamiento. ¿Por mi bien?... Pero no lo había logrado. Yo me preguntaba —y Garwood prácticamente me lo había confirmado— si volverían a realizar otro esfuerzo para alejar a Sarah de mi lado. Recordé las palabras de Alexina en la grabación: *Como su madre, me opongo a toda interferencia drástica durante... bueno, un tiempo considerable.* Y luego la voz del hombre, Lincoln, diciendo: *Pero la próxima vez, la desaparición deberá parecer totalmente natural... y ya sabe lo que eso significa.*

¿Estaría tratando de avisarme, con toda la discreción posible que se aproximaba una segunda vez? ¿Que estaba más cercana de lo que yo imaginaba y que debería estar preparado para ello? La sola idea me llenó de una furia primitiva e incontenible... El amor amenazado suele mostrar su otra cara. Ahora conocía y no podía pensar en ello sin pena, el deseo asesino que puede enceguecer a una persona al ver al ser querido amenazado.

Noté claramente, después de un tiempo de la visita de Alexina, que realmente era yo el que había cambiado. Cada vez más imaginaba las palabras de Alexina como un velado anuncio. La trampa había fallado una vez y Sarah había logrado escapar. ¿Estarían armándola nuevamente? Vivía constantemente luchando con mi propia beligerancia interna y conteniendo mis deseos de hacer algo; salir en busca del enemigo que amenazaba la felicidad y la paz que Sarah había hallado en Rolthead.

Fue este deseo que me condujo a la Abadía de Caradon. Mi hermano Harold y yo habíamos ido adquiriendo tierras laborables todos estos años en Devon y las hacíamos explotar por arrendatarios eficientes. Harold se ocupaba de casi todo este negocio.

Después de dos semanas de la partida de Alexina, Harold se enfermó de gripe y me llamó por teléfono para saber si yo podría ir a ver una propiedad que estaba en venta, que él había quedado en ver en el Sur de Devon. Fui en auto y pasé la noche en Tavistock, a la orilla del Dartmoor. A la mañana siguiente, me encontré con el intermediario y fuimos a la granja. No perdí mucho tiempo porque en seguida me di cuenta de que —a pesar de la propaganda que nos habían hecho— no era el tipo de propiedad que nos interesaba. Volví al hotel para el almuerzo y mientras tomaba un trago, me encontré estudiando un mapa del distrito que había en la pared. El nombre Abadía de Caradon atrajo mi atención. Quedaba a sólo media hora de viaje de Tavistock.

No tuve la menor duda. Quería echar una ojeada a ese lugar. Fui hasta allí después del almuerzo, por el camino que desde Tavistock corre hacia el Oeste, con rumbo al

río Tamar que separa Devon de Cornwall. La entrada a la abadía estaba junto a una zona boscosa que llegaba hasta un sinuoso camino secundario.

El sendero trepaba a través del bosque hasta una meseta elevada desde donde se lograba un amplio panorama del profundo valle del río. En una alta pared de piedra gris, que según descubrí luego rodeaba todo el edificio, había un juego doble de portones de hierro y una casilla para el portero. El portón estaba cerrado así que me aproximé con el auto y toqué la bocina.

Después de unos instantes apareció un hombre por la puerta más pequeña que flanqueaba el portón. Me sorprendió su aspecto extraño: tenía una gorra negra con una insignia y cordones dorados; un uniforme negro también, de buen corte, con botones dorados en el pecho y las mangas y zapatos negros muy lustrados.

Le alcancé mi tarjeta y le informé que deseaba entrar a la abadía y visitar al director. Estudió cuidadosamente la tarjeta y preguntó:

—¿Tiene usted una cita, señor?

—No; no tengo. —La insignia de su gorra tenía las iniciales S.I.I.L.

—Por lo general, no recibe a nadie sin una cita previa, señor —dijo amablemente—. Tal vez no tendría inconveniente en darme una idea del asunto que lo trae por aquí.

Tenía una voz muy agradable; a mi manera de ver, demasiado cultivada para un simple portero. Pero luego supuse que Sistemas Industriales Internacionales Limitados tenía vuelo suficiente como para establecer sus propios parámetros.

—No he venido por asuntos de negocios. Es una visita social. Límitese a informarle mi nombre; él sabrá de quien se trata.

Efectuó un gesto con los labios al oír aquello y luego volvió a penetrar en la casilla de guardia. Después de un rato bastante largo en que ya había comenzado a impacientarme, volvió a aparecer. Abrió los portones y me indicó que pasara.

—Siga derecho por el camino principal y luego doble a la derecha, señor.

El camino estaba bordeado de árboles por espacio de doscientos metros, más o menos. Luego, se terminaron los árboles y ante mí se abrió un amplio parque, con canteros de flores y la imponente masa de piedra gris de la abadía. Era un edificio cuadrado, de tres pisos, sencillo pero sólido y en la parte delantera tenía una amplia terraza de piedra. En un mástil que había sobre el techo, flameaba una bandera azul, con el emblema S.I.I.L. en oro. Más allá de la zona recubierta de grava que había en el frente de la abadía, el parque se extendía hasta la zona boscosa brindando la hermosa vista hacia el Oeste y al Sur, hacia el valle del río Tamar. A medida que me aproximaba a la amplia escalinata de entrada, que conducía a la entrada principal, no vi ningún auto estacionado ahí. Pero a ambos lados de la escalinata, había dos grandes arcadas marcadas “Entrada” y “Salida”, que descendían hacia la parte inferior del edificio por lo que supuse sería una playa de estacionamiento subterránea.

Cuando salí del coche, se me acercó un hombre a saludarme. Era alto, corpulento, de mediana edad; tenía el cabello gris cortado muy corto y vestía un pesado traje de

tweed que parecía flotar sobre su amplio corpachón. Se movía pesada, torpemente y me hizo recordar a un gigantesco mono. Tenía manos enormes, y una cara de amplias mejillas, la frente surcada de arrugas y una barbilla prominente que surgía debajo de la boca grande y floja. Parecía un enorme idiota, amable y con una fuerza extraordinaria.

Se me acercó y extendiendo ambos brazos, me tomó por los codos como si estuviera por levantarme por el aire y dijo:

—¡Señor Rolt! ¡Estoy encantado!... ¡Encantado!... Muchas, muchísimas veces le dije a su esposa que debería traerlo por aquí para ver el trabajo que hacemos. ¡Y ahora y sin previo aviso está usted aquí!... —Soltó mis codos y dando un paso hacia atrás, prosiguió—: ¡Oh!... discúlpeme usted: mi nombre es Khan. ¿Un nombre tártaro, verdad? Pero en realidad mi aspecto coincide con mi nombre. Yo lo sé; lo sé muy bien... Pero, tenemos que hacer lo que mejor podamos con lo que tenemos. Su voz coincidía con su tamaño: podría habérsela oído hasta media milla adentro del bosque.

—Estaba en Tavistock por asuntos de negocios y como tenía cierto tiempo libre, pensé correrme hasta aquí para visitarlos.

—¡Espléndido!... ¿Pasará la noche con nosotros?

—No, gracias. Debo regresar.

—Venga conmigo entonces; trataré de mostrarle todo lo que pueda en el tiempo de que dispone. ¿Sabe la señora Rolt de su visita? —Me tomó suavemente por el codo y me condujo hacia la escalera.

—No; tomé la decisión repentinamente.

—Entonces, deberá hacernos una visita formal en algún otro momento. Hay muchas cosas interesantes para ver aquí. Y los alrededores son muy bellos también. —Se detuvo sobre la escalinata y abriendo sus largos brazos en un amplio gesto prosiguió—: El bosque, el hermoso río y más allá las planicies de Cornwall...

Su voz parecía un bramido y en un par de minutos, yo había decidido que les costaría mucho hacerme pasar un fin de semana allí, con este monstruo cerca. También me sentía agradecido de no tener que trabajar bajo sus órdenes. Con sus modales, me hubiera hecho sentir deseos de hundirle un hacha en el cráneo sólo para hacerlo callar. Pero, pensé que debería poseer virtudes y habilidades ocultas pues, de no ser así, la empresa jamás lo hubiera empleado. Especialmente mientras Alexina tuviera a su nombre la mayor parte de las acciones. Demostró parte de esas otras cualidades mientras me conducía por el edificio, apurándome amablemente mediante su manaza, tomándome el codo, llevándome de un lado a otro, mientras seguía vertiendo incansablemente un torrente de estentóreas explicaciones.

Me explicó que la abadía se utilizaba para diversos propósitos. Aparte de ser un centro de conferencias y entrenamientos, también servía como archivo para la compañía. Parte del edificio estaba reservado como lugar de recreación para el personal superior del establecimiento. Había una pileta de natación, canchas de tenis,

establos y una pequeña cancha de golf de nueve hoyos. La abadía estaba construida en forma de rectángulo, alrededor de un patio interior, rodeado de una galería. En el centro se veía una desgastada estatua de mármol del fundador de la compañía.

Me mostraron el salón de conferencias y las habitaciones que se empleaban para cursos de entrenamiento; el comedor, una clásica *suite* para visitas importantes y uno de los dormitorios comunes que utilizaba el personal. Me llevaron a través de largos corredores para ver la sala de las computadoras donde trabajaban un hombre y cinco muchachas y a la cocina donde todo brillaba y estaba pulido e inmaculadamente limpio. Después de una hora me sentía exhausto y deseaba mandarme a mudar. Pero prosiguieron conduciéndome amablemente hasta una enorme sala que daba sobre un campo de croquet; más allá, descendía hacia la zona boscosa y una curva que formaba el lejano río. Mientras estaba sentado allí con el señor Khan, unas parejas de pavos reales se pasearon airosos por el parque. No había duda de que el S.I.I.L. hacía todo a lo grande. Los muebles de la abadía debían haber costado una pequeña fortuna y creo que por primera vez, desde mi casamiento pensé en realidad en lo inmensamente ricas que deberían ser Sarah y su madre. Este hecho nunca me había llamado la atención en Rolthead. Pero ahora, mientras un mayordomo de uniforme negro con alamares dorados y los botones con el monograma de la institución nos sirvió el té en una bandeja de plata, tomé conciencia de la inmensa fortuna que respaldaba todo esto. Khan se deshacía en elogios para la compañía y me daba típicos ejemplos de sus actividades. Por un momento, antes de terminar mi taza de té y planear la forma en que me escaparía de allí, se me ocurrió pensar qué diría mi gigantesco acompañante si supiera toda la información adicional acerca de la compañía que yo poseía. Curiosamente, sin embargo y a pesar de que me sentía inclinado a rechazarlo simplemente por sus modales, había algo en él que me atraía. Era una especie de dínamo, ruidoso pero eficiente. Su enorme cuerpo estaba repleto de energía y entusiasmo y se notaba en él una cualidad que yo siempre admiraba: estaba íntegramente dedicado a su tarea y se sentía feliz de estarlo. Para él, el S.I.I.L. era el *summum* de lo que podía aspirarse como empresa. Creer en algo apasionadamente —aún cuando el objeto no lo merezca— es por lo menos una muestra de lealtad de mucho más valor que debatirse en un mar de apatía.

Estando allí sentado, me parecía imposible creer todo lo que Garwood me había contado acerca de la compañía. Para mí era exactamente como cualquier otra empresa internacional que hubiera decidido —como tantas lo habían hecho— alejarse del barullo y las incomodidades de Londres.

Por fin logré partir, después de prometer, no del todo sinceramente que volvería con Sarah en otro momento a pasar más tiempo en la abadía.

—Sería un placer y un honor, señor Rolt. Todos nosotros debemos tanto a su esposa y a su suegra. Para nosotros, ellas *son* Sistemas Industriales Internacionales.

Atravesé los portones, contento de estar a solas. Avancé por el estrecho sendero a través del bosque y estaba por alcanzar el camino secundario cuando, cien metros

más adelante, un hombre apareció entre los árboles y me hizo señas con la mano para que me detuviera.

Detuve el coche y me asomé a la ventanilla. Era un hombre alto, vestido con una campera y *breeches* con botas altas. Llevaba una escopeta de caño doble bajo el brazo y yo imaginé que sería un cuidador. Se aproximó al auto y se inclinó para hablarme. Llevaba una arrugada gorra de tela y una desprolija barba negra cubría la parte inferior de su rostro. Con una voz áspera, de campesino, me dijo:

—Buenas tardes, señor Rolt. Me alegro de verlo nuevamente.

Al mirarlo, intrigado, hizo una mueca y sus párpados se agitaron varias veces; en ese instante lo reconocí.

—¡Dios mío!... Usted es Vickers, ¿no es verdad?

—Así es; Vickers: el cuidador. O mejor dicho, Johnson, el cuidador. La abadía posee aproximadamente mil acres en esta zona. Me dieron el puesto el año pasado. Si se tratara sólo de ser cuidador, me daría por muy satisfecho. Si no le resulta impertinente, ¿qué está haciendo por aquí?

Le conté acerca de mi repentina decisión de visitar la abadía y concluí:

—Ahora comprendo el motivo de la barba. ¿Usted está encargado de la vigilancia de la zona?

—No tengo mucho que vigilar. No suelo penetrar dentro del égido de la abadía con mucha frecuencia. He estado en la casa dos veces. Pero he llevado al señor Khan a cazar en varias oportunidades. Es un buen tirador. ¿Cómo está la señora Rolt?

—Está muy bien, gracias.

—Me dicen que recobró la memoria.

—Así es; bueno... casi totalmente.

—No parece estar muy feliz con la recuperación.

Casi sin pensar, agregué:

—Todo ese asunto es tremendamente complicado. Sinceramente no me siento muy a mis anchas. Y la gente para la que usted trabaja, no colabora mayormente para que lo haga.

Se encogió de hombros. —No podrán ayudarlo mucho hasta que se pongan de acuerdo entre sí. Sinceramente, algunas veces me dan asco. Por eso es que me gusta estar aquí. No tengo que presenciar toda la pantomima continuamente. Algún día de estos, me conseguiré un puesto de cuidador verdadero. ¿Qué le pareció el señor Khan?

—Me volvería loco con su vozarrón si tuviera que trabajar con él.

Vickers se rió para sus adentros. —Esa es su “voz de ejecutivo”. Habla fuerte para impresionar. Cuando habla naturalmente, es totalmente distinto. Usted debería saberlo: lo oyó antes.

—¿No me diga?

—Por supuesto; según creo, sólo brevemente. Pero lo ha oído. Su nombre completo es Lin Khan; tiene más de una gota de sangre tártara en las venas. Es el

“Lincoln” que oyó en la grabación de Garwood. Dicho sea de paso, pienso que debería avisarle a Garwood que estuvo por aquí. De cualquier manera, yo tendré que informarle. Mucho gusto de haberlo visto. —Hizo un gesto con la mano y dio un paso atrás para permitirme pasar. Se perdió entre los árboles.

Cuando recomencé la marcha, vi que un auto avanzaba por el camino, detrás de mí. Vickers evidentemente lo había oído llegar y decidió que sería prudente que no lo vieran conmigo.

CAPÍTULO NUEVE

Era ya tarde cuando regresé a Rolthead. Sarah había terminado de cenar. La señora Cordell había salido y Sarah preparó una bandeja que me alcanzó al estudio. Se sentó junto a mí mientras comía.

Cuando le dije que había estado en la Abadía de Caradon, replicó:

—¡Oh!... Estoy tan contenta de que hayas ido. Siempre quise que la vieras. ¿Qué te pareció?

—Realmente, creo que es un orgullo para Sistemas Industriales Internacionales. Pero debo confesarte que todavía estoy algo aturdido por el vozarrón del señor Khan...

—¡Oh!, Lin... —Se rió—. Es algo estentóreo, ¿verdad? Pero no es siempre así. En realidad es muy eficiente y agudo y maneja el establecimiento a las mil maravillas.

—¿Dónde diablos lo encontró la compañía?

—¡Oh! Hace muchos años que está con nosotros. Creo que era un amigo de Alexina de sus días en la Argentina.

—¿Es sudamericano?

—No; no creo. Es un nombre extraño; ¿no es verdad? Creo que su padre era ruso o eslavo de alguna especie.

—¿Cuánto hace que tienen ese lugar? —No pretendía ni siquiera imaginarme que esta era una charla intrascendente. Quería saber todo lo que pudiera con respecto a Khan y a la abadía. Pero al mismo tiempo, me odiaba a mí mismo por querer averiguar y por el hecho de saber que, ahora había penetrado más aún en el mundo de Garwood y Vickers; y que, aunque fuera de una manera limitada, estaba cooperando con ellos.

—Oh, hace muchísimos años. —Sarah se echó hacia adelante y me sirvió más vino—. Pero la compañía está comenzando a ser demasiado grande para ese lugar. Las secciones de computadoras y registros están quedando chicas y Alexina me decía que pronto tendremos que encontrar otro lugar más grande; y no en Inglaterra.

—¿Por qué no en Inglaterra?

—Porque es una compañía internacional. Viene personal de todas partes del mundo para capacitarse y hacer cursos de perfeccionamiento. Estamos comenzando a hacer una serie de negocios con los nuevos países africanos y con el Oriente. Todavía no se ha decidido dónde iremos... Grecia, la India, tal vez América. Realmente, no lo sé.

—Hubiera imaginado que este país sería tan bueno como cualquier otro; su ubicación no tiene nada que envidiarle a ninguno de los otros.

—Querido Robert —respondió riendo—: No hay nada mejor que Inglaterra...

—Bueno; no creo que lo haya. No me parece necesario mudarse. Podrían ahorrarse mucho dinero si se expandieran aquí. Hay bastante lugar. Viajar desde cualquier parte del mundo, no es problema en nuestros días.

—Bueno; hay otras consideraciones también. Asuntos de negocios.

—¿Quién es el presidente de la compañía?

—Es un italiano llamado Martino. Pero él es sólo un testaferro. No posee muchas acciones. Alexina es la verdadera dueña pero prefiere ocultarse detrás de Martino.

Mientras hablaba, yo pensaba si Alexina, el poder real de la compañía, ya habría trazado sus planes. La Abadía de Caradon sería cerrada y la organización se mudaría. ¿Sería ése el momento elegido para tratar de alejar a Sarah de mi lado? Estaba seguro de que sería así. Pero por más que pensaba, no podía imaginarme por qué podría ser tan importante para ellos tener a Sarah. ¿Por qué diablos no podían simplemente olvidarse de ella? ¿Alejarse de una vez y dejarnos tranquilos?

Esa noche estuvimos juntos y mientras Sarah dormía entre mis brazos, permanecí escuchando los sonidos que entraban por la ventana abierta. Se estaba terminando junio. Cada tanto un ruiseñor entonaba su canto. Se oía el aullido de un zorro y alguno de los perros del establo aullaba en respuesta. Me sentía totalmente integrado con Rolthead al que conocía como a la palma de mi mano. Mi cariño por este lugar era algo difícil de explicar a otras personas. También amaba a Sarah; pero era un amor diferente. Quería que ambos perduraran, que estuvieran conmigo para siempre y repentinamente, desde las profundidades de la fresca noche, sintiendo a Sarah entre mis brazos, sentí que se posesionaba de mí una profunda sensación de desdicha... una desesperación espiritual. Pensé que tal vez, Dios había sido demasiado benigno conmigo. Hasta ahora, me había tocado recorrer caminos placenteros. No podía ser que la vida toda fuera felicidad. Tal vez se aproximaba el momento de devolver un exceso de amor y felicidad. Tardé muchísimo en dormirme...

Garwood me llamó por teléfono a la mañana siguiente y me pidió que fuera a Londres a verlo. Fui al día siguiente. Estaba vestido de uniforme y las tiras doradas de su manga hacían juego con el color de unos tulipanes que alguien había puesto en un florero sobre su escritorio. Sabía por Vickers que yo había estado en la abadía.

—¿Realmente fue ésta una visita improvisada?

—Sí.

—¿Cuál fue la reacción de su esposa?

—Se mostró complacida. Siempre quiso que visitara ese lugar. Me dijo que están planeando mudarse en cuanto encuentren otro lugar apropiado.

—Sí; ya sabemos eso. Conocemos el motivo real. Las cosas se les están complicando demasiado aquí.

—Estoy seguro de que mi esposa no conoce absolutamente nada de todo eso.

—Si usted lo dice... —dijo sonriendo—. Pero en este momento, eso no me preocupa. Hace años que tratamos de introducir a alguien allí sin éxito. Tienen mucha más seguridad de la que pueda usted imaginarse. Y todo el personal es incorruptible, lo que, para los tiempos que corren, constituye un milagro. Lo más cerca que estuvimos de penetrar allí, fue mediante la colocación de Vickers entre el personal de exterior. Se le permite entrar al edificio solo muy pocas veces y jamás pasa más allá de la oficina del director. ¿Qué le pareció el señor Khan?

Le di mi opinión y agregué:

—¿Por qué lo llamaban Lincoln en la grabación?

—Esa fue la forma en que el encargado de la transcripción captó el nombre.

—¿Pero usted sabía que era Lin Khan?

—Sí. —Abrió uno de los cajones y sacó unas hojas en blanco. Las empujó hacia mí—. Usted estuvo allí. Lo llevaron a recorrer. No habrá sido una visita exhaustiva pero me gustaría saber todo lo que vio. Dibuje, lo mejor que pueda, un plano del lugar, piso por piso; cada uno en una hoja de papel. También me agradecería que confeccionara una lista de todas las personas que vio y dónde o en qué habitaciones estaban.

Era una orden bastante complicada. Pero traté de cumplirla lo mejor que pude. Mientras trabajaba en ella, extrajo un botellón de uno de los archivos y sirvió sendas copas de jerez. Una vez que terminé mi labor, tomó cada hoja por separado y me interrogó acerca de la distribución de los diferentes pisos.

—¿Cuál era el nombre de la estatua que había en medio del patio?

—No lo sé. Sólo le eché un vistazo. La inscripción estaba muy gastada. Pero la fecha era 1801. De cualquier manera, eso debe figurar en los archivos de la compañía.

—Sí... ¿Le enseñó Khan la galería de retratos?

—No; no sabía que había una.

—Creo que la hay; y con muy buenos cuadros. Una de las subsidiarias especula con obras de arte y han efectuado donaciones a diversas galerías de arte y museos. —Efectuó una pausa y volvió a llenar las copas de jerez. Luego prosiguió—: Si pensáramos que pudiera sernos útil, ¿le sería muy difícil volver a visitar el lugar? ¿Tal vez pasar allí un fin de semana?

—Capitán Garwood; permítame ser totalmente sincero con usted. En este momento, estoy convencido de que, cuando cierren ese lugar y se muden, será cuando intenten alejar a Sarah de mi lado nuevamente. Cualquier cosa que pueda hacer para evitarlo, la haré. No quisiera volver allí pero lo haría si fuera de alguna utilidad. Sin embargo, si están tan interesados en la abadía y tienen cargos contra el S.I.I.L., ¿por qué diablos no consiguen una orden del juez y revisan el lugar oficialmente? No puedo entender de qué sirve hacer las cosas a medias. Si lo que hacen no merece confianza, entonces por Dios ¡échenseles encima!... Esa sería la manera de hacerlo.

Se echó hacia atrás, jugueteó con la copa de jerez y luego dijo, suavemente:

—Créame, señor Rolt; yo también lo siento así por momentos. Me domina la impaciencia tanto como a usted. Pero al hacer eso, sólo atraparíamos una redada de peces pequeños. No; queremos a los gordos. Más aún: queremos la gran respuesta a nuestro gran interrogante: ¿Por qué hacen lo que están haciendo y para quién?

A mí no me pareció que “el gran interrogante” —como él lo llamara— fuera el problema principal. Garwood y su gente sabían que Sistemas Industriales Internacionales era la fachada que cubría una variedad de distintos espionajes y recolección ilícita de informes. ¿Qué importaba a quién vendían su información? Si yo supiera que algún cazador furtivo estaba robándome mis faisanes, no dejaría de detenerlo por el mero hecho de no saber a quién se los vende. Pero parecía que era así. Yo imaginaba que para toda agencia gubernamental, era cuestión de orgullo no contentarse con medidas tomadas a medias. Personalmente consideraba que hubiera sido una buena medida atrapar a varios de los implicados y hacerlos hablar. Sabía que, desde hacía mucho tiempo, muchos implicados en casos de espionaje habían sido dejados en libertad durante largos períodos, presumiblemente para lograr que alguien diera “la gran respuesta”. El resultado más frecuente era que algún traidor gozaba de la oportunidad de hacer más daño que el que hubiera podido hacer si se lo hubiera detenido antes. Y aún así, no se obtenía ninguna respuesta total. De todos modos, a mí no me interesaba una respuesta de ese tipo. Solamente deseaba que aplastaran al S.I.I.L. cuanto antes; para evitar que logaran su propósito de mudarse y llevarse a Sarah con ellos. Y cada vez que pensaba en el S.I.I.L., veía en la sigla la personalización de Alexina.

Durante todo el camino de regreso a Rolthead, di vueltas en mi cabeza a la idea de que debería haber algo que yo pudiera hacer, independientemente de Garwood y su gente. No me interesaba la gran respuesta. Sólo quería asegurarme de que Sarah no sería alejada de mi lado. Si fuera necesario, estaba dispuesto a decirle a Garwood que tenía intención de actuar por mi cuenta, y dejándolo en libertad para hacer lo que considerara necesario. Mi lealtad primordial era para con Sarah.

Ahora me sentía arrepentido de no haber abordado a Alexina acerca de todo el asunto. No hubiera sido nocivo para nadie si ella se enteraba por mi intermedio que Garwood estaba interesado en su compañía. Según él, Alexina ya lo sabía. De no ser así, no habrían planeado evacuar la abadía. Decidí que había llegado el momento de ir derecho al grano. La situación exigía acción directa y hablar claro. A la larga, estas actitudes rendían mejores frutos que otros métodos. Además pesaba en mi decisión el hecho de que, a pesar de que en cierta forma había logrado acostumbrarme a vivir con el conocimiento que tenía y convivir con Sarah con una aparente naturalidad, esto no era vida. Los pequeños engaños cotidianos y el evitar la total correspondencia

entre Sarah y yo, estaban corroyendo lentamente algo dentro de mí. Era como un absceso que estuviera creciendo cada vez más y del que yo me quería librar...

Cuando llegué a Rolthead, ya había tomado mi decisión. Sin avisarle nada a Garwood —y maldito lo que me importaba lo que pudiera hacerme después— encontraría alguna excusa para ir a Italia a ver a Alexina. Pondríamos las cosas en claro.

Un hombre no puede ser ni más ni menos que lo que otras personas piensan que es. Las corrientes sanguíneas determinan tanto el carácter como el aspecto físico. Pero el cuerpo es un continente fuerte que resiste muchas cosas, menos las mutilaciones. La mente, el carácter de un hombre, puede moldearse según los contactos y presiones que deba soportar. Todos los Rolt originales habían sido rudos y violentos en la defensa de lo que sabían que les pertenecía. Para mí, sólo Sarah poseía un significado especial. Por su bien, en su defensa, me sentía dispuesto a ser tan rudo y violento como cualquiera de mis antecesores del siglo XIII.

Decidí esperar hasta que Sarah se ausentara por unos días a hacer alguna visita o fuera a Londres por cuestiones de negocios. Mientras ella estuviera ausente, yo haría un rápido viaje a Italia. A la vuelta, le contaría todo y liberaría mi conciencia; pero por ahora, no quería que supiera mis intenciones. Había llegado el momento de terminar con las ambigüedades de tipos como Garwood. Quería aclarar todo entre Sarah y yo porque estaba seguro de que nada que pudiera decirme, haría variar mi amor por ella. Confiaba en nuestro cariño, en la certeza de que podría crear y mantener un entendimiento así como un perdón mutuo.

Dos días después de haber ido a ver a Garwood, recibí una carta que me hizo diferir los planes de ir a Italia. Estaba escrita en papel sin membrete. No tenía fecha, dirección ni firma.

Señor Rolt: Esta es una información seria y sincera. Estamos totalmente al tanto de los problemas domésticos que lo afectan en este momento y nos sentimos solidarios con usted. Sin embargo, como nuestra solidaridad no le servirá de mucho, quisiéramos hacerle una proposición que, le aseguramos, llevaría a la solución de todos sus problemas. Si tiene interés, le rogamos que mantenga la mayor discreción y dentro de una semana, publique un aviso personal en el "Daily Telegraph" que dirá: —TOM. TE VERÉ PRONTO. R.—. Entonces le remitiremos otra carta.

Puse el aviso en el "Daily Telegraph". Lo hice sin ninguna duda. Me dije a mí mismo que podría estar tratando de obtener un imposible, pero en mi nueva actitud, estaba dispuesto a probar cualquier cosa. Unos días antes, le hubiera informado a Garwood acerca de la carta; ahora, sólo consideré la posibilidad por un minuto y la deseché de inmediato. Cada vez estaba más convencido de que debía ayudarme a mí

mismo. Garwood y su organización tenían solamente un interés periférico en mi problema. La “gran respuesta” ocupaba su horizonte por completo.

A la mañana siguiente de la publicación del aviso en la columna del diario, recibí otra carta, con matasellos de Londres, que decía:

Señor Rolt: Gracias. Su día de pesca en las aguas del Avon Tyrrell es el próximo jueves, Puesto 1. Le rogamos que esté allí. Lo recogeremos desde campo lindante al “refugio de los patos” a las 10 horas.

Quemé la carta. Había alguien muy bien informado acerca de mis hábitos de pesca y la rotación que efectuaba de los distintos puestos. El “refugio de los patos” era el nombre que le daban a un brazo de agua cercano a la parte superior del Puesto I.

Por extraño que parezca, no sentía la menor intranquilidad por todo este asunto. El ofrecimiento de ayuda había aparecido el día menos pensado y yo estaba dispuesto a aceptarlo. No obstante, no era tan tonto como para suponer que ninguna proposición me favorecería enteramente a mí. Con seguridad que me pedirían algo en cambio. Había pocas cosas que no estaba dispuesto a ceder. El aviso apareció un lunes. La carta llegó un martes. Hubiera deseado que mi día de pesca fuera el miércoles. La impaciencia me acicateaba constantemente. Había estado demasiado tiempo satisfecho con la inacción.

El miércoles a la noche, Sarah y yo fuimos a comer con mi hermano y su mujer. Cuando ellas nos dejaron con nuestros cigarrillos y el oporto, estuve tentado de contarle todo a Harold. Muchas veces había sentido necesidad de hacerlo; especialmente porque presentía que sería un alivio para mí, compartir mi problema con alguien de mi propia sangre. Pienso que lo hubiera hecho si no hubiera existido en mí, con más fuerza que el deseo de confiar en Harold, una convicción poderosa y obstinada de que algún golpe del destino había enviado este problema a Sarah y a mí y que sería mala suerte demostrar la más pequeña de las debilidades humanas para resolverlo. Tendría que afrontarlo solo hasta el final.

Mientras me alcanzaba el oporto, comentó:

—Sarah parece estar muy bien; es extraño, ¿no es verdad?, qué pronto se olvidan las cosas.

—¿Qué cosas?

—Bueno... todo aquello de la amnesia. Realmente fue algo extraño en su momento, ¿no te parece? Pero yo raramente me acuerdo de ello. Es como si nunca hubiera sucedido. ¿Sigue viendo a Sir Hugo Gleeson?

—Algunas veces. Sólo visitas sociales.

—¿Todo anda bien en el jardín?

—Por supuesto.

—*Bobby-boy*... —se rió—. Tienes ese raro aspecto de asesino en el rostro. ¿Te acuerdas del viejo? Te llamaba así cuando te plantabas ante él porque no querías hacer algo que él te ordenaba. En realidad, nunca aprendiste a tratarlo.

—Algunas veces solía ser bastante difícil.

—¿Y no lo somos todos? Especialmente tú. Me encontré con el intermediario de Devon el otro día. Dice que lo maltrataste por haberte hecho ir a ver esa horrible granja en las cercanías de Tavistock.

—Se lo merecía.

—Puede ser. Pero eso no es suficiente motivo para que lo trataras así. Todos cometemos errores. Ha sido un hombre muy útil para nosotros. Parece que últimamente te has vuelto demasiado quisquilloso. ¿Tienes algún problema?

—Por supuesto que no.

—Mejor que me meta en mis asuntos, ¿verdad?

—Este es oportuno del viejo todavía, ¿verdad? —le pregunté poniendo la copa contra la luz. Estuve a punto de confiarle mi problema.

Era una noche tibia; el cielo estaba claro y cuajado de estrellas. Mientras íbamos camino a casa, Sarah me hizo detener el auto en la parte alta de las ondulaciones, varias millas antes de llegar. No era nada extraño. Siempre le gustaba mirar las estrellas en una noche hermosa y me pediría que detuviera el coche. Bajamos del auto y nos apoyamos junto a una cerca. Un poco más allá, podía percibir el sonido de las ovejas pastando.

—¿No son hermosas? —dijo Sarah, mirando hacia arriba—. Algunas veces siento que, si no tengo cuidado, me atraerán hada ellas... flotando hacia arriba. —Me miró con una sonrisa burlona en el rostro—. ¿Vendrías conmigo, Robert? ¿Para encontrar un nuevo mundo y una vida nueva mejor que nada de lo que esta agotada tierra pueda ofrecernos? ¿Un paraíso entre las estrellas?

La rodeé con mi brazo. —Quédate aquí; con los pies sobre el suelo; es aquí donde debes estar.

Miró hacia el Norte y pude ver que seguía con la mirada las luces de un lejano avión que se deslizaba por el cielo. Dijo en un susurro:

—¿No crees que pueda haber vida en el espacio... vida inteligente en otros planetas? Sé que me haces burlas por esto, Robert... Pero sé que hay. Debe haber vida allí. Una vida mejor... gente maravillosa que hace mucho tiempo debe haber solucionado los problemas contra los que nosotros luchamos todavía. ¿No crees que eso pueda ser posible?

—No lo sé y no me importa Gamboa, Gamboa, —contesté, riéndome—. Pero si te gusta pensar que es así y darle tu dinero a organizaciones extrañas que se ocupan de esa posibilidad... bueno, no tengo inconveniente. Por lo que a mí se refiere, tengo suficientes problemas en la vida simple de todos los días como para mantenerme ocupado.

Se dio vuelta de repente, me estudió en silencio un par de minutos y luego agregó:

—Robert, ¿por qué dices eso? ¿Hay algo que te preocupa?

—¡Por Dios, no!... ¿Qué te hace pensar eso?

—No lo sé. Es un presentimiento que tengo a veces. Sólo pensaba si estarías desilusionado porque...

Se interrumpió en el momento en que una estrella fugaz surcó el cielo y desapareció.

—¿Por qué debería estar desilusionado o preocupado? Te tengo a ti y a Rolthead.

—Pero eso no es todo lo que quieres, Robert. Quiero preguntarte algo; no quiero hablar mucho del asunto ahora si no simplemente preguntarte.

—Puedes preguntarme todo lo que quieras, ya lo sabes.

Mirando hacia otro lado, dijo:

—Hemos esperado bastante tiempo y... bueno... no ha sucedido nada. ¿Estaba pensando si tal vez, no deberíamos volver a considerar la posibilidad de adoptar un niño?

Estrechándola contra mí, le contesté:

—Sí; por supuesto. Lo haremos.

Se estremeció entre mis brazos y me besó; luego dejó caer la cabeza sobre mi hombro y sus brazos me estrecharon con fuerza. Fue un momento inolvidable. Un momento en que no había nada más que amor entre los dos; el sentimiento puro y primitivo de pertenecer el uno al otro. En ese momento comprendí que, si debía matar para conservarla, no dudaría en hacerlo.

Llegué al río justo a las nueve; estacioné el auto junto a la cabaña. Era una mañana clara y había gran cantidad de pájaros de laguna alegrando con sus gritos y sus vuelos el vasto espejo de agua. Dejé mi caña en el auto y caminé hacia la orilla derecha del Avon, hasta la planicie que bordeaba el refugio de los patos. Hacia la derecha de la planicie, el río doblaba bruscamente y en el ángulo que formaba había un grupo de árboles altos y algunos sauces que ocultaban la pastura desde el camino distante y las pocas cosas que había en la zona más alejada del río. Unas millas río arriba estaba Ringwood y próximo también, pero aguas abajo el río corría más correntoso, en las cercanías de Christchurch. Constantemente se oía el ruido de aviones que partían o llegaban al aeropuerto de Hurn. Este ruido fue el que impidió más tarde que yo escuchara al helicóptero cuando se aproximó.

Estaba sentado en la escalerilla del espigón cuando el aparato surgió repentinamente de un cielo límpido y se posó a unos veinte metros de los árboles. Era un pequeño helicóptero privado, pintado de azul.

Los motores se detuvieron y salió un hombre de la máquina. Me aproximé a él. Era joven, de aspecto agradable. Vestía un traje de brin azul, botas cortas, de aviador y un pañuelo de seda azul alrededor del cuello. Me dio la impresión de ser una persona que aún cuando estaba vestida de sport, cuidaba su apariencia.

Cuando me acerqué a él, efectuó un gesto amable de saludo y dijo:

—¿El señor Rolt? —luego agregó con una sonrisa socarrona—: Como si pudiera tratarse de alguien más...

—Sí; soy Rolt.

—¿No tiene objeciones para volar? No; no lo creo; no parece ser del tipo miedoso. Suba. —Era evidentemente una persona acostumbrada a contestar por sí solo las preguntas que efectuaba.

Subí a la máquina y me senté en el asiento para pasajeros.

—No tardaremos mucho —dijo—. Si lo desea, todavía podrá pescar un rato esta tarde. —Sacó de su bolsillo un pañuelo negro y prosiguió—: Lamento este tipo de cosas de capa y espada; pero soy sólo un empleado y debo cumplir órdenes. ¿No le importa? —Extendió el pañuelo para vendarme los ojos. Lo dejé hacer sin comentarios y añadió—: Le ruego que no se lo saque cuando aterricemos. Le ayudaré a bajar y algún otro tipo se encargará de usted. Es pura diversión; o por lo menos, pienso que es así. De cualquier manera, me pagan bien.

Nos elevamos y desde entonces no oí otra palabra de su boca. Permanecí allí a oscuras sin siquiera tratar de deducir qué rumbo habíamos tomado. Mi curiosidad estaba agotada; la curiosidad por los detalles, quiero decir. Me conformaba con esperar. Volamos durante media hora, más o menos; luego se alteró el ruido del motor y aterrizamos.

—¡Sosténgase fuerte! —me gritó.

Oí cuando descendía y luego se abrió la puerta de mi lado y una mano me tomó del brazo y me ayudó a bajar del aparato y me condujo unos pocos metros. Bajo mis pies, noté que pisaba grava.

—Muy bien —me dijo—. Lo veré más tarde.

Otra mano, no tan firme, me tomó del brazo y una nueva voz dijo:

—Venga conmigo, señor Rolt. Hay varios escalones: ocho en total y luego será camino llano.

Me dejé guiar hacia adelante, llegué a los escalones y subí cuidadosamente. Oí que se cerraba una puerta detrás de mí y noté un suave piso alfombrado bajo mis pies. Me condujeron o por lo menos me pareció, a través de un corredor y luego nos detuvimos. Percibí una puerta que se abría y el nuevo hombre que me acompañaba dijo:

—Dé cuatro pasos hacia adelante.

Avancé solo. Sentí que la puerta se cerraba suavemente a mis espaldas.

—Agradecemos su cooperación, señor Rolt —dijo una voz—. Por favor quítese la venda.

Hice lo que me mandaban. Estaba en un gran invernadero semicircular. Altas ventanas rodeaban el perímetro y bajo ellas, había canteros con flores y plantas. Casi no se veía hacia afuera; sólo alcancé a divisar parte de una terraza y una porción de parque, pues los toldos estaban bajos. Algunas de las plantas habían trepado por

columnas especialmente dispuestas y se entrelazaban en el techo. La pared donde estaba la puerta por la que había entrado, estaba totalmente desnuda; sólo vi dos nichos estrechos que se abrían a ambos lados y tenían figuras clásicas de tamaño casi natural. En el centro del piso había una pequeña fuente; en la superficie del agua se veían lirios acuáticos, con flores rojas y blancas. Detrás de la fuente, una mesa de hierro forjado, con tapa de cristal y tres sillas haciendo juego, con almohadones, rodeándola. Cerca de la fuente y a sólo unos metros de donde yo estaba descubrí un hombre alto y delgado, que podría tener casi setenta años. Vestía un immaculado traje oscuro, que dejaba ver una camisa blanca, igualmente impecable; la corbata era una imaginativa creación floral. Era casi totalmente calvo, con excepción de unas escasas patillas gris acero. Su rostro era curtido y surcado de arrugas, largo y con una nariz como el pico de un halcón y tupidas cejas. Me recibió con una amable sonrisa y me indicó con la mano que tomara asiento en una de las sillas. Su gesto me indicó muchas cosas acerca de su personalidad. Se sentía investido de su autoridad de la misma manera que todas las mañanas se envolvía en ropas immaculadas. Para él mandar debería ser tan natural como respirar.

Tomé asiento y él fue hasta la cabecera de la mesa y apoyando ambas manos en las esquinas, me dijo, señalando con la cabeza una bandeja que tenía enfrente de él:

—¿Le gustaría tomar algo, señor Rolt?

—No, gracias.

Rodeó la mesa y se sentó frente a mí, junto a un portafolios que yacía sobre el cristal.

—Podrá comprender que por ciertas razones que tal vez ahora no alcance pero más tarde sí, no puedo darle mi nombre real —dijo, con un acento vagamente americano—. Pero esto es sólo un detalle; le sugiero que me llame señor Smith. Lo verdaderamente importante es que yo quiero ayudarlo realmente y, puesto que soy un hombre de negocios, espero que usted pueda corresponderme. Tenemos problemas, que si bien no son comunes, son bastante parecidos.

Por lo general, en cuanto conozco a una persona, suelo decidir, equivocado o no, si puedo confiar en ella o si me agrada. Con este hombre, todavía no había sentido esa impresión. Probablemente no lo sabría nunca. Parecía tan lejano y poseía tal dominio sobre sí mismo como para no dejar traslucir nada. Mi mayor interés radicaba en que me ayudaría. Lo que pretendería en cambio, debería analizarlo una vez que me lo pidiera.

—A no ser que más adelante me resulte importante saberlo, su nombre no me interesa —dije con firmeza—. Usted me dice que tal vez pueda ayudarme. Por eso he venido, señor Smith.

Afirmó con la cabeza. —Puedo ayudarlo. Pero antes de llegar a eso, hay algunos puntos que quisiera aclarar. Si yo dijera alguna cosa que pudiera ofenderlo, me han dicho que tiene el genio vivo, le ruego que me disculpe. —Sonrió y prosiguió—. Primero déjeme poner mis cartas sobre la mesa. Conozco su presente situación en

forma considerablemente detallada. Resumiendo; usted teme que su esposa sea alejada de su lado.

—Así es.

—Conozco muchas cosas acerca de su esposa y muchas más acerca de su suegra, Alexina Vallis. Sé más aún sobre Sistemas Industriales Internacionales. También estoy al tanto de su conexión con el capitán Garwood.

—¿Cómo puede saber eso acerca de Garwood?

—No por ninguna infidencia de su parte. Pero no son únicamente los gobiernos los que poseen agencias de informaciones. Nosotros tenemos una propia.

—¿Nosotros? ¿O se supone que no debo hacer preguntas?

—Puede preguntar tanto como quiera. Esperaba que lo hiciera. Le contestaré mientras pueda. Sí; dije “nosotros”. Es decir yo, mis propios intereses y los otros intereses que represento que están amenazados por ciertas actividades que despliega Sistemas Industriales Internacionales. Nuestros intereses pueden resumirse en una sola palabra: petróleo. Los intereses petroleros del mundo pueden parecer —y en realidad algunas veces lo están— divididos y en guerra entre sí; siempre existe la batalla por los mercados, concesiones y franquicias. Pero como cualquier gran familia, se unen contra cualquier intruso que constituya una posible amenaza. Los intereses petroleros internacionales siempre han mantenido una organización para vigilar o eliminar ese tipo de amenazas.

—Ya veo. ¿Y cuál es el riesgo actual?

—El más grande que siempre amenazó a los petroleros: la posibilidad de descubrir una fuente de energía infinitamente más económica. Déjeme explicarle. En el negocio del petróleo hay comprometidos billones y billones de dólares, libras y todo otro tipo de moneda. No solamente en los procesos primarios de su búsqueda, extracción, refinación y venta sino en infinidad de empresas subsidiarias. Empresas que como la automotriz o la de aviación y otro gran número de ellas, consumen subproductos del petróleo. Esto no preocupa solamente a las empresas privadas. También los gobiernos tienen parte en ello. Para serle sincero, el descubrimiento de un nuevo tipo de combustible más económico sería una ruina para la economía universal y todos los gobiernos lo saben. La amenaza para nosotros, lo es también para ellos. ¿Por qué piensa si no, que la agencia gubernamental que representa el capitán Garwood, y casi todas las demás agencias gubernamentales del mundo, están tan interesadas en Sistemas Industriales Internacionales? No solamente por la captación subversiva de información. No; el petróleo es su mayor preocupación.

—Yo hubiera pensado, señor Smith, que una nueva forma de lograr energía sería bienvenida; según tengo entendido, las reservas petroleras se están extinguiendo.

—Esas son pavadas. Todos los años se encuentran nuevos yacimientos. El mar del Norte; Alaska. Y muchos otros lugares que todavía no han sido descubiertos. Hay suficientes reservas petroleras en el mundo como para durar por lo menos quinientos años más. Si fuera usted un jefe de Estado, ¿toleraría la introducción de una nueva

fuelle de energía, que crearía inmediatamente una serie de problemas industriales, políticos y sociales? ¿Sobre todo, considerando que el problema podría ser diferido durante cientos de años? ¿Y que, respondiendo a un plan cuidadosamente controlado el cambio se pudiera efectuar paulatinamente y sin trastornos? No, señor Rolt. Los jefes de Estado no quieren planear nada tan avanzado. Tienen problemas inmediatos y de complicada resolución.

—¿Y es eso lo que ha hecho S.I.I.L.? ¿Han encontrado una nueva fuente de energía?

—Es lo que están por conseguir. Siento mucho si no le parece a usted que nada de esto tenga que ver con su problema, señor Rolt. Pero, créame. Ha tenido relación. Está usted tan mezclado en el problema como yo o los intereses que represento. —Sonrió—. Le ruego que sea paciente conmigo. Pronto llegaremos a los hechos. Pero, espero que comprenda mi ponencia con respecto al problema petrolero.

—Sí; ¿pero estará tan próxima la amenaza?

—Está lo suficientemente cerca como para que querramos actuar de inmediato. Durante muchos, muchos años, S.I.I.L. ha estado financiando diversos grupos pequeños, algunas veces individuos aislados y en algunos casos chiflados sin remedio, que están dedicados a lograr una nueva fuente de energía. Déjeme decirle, para ser justo, que existe bastante lógica que respalda sus investigaciones. Los motores de combustión interna y los vehículos a retropropulsión son poco prácticos, producen muchos desperdicios y contaminan el ambiente. Cualquier petrolero que se precie no podrá menos que admitir esto. Y cualquier petrolero o jefe de Estado responsable dirá también que, disponer en este momento una renovación en la fuente tradicional de energía, sería suicida. Puede ser que, dentro de mil años, los hombres puedan ser más cuerdos y menos interesados. En el presente el mundo es tal como es y debemos vivir en él. Cualquier alteración así provocaría un caos.

—Pero, ¿cuál sería esa fuente?

—Se está investigando en diversos campos. Como usted no es un técnico, me referiré a ellos brevemente. Es la antimateria. Antielectrones, antiprotones y antineutrones han sido descubiertos y actualmente se está en condiciones de producirlos en el laboratorio. Es un hecho sabido. Cuando se unen partículas y antipartículas, generan miles de millones de veces más energía que el combustible más avanzado utilizado para los cohetes espaciales. Afortunadamente, por el momento, ningún laboratorio industrial ordinario ni ningún Estado tratará de lograrlo, es decir producir y “domesticar” esta energía en una escala comercial. Hasta nuestros amigos, los rusos, se han detenido ante el problema.

—Una amenaza común, señor Smith, es capaz de producir las alianzas más extraordinarias.

—Tiene usted toda la razón del mundo, señor Rolt. Pero el S.I.I.L. no tiene intenciones de entrar en componendas con nadie. Son grandes, audaces y cuentan con una cantidad ilimitada de capital. Además del tema de la antimateria, tienen

investigadores dedicados a estudiar temas como la antigravitación. La gravedad es una fuerza relativamente débil. Si se logra vencerla, se estará en libertad de moverse hacia arriba y adelante. La atmósfera y el universo que nos rodea está saturado de energía, literalmente. Cada segundo de cada día, la tierra es bombardeada por electrones positivos y produce negativos. Hay energía en el aire que respiramos, esperando solamente que la utilicemos. El espacio en general y la materia constituyen una inmensa reserva de energía que espera ser utilizada. Esto no es un sueño de ciencia ficción. Es un hecho. —Me hizo una mueca—. Si yo no fuera un petrolero y no temiera el caos que podría desatarse ante una circunstancia así, no estaría hablando con usted ahora. Hablaría con Alexina Vallis y querría tener una participación en S.I.I.L., sin importarme el costo. El petróleo es algo primitivo, pero es lo único que tenemos. El S.I.I.L. no acepta eso. Trabajan en secreto, encubren sus proyectos y tienen a nuestra industria y a todos los gobiernos de las más grandes potencias, seriamente preocupados.

—El capitán Garwood nunca me habló de esto, señor Smith —repliqué.

—Por supuesto que no lo habrá hecho. Él se limita a decirle lo que le ordenamos que diga: mucho misterio acerca de actividades clandestinas y espionaje. ¡Disparates!, señor Rolt. El S.I.I.L. posee un servicio de inteligencia como cualquier otra empresa industrial. Ni más ni menos. Por supuesto que siempre transgreden algunas leyes; pero ¿qué compañía no lo hace? Debo señalar que poseen algunas características singulares, a las que me referiré luego, que las hacen totalmente diferentes de otros imperios industriales. No, señor Rolt; el capitán Garwood es un buen tipo, pero las cosas que le pueda decir, se las dicta gente muy confundida y preocupada que lo respalda. ¿Por qué piensa que estaba tan interesado en su visita a la Abadía de Caradon, especialmente?

—No lo sé...

—Se lo diré, señor Rolt. La abadía es en este momento el cuartel central del S.I.I.L.; allí tienen sus archivos, laboratorios de investigaciones y datos recogidos por sus computadoras secretas acerca de las diversas nuevas fuentes productoras de energía. Esa sala de computación que usted visitó, señor Rolt, es una cueva de tesoros inmensamente más rica de lo que cualquier emperador inca o español podría haber soñado jamás. Es una cueva de Aladino a la enésima potencia y, a pesar de que la vigilan estrechamente, saben que hay fuerzas que los amenazan. Por eso están planeando mudarse. Y en realidad, no los culpo en lo más mínimo.

Se echó hacia atrás, aspiró profundamente y estiró su estilizada figura. —¿No le parece que un whisky le vendría bien en este momento? —preguntó con amabilidad.

Asentí. Repentinamente me di cuenta de que había estado sentado allí, totalmente olvidado de las urgentes razones personales que me habían llevado hacia ahí. Me había introducido en su mundo y me había envuelto en su forma de pensar y su propio sentido de la lealtad y sus desconfianzas. Personalmente, hubiera deseado que nunca se hubieran inventado los motores de combustión interna. A mi manera de ver,

el progreso había errado el camino desde hacía mucho tiempo. El destino del hombre debería haber sido Arcadia. Actualmente, todos los indicadores señalaban hacia el caos.

El señor Smith dejó caer tres cubos de hielo en un vaso con whisky y me lo alcanzó. Se preparó otro igual para él levantó su vaso hacia mí y luego bebió. Mientras lo hacía, noté que sus ojos se cerraban y sobre su rostro aparecía la misma máscara de agotamiento que había visto en Garwood.

Yo también bebí y luego dije:

—Parece que el capitán Garwood no ha sido del todo sincero conmigo.

—No podía hacerlo de otro modo, señor Rolt. Soy yo quien está siendo indiscreto; pero únicamente porque necesito su ayuda y estoy dispuesto a pagar por ella.

—¿Cómo sabe que estuve en Caradon?

—No hay ningún misterio. Este asunto del S.I.I.L. ha derivado naturalmente a muchas opiniones divididas en las agencias de seguridad del Estado. Hay un demente decidido a proseguir las investigaciones acerca de una nueva fuente productora de energía y enfrentar al caos que se produciría indefectiblemente. Afortunadamente, el consejo de seguridad de Garwood tiene mayoría y opina como yo. Cada tanto, recibo informes. —Volvió a hacer una especie de sonrisa. Las arrugas que surcaban su curtido rostro se marcaron aún más—. Parece asombrado. No debe estarlo. Suceden cosas así en todo el mundo y Garwood lo sabe. Sé que estuvo usted en la Abadía de Caradon; también sé que puede ir allá a pasar un fin de semana cuando lo desee. Y eso es lo que quisiera que hiciera para mí, en un futuro cercano.

—¿Solamente pasar allí un fin de semana?

—Tal vez algo más. Pero antes de que le describa ese “algo más”, quisiera presentarle mis excusas a causa de algunos miembros de mi organización que no son precisamente brillantes. No quisiera perjudicar nuestra presente relación, que según espero y deseo, es positiva.

—Prosiga.

—Estos poco brillantes colaboradores míos ordenaron en una oportunidad atentar contra su vida y la de su mujer, en Amalfi. Siempre hay algún tonto que piensa que hay algún atajo.

Permanecí tranquilo; tal vez, ya lo sabía desde el momento mismo en que penetré en la habitación, pero no lo había sacado de la penumbra de mi mente:

—¿El asesinato puede ser una de las armas de que se sirve? —pregunté—. ¿Cuenta con su aprobación?

—Solamente como un último recurso. Más aún, para aclarar las cosas entre nosotros; dos de nuestros hombres penetraron en su casa hace poco. Por esto no le pido disculpas. Era un movimiento necesario para el bien de su esposa. Le explicaré luego. —Hizo una pausa, mientras se tiraba los largos pelos de una de las cejas y

agregó—: Hasta ahora, está usted tomando las cosas con mucha calma, señor Rolt. Me habían dicho que solía ser de reacciones violentas.

—Suelo serlo a veces —dije—. Pero en este momento no estoy preparado para gastar mi energía en enfadarme. Necesito su ayuda y usted me necesita. ¿Qué es lo que quiere?

—Sencillamente, que pase, en un futuro cercano, un fin de semana en la Abadía de Caradon.

Sacudí los cubos de hielo en mi vaso y observé cómo se derretían. Sentía respeto, algo así como admiración por este hombre, pero no era tan tonto como para imaginarme que estaba allí sentado como un filantrópico patriarca. Era un petrolero, viejo y lleno de triquiñuelas y su verdadera preocupación debería ser el vasto complejo del imperio mundial de petróleo. También presentía que, en el instante en que entrara en detalles acerca de lo que pretendía de mi fin de semana, el resto de la entrevista perdería importancia. Evidentemente tenía tiempo y yo quería hacerle varias preguntas.

—Antes de entrar en detalles acerca de este hipotético fin de semana, quisiera hacerle varias preguntas —dije.

—Adelante.

—¿Conoce usted la verdadera identidad de Albert Chin?

—No; creo que no existe.

—¿Y cuál es la máxima autoridad del S.I.I.L.? Seguramente sabrá por Garwood y sus asociados que Alexina Vallis y Lin Khan están lejos de serlo. ¿Quién es el que comanda la maldita organización?

—Podría citarle algunos nombres que estarían por encima de los que usted mencionó, pero, sinceramente no sé quién es la máxima autoridad. El S.I.I.L. cobró su actual importancia a partir del fin de la segunda guerra mundial. Antes de entonces, operaba bajo otra designación y fue fundada a comienzos del siglo XIX como una compañía comercial común. Me encantaría poder contestar su pregunta acerca de la identidad de la autoridad suprema. Muchas personas de diferentes nacionalidades desearían conocerla. Podría realizar una serie de especulaciones, pero no tengo mucho tiempo para ese tipo de cosas. Si me brinda algunos hechos como base, trataré de encontrarle las respuestas. No existe ningún hecho acerca de la identidad del verdadero líder; sólo suposiciones y una serie de teorías fantásticas.

—¿Sabe el capitán Garwood que usted me mandó a llamar?

—Puede ser; hace mucho tiempo aprendí a no desestimar la capacidad de hombres como el capitán. —Terminó su whisky y luego, dándose vuelta, volcó el resto del hielo en la fuente que estaba a sus espaldas—. Hay un par de pececitos allí y parece que no les importa que les eche un poco de whisky de vez en cuando. Bien; ¿tiene usted alguna otra pregunta que hacerme o ha llegado el momento de entrar en el tema principal?

—Quiero que me diga qué es lo que quiere de mí.

—Primero quiero advertirle que estamos dispuestos a pagar lo que sea necesario. Usted nos ayudará y en retribución, yo le explicaré todo lo que le sucedió a su esposa y le brindaré una seguridad total en cuanto a su futuro.

—Soy todo oídos.

—Quiero que planee pasar un fin de semana en la Abadía de Caradon en un futuro inmediato. Sin su esposa; usted solo. Quiero que vaya allá un sábado y cuando estacione su coche en el garaje subterráneo, lo coloque tan cerca como pueda de la esquina derecha. Diez o veinte metros no harán mayor diferencia. —Me miró con una sonrisa velada—: ¿Es usted eficiente como topógrafo?

—No he visto el garaje subterráneo pero probablemente la ubicación que usted describe, querrá decir que el auto estará estacionado debajo de la sala de computación. Y esta sala debe estar debajo del nivel general del edificio.

—Exactamente. Queremos que estacione su coche ahí y luego se dedique a disfrutar de su fin de semana de manera normal. Los departamentos de huéspedes están en otra sala de la casa. Antes de que realice esta visita, necesitaremos un par de días para preparar el auto. Exteriormente parecerá el mismo. En realidad, habrá sido transformado en una bomba móvil de alto poder explosivo... un arma explosiva e incendiaria. Estará preparado para estallar a las dos y media de la mañana. El objetivo principal y el más importante, será hacer volar la sala de computación; el segundo, será incendiar la abadía y esperamos lograr el máximo de destrucción en las oficinas de archivos y administración que están en esa misma ala. —Hizo una pausa, aclaró su garganta y prosiguió—: Si podemos coordinar las fechas, realizaremos operaciones similares en otros dos centros subsidiarios del S.I.I.L. Uno en América y otro en Italia. Todo esto, seguramente no anulará al S.I.I.L. para siempre, pero los daños, la destrucción y la consecuente confusión retrasará sus operaciones por unos cuantos años. Nosotros aprovechamos ese intervalo, aunque eso no será de su incumbencia. Nuestro presente objetivo es dar un duro golpe a nuestro enemigo y dejarlo maltrecho. Ninguna persona en su sano juicio puede avalar la violencia, señor Rolt. Pero algunas veces no hay otra alternativa al darse cuenta de que vivimos en una jungla, como en este caso.

Volvió a tomar la botella de whisky y llenó nuevamente nuestros vasos. Por un momento, solamente se oía el tintinear de los cubos de hielo contra el cristal. Era un hombre maduro, elegante y mesurado. No me cabía la menor duda de que tendría una fortuna tan grande como podría llegar a aspirar cualquiera. Estaba al final de su vida pero no parecía querer retirarse y vivir en paz; no tenía urgencia por liberarse de la tensión de sus actividades. Pertenecía a un mundo diferente al mío; o mejor aún, del que antes había sido el mío. Sorbí mi bebida. Antes de venir hacia aquí, yo sospechaba que me harían alguna proposición de este tipo.

—¿Sabe usted si hay personal nocturno en la sala de computación? —pregunté.

—No; pero es muy poco probable.

—Supongo que no debe ser así.

—En ese caso, quienquiera que esté allí, morirá a causa de la explosión. Su auto no será una bomba de juguete.

—¿Sabe usted qué cantidad de personal hay por lo general durante los fines de semana en la abadía?

—El director, Lin Khan y su secretario. Algunos integrantes del personal de servicio, la mayoría de ellos estarán descansando en el sector reservado para ellos que está totalmente alejado del edificio principal. Podrá haber otros huéspedes pero estarán en el ala reservada para ellos, junto con usted. Cada sector está perfectamente equipado contra incendios. En la puerta del ala principal hay un sereno. El personal de las computadoras y las distintas oficinas viven en los alrededores. —Tomó un trago de whisky mientras fijaba en mí sus ojos verdes-grisáceos—. Como máximo, podrían morir dos o tres personas.

—A causa de mi auto, por supuesto.

—Será totalmente destruido, juntamente con otros varios; será imposible intentar siquiera una investigación para determinar la causa de la explosión.

—No creo que haga falta ninguna prueba técnica. El S.I.I.L. sabrá sin duda que soy el responsable.

—¿Y eso que importa, señor Rolt? Sabrán que nosotros lo respaldamos. Si recurren a la policía o pretenden iniciar una investigación oficial, no obtendrán ningún resultado; y ellos lo saben bien.

—¿Garwood está informado acerca de esto?

—No; pero cierto sector de la agencia sí lo está. El gobierno mismo, aunque de ningún modo puede propiciar una acción así, respirará aliviado y prestará su colaboración para evitar cualquier investigación demasiado a fondo. Soy totalmente sincero. Lo han hecho otras veces.

—Si con esta acción, retrasan sus investigaciones por el término de diez años, y todo por mi culpa, tal vez quieran vengarse con más razón y sea Sarah la perjudicada.

Sonrió. —Parece una buena objeción. Pero la contestación es no: no la tocarán por una razón muy simple. *Por primera vez*, sabrán quién lo respalda a usted: nosotros. Y por lo tanto una gran suma de fuerzas de gobiernos de varios países. No crea que no tenemos canales de comunicación con ellos. Conozco muy bien a Alexina Vallis. También conozco a Lin Khan y otros; ellos saben a quién represento. Se correría la voz y sabrían que si tocan a su esposa, moriría alguno de ellos.

—¿Es tan simple?

—Todos queremos vivir, señor Rolt. Alexina Vallis también; Lin Khan y los otros. Emprenderíamos acciones violentas. Es toda la seguridad que puede pretender; seguridad completa para usted y su esposa. Por lo tanto: ¿cuál es su respuesta? ¿Irá a la Abadía de Caradon?

Me puse de pie, con el vaso en la mano y me alejé de él. Me detuve junto a la fuente y observé a dos pececitos dorados que surcaban el agua como desvaídos submarinos. Afuera, el sol hacía brillar el cuidado césped con reflejos plateados. Un

tordo con las patas separadas y la cabecita inclinada hacia la tierra, parecía escuchar los movimientos de una lombriz. La estación se presentaba exuberante: el sol de julio volcaba su poder vital sobre las plantas, las aves, los animales y el hombre por igual. Y yo estaba en un invernadero que ahora sabía que encerraba la semilla de la muerte y la corrupción. Tal vez hubiera una o dos personas de guardia en la sala de computación. Ellas morirían. Volarían en pedazos en menos tiempo que lo que se tarda en decirlo. Probablemente el sector reservado a los huéspedes tuviera salidas para incendios... pero la gente se aterroriza; el fuego alimenta cientos de miedos diferentes y alguna mujer atontada o un hombre que durmiera pesadamente después de haber tomado alguna copa de más, moriría consumido y momificado por las llamas. ¿Importaba eso para que yo lograra retener a Sarah junto a mí? ¿Que nuestra felicidad no se viera interrumpida? Si alguien muriera, la culpa sería directamente mía; de allí pasaría a Alexina y todos los que tenían que ver con ella. Me habría entreverado en esto con la misma inocencia de un hombre que, al doblar una esquina, se encuentra con una riña y respondiendo puramente a su instinto, levanta un palo y mata a otra persona sólo para protegerse...

Le di la espalda al señor Smith. Estaba sentado con los codos sobre la mesa, los hombros encorvados y las finas manos rodeando el helado vaso de whisky. Pensé en todos los Rolt; en todos aquellos años en que habían asesinado y saqueado para proteger a los suyos; y no podía menos que reconocerlo, también habían tomado lo que no les pertenecía en más de una ocasión. Yo llevaba su misma sangre; pero tenía más aún: tenía una perspectiva que los tiempos violentos en que ellos habían vivido no les había permitido tener. No; no lo haría. Haría lo que estuviera a mi alcance pero a mi manera. No como él pretendía; no según las pretensiones del mundo en que vivía; o el mundo de estadistas codiciosos e industriales ávidos de poder en que se movía Garwood. Mi amor por Sarah —y no había en mi vida ninguna fuerza mayor— no podía hacerme aceptar el asesinato como un medio de mantenerlo.

Estaba de pie frente a él; levantó su mirada lentamente hacia mí, frotándose la pronunciada barbilla y dijo:

—¿Y bien, señor Rolt?...

Sacudí la cabeza, negativamente. —No lo haré mientras exista una posibilidad, aunque sea remota, de que alguien resulte muerto.

Asintió y aspiró profundamente. Luego replicó:

—No esperaba otra cosa. Si usted hubiera aceptado, yo habría cometido un error de apreciación bastante poco frecuente en mí.

—Creo que será mejor que regrese y trate de hallar una forma de solucionar el problema de acuerdo con mis principios. Le agradezco su proposición.

—Si lo hace, señor Rolt, nunca verá a su hijo. Nunca podrá llevar su heredero a Rolthead... —musitó.

CAPÍTULO DIEZ

Por un momento quedé paralizado, pensando si había entendido bien o si mis oídos me habían engañado.

—No tengo ningún hijo —dije luego—. Mi esposa y yo no hemos tenido esa dicha. Más aún, está entre nuestros planes adoptar una criatura.

Sacudió la cabeza y añadió:

—Está equivocado, señor Rolt. Usted tiene un hijo. Tiene poco más de dos años. Le ruego que vuelva a sentarse.

—¡Por Dios!... Espero que esto no sea una broma...

—Le ruego que se siente, señor Rolt.

Así lo hice. Acercó el portafolios y lo abrió; me alcanzó una fotografía en colores. Era un niño pequeño. Estaba sentado en la parte superior de una escalinata que conducía a una terraza. En el fondo se veía parte de la fachada de una casa con arcadas de las que colgaban racimos de bougainvilleas. La reconocí inmediatamente. El niño tenía el cabello rubio; su carita era agradable y de linda forma pero no muy clara por las sombras. Estaba sentado como pensando; los codos apoyados en las rodillas, el mentón sobre los nudillos de sus manos regordetas. Tenía puesta una camisa azul y pantalones blancos; las piernas desnudas estaban doradas por el sol.

—Este es su hijo —dijo.

Volvió a tomar la fotografía. Uno de los peces saltó en la fuente repentinamente. Por sobre el hombro alcancé a ver el espejo de agua alterado por el movimiento y luego retomar su plácido aspecto habitual. Dentro de mí había nacido una duda y yo trataba firmemente de controlarla.

—El niño parece tener el cabello de mi esposa; algo de mí en su contextura física y hasta podría llegar a convencerme de que su carita se parece a mi rostro. Reconozco la escalinata y la casa que está atrás. También sé que usted quiere algo de mí. Debo decirle que, si esto no es más que una estratagema, es una sumamente peligrosa.

—No hay ningún engaño en esto, señor Rolt. —Tomó un papel del portafolios y me lo alcanzó—. La ética es respetada en nuestra lucha contra el S.I.I.L., señor Rolt. Su esposa tiene un médico en Londres. Por extraña coincidencia, se trata de un ginecólogo. Ese papel que acabo de pasarle es un informe confidencial, obtenido como una concesión especial.

Su esposa no lo vio jamás. Está fechado poco después de volver su esposa a vivir a Rolthead. El profesional afirma que, a través de un examen de rutina, se observa que su esposa ha tenido una criatura en un término no mayor de dos años antes de dicho examen.

Leí el informe, comprendiéndolo sólo a medias. Hablaba de alteraciones vaginales y pélvicas y recuperación casi imperceptible de la tonicidad muscular y de la piel; concluía así: *La señora de Rolt goza de un excelente estado de salud y los escasos signos de su reciente alumbramiento pasarían inadvertidos, no sólo para un lego, sino para un clínico general que no estuviera investigando a fondo dicha posibilidad.* De pronto, esta frase y el hecho de que se refiriera a mi Sarah, hizo que perdiera el control.

—¿Qué clase de médico es este? ¡El maldito debería ser echado de la profesión!

...

Se encogió de hombros. —Cuando queremos algo, siempre existe un modo de conseguirlo. Usted quiere conseguir a su esposa y nosotros queremos el S.I.I.L. Hay un precio para todo. Pero es el individuo el que tiene la opción de decidir si está dispuesto a pagarlo. Yo me limito a narrarle una situación que hemos investigado detalladamente.

—¿Cómo diablos puede ser que mi esposa haya tenido un hijo y jamás me lo haya dicho? ¡No es posible!...

El señor Smith se echó hacia atrás en su silla, tamborileando con los dedos sobre la superficie de cristal; sus ojos estaban fijos en mí. Repentinamente y con un tono áspero en la voz, agregó:

—Señor Rolt; pienso que ha llegado el momento de aclarar totalmente las cosas...

—¡Por Dios!... Es lo que más deseo yo también.

Asintió y dijo:

—Perfectamente. Comencemos por el principio. ¿Por qué piensa que Alexina Vallis se oponía a su casamiento? ¿Por razones personales? ¿Porque no le gustaba su cara?

—No lo sé... Sólo Dios sabrá...

—Creo que Él lo debe saber. Y yo también lo sé. Por cuestiones dinásticas, señor Rolt. La gran dinastía del S.I.I.L. que ha estado en manos de unas pocas familias desde sus comienzos. La empresa, desde el principio, fue su dios, y la lealtad que a ella debían, era más fuerte que cualquier otro sentimiento. Y puedo asegurarle que se fijaban cuidadosamente en que, cada nuevo miembro que ingresara en la familia por medio del matrimonio, perteneciera al tipo por ellos buscado. Deberían ser leales, por sobre todo, a la empresa y a la familia. No era su cara lo que no les gustaba, señor Rolt. Era que usted ya tenía una lealtad firme e inamovible para con Rolthead.

—Pero eso es ridículo ya que...

—¿Le parece ridículo? —me interrumpió—. ¿Cómo hubiera reaccionado su padre si usted se hubiera negado a renunciar al Servicio Exterior para hacerse cargo de Rolthead cuando él lo necesitó?

—Hubiera armado un escándalo considerable.

—Exactamente. Y lo mismo sucedió cuando su esposa —que sabía perfectamente lo que se esperaba de ella y ya estaba comprometida con un hombre “adecuado” a los fines de la empresa— echó todo por la borda para casarse con usted. Alexina Vallis, aunque pretendiera demostrar lo contrario, nunca se lo perdonó y siempre esperó una oportunidad para volver a recuperar a Sarah. Y su oportunidad llegó. Su esposa acababa de volver a Rolthead luego de una visita a Alexina en Italia cuando desapareció, ¿no es así?

—Sí; así es. Fue una visita de unos pocos días. Tenía un problema urgente que resolver con su madre.

—¿Tiene usted alguna idea acerca de qué se trataba?

—No.

Jugueteó con el vaso de whisky delante de sus ojos.

—Tiene usted una buena esposa, señor Rolt. Enfrentó a toda la organización porque lo amaba y estaba sinceramente convencida de que su madre la había perdonado. Si había algo que ambos querían, era un hijo. Su esposa sospechó que estaba embarazada pero no quería que usted se hiciera demasiadas ilusiones hasta estar totalmente segura. Así que fue a lo de Alexina y le contó sus sospechas. Ella hizo los arreglos para hacerle un análisis de comprobación. El resultado fue positivo; nosotros lo sabemos, porque tenemos una copia. Pero Alexina le dijo a su esposa que había sido negativo; ésta es una simple deducción porque, de no haber sido así, su esposa hubiera vuelto y le hubiera dado la buena noticia.

—¡Esa mujer es un maldito monstruo!...

—Pero también es inteligente y empeñosa. Totalmente dedicada a este grupo familiar que es el S.I.I.L. Debe comprender, señor Rolt, que, para ellos, la institución no es simplemente un negocio: es una religión, un culto, todo su mundo; y no están dispuestos a perder nada de todo esto fácilmente. Sólo han tenido contadas deserciones en casi doscientos años de vida. Alexina estaba decidida a que usted nunca tuviera la oportunidad de llevar un heredero a Rolthead; al mismo tiempo vio su oportunidad para alejar a Sarah de su lado, sin importarles los cambios que tuviera que hacer en su vida futura. A los pocos días de regresar de Italia, Sarah fue secuestrada y llevada a Italia. No fue difícil con los medios con que cuenta el S.I.I.L.

Levantó la botella de whisky y me la mostró, como interrogándome. Negué con la cabeza. Se sirvió y continuó, cansado:

—Me imagino que algunas de estas cosas le resultarán difíciles de creer, ¿casi imposible?

—Estoy escuchando —dije con frialdad.

—La naturaleza humana es una caja de sorpresas, a pesar de que uno cree que existen ya pocas maldades que la humanidad sea capaz de hacer como para asombrar a nadie; pero desgraciadamente, no es así.

—Le ruego que continúe contándome lo que sucedió. No tengo ánimo para escuchar más que la verdad.

—Alexina y sus asociados se llevaron a su esposa. La querían a ella y querían al niño. Pero conocían el carácter fuerte de Sarah y el amor que sentía por usted. Por lo tanto, tomaron dos decisiones: la primera, que nunca sabría que había tenido un hijo y segundo, que debería adquirir una nueva personalidad y una nueva vida que ellos se ocuparían de que estuvieran dedicadas exclusivamente a sus fines.

—¿Cómo diablos lograron una cosa así?

Lanzó un profundo suspiro. —Podría referirle ciertas técnicas desarrolladas por el S.I.I.L. que le harían poner los pelos de punta. Señor Rolt, el cerebro humano es una de las últimas fortalezas que se yerguen frente a la ciencia moderna. En algún lugar remoto del cerebro, existe la computadora más pequeña y eficiente del mundo; en esa computadora, el hombre tiene su “banco de memoria”. Esto es todavía un enigma. Pero menos para el S.I.I.L. que para otros. Ellos están muchos años más adelantados en sus estudios, efectuados en laboratorios subvencionados con fondos incalculables. En ellos, individuos o equipos efectúan investigaciones y hasta ahora han dado a conocer sólo una mínima proporción de lo que han logrado. No puedo decir que no piensen dar a conocer la información más adelante, pero por el momento, no está dentro de sus planes hacerlo. No obstante, ni siquiera ellos pueden mantener todos sus secretos. Sabemos que han obtenido una droga que inhibe la memoria; una droga que hace que el “banco de memoria” quede anulado. Borra todos los recuerdos del pasado y transforma a un ser humano en una planta. Se pierde el poder de la memoria. No pueden recordar lo que pasa de una hora a otra. El cuerpo sigue funcionando normalmente pero se vive exclusivamente en el presente; sin pasado; sin futuro: lo único que existe es el momento actual.

—¡Eso es imposible!...

—No lo crea, señor Rolt. Es sólo una lógica extensión farmacéutica de los anestésicos; de la inhibición que produce el alcohol, de las píldoras para dormir y docenas de otras drogas que se emplean en nuestros días para los tratamientos de colapsos nerviosos. El S.I.I.L. posee esta droga; nosotros hemos obtenido muestras de ella por nuestros propios medios. También hemos experimentado. Trataron a su esposa por medio de esta droga. ¡Se transformó en una planta; tuvo su hijo que fue separado de su lado al poco tiempo de nacer; y no recordaba absolutamente nada!...

Hizo una pausa y me estudió. Tal vez esperara otro exabrupto. Pero yo estaba por encima de eso. Sólo podía pensar en Sarah, en todos aquellos años...

—Prosiga —le dije, y mi voz me sonó extraña—. ¿Qué sucedió después?

—Fueron suspendiéndole el tratamiento con la droga. El cerebro recuperó su capacidad de recordar y su esposa se encontró en la Villa San Sebastián. Ya no era más una planta. A partir de entonces, pudo recordar cada hora, cada día que pasaba. Pero no tenía memoria del pasado. Podrían habérsela devuelto; tienen un antídoto para la droga que lentamente pero de manera segura vuelve a poner en funcionamiento el “banco de memoria”. Pero esto no le convenía a Alexina Vallis. Transformó a su propia hija en la señora Starr. —Sacó un cigarro de su bolsillo y

comenzó a prepararlo cuidadosamente—. No fue muy complicado porque había habido una señora Starr que había sido parte de la familia del S.I.I.L. y había fallecido. Su esposa, simplemente ocupó su lugar...

—¡Pero Garwood me dijo que toda esa historia de la señora Starr era falsa!...

—Señor Rolt: hay una sola persona que es completamente sincera con usted. Ese soy yo. Garwood y los otros estaban fuera de su órbita habitual y los hombres confundidos, tratan de apoderarse de la verdad. No se apartarán de ella hasta que estén totalmente seguros de que es en su propio beneficio. Simplemente lo introdujeron a usted en este cuento acerca de la señora Starr y se sentaron a esperar el resultado y el provecho que podían sacar de la situación. Lo que sucedió fue que, su esposa, creyéndose la señora Starr —aunque comenzó a dudar luego de la visita suya — fue a ver a Alexina que le contó toda la verdad. Acerca del bebé, de usted... todo. Puso a Sarah ante una alternativa tremenda: podría recobrar su memoria totalmente y, permanecer con el S.I.I.L. como la señora Starr. Iría a América y trabajaría para ellos y podría llevar al niño; o si no, olvidarse de él por completo y volver junto a usted, llevando el antídoto que con el tiempo le devolvería enteramente la memoria. Tiene usted una excelente esposa, señor Rolt: ella lo prefirió a usted. —Aspiró profundamente el cigarro y de sus labios surgió una nube de humo azulado—. Pero yo creo que, por su propio bien y para tranquilidad de su espíritu, al recobrar la memoria, decidió hacer de cuenta que tenía una laguna en blanco que duraba un lapso de diez meses. Se había hecho el propósito de no decirle nada. Fingiría que existía un *período vacío* para no tener que mentirle al respecto. Señor Rolt, si hay alguien que ha debido pasar las penas del purgatorio, con seguridad es su esposa. Todavía no está totalmente en claro pero usted podrá ayudarla y llevar a su hijo a Rolthead con ustedes. Pero hasta entonces, la decisión está entre nosotros. Usted deberá mantener el secreto hasta que vuelva su hijo; y ya conoce el precio para que eso suceda...

Me puse de pie; le di la espalda y fui hacia la ventana. Recordé claramente aquella soleada mañana en Italia cuando vi a Sarah que iba hacia la granja en la montaña. Volví a ver a la campesina asomada a la puerta y ahora me daba cuenta de que, detrás de ella, en la casa, había estado Sarah. El sólo pensar en las angustias que habría pasado, las tensiones, la cruel obligación de decidir entre dos cosas que le eran tan caras, hizo que sintiera cruzar por mi mente una llamarada de odio que se transformó casi en un dolor físico. Rogué que un día cercano, tuviera la oportunidad de enfrentarme con Alexina.

Desde mis espaldas, el señor Smith prosiguió en un tono suave:

—Debe perdonarme por todo esto; pero mi intención era ayudarlo; mis hombres han estado en su casa y en la villa de Alexina y han vigilado la correspondencia cada tanto. Nunca se ha mencionado al niño. Su esposa ha mantenido su trato; el niño está totalmente fuera de su vida porque ella prefirió que estuviera usted.

—¿Es ésta la verdad? ¿Toda la horrible y maldita verdad? ¿Podría jurarme que es así?... —dije dándome vuelta y completamente fuera de mí.

Asintió con la cabeza. —Es la verdad, señor Rolt. Alexina Vallis se llevó a su esposa y luego volvió a perderla nuevamente por culpa suya; pero regresó sin su hijo. Por lo menos el niño, tendría que hacer lo que ella quisiera; lo que decidieran los jerarcas del S.I.I.L. Pero las cosas han cambiado, señor Rolt. Hace una semana, sin que ella supiera, le quitamos al niño. En este momento lo tenemos sano y salvo y a buen recaudo. No veo ningún motivo por el que, en un plazo más o menos corto, no pueda estar en Rolthead junto a ustedes. Pero, por supuesto; tenemos nuestro precio...

Un precio que pagar... Y no me cabían dudas de que tendría que pagarlo. Querría hacerlo porque, además de que mi amor por Sarah no había bastado para decidirme a tronchar varias vidas en la explosión de la sala de computación, había descubierto ahora una nueva fuerza, tal vez más poderosa: esta reducía todas las otras consideraciones; la decencia, la humanidad y el respeto por las vidas ajenas a cero. Yo quería a mi hijo. Quería que la dinastía de los Rolt continuara. Quería un heredero de mi propia sangre en Rolthead. Este deseo era más fuerte que cualquier otro que hubiera sentido en la vida. Este hombre lo había creado en mí; había hecho mucho más que eso. En pocos minutos me había transformado en uno de esos hombres que yo despreciaba. En este momento, no me sentía superior al médico que había traicionado el secreto profesional. Ni mejor que John Chambers que por una suma de dinero había tratado de asesinar a Sarah y que hacía de ladrón y fotografiaba papeles privados de otras personas. No era mejor que este hombre que estaba sentado frente a mí que, con toda frialdad era capaz de utilizar la muerte y la destrucción para defender la solidaridad financiera de la industria del petróleo. No era mejor que Alexina Vallis a la que había llamado monstruo. Sin mayor conmoción o lucha de conciencia, había pasado a ser del Robert Rolt que siempre creí haber sido y del que estaba orgulloso; el que condenaba o sentía pena por aquellos cuyos ideales no estaban a la altura de los míos, simplemente un hombre más, tan primitivo y asesino como los primeros Rolt. Me pareció como si siglos de civilización se desprendieran de mí en ese momento, como una capa que cayera de mis hombros, arrancada por un viento repentino. Me quedaba desnudo, conociéndome a mí mismo y odiándome pero decidido a vivir con mi humillación. Mi hijo me pertenecía a mí y a Rolthead y lo llevaría de vuelta. Tendría que pagar un precio y estaba dispuesto a hacerlo.

—Creo conocerlo ya lo suficiente como para saber lo que sucedería si me negara a su pedido —dije—. Jamás vería a mi hijo. Usted se ocuparía de ello a pesar de que podría llegar a matarlo por esa causa. Pero no deberá temer nada de mí. Iré a la Abadía de Caradon y haré lo que me pide.

Asintió brevemente con la cabeza y permaneció un instante así, como si tratara de sobrellevar con este breve acto de penitencia, el disgusto que podría sentir consigo mismo. Luego dijo:

—Lo siento mucho, señor Rolt. Siempre hay un momento en nuestras vidas en que debemos enfrentar el espejo de la realidad y vernos reflejados en él con crudeza.

He aprendido que el recuerdo de ese momento se desvanece con el correr del tiempo. Estamos en esta vida para aprender a vivir con nosotros mismos, tal como somos; y si tenemos tiempo, rogar para que llegue el día en que el hombre pueda dejar de ser lo que es, para ser lo que realmente sabe que es capaz de ser. —Se puso de pie y me entregó la fotografía en colores.

La tomé y la guardé en mi bolsillo.

Vino hasta donde yo estaba y volvió a colocarme la venda negra sobre los ojos. Agregó:

—Alguien se pondrá en contacto con usted a la brevedad.

Oí un timbre que sonaba a la distancia y casi inmediatamente el sonido de una puerta que se abría. Una mano me tomó del brazo y me guiaron fuera de la habitación. Volví a volar hasta el campo junto al refugio de los patos pero esta vez intercambiamos un mínimo de palabras entre el piloto y yo. Había perdido todo su buen humor. Tal vez se daba cuenta que el hombre que llevaba de vuelta no era el mismo que había traído a la mañana.

Mientras yacía despierto en mi cama aquella noche, pensaba en mi padre. Él nunca había pensado que Rolthead podría quedar a su cargo. Pero el destino había hecho que fuera así. Yo siempre había querido y deseado a Rolthead, pero sabía que no podría ser mío. Luego el destino, representado por la muerte de mi hermano, había hecho que quedara a cargo de todo. El destino me lo había proporcionado y con profundo pesar de mi parte, pues yo quería muchísimo a mi hermano. El correr del tiempo había apaciguado y finalmente me había hecho olvidar la pena. Ahora nuevamente me envolvía la pena: me sentía de duelo por mí mismo. Estaba listo para matar para lograr que Rolthead pasara un día a manos de mi hijo. Sentía que me llevaría el resto de mis días acostumbrarme a vivir con esa idea; pero nada haría cambiar mi decisión. También sabía que, hasta el día en que pudiera llevar a nuestro hijo a Rolthead, tendría que mentir continuamente a Sarah e inventar toda clase de evasivas. Una vez que el niño estuviera en casa y con nosotros, podría contarle toda la verdad y conocer los detalles que ella pudiera contarme. En el silencio de la noche y sabiendo que ella dormía inocente y pacíficamente en su habitación, el recuerdo de mi padre era como un fantasma junto a mi lecho. Podía oírlo, citando sus estrofas favoritas de Robert Burns. Los versos parecían surgir de algún recóndito lugar de mi espíritu, sin que yo los hubiera convocado:

*I waive the quantum o' the sin,
The hazard of concealing;
But och! it hardens a! within,
And petrifies the feeling!*

*(Olvido el peso del pecado
El riesgo de ocultar;
Pero, ¡oh! siento que se endurece dentro de mí
y petrifica mis sentimientos).*

Esto podría sucederme a mí; yo lo sabía muy bien. A no ser que todo este asunto se aclarara rápidamente. Nunca sería demasiado pronto para que entre Sarah y yo volviera a reinar la sinceridad y comprensión total. Pero hasta entonces, me sentía un extraño en mi propia casa; no era ni un esposo ni un amante sincero. Y mientras estaba allí, acostado y recordaba el informe del médico, me sentía como si hubiera sido yo mismo el que, después de haber hecho el amor con Sarah, hubiera aprovechado de su sueño para buscar en su cuerpo las señales que hubieran podido quedar luego del secreto advenimiento de nuestro hijo. Me sentía asqueado de mi propio ser. En ese momento conocí el verdadero odio; odié a Alexina por lo que nos había hecho a Sarah y a mí. Si hubiera sabido con certeza que se encontraría en la sala de computación, hubiera ido a la abadía con menos remordimientos.

Al día siguiente recibí dos llamadas telefónicas: la primera era del capitán Garwood. Me indicó que lo entrevistara en Londres al día siguiente. Traté de decirle que no podría ir, pero insistió y no pude menos que decirle que iría. Yo sabía lo que quería. El segundo llamado se produjo después del almuerzo.

—¿El señor Rolt? —preguntó una voz que yo no conocía.

—Sí.

—¿Conoce usted el camino junto a la playa más allá del pueblo de Rolthead?

—Sí; por supuesto.

—Si fuera posible, querría que estuviera usted allí a las cuatro. Junto al bosque donde el camino dobla hacia la playa. Le ruego que lleve su Bentley. No el Rover. ¿Correcto? —Sí.

Estuve allí a las cuatro en el viejo Bentley que había sido de mi padre. La playa estaba a dos millas de Rolthead. El camino corría junto a un bosque de robles y luego se confundía con un sendero angosto que bordeaba un montículo de ripio tan alto que ocultaba totalmente el mar. Junto al bosque, estaba estacionado un Austin pequeño y destartado. Me estacioné detrás de él; salió un hombre del Austin y vino hacia mí. Era un hombre bajo, algo mayor, con el rostro ceniciento, con aspecto poco saludable; sus piernas estaban algo curvadas hacia afuera y en su cara había constantemente una extraña mueca, como si ocultara algún secreto o un desengaño infinito. Tenía puesta una grasienta gorra de tela y unos pantalones marrones de brin, manchados de grasa.

Se dedicó a observar al Bentley cuidadosamente, como si hubiera sido un experto en caballos que estudiara a una pura sangre. Se limitó a asentir con la cabeza y se

aproximó hasta la portezuela de mi lado; se llevó la mano a la gorra, en señal de saludo.

—¿El señor Rolt?

—Sí.

Dio unos pasos hacia atrás y volvió a estudiar el coche. —Lástima tener que destruirlo; pero, no hay otro remedio —dijo—. Le devolverán algo tan bueno como esto. Si insiste, será del mismo modelo y del mismo año.

—Limítese a decirme lo que quiere. Soy un hombre ocupado.

—De acuerdo. Sólo quería echarle una mirada. Es más grande que el Rover. Podremos cargarlo más. Nadie se dará cuenta. ¿Cómo anda el reloj? ¿Es de fiar?

—Sí.

—Lo controlaré. Colocaré una llave debajo del asiento del conductor. Una vez que estacione, todo lo que tendrá que hacer será accionar la llave y el reloj, terminará el trabajo a las dos y media. Lo necesitaremos durante tres días. Podrá decir que lo llevó al taller para una revisión. Cuando estemos de acuerdo con el horario, lo pasaré a buscar por su casa.

—¿Por mi casa?

—¿Por qué no? Cualquier taller lo haría. Bueno. Eso es todo. —Volvió a dar unos pasos hacia atrás y repitió—: Que pena; los autos de ese tiempo eran realmente buenos. Sin embargo... —Volvió a llevarse la mano a la gorra y se metió en su propio auto. Lo miré mientras se alejaba. Pasó a mi lado sin siquiera echarme una mirada y dobló por el costado del bosque.

Permanecí allí, inmóvil. Esto era el comienzo. El primer paso. Probablemente debería haberme sentido disgustado conmigo mismo; pero no era así. Me sentía inquieto e impaciente. Quería que todo esto hubiera terminado. Deseaba fervientemente que llegara el momento en que pudiera volver a recomenzar mi vida de siempre.

Me bajé del auto y trepé por el montículo de ripio. No corría ni una pizca de viento y las aguas del canal estaban tranquilas como las de un lago; sólo una angosta franja de espuma y pequeñas olas formaban un encaje junto al ripio. Solía venir aquí de chico, a pescar camarones y nadar. Era uno de mis lugares favoritos. La había traído a Sarah y a ella también le había encantado. Pasábamos horas contemplando la larga extensión de costa que se apreciaba desde la altura; durante las tormentas, las enormes olas golpeaban contra las piedras y algunas veces pasaban sobre la pila e inundaban la carretera y los terrenos bajos que había más allá. Sarah era una intrépida nadadora y muchas veces se internaba mucho más de lo que a mí me hubiera gustado. Pensé que, con el tiempo, traería aquí a mi hijo; descubriría el mundo encantado de las anémonas de mar, los cangrejos y los camarones. Crecería fuerte y curtido y aprendería a nadar... Sentía que la impaciencia se apoderaba de mí con el dolor que puede producir un nervio enfermo.

Regresé a Rolthead y tomé el té con Sarah, en su habitación. Había estado trabajando en el jardín y llenó una bolsa que había sobre el viejo piano de mi madre con un enorme ramo de rosas carmesí, con el centro de un color amarillo brillante. Uno de los cachorros de la última cría de Franje estaba acostado a sus pies. Conversamos y nos reímos juntos de una historia escandalosa de algo que había sucedido en el pueblo. Su belleza diáfana y su alegría me hicieron desear más intensamente aún que no existieran más secretos entre nosotros. Para evitar que algo en mi manera de actuar me traicionara, trataba de convencerme a mí mismo de que, en realidad, ya había llegado ese momento. Que ya éramos libres de vivir a nuestra manera. Me gustaba soñar... no; estaba seguro de que no había nada de eso. Lo ansiaba con tanta fuerza que la imagen real parecía borronearse en el espejo.

Había otro hombre junto al capitán Garwood... Estaba sentado a un lado del escritorio, en un sillón de cuero muy cómodo que antes no estaba en la habitación. Era un hombre grande, de rostro carnosos y con varias papadas que demostraban que había pasado una buena vida. Los gruesos párpados le cubrían a medias los ojos, como si quisiera ocultar en todo lo posible sus sentimientos. Tenía el pelo blanco algo más largo que lo habitual y peinado de tal manera que lo hacía aparecer más aún como un patriarca sereno y pensativo. No me lo presentaron pero pude ubicarlo en su categoría, pues había conocido muchos como él en reuniones de gabinete y distintas comisiones mientras trabajé en el Servicio Exterior. Siempre había hombres de este tipo detrás de cada gobierno.

El capitán Garwood fue directamente al tema.

—Señor Rolt —dijo—. Cuando estuvo usted aquí la última vez, y me proporcionó detalles acerca de la Abadía de Caradon, dijo que estaría dispuesto a volver allí, con alguna excusa y ver qué otro detalle que nos interesara podría descubrir.

—Así es. Pero sigo pensando que obtendrían mejores resultados si consiguieran una orden de allanamiento.

El hombre que estaba sentado en el sillón soltó un gruñido que podría haber sido una carcajada.

Garwood replicó:

—Ya le expliqué la inutilidad de eso. Vuelvo a hacerle la pregunta de si estaría dispuesto a volver allí, no porque vayamos a pedirle que lo haga; se nos ocurrió que tal vez decida hacerlo sin consultarnos antes. ¿No lo ha pensado?

—Sí, lo he considerado. Una o dos veces. Pero no demasiado seriamente. ¿Qué podría hacer por mis propios medios?

El hombre del sillón acotó:

—Nada, como no sea crear un problema para todos. —Extrajo de su bolsillo una gruesa cigarrera, eligió un cigarro y comenzó a encenderlo. La medida de su

importancia me la daba el hecho de que Garwood permanecía en silencio, consciente de que no había terminado de hablar. Una vez que el cigarro comenzó a echar humo, el hombre prosiguió—: Me han informado de que usted tiene cierta experiencia con el Servicio Exterior. Habrá aprendido por lo menos una lección de él: sus necesidades podrán parecer algo difusas a veces, pero es muy exacto en el empleo del idioma.

—Si usted lo dice, señor...

Garwood terció:

—No pretendo otra cosa que ser sincero con usted, señor Rolt. Usted solo no podrá hacer nada. Pero a través de terceros y con su ayuda, tal vez pudiera. Nosotros no veríamos con buenos ojos una intervención de ese tipo. Sabemos su preocupación por lo que le ha sucedido a su esposa. Debe creerme que es también una de nuestras mayores preocupaciones. Debe tener fe en nosotros y confiar en que enfrentamos el problema a nuestro modo.

—Vaya al grano, Garwood —dijo el hombre del sillón—. Estoy seguro de que el señor Rolt está deseando que termine usted con sus consideraciones varias. Está en juego su esposa... su felicidad... Concrete, señor; concrete...

—Gracias señor —dije yo—. Supongo que el capitán Garwood querrá preguntarme si ya he arreglado con alguna otra persona para regresar a la Abadía de Caradon. ¿No es así, capitán?

—Sí; quiero su palabra, señor Rolt, de que no ha hecho contacto alguno ni lo hará con persona alguna ajena o que pertenezca a ninguna agencia.

—No he hecho ningún arreglo de esa clase. Ni lo haré.

Era una simple mentira, dicha sin ninguna reticencia. Ni Vickers ni este hombre habían tenido ningún escrúpulo en mentirme cuando lo consideraron necesario.

El capitán Garwood me miró en silencio por unos minutos y luego agregó, con voz firme:

—¿Está usted absolutamente seguro?

El hombre del sillón añadió con suavidad:

—Capitán Garwood; su celo profesional lo hace perder el control. El señor Rolt es una persona honorable. Su última pregunta fue totalmente innecesaria. Nunca debiera haberla hecho.

Por un instante, me pareció ver que la máscara de cansancio familiar surcaba el rostro de Garwood. —Le ruego que me disculpe y retiro la pregunta.

—Gracias, capitán Garwood —dije—. Había mentido y había ensuciado mi honor. Pero sentía una sola lealtad y esta imponía en mí su propio código. Podría llegar a hacer que me odiara a mí mismo pero era inflexible; el Robert Rolt que yo conocía, se había cambiado el hábito. Yo sabía que, con el tiempo, me resultaría cada día más cómodo dentro del nuevo mundo cuyo horizonte repentinamente se cerraba sobre mí.

Partes de este nuevo mundo al que debería acostumbrarme me fueron reveladas por el hombre del sillón. Bajamos juntos en el ascensor y sobre la amplia escalinata

que bajaba hasta la calle, me tomó el brazo, manteniéndome a su lado y dijo:

—Conocí muy bien a su padre, muchacho. Un hombre encantador. Creo que sólo unas pocas personas aparte de mí, sabían que también podía ser un hombre violento y flexible. El mundo exige que algunos de nosotros seamos así. La verdad y la mentira se encuentran a ambos extremos del espectro. Entre ambos se encuentran todos los matices y gamas de la fragilidad humana. En lo que a mí respecta, me agrada la idea de que aquel lugar vuele en mil pedazos. No se preocupe: hay muchísimas personas influyentes en el Servicio Exterior que se sentirían muy felices de bailar alrededor de la hoguera; incluyéndome a mí. Afortunadamente, los días en que solía bailar han pasado a la historia. —Viendo el asombro pintado en mi rostro, se rió por lo bajo y prosiguió—: No se preocupe. Garwood solamente cumplía con su deber. Quería que usted le asegurara en forma oficial que no tenía ningún interés en la Abadía de Caradon; y usted lo hizo así.

—Ustedes me asombran —dije, casi sin pensar—. Cualquiera creería que es una especie de juego. —Frunció sus gruesos labios y luego prosiguió, ásperamente—. En algunos momentos, concuerdo con usted en que es una especie de juego: una ficción destinada a cubrir realidades que nadie se anima a enfrentar; ni siquiera a darse por enterado de que existen. Cuando el esposo de Pandora abrió la caja, algunos dicen que la Esperanza fue lo último que voló; otros dicen, que todavía está ahí adentro... Si fuera así, todavía estará por llegar, señor Rolt. El hombre la necesita ahora más que nunca, más que en ningún otro momento de la historia. Porque la esperanza representa acariciar un deseo del bien y creer en poder lograrlo. —Se sonrió repentinamente y prosiguió—: Su amigo, Sir Hugh Gleeson, diría que la Abadía de Caradon es una caja de Pandora: que aún contiene la Esperanza en su interior.

—Lo siento mucho —dije—. Pero todo esto está fuera del alcance de mi entendimiento; completamente por encima de mí.

Me miró fijamente, sin rastros de humor en su carnosa cara, y dijo:

—Allí es exactamente donde está. A miles de años luz por encima de nosotros y más allá; por lo menos, eso es lo que algunos de mis amigos parecen creer.

Se dio vuelta y se marchó sin despedirse...

Volví a Rolthead, pensando si Garwood sabría de qué manera el viejo disentía con él. Supuse que debería saberlo. Garwood no era ningún tonto. Dentro del Servicio, había sectores que apoyaban diferentes enfoques, detrás de un mismo frente diplomático. Había una puja por lograr el poder y el prestigio; maniobraban a la gente y a los prejuicios como si se tratara de simples peones de ajedrez y toda la investigación una simple partida, aislada totalmente de la vida real. Una pequeña variación en la política de la agencia podría haber hecho que Garwood me ordenara ir a la abadía. Podrían haber sacado del tablero la verdad y el honor, mientras todos se ponían de espaldas; luego hubieran reanudado el juego sin que nadie hubiera hecho referencia al

incidente. Yo prefería —aunque no como consuelo por haberme unido a sus planes— la manera directa aunque violenta de encarar las cosas del impecable señor Smith, en su invernadero. Me había unido a él, para recuperar lo que era mío. Me había transformado en un hombre violento... como mi padre, aunque no sabía cuándo o por qué se había producido en él la transformación. Pero de alguna manera, ahora comprendía cómo se sentiría cuando se refería a “la contaminación del mundo en que vivimos”.

Una semana más tarde, se hicieron los arreglos para mi visita a la abadía. Había efectuado unos contactos totalmente genuinos con el agente de Tavistock acerca de ciertas zonas boscosas que queríamos comprar, en la zona de Devon, en el bajo Tamar. Iría hasta allí un sábado temprano, me encontraría con el agente e inspeccionaríamos el terreno; luego pasaría la noche en la abadía y volvería el domingo. Con antelación, elegí un fin de semana en que sabía que Sarah no estaría en casa ya que siempre existía la posibilidad de que quisiera acompañarme. Yo me sentía capaz de enfrentar lo que tuviera que hacer estando solo; pero hubiera sido imposible hacerlo con ella a mi lado. Me costó bastante forzarme para hacer que llamara a Lin Khan por teléfono y le anunciara mi visita de manera casual, sugiriéndole que podría pasar el fin de semana allí.

—Por supuesto —dijo—. Lin estará encantado. Siempre que Harold o tú tengan que ir por allí por cuestiones de negocios, deberían parar allí. Es una lástima que yo no pueda ir también... Pero, realmente no puedo anular mi compromiso.

Yo sabía que no podía hacerlo. Era presidenta —y una de las mayores contribuyentes— de un hogar de beneficencia y escuela para niños incapacitados en Warwickshire. El sábado en cuestión era el día de la reunión anual de los delegados y también un día de fiesta, con una reunión al aire libre y diferentes pruebas y deportes en que participaban los niños y el personal.

De esta manera, se planeó mi visita. Pudo haber sido pura coincidencia o el resultado de su servicio de inteligencia que trabajaba por canales desconocidos para mí, pero al día siguiente recibí un llamado del señor Smith.

—Su fin de semana está arreglado —dijo, sin formular una pregunta pero sin hacer tampoco una declaración.

—Sí.

—¿Conoce usted Flaxman Copse?, ¿verdad?

—Sí.

—Lo esperaré allí, si le resulta conveniente, mañana a las cuatro.

—Allí estaré.

Flaxman Copse era un grupo de hayas en la zona baja, a menos de cuatro millas de Rolthead. Eran terrenos Reales pero abiertos al público. Un camino bien cuidado llegaba hasta la cima y había una playa de estacionamiento para los automovilistas que querían gozar del paisaje y caminar por la zona.

—Era un día cálido y de cielo límpido; eran los últimos días de julio. Había solamente cuatro autos en el estacionamiento. El de Smith era un Rolls Royce rojo, estacionado lejos de los demás. Arrimé mi coche junto a él. Estaba sentado en el asiento posterior, con todas las ventanillas abiertas. Sobre una mesita rebatible que bajaba de la parte posterior del asiento delantero, había una jarra térmica, un vaso de leche y un paquete de bizcochos.

—Mandé al chofer a dar una vuelta —dijo—. Entre.

Me senté a su lado y prosiguió, señalando con la cabeza hacia la leche:

—Úlceras estomacales. El premio por la incesante lucha por lograr mantener la cabeza fuera del agua. Leche y bizcochos cada cuatro horas. ¿Así que están todos los arreglos hechos?

—El fin de semana después del próximo. Iré a la zona a recorrer unos terrenos boscosos.

—Una buena inversión. Siempre puede volver a invertir lo que gane. Esa es una buena actitud conyugal. Alfie, ese es el hombre que conoció, vendrá a buscar su automóvil el martes por la mañana. Sabe más acerca de autos y de explosivos de lo que usted se pueda imaginar. Gana bien pero se siente frustrado porque siempre quiso ser jockey y nunca lo logró.

A pesar de que hablaba de manera intrascendente, interrumpiéndose cada tanto para beber su leche, yo notaba que estaba eufórico, aunque trataba de disimularlo. Había hecho su plan de combate y saboreaba de antemano la victoria.

—Quisiera cierta información y algunas seguridades —dije.

—Me parece natural.

—¿Tiene usted al niño en su poder actualmente?

—Sí.

—Entonces Alexina Vallis debe saber que se ha ido.

—No. El S.I.I.L. está arreglando para trasladar sus centros y dispersarlos. Alexina Vallis está ocupada en eso. Está tratando de vender la villa y muchos de sus intereses en Italia. El niño fue llevado a una institución muy exclusiva, en Suiza, hace un mes. Creo que pensarían dejarlo allí hasta que Alexina haya efectuado sus arreglos para el futuro. No lo visita pero recibe informes semanales desde Suiza. Todavía los recibe, pero el niño ya no está allí. Alexina se enterará que no está allá, sólo cuando el niño esté en su poder. Entonces no podrá hacer nada. Por supuesto todo esto ha costado una suma de dinero considerable pero, el dinero es irrelevante cuando se poseen cantidades enormes.

—¿Dónde está ahora?

—No puedo decirle eso en este momento; pero está bien, feliz y atendido perfectamente. Según tengo entendido, es bastante travieso.

—¿Cómo puedo saber que me lo entregarán cuando termine mi misión?

Sonrió:

—Tiene usted mi palabra. No pienso faltar a ella ya que no quiero pasar parte de mi vida con el pensamiento de verlo aparecer con una mirada asesina en sus ojos, señor Rolt.

—¿De qué manera y en qué lugar me lo entregarán?

—Cuando termine su misión en la abadía, actuará como si yo no tuviera absolutamente nada que ver con usted. Más tarde alquilará un auto en Tavistock y volverá a su casa. En camino hacia allá, sólo tendrá que efectuar un desvío e ir a ver a Sir Hugh Gleeson, El niño estará con él.

—¿Sir Hugh Gleeson? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—No tiene nada que ver. Es un viejo amigo mío y con frecuencia le he consultado problemas que no tienen nada que ver con la industria petrolera. No sabe nada de lo que usted hará; pero es un hombre agudo y excepcional. No cometerá ninguna infidencia si quiere contárselo todo después. Eso queda librado a su discreción. El asunto más importante es que podrá recoger a su hijo en camino a su casa. Después de esto yo no tendré más interés en usted, ni usted en mí. Seguiremos cada uno nuestro camino y enfrentaremos nuestros problemas. En cuanto al reemplazo de su auto...

—¿Me importa un rábano mi auto!... Sólo quiero que el niño me esté esperando.

—Estará allí, señor Rolt. Tiene usted mi palabra.

Volví a mi auto. El sol plateaba los lisos troncos color gris elefante de las hayas. Las alondras llenaban el cielo con sus vuelos y sus trinos y más allá de los terrenos cultivados, se alcanzaba a ver el mar, semioculto tras una neblina producida por el calor. Era una vista que conocía desde niño; un panorama que cubría muchas millas del condado en que había nacido. Un mundo amado y familiar. Detrás mío, comiendo sus bizcochos, estaba un hombre que habitaba en otro mundo y que había hecho que descubriera en mí, con profunda amargura, una parte de mi personalidad que yo desconocía.

Alfie pasó a buscar el Bentley el martes a la mañana. Había otro hombre en el camioncito, que partió con él, tan pronto como Alfie descendió. Era un Alfie totalmente diferente al que yo había conocido: vestía una elegante chaqueta de tweed con un chaleco amarillo debajo y pantalones color arena. En la cabeza llevaba una gorra que hacía juego con la tela de la chaqueta.

Mientras caminábamos hasta el garaje, me dijo:

—Me pareció mejor vestirme un poco más elegante, señor. Uno nunca sabe, pero manejando un Bentley con un aspecto desprolijo, algún policía curioso podría pararme y comenzar a hacer averiguaciones.

En el garaje, le pasó la mano suavemente sobre el guardabarros trasero, como quien acaricia a un pura sangre y añadió:

—Es hermoso; lo han mantenido bien. ¡Qué pena!...; pero, ¡qué le vamos a hacer!... Lo traeré de vuelta el jueves. No se preocupe si usted no está en casa, señor. Lo dejaré en el garaje, con llave y las entregaré en la casa. —Hizo una pausa antes de

introducirse en el coche—. Cuando vuelva a manejarlo, será una peligrosa bomba: explosiva e incendiaria. Pero no le sucederá nada aunque atropelle un camión. No pasará nada hasta que usted mueva la llave el sábado. No sería mala idea, señor, si llenara el tanque justo antes de llegar a destino. Todo ayuda.

Salió del garaje marcha atrás y se detuvo al ver a Sarah que se aproximaba montando a Minto. Cuando se alejó hacia las caballerizas, Alfie dijo con el rostro que trasuntaba pena:

—¡Qué hermoso animal!... En fin; cada uno tiene su cruz...

Dobló y enfiló hacia la salida. Por un instante me detuve a pensar en qué momento de su existencia se habría visto forzado a enfrentar el espejo de la vida...

Fui hasta las caballerizas donde Sarah le estaba entregando su cabalgadura al peón.

—¿Qué le sucede al Bentley, querido?

—Espero que nada; lo estoy haciendo revisar antes de ir a Devon. Pensé que lo utilizaría para impresionar a tu amigo Khan.

Se rió y volvimos caminando juntos a la casa.

Yo no estaba en casa el jueves, cuando Alfie trajo de vuelta el Bentley. Le había entregado las llaves a la señora Cordell. Fui hasta el garaje y examiné el auto. No pude notar ninguna diferencia con excepción de la llave que estaba ubicada debajo del asiento del conductor, en un lugar seguro y disimulado. Tanteé el tapizado de cuero del asiento delantero y del de atrás. Parecían mucho más duros que antes. Saqué el coche y anduve unas cuantas millas. No parecía más pesado que antes y respondía a los comandos tan bien como siempre. Pero no era más el Bentley que había pertenecido a mi padre y él me había regalado luego. Era un arma mortífera que yo usaría sin remordimientos.

Esa noche tuvimos invitados a comer y a jugar al bridge. Eran mi hermano y su mujer. El doctor Blundell y su hermana soltera y nuestro agente inmobiliario y su esposa. Era una de tantas noches que habíamos pasado en Rolthead. Por momentos, olvidaba completamente lo que me esperaba, de tal manera que llegué a pensar si en los años venideros, esos momentos, como cuentas enhebradas lentamente, llegarían a estar juntos, ocultando totalmente el hilo oscuro, anulándolos por completo de mi pensamiento. No lo podía creer.

Sarah y yo nos hicimos el amor esa noche y fue tan agradable como siempre. La intranquilidad del espíritu desaparecía ante la fuerza de la pasión de la carne; no me asombraba mayormente ya que había comenzado a aprender que el cuerpo y sus acciones, se adaptan al engaño y disimulan el desprecio hacia uno mismo con facilidad cada vez mayor. Más tarde, luego que Sarah se durmió, fui a mi habitación y me quedé despierto largo rato, pensando en la abadía. Sólo podía desear que no hubiera nadie en la sala de computación durante la noche, aunque hubiera y yo lo supiera, sabía que lo mismo movería la llave de contacto en la certidumbre que

ninguna oración que elevara al cielo en su nombre, podría ser otra cosa que una blasfemia.

El viernes Sarah partió hacia Warwickshire después del almuerzo. Se quedaría a pasar la noche en el Hogar, ya que la reunión sería a la mañana temprano de manera que no interfiriera con el programa del día.

El sábado, como siempre, me levanté a las seis y mientras marchaba en el auto, un solo pensamiento ocupaba mi mente: cuando volviera, traería junto a mí a mi hijo; lo traería junto a Sarah y a Rolthead y con él retornaría la verdad a nuestras vidas. Rogaba para que la revelación final entre Sarah y yo no matara nuestro amor.

CAPÍTULO ONCE

Llegué a buena hora para mi entrevista con el agente. Recorrimos los terrenos y luego, para tratar de enmendar mi brusco comportamiento durante mi anterior visita, lo invité a almorzar a Tavistock. Durante el almuerzo, mencionó como al pasar que pasaría la noche en la Abadía de Caradon.

—He oído que están por mudarse —dijo—. ¿No estará pensando en comprarla, verdad? Tienen mucho terreno bueno y derechos de pesca en el río Tamar. Es un grupo de gente rara, según me han dicho.

—Mi esposa es una de las directoras del S.I.I.L. —contesté, con una sonrisa.

—¡Dios mío!... —dijo, con gesto avergonzado—. Parece que nuevamente he dicho una inconveniencia...

—No se preocupe. En general, coincido con usted. ¿Por qué piensa la gente de por aquí que son raros?

—Es difícil de decir... No emplean mano de obra de la zona. Pero muchos de sus empleados viven en hoteles o casas alquiladas en los alrededores. Son muy generosos con las sociedades de beneficencia y obras de bien locales. Siempre parecen muy amistosos pero raramente invitan a nadie allí. Parece que está lleno de sistemas de seguridad y alarma y muchas otras cosas raras, por lo que me han contado. Ya sabe cómo es la gente lugareña; los carcome la curiosidad... Lo que no saben, lo inventan. Y cuando la gente del pueblo inicia una cosa de este tipo, no tiene límite. Luces misteriosas que aparecen en el cielo durante la noche; ruidos extraños, parejas aterrorizadas por raras apariciones en los bosques... —se rió—. La mayor parte de esto comenzó porque en un tiempo tenían un servicio de helicóptero nocturno que venía de Londres o de alguna otra parte, trayendo a los jefes máximos. Cualquier hombre de Devonshire o Cornish al que se le ofrezca la oportunidad de imaginar cosas sobrenaturales, fantasmas o cosas así, estará en la gloria. Jinetes fantasmas cabalgando en blancos caballos... brujas volando sobre sus escobas; las historias son infinitas. Pero si realmente se mudan, esa propiedad es valiosísima.

Después del almuerzo, fuimos hasta otro terreno boscoso que aunque no estaba en nuestra lista, quería que yo viera. Nos separamos alrededor de las cuatro. Por muchos motivos me sentía agradecido por su compañía. Por lo pronto, había hecho que mis pensamientos se apartaran un poco de la tarea que me aguardaba esa noche. Ni siquiera había considerado cambiar de idea, pero había sido un alivio mantener la perspectiva algo alejada por un tiempo.

Di un paseo por los alrededores y luego llené el tanque del Bentley y me dirigí a la abadía. No tuve problemas para entrar. Di mi nombre al portero e inmediatamente

me indicó que pasara; cuando llegué al camino recubierto de grava que había frente al edificio, Lin Khan estaba sobre la ancha escalinata, esperándome. Junto a él había un empleado vestido con el uniforme del S.I.I.L. que buscó mi valija.

Después de una entusiasta bienvenida, Lin Khan dijo:

—¡Qué hermosa máquina!...

—Pertenece a mi padre. Me gusta sacarla a relucir de vez en cuando.

—¿Si no tiene intención de volver a usarla hoy, tal vez quiera dejarla en el garaje?

Le agradecí y conduje el Bentley hacia la rampa que bajaba al sótano. Cuando atravesé la puerta a nivel del suelo, todas las luces del garaje se encendieron automáticamente. Por alguna razón, recordé las conversaciones de los vecinos acerca de luces que se encendían en medio de la noche; con seguridad, al aterrizar un helicóptero frente a la abadía, se encenderían las luces de balizamiento de toda la zona.

En el garaje había otros tres autos, todos estacionados con la trompa hacia la pared del fondo que yo sabía que corría paralela a uno de los lados del patio interior de la abadía. Enfilé el Bentley hacia la derecha y lo estacioné con el capot a un metro de la pared que correspondía a la de la sala de computación. El reloj del auto y mi reloj pulsera marcaban la misma hora. Puse la mano debajo de mi asiento y corrí la llave de contacto. Salí del auto y lo cerré con llave. Me alejé de él sin volver a mirarlo. No lo volvería a ver jamás. Mi padre que era quien lo había comprado, era un amante de las bellas líneas y las marcas tradicionales. Era, asimismo, un hombre que había debido aceptar y transigir con la imposición de la violencia en sus asuntos oficiales. Él había querido mucho a este coche y había llegado a mis manos con ese cariño y esa confianza. Yo había perdido todo sentimiento hacia él, desde el momento en que Alfie se lo llevó de Rolthead. Lo odiaba del mismo modo como me odiaba a mí mismo. Pero mañana, ya no habría ni señas del auto; sólo quedaría mi propio desprecio; y debería aprender a aceptar este sentimiento y esperar que el tiempo lograra borrar de mi conciencia las cicatrices que seguramente quedarían en ella. Ya no podría echarme atrás; ni tampoco lo deseaba.

Lin Khan, menos efusivo que al principio, me condujo hasta mi habitación, situada en el tercer piso del ala sudoeste. Tenía todo lo que podía desear: un baño revestido de mármol, una pequeña salita, cómoda y con el piso cubierto por una mullida alfombra y un dormitorio, elegante pero masculino; unas ventanas bajas daban a un balcón privado.

Lin Khan me mostró la *suite* y luego partió, informándome que deberíamos encontrarnos antes de la cena en el salón principal.

Desde el balcón del dormitorio, había una vista que daba a la entrada y los portones. Podía divisar la línea de la pared alta de piedra hacia la izquierda del edificio, que se perdía en el bosque circundante. En un lugar, habían abierto una picada entre los árboles para ofrecer a la abadía un panorama del valle del río. A lo lejos se veía la parte superior de las casas del villorio de Calstock en la parte más

alejada del valle y los arcos del viaducto que atravesaba el río que en un tiempo llevaba un ramal del ferrocarril al pueblo. Hacía mucho que esa línea estaba en desuso. Contemplando el viaducto en desuso, recordé al señor Smith y su grave preocupación por el sucio poder del petróleo. Si el S.I.I.L. lograba desarrollar una fuente de energía más económica y más limpia, no habría poder capaz de mantenerla oculta por mucho tiempo. Se conocería aunque el S.I.I.L. fuera destruido. Mi amigo petrolero, con su dieta de un vaso de leche y algunos bizcochos cuatro veces por día, no desconocía este hecho. Pero igual estaba dispuesto a tratar de posponer cualquier acción porque aceptaba los límites de la mente humana. Mejor malo conocido... Volví a entrar en la habitación, sintiendo que yo era mucho más que un simple recluta en las filas de su ejército; nadie me había forzado a incorporarme a ellas. Me había presentado como voluntario porque yo también, a mi manera, pretendía detener el tiempo. Quería que Rolthead y sus vastas extensiones permanecieran tal cual eran; el instinto feudal formaba parte de mí mismo y de mi tradición. Muchas hectáreas, un apellido tradicional, una buena casa... y un hijo para heredarlo todo. Estaba dispuesto a asesinar para lograr esto. Para lograr esto —y el pensamiento no pretendía mitigar la gravedad del hecho— los hombres siempre habían estado dispuestos a asesinar.

Me serví un abundante vaso de whisky y lo llevé al baño mientras me bañaba y me cambiaba. Estaba por ir a reunirme con Lin Khan antes de la cena, cuando alguien golpeó a mi puerta. Abrí: me encontré con Alexina.

Por un momento no supe qué decir. Sentía una furia contenida mezclada con mi confusión. Si hubiera sido un hombre, no hubiera habido fuerza capaz de impedirme que lo golpeará; de que mi rostro hubiera revelado mi desprecio y encono. Ella era la culpable de una serie de engaños y penurias de las que Sarah y yo habíamos sido víctimas. Entonces, y recordando que todo el engaño había partido de ella, me esforcé en contenerme y transformar mi duro gesto inicial en una suave sonrisa.

Largó una carcajada al ver la perplejidad reflejada en mi rostro y penetró en la habitación. Vestía un traje de noche largo, con un chal de seda que le cubría los hombros desnudos.

—Robert...

Le besé la mejilla.

—Alexina... qué inesperado placer.

—¿De veras? Realmente no lo parece... —Volvió a reírse. Burlonamente preguntó—: ¿Hubieras venido de saber que yo estaría aquí? —Era un planteamiento típico de Alexina, pero su tono y sus modales parecían despreocupados y más amistosos que de costumbre.

—Me alegra verte —dije—. ¿Sabía Sarah que estarías aquí?

—No. Tuve que venir a Londres por negocios, inesperadamente. Lin me informó por teléfono que vendrías así que decidí venir a verte. Debo regresar mañana temprano. ¿Cómo está Sarah?

—Muy bien.

—Me alegro. —Se dio vuelta y fue hasta la ventana—. ¿No te parece precioso este lugar?

—Es muy hermoso. ¿Puedo prepararte un trago?

—No, gracias. Esperaré hasta que vayamos abajo. —Volvió de la ventana y prosiguió—: Es una pena tener que dejar este lugar; hay tantas otras cosas que me dan pena... Nuestra relación comenzó mal desde el principio. Creo que fue casi totalmente por mi culpa. Bueno... cuando hayamos concretado la mudanza, tal vez podamos hacer algo para cambiar las cosas...

Me sorprendieron sus palabras; el tono de su voz. Parecía estar realmente apenada. Era la primera vez desde que yo la conocía que había demostrado un sentimiento así hacia mí. Contemplándola en este momento, noté cuánto se parecían la madre y la hija... Alta, hermosa y con los mismos ojos violáceos oscuros...

—¿Para qué irse de aquí, entonces? Hay suficiente terreno como para ampliar el establecimiento.

—No se trata solamente de tener más lugar. —Sonrió—. No te gustará lo que voy a decirte; pero este país ya no es el centro del universo que solía ser. Hay una serie de consideraciones técnicas que tener en cuenta. Para ti, Inglaterra y Rolthead constituyen el centro de tu vida. Tienes raíces profundas aquí. El S.I.I.L. no las tiene. Es más bien como un circo trashumante. Debemos ir donde están nuestros clientes. Siempre lo hemos hecho; desde que se fundó la compañía.

—¿El fundador es el viejo que está en medio del patio?

—No es el original. Hubo otros antes que él. ¿No te llevó Lin a ver la galería de retratos?

—No.

—Ven; la recorreremos mientras vamos abajo. No se la mostramos a cualquiera. Solamente a los invitados muy especiales. —Rozó suavemente mi brazo en un gesto casi coqueto. La seguí con el convencimiento de que estaba por conocer una faceta de su carácter que siempre había evitado mostrarme. Por lo general indiferente, siempre controlada, algunas veces hasta demasiado fría, en este momento parecía una mujer mucho más común y humana. Se me ocurrió pensar si algún presentimiento hubiera podido hacerle imaginar el destino; que se hubiera apoderado de ella alguna premonición y que quisiera borrar la imagen que yo tenía de ella. Esta mujer había alejado a mi esposa de mi lado una vez. Me había quitado mi hijo y ahora, cuando ambos nos balanceábamos en el borde de un precipicio, tal vez lo presintiera y estuviera sinceramente, aunque demasiado tarde, tratando de tenderme una mano en señal de amistad y humana preocupación.

Me guió a lo largo de interminables corredores del primer piso hasta la parte posterior de la abadía. Penetramos en una altísima galería abovedada, sobre cuyas paredes pendían muchos óleos. A pesar de que afuera todavía había luz, la galería estaba en penumbra. Apretó varias llaves junto a la puerta y se encendieron luces

sobre los cuadros. Algunos de los espacios de las paredes estaban vacíos y en el centro de la galería, había una pila de cajas de embalajes.

—Algunos de los cuadros ya están embalados —dijo—. Todos tendrán que irse para el fin de semana que viene.

Me guió hasta un cuadro que estaba junto a la puerta principal. Mostraba un hombre de mediana edad que vestía *breeches* oscuros y una levita marrón que se abría sobre un chaleco blanco. Estaba sentado de perfil, junto a una mesa pequeña; una de las manos descansaba sobre ella y en la otra sostenía un vaso de vino. Su rostro era redondo y gordo y sonreía como si el artista acabara de contarle un chiste. Debajo tenía una placa de bronce que decía: “Obiah Santora, Great Park en el Condado de Worcester, 1798”.

—Este fue uno de los primitivos fundadores —dijo Alexina—. Eran cuatro familias. Él unió los intereses de las cuatro y formó una empresa comercial que luego constituyó el S.I.I.L. No tuvo descendientes; pero tenía una hermana mucho menor, Evangelina, que contrajo enlace con un miembro de otra de las familias fundadoras. Le dejó toda su fortuna a ella.

Mientras pasábamos al próximo retrato, yo sabía que no podría ser —ni tampoco ninguno de los otros retratos de la galería— el de Evangelina Santora de Great Park, porque ése estaba en poder de Sir Hugh Gleeson y Albert Chinn había tratado infructuosamente de comprarlo. Me preguntaba si Sir Hugh habría sabido o se hubiera imaginado siquiera, la razón por la que Chinn lo quería.

Alexina prosiguió guiándome por la galería, explicándome los diferentes cuadros, narrándome historias familiares y retrocediendo en la historia para explicarme en qué forma se había logrado estructurar, lentamente, la organización que hoy conocíamos como el S.I.I.L. Cada tanto —pero sin asombro—, notaba en alguno de los retratos de las mujeres jóvenes, el dedo de Saturno que se destacaba nítidamente en la mano izquierda. No efectué ningún comentario al respecto ni tampoco lo hizo Alexina. Ninguno de los hombres presentaba esta anormalidad.

Alexina me condujo a lo largo de toda la galería y terminamos por la mitad de la pared izquierda de la habitación; de allí en adelante, la pared estaba desnuda, pero se notaban las marcas sobre el empapelado de los rectángulos desteñidos donde antes habían colgado otros retratos.

—¿No me has mencionado a tu familia, Alexina? ¿No hay cuadros de ninguno de ellos?

Señaló los lugares desteñidos sobre la pared y explicó:

—Lo siento; ya han sido empacados. Nosotros entramos en el “Imperio” bastante más tarde. Pertenecíamos a una rama distante de la familia Santora, por el lado de un tío de Obiah y sus hijos. El primero de los cuadros pertenecía a mí... mi abuelo. Se llamaba Ferenc Volgesi y era medio húngaro. —Se sonrió—. A través del tiempo, se mezclaron todas las corrientes sanguíneas. —Indicó con un gesto las cajas de embalaje—. Es una pena que ya están empacadas. Me hubiera gustado mostrarte a mi

madre. Algún día lo haré. Mirándola, el cuadro fue pintado cuando tenía alrededor de treinta años, podrías tomarla por Sarah o... —su gesto de coquetería se hizo más evidente aún—, si la miraras bajo una luz no demasiado fuerte y con algo de buena voluntad, tal vez por mí misma. —Se quedó callada un momento y luego, extendiendo una mano, me rozó la manga y prosiguió—: Todos cometemos errores de apreciación, Robert. Algunas veces, lograr el entendimiento entre dos personas es cuestión de años, no de minutos. Lamento que nuestra relación no haya sido buena desde el principio. Me hubiera gustado que fuera así, pero estaba dispuesto de otra manera...

De manera estrictamente convencional, ya que nada podría hacer que variara mis sentimientos hacia ella a esta altura, comenté:

—Yo tampoco colaboré en nada para lograrlo. Tal vez no debería haber quemado esas etapas. Bastó con que viera a Sarah para que la amara y deseara que fuera mía. Lo mismo ocurrió con ella. El amor suele ser muy egoísta. Me gustaría mucho ver el retrato de tu madre algún día...; me gustaría de veras.

—Lo verás. Trataré de que lo hagas una vez que todo esto —señaló a su alrededor, hacia las cajas y embalajes— esté terminado. ¡Dios mío!... ¡Qué complicado es todo este asunto de la mudanza!... —Repentinamente, me pareció que su voz tenía un timbre cansado y su aspecto también envejeció.

Comimos en un gran salón por encima del comedor central. Allí había solamente tres mesas, ocupadas por diez o doce personas y según me dijeron la mayoría de ellas pasarían la noche en la abadía. El comer a solas con Lin Khan era algo que me había resignado a tener que aceptar. Hubiera sido algo rígido y demasiado formal pero no me hubiera sentido fuera de lugar. Pero con la presencia de Alexina, la ocasión se transformó en una sucesión de períodos en los que me encontraba completamente perdido, mientras ellos discutían animadamente acerca de asuntos que yo desconocía totalmente. Por momentos me parecía que lo hacían deliberadamente y luego volvían a prestarme atención. Alexina me hablaba de Sarah y de Rolthead, tratando de mezclarme en la conversación y preguntándome acerca de la Situación del campo y de mis propios negocios. Por momentos me sentía integrado a la conversación y en otros, como un mero observador. Noté que Lin Khan, se mostraba mucho más reticente que Alexina, dominando su natural efusividad. Resultaba evidente —a pesar de lo que parecía surgir de la grabación que Garwood me había hecho escuchar— que Lin Khan tenía mucho menos rango que Alexina. Esto acicateaba aún más mi curiosidad acerca de la “autoridad” a la que se habían referido y que parecía controlarlo todo. Me costaba imaginar una persona y mucho menos un comité o una comisión directiva, controlando a Alexina sin problemas. También me resultaba claro que, la nueva actitud de Alexina hacia mí, que me había demostrado en mi habitación y en la galería de retratos, no era para el conocimiento del público en general. Dentro

de la relación que sería normal entre la dueña de casa y su invitado, su actitud social hacia mí había vuelto a ser la misma de antes. Yo me sentía agradecido por esto. Ya era demasiado tarde para que yo tratara siquiera de comenzar a quererla. Éramos enemigos y yo estaba dispuesto a destruir gran parte del trabajo realizado por ella aquí. Eso me satisfacía.

Nadie es capaz de controlar las condiciones o la temperatura de las pasiones humanas hasta el punto de predecir la sucesión de causa y efecto. La conciencia es resbalosa como una anguila. Hace falta una mano experta para atraparla. El señor Smith podría haber sabido esto de la misma manera que podría saber que Alexina estaría en la abadía. Las primeras tres horas después de la medianoche son las que, para una mente perturbada y culpable, pueden resultar las más difíciles de sobrellevar. Las resoluciones pueden debilitarse y tambalear, a pesar de la fuerte emoción que las respalda. Un hombre decidido a destruir puede cambiar de idea. Smith podría haber pensado que eso ocurriría conmigo. Yo estaba dispuesto a aceptar que hubiera sido tan desconfiado como todo eso. O podría haber sido que Alfie, resentido por un pasado en el que jamás habían figurado las cintas de la largada ni el impulso de un brioso caballo que lo llevara por encima de las vallas, hubiera dejado que un sueño perdido hiciera fallar su normal eficiencia. El mecanismo del Bentley comenzó a funcionar a la una. Si lo habían hecho deliberadamente, no hubiera sido necesario. No había en mí la menor posibilidad de que una corriente nueva de simpatía hacia Alexina, o la consideración hacia quienquiera que fuese que estuviese en la abadía y pudiera resultar destruido o herido, me hubiera hecho bajar al sótano y desactivar el mecanismo del Bentley. Yo era un Rolt. Habían tratado cruelmente a mi esposa. Me habían privado de la alegría de saber que tenía un hijo y me habían quitado dos años de felicidad. Ninguna fuerza instintiva me apartaría de la promesa que había formulado en aquel invernadero envuelto en verdosa penumbra.

Estaba recostado en mi cama, totalmente vestido, cuando se produjo la explosión. Al principio no se oyó un estruendo muy fuerte. La cama se sacudió debajo de mí, como durante un terremoto y luego se produjo un momento en que me sentí mareado, cuando el edificio se sacudió, como el músculo de un animal dormido. Enseguida llegó a través de la ventana el sonido de los vidrios al vibrar, bajo la enorme presión de la onda expansiva, como las tensas cuerdas de un arco. Mientras me tiraba de la cama, me llegó el sonido de vidrios rotos desde detrás de las cortinas corridas: enseguida me llegó el sonido ensordecedor de la explosión en el garaje, que produjo una luz que, filtrándose por los resquicios del cortinado, me encendió e iluminó toda la habitación durante unos segundos. Inmediatamente se oyó otra explosión menor que siguió a la primera. Luego se oyó más ruido de vidrios al quebrarse y el sonido sordo de la mampostería al derrumbarse y finalmente el crujir de las llamas y el fuego. En el instante anterior a la acción, de pie en la habitación, sentía una débil sensación de arrepentimiento; deseé no haber venido nunca... pero la descarté de inmediato y corrí hacia la puerta.

La mayor parte del frente de la abadía se había derrumbado en pedazos que cubrían gran parte de la terraza y la escalinata; grandes trozos de mampostería desparramados sobre la grava lanzaban fantasmagóricas sombras que danzaban a la luz de las llamaradas que provenían del interior.

Junto al resto de los huéspedes y algunos de los sirvientes, permanecimos alejados del fuego y la destrucción, del otro lado de la entrada para autos. Algunas de las personas estaban totalmente vestidas; otras tenían puestos abrigos o *robes de chambre*. En la lejanía y hacia el Norte, alcancé a percibir el sonido de una sirena y campanas por encima del crepitar de las llamas que consumían vorazmente al edificio. No podrían hacer nada hasta que no llegaran las autobombas. Yo sabía que en la zona de abadía, que no había sido afectada, habrían entrado en funcionamiento automáticamente los extinguidores de incendio.

Permanecimos agrupados, como un rebaño de ovejas, con las miradas fijas en el dantesco espectáculo, hasta que Alexina apareció desde uno de los costados más alejados de la abadía. Se apresuró para llegar adonde estábamos. Estaba completamente vestida y llevaba en la mano una carpeta.

Se paró frente a nosotros, nos miró serenamente, con la mirada de alguien acostumbrado a enfrentar emergencias y que ha sido entrenada para hacerlo, y dijo:

—A medida que los vaya nombrando, les ruego que contesten y luego se dirijan a la casa del personal de servicio que está situada detrás de la abadía. No es necesario correr o desesperarse, pero será prudente que se mantengan tan alejados como puedan del edificio principal.

Consultado la lista, comenzó:

—Señor y señora Stanton...

Una pareja joven a la que había visto comiendo juntos, avanzaron hacia ella. Marcó sus nombres en la lista y se alejaron.

Permanecí allí, mientras proseguía nombrando a la gente —...señor John Preston... señorita Danvers... *signor* Mangato.

Uno a uno fue tachando los nombres y se marchaban. Al observarla, estaba seguro de que, aunque mi nombre no fuera el último de la lista, sería el último que nombraría. Permaneció allí, en la noche estival, con un saco liviano colgándole de los hombros; debajo tenía el mismo vestido que había usado para la cena. Las llamaradas le iluminaban el rostro y las repentinas corrientes de aire que se formaban debido al fuego cada vez más intenso jugueteaban con su cabello suelto. No sentía ninguna pena por ella porque sabía que ella no la había sentido nunca por mí. Si fuera por ella, Sarah seguiría siendo la señora Starr, una mujer sin pasado. Me di cuenta de que no necesitaba que nadie le dijera para qué había venido yo a la abadía...

Cuando no quedaba nadie más que yo, pronunció mi nombre, sin ninguna alteración en la voz:

—Señor Robert Rolt...

Me quedé en mi lugar y se acercó lentamente a mí. Sostenía la carpeta contra el pecho; levantó la otra mano y se echó hacia atrás el cabello que le cubría el rostro y dijo:

—Nunca podrías comprender. Nunca podríamos haberte dicho nada. Algunas veces, últimamente y por el amor que siento por Sarah, pensé que podría ser yo la equivocada; que ella estaría en lo cierto. Pero después de lo que has hecho esta noche, no me quedan más dudas. —Apretó los labios en un rictus amargo y prosiguió—: Todavía quedan muchos como tú.

—Hice lo que tenía que hacer y tú sabes bien por qué, —contesté—. ¿Han aparecido todos?

—¿Te importaría si no lo hubieran hecho?

—No; la culpa habría sido compartida entre ambos. Tú trataste de quitarme a mi esposa; negarme lo que me pertenecía. No deberías haber elegido un Rolt para hacer una cosa así.

—No ha muerto nadie. Gran cantidad de trabajo ha resultado destruido. —Indicó con la cabeza en dirección al camino y los portones—. Ahora... vete de aquí...

Se dio vuelta y comenzó a caminar por el sendero de grava hacia donde había ido el resto de la gente.

Fui por el largo camino hasta los portones. Cuando llegué allí, un camión de bomberos apareció de entre la arbolada loma. Me hice a un lado para permitirle pasar y proseguí caminando; luego doblé hacia la izquierda alejándome del camino principal y siguiendo junto al muro exterior que me conduciría hacia la abertura que me permitiría llegar al viaducto, atravesando el bosque y la parte superior del valle. Podría atravesar el viejo viaducto y llegar al pueblo del otro lado del Tamar. De alguna manera, conseguiría un auto e iría a lo de Sir Hugh Gleeson. Sentía una fuerte impaciencia; pero no era algo físico; algo que el lento transcurrir del tiempo pudiera hacer crecer. Iba a reclamar lo que me pertenecía y ese solo pensamiento bastaba para henchirme de una dichosa impaciencia.

Atravesé la apertura y proseguí por el sendero. Al llegar al final, doblé por un camino gastado entre los matorrales y los jóvenes nogales y robles. Finalmente llegué a otro camino. Me enfrenté con un portón abierto a medias y más allá las antiguas vías del tren. Caminé siguiendo su ruta, entre altos cañaverales y retamas, hasta llegar al viaducto que atravesaba el ancho valle por el que corría el río.

No había luna pero las estrellas iluminaban la noche. Del otro lado, Calstock era apenas un caserío que se perdía en la montaña y se agrupaba alrededor de una cantera. El río a esta altura y a pesar de que estaba a millas de distancia del mar, todavía respondía a las mareas; en este momento estaba creciendo. Desde las orillas cubiertas de cañas, se veían oleadas de barro oscuro que bajaban hacia el río. Proseguí la marcha hasta el viaducto que cruzaba el valle hasta la estación en desuso del otro lado. El río estaba a unos setenta metros más abajo. El parapeto del puente

era alto y en varios lugares tenía entradas que habían permitido al personal apartarse al paso del tren. Caminé alejado del centro de la vía, pegado al caminito que corría junto al parapeto. Cuando había recorrido aproximadamente la tercera parte del camino, un hombre surgió de una de las entradas justo enfrente de mí. Era Lin Khan. Vestía una camisa blanca y pantalones negros. Tenía la camisa arrugada y manchada a causa de la ceniza. Me esperó a un metro de distancia, gigantesco, empequeñeciéndome ante su aspecto; en la oscuridad, su enorme cara parecía más arrugada, más pesada y salvaje.

Inmediatamente me di cuenta de que no compartía en manera alguna la forma de pensar con que Alexina me había dicho que me fuera. Me había visto partir y se había apresurado para adelantarse y esperarme. Antes de que abriera la boca, adiviné sus intenciones:

—Señor Rolt —dijo— voy a matarlo.

Avanzó rápidamente. Antes de que pudiera evitarlo, me golpeó con un puño a un costado del cuello. Caí hacia atrás y me desplomé. Me quedé inmóvil mientras estaba prácticamente encima de mí. Necesitaba tiempo para recobrar me del golpe que me había dejado sin aliento y casi me hace perder el conocimiento.

—Esto me costará un sufrimiento que usted no es capaz de comprender, pero, lo mataré. —Estiró su pie derecho y me golpeó en el costado. Entre una nube de dolor y furia creciente, oí que proseguía—: Usted pagó con violencia nuestra confianza y buena voluntad. Vino como un hombre y actuó como un animal. Muy bien; seremos ambos animales...

Me volvió a patear pero esta vez estaba preparado: me hice a un lado y me puse de pie, con la espalda apoyada contra el parapeto.

—¿Qué especie de engendro es usted como para hablar de confianza y buena voluntad? —le dije con furia ciega—. ¿No sabe acaso lo que usted y los de su calaña me han hecho a mí y a los míos?

Mientras hablaba, me aproximé y le golpeé con fuerza en el estómago con mi puño derecho. Sus pies patinaron sobre el balasto de las vías y se cayó. Salté hada él y lo tomé del cuello con ambas manos. Después de esto, no cruzamos más palabras. Luchamos como bestias, retorciéndonos y revoleándonos, jadeando y golpeándonos con furia; empleábamos los puños, los pies y la cabeza. Sentí el gusto salobre de la sangre en mi boca y el desenfrenado movimiento de nuestros cuerpos al entrelazarse era una locura oscura y grotesca. Yo sabía que jamás lograría vencerlo; no podría dominarlo o agotarlo; a pesar del salvajismo que hacía que sintiera crecer mis fuerzas, sabía que él me derrotaría... Era un tártaro, un gigante y parecía poseer una furia y bestialidad desatadas que lograrían doblegar las mías.

Finalmente, jadeando y totalmente extenuado por el esfuerzo realizado, sentí que me sostenía en vilo, con una de sus manazas rodeándome el cuello y apretando contra el parapeto. Bastaría con que me soltara para que me desplomara de rodillas. Y así lo hizo y caí al suelo y quedé inmóvil. Por un instante quedó así, alzando sus anchos

hombros al jadear por el esfuerzo. Luego comenzó a inclinarse sobre mí, para tomarme y levantarme con la misma facilidad que hubiera levantado una bolsa de maíz; para alzarme y arrojarme por encima del parapeto...

A pesar de que mi cuerpo estaba magullado, golpeado y sangrante y había logrado aplastar en mí hasta la última gota del orgullo físico de los Rolt que en mí podía haber quedado, mi mente funcionaba normalmente y curiosamente independiente de mi maltrecho cuerpo. Era un monstruo; pero un monstruo pensante. Si me hubiera esperado en la mitad del viaducto, ya podría haber ido a parar al medio del río y hubiera existido la posibilidad de que alguna mano generosa me hubiera rescatado. Podría haber sobrevivido a una caída al río. Pero estábamos en el primer tercio del recorrido y por debajo nuestro, estaban las lisas orillas, barrosas y profundas. Si mi cuerpo caía sobre el barro, este se abriría y me tragaría como una boca lasciva, se cerraría sobre mí y desaparecería para siempre.

Puso una de sus manos detrás de mi rodilla izquierda y la otra bajo mi brazo derecho; sentí la presión de sus dedos como pinzas que me apretaban y me levantó. Luego me balanceó y me apoyó contra su pecho, mientras se afirmaba para el esfuerzo final y tensaba los músculos de sus brazos y hombros para arrojarme por encima de la balaustrada.

En ese momento, y mientras sentía el rítmico movimiento de su pecho, que se elevaba y descendía llenando de oxígeno sus pulmones preparándose para el desenlace, oí una voz cortante que decía, a nuestras espaldas:

—No, ¡señor Khan!...

Lin Khan giró sobre sí mismo, manteniéndome contra su pecho como un escudo. En el medio de la vía, detrás nuestro, apareció una figura alta, con barba oscura. La luz de las estrellas relampagueó sobre una pistola automática que empuñaba.

Vagamente me di cuenta de que se trataba de Vickers. Pero estaba demasiado maltrecho como para sentir una sensación de alivio. Me sentía colgando como una marioneta, y percibí la voz de Vickers que proseguía diciendo...

—Déjelo en el suelo y váyase, señor Khan. Eso es lo que quiere Madame Alexina.

Con voz ronca y entrecortada por el esfuerzo, Lin Khan respondió:

—Lo voy a tirar...

Comenzó a darse vuelta hacia el parapeto pero la voz de Vickers volvió a detenerlo; sonó dura y llena de desprecio en el silencio de la noche. —¡Hágalo si quiere!... ¡Tírelo! pero en el instante que transcurrirá hasta que lo mate, mientras él cae y muere, se dará cuenta de lo que ha hecho. Parte de nuestra esperanza habrá muerto; y usted será el asesino...

No alcanzaba a comprender lo que Vickers decía; apenas lograba oírlo pero noté un cambio en Lin Khan; fue como la lenta expresión física de un derrumbe espiritual o algo que se invirtiera en su interior. Lentamente y con cuidado me apoyó contra la pared, de espaldas a ellos y con las manos apoyándome en el parapeto para

sostenerme; mi cuerpo se hinchaba dolorosamente mientras el aire que mi sangre reclamaba penetraba en mis pulmones.

—Usted no es Johnson —oí que decía Lin Khan.

—Ya no.

—¿Quién es usted?

—Sirvo a muchos hombres; pero mi mente me pertenece. Ahora váyase.

Oí que Lin Khan contestaba, casi en un susurro:

—Le agradezco mucho... Lo que se ha destruido, puede volverse a construir.

Alcancé a percibir el sonido de los pies de Lin Khan que se alejaban sobre la grava suelta. Sentí que una mano tocaba mi hombro y Vickers me dijo con suavidad:

—Nos iremos en cuanto se sienta mejor. Tengo una casita en Calstock. A diez minutos de aquí... Cuando crea que puede hacerlo.

Después de un par de minutos, me di vuelta y lo enfrenté. Me ofreció una petaca y ansioso tomé un sorbo de whisky que bajó por mi garganta como un torrente de fuego.

—¿Me siguió usted? —pregunté.

—Todo el tiempo. Estuvo usted bien, pero jamás hubiera logrado vencerlo, señor Rolt.

Sentí que la furia volvía a envolverme:

—Podría haber intervenido un poco antes, ¿no le parece?

—Sí.

—Y entonces, ¿por qué diablos no lo hizo? El cretino estuvo a punto de arrojarme al vacío...

Vickers se encogió de hombros y se pasó una mano por la barba; luego dijo, con tranquilidad:

—Corrí un albur con usted, con él y conmigo mismo... no, mejor dicho para mí mismo. Para ser justo y ya que se trataba de su propia vida, se lo contaré todo. Será interesante conocer la reacción de un Rolt. —Señaló nuevamente la petaca y añadió —: Tómese otro trago, señor Rolt y luego nos iremos de aquí.

La casita de Vickers estaba sobre la ladera del valle, un poco más abajo y más cerca del río que el resto del pueblo. No estaba muy prolija pero parecía cómoda. Me lavé y refresqué en el baño. No tenía mayores señales externas de la paliza recibida aparte de una hinchazón en el lado izquierdo de la cara. Pero me dolía todo el cuerpo y estaba medio endurecido. A pesar de que la paliza había sido formidable, no me sentía humillado. Yo no era ningún debilucho, habría sido necesario alguien mucho, pero mucho más fuerte que yo, para vencer a Lin Khan.

Eran las dos y media y todavía teníamos por delante la mayor parte de la noche veraniega. A través de la ventana, sin cortinas, alcanzaba a divisar, en la altura y del otro lado del río, el resplandor que producía en el cielo el incendio de la abadía.

Al principio Vickers se mostró atento conmigo; me enseñó donde estaba el baño para que me lavara y me sirvió café y cognac; mientras bebía la primera taza, sentado frente a él, noté que me miraba de una manera extraña. A través de los dolores físicos que parecían disminuir y la desazón que me embargaba, me pareció que todavía tenía algún punto importante que decidir con respecto a mí. Cuando volvió a llenar mi taza de café, me pareció evidente que había tomado una decisión sobre lo que lo preocupara desde nuestro regreso del viaducto.

Recostado en su silla, barbudo, con las largas piernas estiradas, en mangas de camisa y con el cuello abierto, dijo:

—Esto llevará un tiempo. Pero no creo que sea necesario que se vaya antes de la mañana. Puede llevar mi auto.

—Si está dispuesto a interrogarme —dije— le ruego que no lo haga. Me importa un rábano de Garwood y de toda la gente de Whitehall. No tengo nada que decir.

—Ya se ha superado la necesidad de un interrogatorio. He decidido aclararle algunas cosas. Pero no lo haré oficialmente. Lo que decida hacer luego, será asunto suyo. Cuando usted se vaya, yo me iré también. Pero en otra dirección y con la esperanza, espero que no demasiado vana, de encontrar algún lugar donde ocultarme y permanecer así para tratar de recomenzar mi vida. Cuando fui a verlo por primera vez a Rolthead, me sentía cansado y desdichado al darme cuenta en qué me había transformado. Ahora —prosiguió encogiéndose de hombros— he terminado de conocerme totalmente. No quiero seguir siendo lo que he sido hasta ahora. No quiero tener que seguir haciendo el trabajo que he hecho hasta ahora. —Tomó la botella de cognac y volcó una buena cantidad en su taza de café medio vacía—. ¿Quiere que prosiga, señor Rolt, o prefiere permanecer envuelto en el capullo que han tejido para protegerlo?

—¿Han tejido? ¿Quiénes son ellos?

—Mis jefes; los que aún son sus jefes, los dueños del mundo. Los hombres que pueden decir Sí o No, según les plazca.

—Por el momento, tengo mis propios problemas —dije—. Sería un tonto si no comprendiera parte de los suyos. Pero, sinceramente y aunque parezca egoísta, no desearía oírlos si no me van a ser de ninguna utilidad.

—Siempre el mismo Robert Rolt.

Me sentía demasiado agotado como para enojarme. —Si lo que tiene que decirme debe ser coherente, sería mejor que dejara de tomar cognac.

—Lo haré, cuando sea necesario. Si mi franqueza de hace un momento lo irritó, permítame decirle algo que lo hará sentir feliz. Esta noche mató usted a Albert Chinn.

—En ese caso, me siento perfectamente satisfecho de haberlo hecho —dije, echándome hacia adelante.

Sacudió la cabeza. —Fue una muerte incruenta, señor Rolt. No tendrá que adaptar su conciencia al hecho de haber matado a alguien. Sólo destruyó un mito.

—¿De qué diablos habla usted? —Por un momento se me ocurrió pensar si habría estado bebiendo mucho antes de llegar al viaducto.

—Es un mito; una broma familiar. Todas las familias tienen sus bromas, y el S.I.I.L. es una gran familia. Por alguna razón que desconozco, el nombre de Albert Chinn tiene un significado especial para ellos. Se lo han dado a diferentes personas en distintas oportunidades; hombres que eran meras extensiones del verdadero Albert Chinn; el cerebro y el poder que estaba detrás de las oscuras manifestaciones de su persona que irradia desde la Abadía de Caradon; o mejor dicho, que irradiaba. Usted lo mató esta noche, señor Rolt, al volar la sala de computación. La computadora, más avanzada que ninguna otra en el mundo, era Albert Chinn. Ese es el nombre que la familia del S.I.I.L. le daba a la máquina. —Bebió otro trago de cognac—. No hay huellas de sangre en sus manos, señor Rolt. Pero diez años de trabajo o tal vez más, han sido destruidos; el progreso del S.I.I.L. ha sido detenido. Su amigo petrolero estará contento. También lo estará Garwood cuando se entere y mucha otra gente en Whitehall y en todas partes del mundo. Garwood estará furioso cuando se entere de que usted ha bailado al compás de la música que tocaron otros. Pero no tiene por qué preocuparse. Sólo algunos funcionarios estarán descontentos. Pero no podrán hacer nada porque son totalmente impotentes y considerados dementes, igual que yo.

—Dígame lo que quiere —dije—. Tomé la botella y la puse fuera de su alcance en una mesa detrás de mí.

Sonrió y me dijo:

—No tiene que afligirse, señor Rolt. No estoy borracho, ni lo estaré. Podrá pensar que estoy loco antes de que me vaya pero, puede estar seguro de que no estoy borracho.

CAPÍTULO DOCE

Primeramente efectuó su propia declaración. Yo no dudaba de su sinceridad. Conocía el modo de operar de la repartición y sabía que mi padre se había visto obligado a alejarse de sus principios, tal como ahora me había ocurrido a mí, por una combinación de políticas oficiales y procedimientos que no concordaban con su proceder. Me sentí solitario con Vickers porque pensaba que sobre él también habrían pesado estos factores; estar sujeto a ellos durante muchos años y muchas misiones diferentes debería producir un efecto acumulativo que sus empleadores no alcanzarían a percibir.

La primera vez que vino a verme, aquella soleada mañana en que me trajo la esperanza de poder recuperar a Sarah, ya lo habían señalado como probablemente de poca confianza y poco después, lo destinaron al puesto de cuidador del parque de la Abadía de Caradon. Allí podría realizar todavía algunas funciones útiles, pero estaría suficientemente alejado del centro de operaciones y del archivo de información y material secreto propio y de las agencias asociadas.

—Mi nombre estaba en duda —prosiguió—. En este trabajo no existe, no es costumbre, la jubilación; tampoco puede uno marcharse ni dar un preaviso de que quiere retirarse. Mañana a esta hora la duda habrá desaparecido. Mis empleadores no tendrán más que borrar mi nombre de sus registros y el hombre que representa ese nombre, habrá desaparecido. Naturalmente deseo seguir viviendo; por lo tanto iré a ver a Alexina Vallis y le pediré refugio y toda la seguridad que pueda proporcionarme...

—¿A cambio de qué?

—De nada. No hay nada que yo pueda decirles que ellos no conozcan ya. Solicitaré su clemencia porque he cambiado de manera de pensar. Si no lo logro, tendré que defenderme por mis propios medios durante todo el tiempo que pueda. No me habré transformado en un traidor; simplemente seré un refugiado de una manera de pensar, de una forma de vivir que es la que la mayoría de mis empleadores representan.

—¿Y piensa que obtendrá su clemencia?

—Puede ser; no es algo imposible dentro de los esquemas del S.I.I.L. También hay otras cosas que llaman la atención: En toda la historia de la organización, jamás han empleado la violencia física...

—¡No sea ingenuo!... Secuestraron a mi esposa e hicieron experimentos con su mente. Han mantenido oculto a mi hijo para que yo no supiera de su existencia... — me interrumpí repentinamente.

—Está bien —prosiguió—. Yo sé todo eso. Y ya llegaremos a ello dentro de un momento. Pero lo cierto es que jamás han empleado violencia, violencia física contra ninguna persona. No han asesinado ni torturado... ninguna de esas cosas que son demasiado comunes en casi todos los gobiernos y agencias de todo el mundo. Usted recibió una prueba de ello esta noche. Lin Khan perdió el control porque usted destruyó su valiosa computadora. Estuvo a punto de arrojarlo por encima de la balaustrada, después de golpearlo con saña; pero se detuvo en cuanto tuvo un instante para pensar en la consigna del S.I.I.L. Una vez le dije que tratara de mirar todo a su alrededor con ojos sospechosos de violencia. Eso no era en prevención del S.I.I.L. Era en contra de nosotros y de la gente a la que su amigo petrolero representa. Tuvo prueba de ello. —Sonrió nuevamente y prosiguió—: Los seres humanos suelen ser poco consecuentes. Los petroleros trataron de matarlo, junto a su mujer. A cambio de ello, usted colocó una bomba en la Abadía de Caradon.

—¡Había sobradas razones para que lo hiciera!...

—Siempre las hay, señor Rolt. Tantas buenas razones. Razones de familia; buenas razones para una nación... siempre buenas, excelentes...

Me revolví inquieto en mi asiento. —Le ruego que se limite a los hechos. No me ha traído aquí sólo para contarme que ha cambiado de idea y piensa cambiar de bando, si es que se lo permiten. Eso es un asunto estrictamente suyo; no mío.

—También le incumbe a usted. —Se puso de pie, fue hasta el fondo de la habitación y abrió un armario. Volvió con dos vasos y una nueva botella de cognac. Puso uno de los vasos junto a la botella medio vacía, a mi lado, sobre la mesa; luego se sentó y se sirvió de la botella nueva, diciendo—: No se preocupe; tengo mucha cultura alcohólica. Bien...; déjeme explicarle por qué este asunto le atañe a usted también, señor Rolt. Usted se casó con una hermosa mujer; la perdió durante un período y luego la recuperó. Pero le ocultaron el hecho de que había tenido un hijo suyo.

—Le estoy escuchando —dije—. Pero si traspasa los límites de mi paciencia no seré responsable por lo que pueda llegar a hacer.

Se echó hacia adelante y dijo con un repentino vigor en la voz:

—Escúcheme bien, maldito Rolt. Escuche porque podría estar haciéndole el mayor favor de su vida. Usted me gusta y quiero ayudarlo; y además quiero que comprenda todo lo que ha sucedido; si llegara a traspasar los límites de lo que usted considera tolerable, tendrá que aguantarse y comportarse como un hombre; no como un pobre campesino que todavía no se ha acostumbrado a vivir en el siglo xx.

Estuve a punto de saltar de mi silla. No permitiría que ningún miserable miembro de un Servicio de Inteligencia me hablara así...; luego sentí, como un golpe físico que me diera en plena cara, que Vickers hablaba con sinceridad. Sólo Dios sabe por qué. Volví a recostarme hacia atrás y busqué el vaso y la botella. —No soy demasiado devoto de este siglo xx, pero trataré de comprender lo que usted me diga. Le ruego

que continúe. Diga todo lo que tenga que decir. Tiene derecho a ello. Usted posibilitó que Sarah volviera a mi lado.

—Gracias, señor Rolt. Ahora consideremos el asunto de su esposa y las cosas que le sucedieron.

Mientras comenzaba a hablar, me serví otra ración de cognac. Al mirarlo, recordé al hombre que había bajado de su auto en Rolthead y penetró en mi estudio con sus películas y su proyector. Entonces me había parecido torpe, lleno de dudas y molesto. Con una sola mirada a sus ojos nerviosos que parpadeaban constantemente, me hubiera bastado para rechazarlo en cualquier entrevista para obtener un trabajo que hubiera solicitado... Este hombre tenía que haber estado fingiendo o se habría producido en él un notable cambio físico y de su personalidad. Sus ojos miraban serenamente y había en él un aire autoritario. Su cuerpo delgado era puro músculo. Aún cuando estaba recostado en su asiento totalmente relajado, se notaba su fuerza. Su rostro barbudo, delgado y tostado por el sol, tenía todo el aspecto del de un leñador. En ese momento, deseé que, cuando llegara la mañana y partiera a encontrarse con su nuevo destino en un mundo hostil, encontrara lo que su espíritu buscaba.

—Antes de que su amigo petrolero lo convenciera para que viniera hasta aquí, supongo que le habrá dado su propia explicación acerca de lo ocurrido con su esposa... Por qué se había alejado de su lado y todo lo demás.

—Sí; efectivamente.

—¿Y qué le dijo?

Le narré someramente todo lo que me había dicho el señor Smith y concluí así:

—¿No irá a decirme que nada de eso es cierto?

—No; no le diré eso. Pienso que probablemente sea cierto. Con excepción de un punto muy importante.

—¿Cuál es?

—El de la lealtad, señor Rolt. Ese fuertísimo lazo que une a todos los miembros del S.I.I.L. El señor Smith dice que debido a él, Alexina hizo lo que hizo con Sarah. ¿Puede usted imaginarse que sea tan fuerte como para que Alexina permitiera que separaran al niño de su lado, por el resto de su vida, y Sarah lo aceptara? Para ello tuvo que optar entre el natural amor por su hijo y el suyo. Y no sólo eso, señor Rolt. Tan fuerte es que, Sarah fingió tener aún una laguna mental que cubría el período de su embarazo y el nacimiento del niño para protegerse mediante un escudo imaginario de la angustia que le produciría engañar al hombre que amaba. También se sintió obligada a ocultarle lo que más les importaba en el mundo. ¿Piensa usted que todo esto podría provenir solamente de la lealtad al S.I.I.L.?

—Bueno... yo creía que sí...

Sacudió la cabeza. —Es una debilidad humana, señor Rolt, el no analizar lógicamente las situaciones o problemas que nos puedan hacer cambiar de idea. Usted aceptó venir aquí y hacer lo que el señor Smith le pedía y recobrar a su hijo. Su

esposa hizo todas estas cosas, no hay duda de ello, y usted aceptó el motivo que le dio el señor Smith: lealtad a una importante industria y al pequeño grupo de familias que la controla. ¿No le parece algo exagerado? Usted es más inteligente que eso, señor Rolt; pero en ese momento estaba cegado totalmente por el deseo obsesivo de recuperar a su hijo. No lo culpo. ¿Pero ahora que ha cumplido con su misión, realmente le parece que una lealtad familiar hacia una industria pueda haber sido suficientemente fuerte como para llevar a su esposa a hacer todas esas cosas extrañas?

Permanecía en silencio; a través de la ventana pude ver que el resplandor del incendio de la abadía había disminuido. Tenía un presentimiento de que las grotescas situaciones vividas esta interminable noche no habían llegado a su fin.

Respondí con franqueza:

—Contemplando todo fríamente ahora... bueno; realmente parece demasiado rebuscado. ¿Pero qué otra razón puede existir?

Tomó un trago de cognac.

—Alguna otra lealtad; algún otro amor, señor Rolt. Su esposa hizo un sacrificio que incluía a usted y a su hijo. ¿Qué podría hacer que una mujer actuara así? Muchas cosas. Tanto hombres como mujeres fueron a la hoguera por sus creencias religiosas. El amor humano es fuerte, pero existen amores más fuertes aún. Por una idea, un principio o una creencia se han sacrificado niños, se ha negado el amor y se ha hecho peligrar la felicidad de los seres humanos...

Lo interrumpí:

—Se está saliendo del tema —dije.

—En este momento, sí; todavía me pregunto si estará dispuesto a aceptar lo que yo pienso que es la realidad.

—Prosiga; pero espero de todo corazón que nos lleve a lograr algo de luz sobre todo este asunto.

—La luz no es algo invariable —dijo, sonriendo—. La luz de cada día es distinta de la del anterior. Y cada amor también; y también es así cada tipo de amor.

Lo interrumpí irritado, diciendo:

—Lentamente ha llegado usted a su propia verdad, Vickers. Por eso es que me habla así. Le ruego que se deje de circunloquios y me diga la verdad. Estoy dispuesto a escucharla, aunque pueda no aceptarla.

Se sentó más adelante y vació su copa. Luego dijo:

—Si tardo tanto en llegar al meollo de la cuestión, es porque lo conozco, señor Rolt. Sé qué clase de hombre es usted y sinceramente no pienso que me crea; pero es todo lo que puedo ofrecerle...

—¡Por el amor de Dios!... ¡Hable!...

—Bien; aquí va: algunas de estas cosas son hechos ciertos; otras son teoría. En primer lugar consideraremos a este grupo de familias que representan el S.I.I.L. Se dedican a dos actividades. Recogen información abiertamente o en forma clandestina.

Parte de esta información la transmiten pero la mayor parte la guardan para su organización, con el fin de analizarla juntamente con sus subsidiarias. A pesar de que tienen mucho interés —y lo logran ampliamente— en obtener grandes ganancias a través de operaciones financieras e industriales regulares, son muy altruistas. Patrocinan y controlan todo tipo de investigaciones; subsidian una amplia gama de especialistas, investigadores, doctores en diversos campos. Algunas de sus actividades podrían ser cuestionadas y llevadas ante una Corte en la mayoría de los países del mundo; pero hasta ahora, nosotros no hemos podido probar jamás que hayan empleado ninguna forma de violencia. Más aún; por lo general, se le da una imagen mucho más turbia que la que tiene en realidad. Bien, ¿por qué hacen todo esto? ¿Sólo para ganar dinero? ¿Por qué sostienen una verdad que es bastante impopular acerca de que todo el conocimiento humano debe compartirse? ¿Que los secretos científicos y los secretos de Estado sólo conducen a problemas entre los diferentes pueblos de este mundo? Bueno; es posible. Pero mi teoría es que la verdadera razón es que poseen una creencia familiar secreta; una convicción absoluta que es casi una religión que domina todos sus actos. Si es cierto o no, no lo podría decir. Algunos de los hechos que conocemos parecen apoyar esa teoría. Pero no poseemos una certeza total. No existen dudas con respecto a sus sentimientos. Están buscando algo que a la postre, beneficie este confuso mundo en que vivimos, al mismo tiempo que demuestre la verdad de sus creencias. Todo lo que hacen, es prepararse para el día que puedan iniciar la marcha hacia la tierra prometida... La tierra en la que ya no serán extraños. Simplemente, querrán volver a su hogar. Las aguas del mar Rojo se abrieron para los israelitas. Las familias del S.I.I.L. esperan el momento en que puedan desprenderse del tiempo y la distancia.

—¿De qué demonios está usted hablando? —pregunté.

Se encogió de hombros. —Puedo asegurarle que no estoy borracho. Yo, así como varios otros miembros responsables del gobierno, tenemos la certeza de que las familias del S.I.I.L. no tuvieron su origen en nuestro planeta. Están convencidos —y por lo que sé, poseen pruebas— que los miembros originales de la familia aparecieron sobre la tierra al finalizar el siglo XVII o comenzar el XVIII. Están profundamente convencidos de esto. Este convencimiento, al igual que el de cualquier otra secta religiosa, regula todos sus actos.

Hizo una pausa, con su mirada fija en mí.

En ese momento, sentí pena por él. Las presiones que debió soportar durante tantos años, habían dejado sus huellas. Era otra víctima del sistema al que servía.

—Mire, amigo; no puede esperar que crea todos esos disparates —dije, suavemente—. Quiero decir, me parece totalmente imposible.

—Si cree que estoy loco, haga el favor de decirlo.

—Bueno... todo esto es algo estrafalario... ¿no le parece?

—Puede ser; pero no increíble. ¿Seré yo el que estoy loco o será usted y millones como usted que quieren mantener sus ojos y sus mentes cerrados al hecho de que

vivimos en el siglo xx? ¿Que los hombres han logrado llegar a la Luna y caminar sobre ella? ¿Que se están tomando fotografías de Marte y Venus, mediante instrumental montado en nuestros vehículos espaciales? ¿Que cualquier astrónomo, matemático o físico espacial aceptará que la idea de que la Tierra es el único planeta con vida entre todas las galaxias o el espacio infinito del Universo, es un desatino? Donde exista vida inteligente, existirá el deseo de explorar, de conocer más. ¿No le parece posible que la Tierra haya podido ser visitada en el pasado por seres de otros planetas? ¿Cree usted en la Biblia, señor Rolt?

—Sí; por supuesto que sí.

—Recuerda ese pasaje: “Y sucedió que cuando los hombres comenzaron a multiplicarse sobre la faz de la tierra y les nacieron hijas, y los hijos de Dios vieron a las hijas de los hombres, que eran rubias y las tomaron como esposas...”. “En esa época había gigantes sobre la Tierra; y después de eso también. Cuando los hijos de Dios hallaron a las hijas de los hombres y éstas tuvieron hijos de ellos, éstos fueron a su vez hombres poderosos, hombres de renombre”.

—Pero ¿eso es el Génesis? Eso es...

—¿No cree usted en el Antiguo Testamento? ¿Sólo en el Nuevo? ¿La Inmaculada Concepción? ¿Cristo caminando sobre las aguas? ¿Todos los otros milagros?... ¿Acepta usted todo eso?

—Claro que sí.

—¿Pero no cree en lo que el Antiguo Testamento dice con respecto a los visitantes del espacio? Una curiosa dicotomía; pero esperaba hallar una cosa así...

—Mire, Vickers —dije, poniéndome de pie—. Lo siento, pero creo que está usted chiflado.

Miró su reloj y dijo:

—No hay motivo para que se vaya a esta hora. Lo mismo puede dejarme que le explique el resto de mi chifladura. No sea uno de esos hombres dispuestos a cerrar sus entendederas ante la primera señal de algo que no hayan experimentado. Piense en el primer hombre que vio un arco iris por primera vez... Probablemente se dio vuelta y dijo “no lo creo”...

Volví a sentarme y encendí un cigarrillo. Hablaba sensatamente y no me cabía duda de que, a pesar de todo el cognac que había bebido, estaba perfectamente sobrio. Podría estar loco, pero, evidentemente no estaba borracho.

—Olvidemos la Biblia —le dije, bromeando—. Estoy dispuesto a escucharlo. No puedo prometerle más que eso.

—Bien; aquí sigo: directo y sin adornos. Existe un consenso oficial, más grande y respetado de lo que puede imaginarse, con respecto a que la familia original de este S.I.I.L. consistía en cuatro o cinco hombres y mujeres de otro planeta semejante a la Tierra. Exploradores, a los que no les importaba correr riesgos; con forma humana pero inteligencia y poderes más desarrollados que los de este planeta. Algo salió mal. Su vehículo se estrelló; o resultó dañado e imposible de reparar. Quedaron

abandonados aquí y el mundo de donde provenían los dio por perdidos, sin saber que habían llegado a la Tierra. Pero estaban en territorio hostil: destruyeron todo rastro de su nave, de su llegada y se integraron con los nativos a los que se parecían. *Y vieron que las hijas de los hombres eran rubias y las tomaron por esposas...* Tuvieron que hacerlo puesto que estaban dispuestos o sobrevivir. Podría ser que ellos no pudieran regresar, pero algún día, los hijos de sus hijos y las hijas de sus hijas, lo lograrían. Como sabían que sus corrientes sanguíneas se irían diluyendo con cada generación, eligieron a sus parejas cuidadosamente; desde entonces, nadie pasó a formar parte de la familia a no ser que contara con total aprobación; si no era del tipo que eventualmente pudiera conocer el secreto y ser totalmente leal al sueño de todos de poder regresar algún día. Esa lealtad debía ser superior a todo. Ni siquiera su esposa, independientemente de cuánto lo amaba, pudo olvidarla en última instancia. El señor Smith conoce todos estos hechos; no sé si cree en ellos o no. Pero, con seguridad no se los contaría a usted. —Sonrió—. Alexina se oponía a usted, señor Rolt. Usted no era material adecuado para el S.I.I.L. Pero su esposa lo quería, casi más allá de su lealtad al S.I.I.L. Esto fue lo que ocasionó su presente problema.

Permanecí un momento en silencio. No creía nada de todo eso; pero no podía acallar las obvias preguntas qué surgían en mi mente y junto a ellas, recuerdos pasados. Siempre había considerado que el interés de Sarah en la astronomía y la posibilidad de vida en otros planetas era poco natural; francamente me parecía extraño en una persona tan lógica y sensata. Si lograra aceptar la teoría de Vickers, esa afición parecería más comprensible. Pero no podía aceptarla ni explicarme cómo otras personas, excluyendo a Vickers, pudieran hacerlo.

—¿Quiere decirme que personas como Garwood y Smith, el magnate del petróleo y algunas personas del Whitehall han considerado, aunque sea por un instante, seriamente esta teoría?

—Sí; así es. Y esa sencilla respuesta me transforma en una especie de traidor.

—¿Por qué no se me ofreció nunca esa posibilidad a mí?

Movió lentamente la cabeza, sonriendo.

—Hágase esa pregunta a usted mismo. Usted cree que estoy loco; hubiera pensado que ellos lo estaban y entonces les hubiera sido totalmente imposible utilizarlo. La Computadora Albert Chinn, en Caradon, estaría intacta todavía. Trate de comprender esto, señor Rolt: todas las agencias secretas de los gobiernos más importantes del mundo conocen esta teoría. Y el concepto de la existencia de vida inteligente en el espacio y que puedan estar a punto de contactarnos, puede ser real. Existe suficiente evidencia *prima facie* como para darle prioridad uno. ¿Espera usted que lo proclamen ya a través de la radio y la televisión? No; esperarán hasta que sea inevitable. Es su manera de operar. Así que usted, juntamente con el resto del mundo honesto y crédulo que no tiene imaginación, pasarán a la lista de espera. ¿Sabe algo acerca de la hemofilia, señor Rolt?

—Muy poco.

—Sólo los hombres la padecen y sólo se transmite por herencia femenina. Siempre saltea una generación. El padre no la transmitirá al hijo. Entre las familias del S.I.I.L. ocurre algo semejante, sólo que en sentido inverso. Poseen una pequeña imperfección en el dedo mayor de la mano izquierda de las mujeres. Su esposa la tiene; pero la madre, no. Yo lo he visto en otras mujeres de la familia...

Yo también lo había visto en la galería de retratos de la Abadía de Caradon.

—¿Sabe usted qué grupo sanguíneo posee su esposa?

—No.

—Es uno muy poco común; pero muchos otros miembros de la familia pertenecen al mismo. Supongo que usted no creerá en Objetos Voladores No Identificados, apariciones de platos voladores y otros objetos extraños que suelen ser observados en nuestro cielo, ¿verdad? ¿Le parece que todo ello son pavadas?

—¡Por supuesto que no creo nada de todo eso!...

—Bien; su esposa sí cree, ¿no es así? Comparte esta creencia, casi religiosa de las familias del S.I.I.L. Miles de personas comunes de todo el mundo creen en estas cosas y cientos aseguran haberlas visto con sus propios ojos. Ahora se ha obligado a los “ojos oficiales” a abrirse también. Existe considerable preocupación por este tema en la mayoría de los gobiernos de los países más importantes. Puedo asegurarle que existe evidencia, conocida y mantenida en secreto, que indica la supervisión o interés periódico que una forma de vida del espacio exterior demuestra por nuestro mundo. Cada gobierno independientemente está preocupado por ello y realiza sus propias investigaciones y estudios. Cuando me refería a los “lunáticos” que trabajad en una sección del Whitehall, me refería a un grupo de hombres que no insisten en mantener cerrados sus ojos y oídos. Se los llama “lunáticos”, pero se los toma muy en serio. Se trata de disminuir su importancia pero ello no los afecta. Debe evitarse por todos los medios que se alarme el público. Los norteamericanos han publicado su informe Condon, para desmentirlo. Si se le ocurriera a usted llamar por teléfono al Ministerio de Defensa en este momento e informar que ha visto un objeto extraño, de forma de disco surcando el cielo sobre el Tamar y luego permanecer completamente silencioso, suspendido por unos instantes, le contestarían con evasivas. La Real Fuerza Aérea posee un grupo de gente destinado especialmente a desmentir tales apariciones. Pero en la cumbre del poder tanto en Londres, como en Moscú o Washington, y todas las principales capitales del mundo, hay hombres que saben. Hombres que enfrentan la realidad. Esto no es puramente una teoría, señor Rolt: *son hechos*. Y es un hecho que el público debería conocer. Esos mismos hombres no toman esta explicación acerca del S.I.I.L. que yo le estoy dando como algo rayano en la locura. Por lo general están dispuestos a aceptar lo que logran oír. Pero las opiniones están divididas. Algunos creen totalmente en ello; otros, no. Pero la realidad es que *no hay otra* explicación lógica posible que justifique el extraño comportamiento de las familias pertenecientes al S.I.I.L. Todos ellos poseen esta creencia fanática y sobrenatural, señor Rolt. A pesar de que su esposa haya tratado empeñosamente de ignorarlo, ella también la

posee y en más de una oportunidad ha debido actuar de acuerdo a ella, aún contra su propia voluntad. Ella y usted, señor Rolt, han sido víctimas de esta creencia. El S.I.I.L. está empeñado en lograr una nueva fuente de energía capaz de alejarlos de la tierra. Los magnates del petróleo quieren destruir al S.I.I.L. porque saben que algo así anularía totalmente su poderosa industria. Pero entre los poderosos del mundo, existe otra razón por la cual no quieren que el S.I.I.L. logre producir una nueva fuente de energía que pudiera llevarlos de vuelta a su propio planeta, ya sea que este esté ubicado dentro de nuestro sistema solar o, mucho más probablemente, en algún otro. No quieren que esto suceda porque podría representar el comienzo del intercambio de comunicaciones entre planetas habitados y esto a su vez podría conducir a cualquier cosa... según la lógica de sus mentes humanas...: La invasión de la Tierra o la total alteración de la forma de vida de nuestro planeta. Son hombres atemorizados, desalmados y confundidos, señor Rolt...

Yo lo había estado observando mientras hablaba. Era un hombre inteligente y capaz. Había trabajado durante muchos años dentro de una organización que exigía que lo fuera. Cada tanto parecía emocionado por lo que decía; pero no había nada salvaje en él; nada que pudiera parecerse al fanatismo o una inclinación hacia la fantasía. Permanecí sentado, sin creer lo que decía pero sin comprometerme; en cierta forma, me sorprendía haberlo hecho. A pesar, de que estaba muy próximo al momento de enfrentar un problema personal de enorme importancia para él, yo no podía dejar de notar que se había tomado tiempo para tratar de solucionar el mío o por lo menos ayudarme. Con todo, sólo Dios sabe que no lograba vislumbrar adonde podría conducirme todo este farrago. Pero decidí que, lo menos que podía hacer, era tratar de brindarle una sinceridad recíproca, independientemente de cuán complicada o retorcida pareciera la suya.

—Podrá usted notar que pertenezco al tipo de hombre que daría la espalda al primer arcoíris —dije—. Es algo que no puedo evitar. Se necesita cierta práctica para tratar con milagros o cosas sobrenaturales. Pero, algunas de las cosas que usted ha dicho tienen sentido. Es cierto que me siento más inclinado al siglo XIII que al XX, pero es debido a que, sostengo que el mundo hubiera sido mucho más feliz sin la mayoría de los descubrimientos... o, por lo menos, si se los hubiera podido extender durante un período de cientos de siglos en lugar de unos pocos. Acepto su teoría y comprendo por qué Alexina Vallis jamás me aceptara como su yerno y estuviera decidida a quedarse con mi hijo. Pero creo que es en este punto que su teoría se derrumba. Si estos pocos aventureros del más allá —abarqué con la mirada el amplio cielo donde comenzaba a apuntar la aurora y que cubría el valle del río— si esa gente vino a la Tierra al finalizar el siglo XVII, se casó y tuvo hijos y luego éstos a su vez lo hicieron y siguieron aumentando en número, la familia del S.I.I.L. debería ser muy, muy numerosa... Demasiado numerosa como para haber podido mantener su secreto y quedar incólume, su masonería y su lealtad familiar. La influencia humana se hubiera dejado sentir cada vez más. Hubieran llegado a compartir las debilidades

humanas, perfidias y ambiciones que podrían haber destruido la obsesión original de la familia, de hallar algún día una fuente de energía capaz de alejarlos de la Tierra y llevarlos de vuelta a su lugar de origen. No, Vickers; lo siento mucho, pero ante este solo hecho, no puedo creer en su teoría.

Sacudió la cabeza:

—Es un buen razonamiento. El hecho de que lo haya hecho, confirma el respeto que siento por usted. Usted puede pensar lógicamente, pero “*per ardua ad astra*”, los sueños no se han hecho para usted. Labrar las amplias extensiones de Rolthead y pagar su contribución a la iglesia. Pero debería mirar más hacia ella. En sus enseñanzas encontraría la respuesta a sus objeciones. —Estiró su mano hacia el costado del hogar y extrajo un ejemplar de la Biblia de uno de los estantes que lo flanqueaban; lo hojeó hasta encontrar lo que buscaba y luego leyó—: “Y todos los días que vivió Adán fueron novecientos y treinta... Y los días de Matusalén fueron novecientos y sesenta y nueve...”.

Los hombres vivían mucho en ese entonces, señor Rolt. Noé tenía quinientos años cuando engendró a Shem, Ham y Japheth. Así lo afirma la Biblia. La vida del hombre se ha acortado; tal vez porque traicionaron algún trato espiritual que nosotros desconocemos. Pero estos aventureros tenían una vida de diferente duración; provenían de un mundo menos constreñido. Y cuando sus hijos se casaron, heredaron esa característica. ¿Ha visto usted el retrato de Evangelina Santora?

—Sí.

—Una hermosa mujer. El cuadro fue pintado en 1820. Falleció hace pocos años, a la edad de ciento setenta años.

—¡Qué disparate!

—¿Le parece? La longevidad es bastante común en ciertas regiones. Existe una tribu en el Asia cuyos miembros llegan a vivir hasta los ciento veinte años o más. Yo personalmente investigué los antecedentes de Evangelina Santora. No fue una tarea fácil porque el grupo familiar del S.I.I.L. se ocupa muy bien de ocultar sus rastros. Todos sus miembros se desarrollan más o menos normalmente hasta que llegan a los sesenta años; luego el proceso se hace más lento; quiero decir el proceso físico del envejecimiento. Además, debido a alguna razón biológica, las mujeres no conciben con facilidad; cuando lo hacen, es por lo general a una edad avanzada y rara vez tienen más de un hijo. Es por eso que conceden tanta importancia a los niños. Por esa razón Alexina accedió a devolverle a Sarah, con tal de quedarse con su hijo.

—Vickers, usted no puede estar hablando en serio...

—Por supuesto que lo estoy, señor Rolt. ¿Por qué habría de escoger un momento así para contarle un cuento de hadas? No me sorprendería saber que Alexina tuviera por lo menos ochenta años. No, no... —levantó una mano para evitar que lo interrumpiera—. ¿Recuerda la cinta grabada que le hizo escuchar Garwood? Yo tuve que ver con su obtención. No se la hizo escuchar completa. Fue cortada y distorsionada. Pero, la sé de memoria: ¿Recuerda estos pasajes? “Hace mucho que

estamos aquí. Independientemente de nuestra lealtad, siempre hemos concedido estos períodos de alejamiento del plan original”... —Abrió más sus ojos y sonrió enigmáticamente—: “Hace mucho que estamos aquí...”. Era Alexina Vallis que hablaba. Luego continúa: “Estimado Lin Khan... aún con todo el tiempo que tenemos por delante, no se le ocurre pensar en todo esto. ¿No se siente nunca cansado? ¿No se pregunta si todo este asunto no habrá sido mal encarado?”... Y ahora, señor Rolt, no quiero seguir discutiendo con usted. Le he dicho lo que yo creo que es la verdad. Mi teoría está basada en hechos ciertos; muchos más que los que quisiera contarle y no lo hago por su propia seguridad.

—Presumiendo que todo fuera cierto, ¿por qué me lo ha contado? —pregunté intrigado.

—Porque usted hubiera comprobado por sí solo que una simple lealtad hacia el S.I.I.L. no bastaría para explicar muchas cosas. Ahora podrá comprender con exactitud todo lo que su esposa ha sacrificado por usted y la fuerza de su amor. Usted puede decidir si quiere decirle la verdad o no. Pero si no lo hubiera sabido, ¿cómo podría haber apreciado todo lo que significa usted para ella? Usted también tiene un problema que enfrentar; sólo la verdad podrá ayudarlo a resolverlo. Volverá a Rolthead, a su esposa y llevará a su hijo consigo. Deberá enfrentar ese momento del encuentro con su esposa...

—Eso ya lo sabía cuando accedí a colocar una bomba la abadía...

—No; no lo sabía —dijo, poniéndose de pie—: Usted sólo pensaba en recuperar a su hijo. Pero ahora, deberá enfrentar a su esposa. Debe ir hacia ella, señor Rolt y descubrir y enfrentar la verdad; luego deberá aprender a vivir con lo que quiera que sea que le incorpore o le quite a su vida. —Introdujo una mano en el bolsillo y me tiró un llavero—: Estas son las llaves de mi auto. Está afuera. No lo necesitaré más. —Paseó la vista alrededor de la habitación y encogiéndose de hombros, prosiguió—: Tampoco hay nada que necesite aquí...

Tomó su saco del respaldo de la silla y salió de la habitación. Oí sus pasos que rodeaban la casa y luego vi a través de la ventana su alta figura atravesando el jardín.

Permanecí paralizado en mi asiento, mientras sus últimas palabras resonaban en mis oídos. Volví a verlo recortado contra las primeras luces del alba, al pasar junto a la ventana; los primeros trinos de los pájaros anunciaban el nuevo día, resonando por sobre el río y el valle. Entonces me di cuenta de que, a pesar de la larga noche que había sido una sucesión de afrentas contra mi cuerpo, mi espíritu y mi mente, todavía me faltaba encarar la confrontación final.

Me serví una copa de cognac y la apuré de un trago. Al depositar la copa sobre la mesa, me oí decir con una voz que no parecía la mía:

—¡Bendito sea Dios!... ¿Cómo puede ser que alguien pueda creer semejante cantidad de tonterías?...

CAPÍTULO TRECE

Pensé constantemente en Vickers mientras iba manejando, de vuelta a casa. No me cabía duda de que era una víctima del esfuerzo que le había demandado cumplir con sus obligaciones del servicio. Si se le obliga a una persona a cumplir una cantidad excesiva de obligaciones, podrá hacerlo; pero en un momento determinado, no soportará más, y perderá el juicio. Yo estaba seguro de que Vickers no estaba en su sano juicio. Sólo podía tratar de alejar de mi pensamiento todas sus estrafalarias teorías; pero me era imposible olvidarlas... Lo que más recordaba era la comparación que efectuara entre el primer hombre y el primer arcoíris.

Yo era esencialmente un Rolt: un hombre práctico. Veía al mundo y a la gente que me rodeaba tal cual eran; pero eso no quería decir que fuera tan presuntuoso como para pensar que el mundo no podría ofrecerme absolutamente nada nuevo. Debía reconocer, sin embargo, que todo lo que fuera nuevo inicialmente despertaba en mí una renuencia a creerlo y una desconfianza innata. A pesar de tener ambos pies firmemente plantados en tierra, no ignoraba que vivíamos en una era de asombrosos logros y descubrimientos. Como el resto de la gente, estaba dispuesto a aceptar como cosa cotidiana ciertos hechos que en un pasado no muy lejano hubieran parecido descabellados... locuras, imposibles, alucinaciones. La realidad de los meteoritos, la teoría del desplazamiento de los continentes, la existencia de gérmenes, la ciudad de Troya y el Hombre del Pleistoceno; el advenimiento de la radio, la televisión, las máquinas voladoras, más pesadas que el aire, la desintegración del átomo, la energía nuclear y la realidad de ver al hombre caminando sobre la Luna; este milagro viviente que a fuerza de haberse repetido y transmitido a millares de espectadores a través de la televisión, se había transformado en algo sin importancia. ¿Sería tan increíble que, muchísimo tiempo antes, aventureros del espacio, como nuestros propios hombres en la Luna, hubieran quedado abandonados sobre la Tierra y acariciaran la idea de poder volver a su hogar? ¿Y que hubieran transmitido ese deseo a sus hijos a través del tiempo? Mi instinto me decía que era imposible. Yo lo rechazaba. Vickers estaba loco. Pero la idea había anidado en mi cerebro. Y a pesar de que no creía en ella, sabía que no podría sacarla de allí fácilmente.

Al llegar a Exeter, me detuve en una cabina telefónica junto a la ruta para llamar a Sir Hugh Gleeson. No se mostró sorprendido por mi llamado.

—Estoy en camino de regreso de Caradon —dije.

—Sí; ya lo sé. Vickers me llamó hace un momento para despedirse.

—¿Sabe todo lo que sucedió?

—Sí, Robert. —Su voz no denotaba ninguna emoción.

—Tengo entendido que tiene algo para mí.

—Así es; y lleno de energía... —Por un instante su voz adquirió un tono de buen humor.

—He decidido ir primero a Rolthead. Pasaré por su casa mañana.

—Me parece una medida inteligente. ¿Ya sabes lo que le dirás a Sarah?

—No; sólo quiero conocer la verdad. Lo que sea; quiero que salga a la luz del día.

—La verdad debe ser manejada con mucho cuidado. Algunas personas suelen ser tan irresponsables al emplearla como un niño con una caja de fósforos en un granero. Muchas veces pienso que hay muy pocos seres humanos capaces de manejar la verdad.

—No tengo el humor preparado para adivinanzas, Sir Hugh —dije, impaciente.

—Nunca lo tuviste, Robert. Tus pies están plantados firmemente en las feraces tierras de Rolthead. Tus ojos sólo aprecian el plano horizontal. Si quieres ver las estrellas, la verdad, Robert, tendrás que elevar la cabeza. No es una adivinanza. Es una verdad física y óptica.

—Usted y Vickers podrían entenderse muy bien —añadí.

—¿Entendernos bien Robert?

—¿Sabe todo lo que me contó? ¿Todas esas tonterías?

—Sí; todas esas tonterías... Eso mismo dijeron en 1616, cuando William Harvey describió la forma en que la sangre circulaba por el cuerpo humano...

—¿Cree usted en todo lo que me dijo Vickers?

—Si quieres decir si poseo evidencia que no puedo ignorar; pruebas reales; en ese caso, no. Pero un hombre puede creer en algo, sin poseer pruebas. La verdad es la suma de los sueños hechos realidad. Vuelve a Rolthead, Robert; pero, recuerda: sé cuidadoso. Las personas que caminan dormidas, soñando ancestrales sueños, deben ser despertadas con mucha suavidad...

Colgó. Salí de la cabina y corrí los pocos metros que faltaban para llegar al auto. No me sentía dispuesto a soñar ni a hablar de cosas extrañas. Quería que todo fuera perfectamente claro y sensato. Era la única manera de poder vivir sin perder el juicio.

Mientras viajaba, el tiempo había desmejorado. Se había levantado un fuerte viento del Sudoeste, que arrastraba oscuros nubarrones, que anunciaban tormenta. Manejaba rápido, sin pensar, envuelto en un helado caparazón. El tiempo empeoró; el viento arrancaba las hojas de los árboles y el camino y las cunetas se llenaron del agua de la tormenta.

Llegué a Rolthead dos horas más tarde. Sarah ya había regresado. Su auto estaba estacionado en el frente de la casa, junto a la escalinata de acceso. Estacioné mi auto detrás y subí la escalera corriendo. En el hall encontré a la señora Cordell.

—La señora ya almorzó y está tomando café en su habitación —dijo, después de saludarme.

Fui hasta la antigua sala de música. Sarah estaba sentada junto a su escritorio, escribiendo una carta; junto a sí tenía una bandeja con café.

—¡Robert!...

Se puso de pie y luego quedó un instante inmóvil, sorprendida y contenta. En esos instantes antes de que ninguno de los dos pudiéramos movernos, sentí dentro de mí una sensación de amor más fuerte e intensa de lo que, jamás había sentido. Esta mujer era mi esposa, mi Sarah. Era mi amor y mi vida toda. Permaneció allí mientras el fuerte viento y la lluvia golpeaban el ventanal: Se la veía hermosa, rubia y encantadora. Era la misma que tan orgulloso había traído a Rolthead; la misma mujer cuya desatada pasión tantas veces había compartido. La misma mujer cuya lucha interior y las angustias de su mente debería saber comprender y aceptar ante una verdad final para que entre nosotros pudiera haber un futuro. La luz de un relámpago iluminó el interior de la habitación con una fría luz azulada. Inmediatamente se oyó el sordo sonido del trueno sobre los cielos de Rolthead.

Vino hacia mí y nos besamos; por unos minutos nos perdimos el uno en el otro. Luego de un momento, con mis manos en sus brazos, la alejé un poco de mi lado, contemplándola.

—¡Querido!... ¡Qué alegría verte!... ¿Has almorzado? ¿Quieres tomar café? Yo...

—No quiero nada. —Dejé caer mis manos. El caparazón que me recubría cayó, se desprendió de mí. Había despertado de una pesadilla y me sentía dueño de mis actos. Estaba en Rolthead, que era donde debíamos estar. Estaba dispuesto a mantener este dominio libre de todo engaño o ignorancia. Quería saber la verdad y estaba preparado a convivir con ella porque la amaba. Pero quería conocer la verdad no como otras personas me la había referido. No como otras personas querían que fuera. Quería conocerla a través de sus labios y sabía que no habría más que una verdad. No me importara cuál fuera: estaba dispuesto a aceptarla porque la amaba.

Fui hasta el ventanal.

—¿Lo pasaste bien en Caradon? —preguntó Sarah. En ese momento, otro relámpago iluminó la habitación y al ver mi rostro hinchado Sarah exclamó: Robert, ¿qué te pasó?

—No es nada. Te ruego que te sientes, Sarah —le indiqué una silla con la cabeza.

—Robert; por lo que más quieras, ¿qué te sucede?

—Sarah; te ruego que te sientes y oigas lo que voy a decirte.

Se sentó lentamente y su rostro se transfiguró. En ese momento tuve la sensación de que este sería un día inolvidable y distinto de todos los otros. —He vivido demasiado tiempo en un mundo desordenado. Desordenado y confuso. Un mundo plagado de medias verdades y mentiras a medias. No quiero seguir viviendo así. Te amo y te quiero para mí: no sólo parte de ti ni parte del tiempo. Estamos en Rolthead. Vinimos aquí llenos de amor y quiero que permanezcas aquí, que vivamos como marido y mujer mientras nos toque vivir; que sólo la verdad y la confianza reinen entre nosotros.

—Robert —preguntó tímidamente—. ¿Qué te ha sucedido? ¿De qué estás hablando?

—¿No lo sabes?

—Sólo sé que te quiero y que tú me quieres. Es cierto que entre nosotros han sucedido ciertas cosas que no podrían llamarse ordinarias... Pero eso ya pasó...

—¿Pasó para olvidarlo totalmente? ¿Aceptado? ¿Para nunca volver a hablar de ello?

—Eso hemos hecho hasta ahora, ¿no es verdad?

—Es lo que hemos tratado de hacer. Pero no hemos logrado enterrar el pasado. Otras personas se han encargado de removerlo continuamente. Y también otras personas, no satisfechas con esto, han tratado de manejar nuestras vidas día a día. Quiero que todo esto termine. Quiero saber la verdad y sólo tú podrás decírmela. No me importa cuál sea esa verdad: quiero conocerla de tus labios.

Estaba de pie junto al escritorio y me miró en silencio durante unos minutos. Comprendí que estaba atravesando un momento de crisis. Luego cerró los ojos y su rostro se transformó en una máscara inexpresiva; su cuerpo quedó inmóvil.

—Nada de lo que me digas hará variar mis sentimientos hacia ti —le dije.

—¿Para qué hablar de la verdad, Robert? —dijo abriendo los ojos y en un tono totalmente impersonal—. ¿No te basta con nuestro amor? Eso es lo único que siempre he deseado...

—No es bastante; quiero conocer la verdad. Quiero saber qué infiernos has debido atravesar para impedir que tengas que volver a hacerlo. Debes decírmelo, Sarah. ¿Qué pasó durante esos diez meses que dices que no puedes recordar? ¿No es verdad que lo sabes?

Asintió lentamente con la cabeza. —Sí, Robert; lo sé.

—Entonces, terminemos de una vez. Todos cometemos errores. Dios sabe muy bien que es así. ¿Qué trato hiciste Sarah, que justificara que me ocultaras que habías tenido un hijo mío?

En ese momento, sonó el teléfono que estaba sobre el escritorio. Estiró la mano para atenderlo, volviéndome la espalda al hacerlo; su angustiado rostro quedó oculto de mi vista. No dije ni hice absolutamente nada. Ya había formulado mi pregunta. El amor que me inspiraba le brindaba todo el tiempo que quisiera para contestarme.

—Sí; soy yo... Sí, está aquí... —dijo hablando en el receptor.

Permanecí observándola. Sostenía el tubo y se limitaba a escuchar. Repentinamente vi que su cuerpo se ponía tenso, como si hubiera recibido un golpe físico. Gritó:

—¡Oh no! ¡Alexina!... ¡Oh no!... —Colgó el receptor y se dio vuelta hacia mí.

Su rostro estaba demudado por la angustia y la desesperación. Sentí una furia creciente al pensar que Alexina se había interpuesto nuevamente entre nosotros, precisamente en este momento. Entonces Sarah estalló:

—¿Por qué tuviste que hacer eso? ¡Oh, Robert! ¿Cómo pudiste?... ¿Cómo pudiste hacerlo?...

—Al igual que tú, hice un trato; pero uno del que no me arrepiento —respondí con amargura—. No maté a nadie pero podría haberlo hecho y no me importaría. Pero tú también hiciste un trato, tan tenebroso como el mío. ¡Por el amor de Dios, Sarah, aclaremos todo esto y terminemos de una vez!...

Sacudió la cabeza. —¡Oh, Robert!... ¿Cómo podrás comprender lo que has hecho? ¡Es algo tan terrible!... —Me miró y prosiguió, con lágrimas en los ojos—. Hace apenas un momento, estaba aquí, esperando que llegaras, deseando verte, sabiendo que podría...

Se interrumpió y pasó lentamente a mi lado; no hizo el menor gesto de tocarme, nada que indicara que había en ella la menor intención de aproximarse a mí. En ese instante supe, con una seguridad que ardía al rojo blanco dentro de mí, que había llegado demasiado tarde a formularle la pregunta cuya respuesta necesitaba oír de su boca. La furia de los Rolt brotó descontrolada dentro de mí.

—¡Tuviste un hijo mío!... Y me lo habrías ocultado para siempre. ¿Por qué?... ¿Por qué?... ¡Contéstame!... ¡Hazme comprender!...

Desde la puerta se dio vuelta y me miró; su rostro estaba totalmente en blanco. Por un momento pareció una figura esculpida; permanecí allí, sin hacer el menor movimiento para acercarme a ella; ni una palabra; sólo mi rabia y mi frustración.

Se dio vuelta y salió de la habitación. Sobre el escritorio, todavía había una colilla de su cigarrillo humeando en el cenicero. Una solitaria rosa blanca en un florero pequeño, lucía junto al teléfono. De golpe, sentí que la furia que me embargaba se volvía contra mí y me torturaba con su propia verdad... Ella era mi Sarah; mi amor y en el momento en que ella más me necesitaba; en el momento de prueba y agonía, no había sabido ofrecerle nada más que mostrarle de manera brutal y con salvaje deleite la herida que ella misma había abierto en mí, porque en ese momento era el bálsamo que yo necesitaba para ella.

Me puse en movimiento. Al hacerlo, alcancé a oír el ruido del motor de un auto al arrancar. Corrí en medio de la lluvia y el viento y vi que su auto viraba sobre la grava, levantando una cortina de agua y pedregullo al morder las gomas furiosamente el suelo. Le grité pero el ruido de la tormenta acalló mi voz.

Salté al auto de Vickers y partí velozmente detrás de ella. Cuando logré ponerlo en marcha y enfilé hacia la salida, ella había desaparecido. Cuando salí por los portones, alcancé a divisar su auto en medio de la lluvia. Este levantaba una cortina de agua mientras manejaba intrépidamente, como solía hacerlo a veces, a toda velocidad. Una milla más adelante por el camino montañoso, había un cruce. Yo estaba a unos pocos metros de su auto cuando llegó a él. Dobló violentamente hacia la derecha. Yo disminuí la velocidad y lo hice cuidadosamente. Hacia la derecha el camino conducía a través del bosque de robles hasta una calle sin salida sobre la montaña de pedregullo que enfrentaba al mar.

Cuando llegué al final del bosque vi que su coche estaba estacionado en el mismo lugar en que Alfie había estacionado el suyo. Arrimé el mío y me largué. Ella estaba alcanzando la cima del montículo.

—¡Sarah!... ¡Sarah!... ¡Espera!... —grité.

El fuerte viento cubrió con su rugir el sonido de mis palabras. Comencé a trepar desesperado por la empinada cuesta, sin otro pensamiento en mi mente que alcanzarla y sujetarla. Tenía que ponerle mis manos encima; sujetarla, aferrarla; sabía entonces que el mundo y la vida que habíamos compartido volvería a ser el mismo. Todo lo que necesitaríamos sería el contacto de la carne contra la carne; el roce de nuestros cuerpos...

Cuando llegué a la cima del montículo, Sarah estaba a escasos cien metros de mí, comenzando el descenso; la lluvia y el viento le revolvían el cabello y las ropas. Parecía tener alas que, agitadas violentamente, la alejaban cada vez más de mí. Me lancé por la pendiente de sueltos guijarros tras ella. A mi derecha, la marejada hacía elevar enormes olas empujadas por el terrible viento. La espuma que se desprendía de las crestas volaba por el aire como nevisca y granizo. Una o dos veces, alguna ola más grande que las otras, impulsada por la fuerza del mar de fondo, se revolvía amenazadora a mis pies. El cielo distante era constantemente atravesado por enceguecedores relámpagos. Su luz iluminó la impresionante ola que, avanzando en diagonal hacia donde yo estaba y contra la costa, parecía adquirir cada vez mayor volumen, como si fuera un ser viviente, enfurecido ante la solidez de la tierra firme que se le oponía.

Nuevamente se iluminó el cielo con un relámpago. Vi cómo Sarah trastabillaba, en el momento en que una inmensa ola rompía a sus pies, los lamió y luego, con furia impotente, volvió hacia atrás, arrastrando tras sí piedras y guijarros sueltos. Al hacerlo, socavó el terreno sobre el que Sarah estaba parada. Se cayó y permaneció inmóvil.

Volví a gritar su nombre y traté de acercarme con toda la velocidad de que era capaz. Estaba a sólo diez metros de ella, cuando vino una nueva ola, atronando el espacio con su rugir y desprendiendo espuma de su enorme cresta. La levantó como si fuera un madero, resto de algún naufragio y la echó hacia adelante. Luego, cuando cayó hacia atrás de la empinada costa, ella cayó también, mientras su cuerpo rodaba sobre un costado. Desapareció bajo la cresta de otra enorme ola que la arrastró fuera de la vista al retirarse de la costa.

Corrí hasta donde había estado parada y traté de alcanzarla. Vi su rostro a unos pocos metros de distancia; tremendamente pálido contra el oscuro marmolado de las revueltas aguas. Estiró una mano hacia mí y me llamó; me estiré para alcanzarla. Este es un instante que jamás olvidaré: su mano tratando de alcanzarme, su rostro escondido a medias en su desaliñado cabello rubio; y luego el mar que la alejaba de mí... su rostro al ahogarse y su mano y su brazo levantado en desesperada señal de despedida o pidiendo que la socorriera... Sólo sabía en ese momento del frenesí con

que una y otra vez trataba de arrebatársela a las malignas olas y el rugiente y tormentoso mar embravecido. Éste, luego de haber logrado su propósito, parecía burlarse de mí, jugando con mi cuerpo y lanzándolo una y otra vez contra la costa, hasta que en un momento me encontré semidesvanecido sobre la ripia. La lluvia silbaba a mi alrededor; por encima de mí, el cielo, color púrpura oscuro, cubierto por densos nubarrones cargados de truenos, lanzaba furiosos relámpagos sobre el castigado universo.

Llevé al niño a Rolthead y lo llamé Henry, como mi padre. Lo bautizamos en la iglesia de Rolthead. Es mi hijo. Tiene mi rostro y mi figura y los ojos y el cabello como su madre. Sir Hugh Gleeson quiso contarme cómo se llamaba y otros detalles acerca de él, pero no quise oírlos. A su edad, un solo día estaba plagado de maravillas, novedades y pequeños temores y su pasado era demasiado corto como para que su memoria lo registrara. Es un Rolt y Rolthead le pertenece.

Aparte de Sir Hugh Gleeson a quien todavía veo de vez en cuando, no he tenido contacto con nadie más. Ni Garwood, ni el petrolero, ni Alexina... nadie que tuviera que ver con ese mundo que invadió el mío y lo dejó totalmente cambiado pero no logró destruirlo. Vickers falleció, pues vi la noticia fúnebre en el "Times" un año después que perdí a Sarah. Todo lo que sé acerca de cómo murió, fue lo que decía el diario: "tranquilamente, mientras dormía". Daban el nombre y la dirección de un hogar de reposo para el envío de ofrendas florales. No mandé ninguna porque sabía que a él no le hubiera gustado que lo hiciera. Desde el instante en que abandoné aquella casita, yo hubiera olvidado totalmente esa noche, de haber podido hacerlo. Pero no puede destruirse la memoria. No hay en mí fe o descreimiento; tampoco logro comprender totalmente todo lo sucedido porque mi mente no está preparada para hacerlo. Me siento satisfecho con Rolthead y es mi mundo. En el futuro, cuando yo no esté, si alguien trata de arrebatárselo a mi hijo, deberá pelear por sí solo para defenderlo. Poco es lo que puedo hacer para prepararlo porque el suyo será un mundo totalmente diferente del mío. Cosas que ahora nos parecen milagros, será cosas de todos los días. Pero el hombre en sí no variará gran cosa, porque el hombre es único: es el único animal verdaderamente corrupto que ha producido el mundo. Los dioses que antes caminaban entre los hombres, los han abandonado.

Aquel triste domingo, cuando regresé derrotado, tarde, de mi infructuosa lucha contra el mar embravecido por la tormenta, fui hasta la antigua sala de música. Sobre el escritorio de Sarah estaba la carta que había estado escribiendo cuando yo llegué.

Decía:

"Querido Robert:

Te daré esta carta cuando llegues y te pediré que te alejes por un tiempo y la leas. Hay algo que debo decirte; algo que debes saber y

que te parecerá increíble. Cuando la hayas leído y regreses, sabré inmediatamente, por tu rostro, si me has comprendido y perdonado; ruego además a Dios, que aún me sigas queriendo. Debo confesarte algo...”.

La carta no fue terminada jamás. En una pequeña caja de cartón, sobre el escritorio y junto a la carta, estaban los anillos de compromiso y casamiento que yo le había regalado. Permanecí sentado allí, durante un largo rato, llorando por ella y sabiendo que le había fallado.

Desde entonces, a pesar de que algo en mí cambió para siempre poco ha variado mi vida. Llevo una vida tranquila y manejo Rolthead. Mi hijo aprenderá todas las cosas que mi padre me enseñó a mí: aprenderá a pescar, a cazar, a montar y salir de cacería y nadar junto al montículo de piedras junto al cual desapareció Sarah y nunca más volvió a aparecer su cuerpo. En la iglesia de Rolthead hay una placa de bronce con su nombre. Mi hijo y yo la vemos, cuando nos sentamos en nuestro banco. Tal vez un día, él lea todo esto y logre una mejor comprensión que la que yo pude lograr. Pero mucho antes de eso, espero que haya aprendido que el amor debe reinar sobre todas las cosas; incluye todas las cosas y todo lo perdona. Debe ser nuestra meta suprema pues constituye la última chispa de divinidad que le queda al hombre.



VICTOR CANNING (Plymouth, Inglaterra, 16 de junio de 1911 - Cirencester, Inglaterra, 21 de febrero de 1986), fue un prolífico escritor inglés de novelas de suspense, muy conocido a mediados del siglo xx gracias a sus novelas de intriga y misterio, muchas de las cuales fueron llevadas al cine y a la televisión con guiones del propio Canning, destacando «La trama», dirigida por Alfred Hitchcock.

Su personaje más conocido fue el detective Rex Carver. En 1972 logró el CWA Silver Dagger por «The Rainbird Pattern».

OBRAS

- *Mr. Finchley Discovers his England* (1934).
- *Polycarp's Progress* (1935).
- *Fly Away Paul* (1936).
- *Two Men Fought* (1936), writing as Alan Gould.
- *Everyman's England* (1936), illustrations by Leslie Stead.
- *Matthew Silverman* (1937).
- *Mercy Lane* (1937), writing as Alan Gould.
- *Mr. Finchley Goes to Paris* (1938).
- *Sanctuary from the Dragon* (1938), writing as Alan Gould.
- *The Wooden Angel* (1938), writing as Julian Forest.
- *Fountain Inn* (1939).
- *Every Creature of God is Good* (1939), writing as Alan Gould.
- *The Viaduct* (1939), writing as Alan Gould.

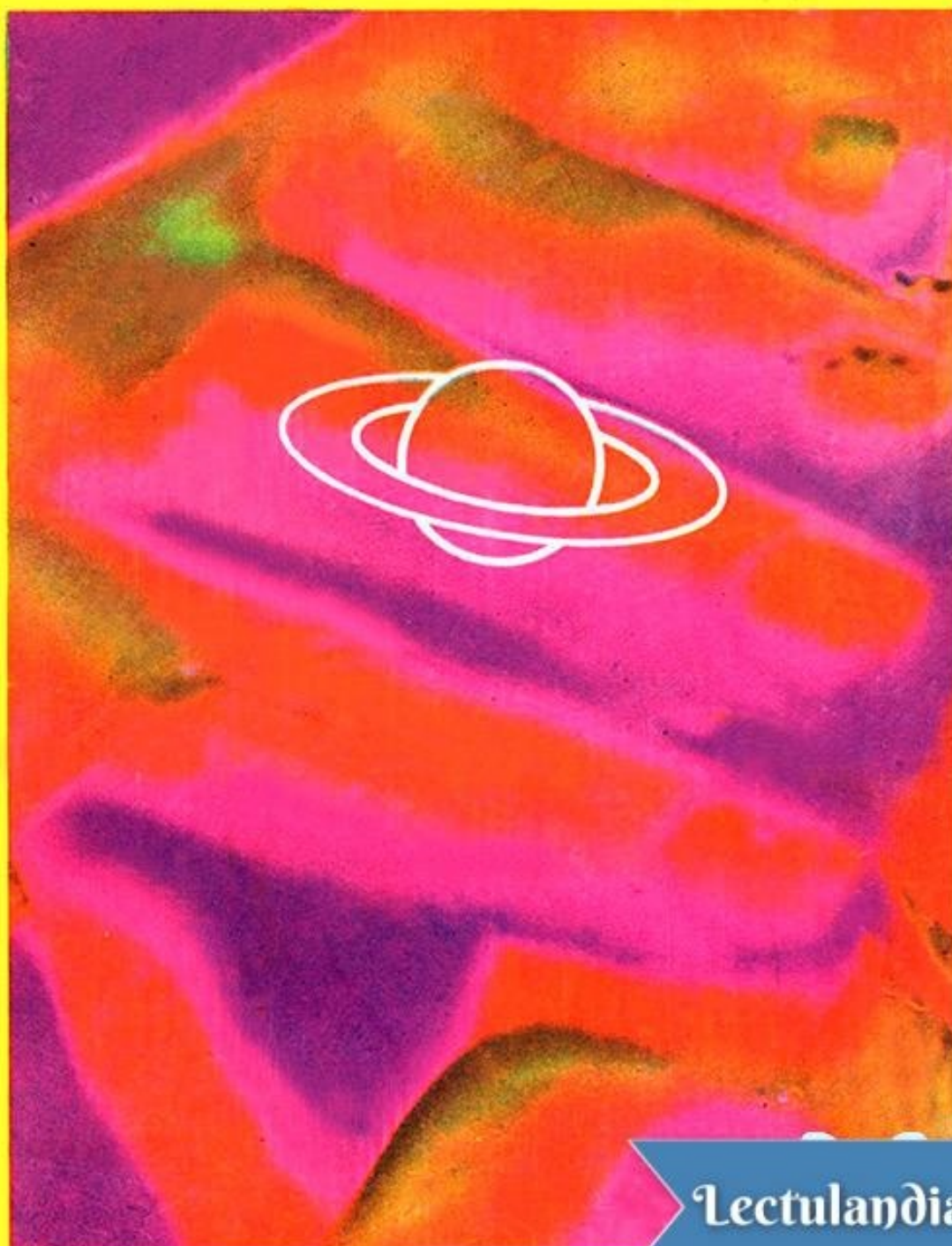
- *Mr. Finchley Takes the Road* (1940).
- *Atlantic Company* (1940), writing as Alan Gould.
- *Beggar's Bush* (1940), stage play produced in Harrogate.
- *Green Battlefield* (1943).
- *The Chasm* (1947).
- *Panther's Moon* (1948) US *Hunter's Moon* – filmed in 1950 as *Spy Hunt*.
- *The Golden Salamander* (1949) – filmed in 1950.
- *A Forest of Eyes* (1950).
- *Venetian Bird* (1950) US *Bird of Prey* – filmed in 1952.
- *House of the Seven Flies* (1952) US *House of the Seven Hawks* – filmed in 1959.
- *The Man from the Turkish Slave* (1954).
- *Castle Minerva* (1954) US *A Handful of Silver* – filmed in 1964 as *Masquerade*.
- *His Bones are Coral* (1955) US *Twist of the Knife* – filmed in 1970 as *Shark!*
- *The Hidden Face* (1956) US *Burden of Proof*.
- *The Manasco Road* (1957) US *The Forbidden Road*.
- *The Dragon Tree* (1958) US *The Captives of Mora Island*.
- *Young Man on a Bicycle* (1958) – collection of novellas – US *Oasis Nine*.
- *The Burning Eye* (1960).
- *A Delivery of Furies* (1961).
- *Black Flamingo* (1962).
- *Delay on Turtle* (1962) – collection of novellas.
- *The Limbo Line* (1963) – filmed in 1968.
- *The Scorpio Letters* (1964) – filmed in 1966.
- *The Whip Hand* (1965) – the first Rex Carver book.
- *Doubled in Diamonds* (1966) – the second Rex Carver book.
- *The Python Project* (1967) – the third Rex Carver book.
- *The Melting Man* (1968) – the fourth Rex Carver book.
- *Queen's Pawn* (1969).
- *The Great Affair* (1970).
- *Firecrest* (1971).
- *The Rainbird Pattern* (1972) – filmed in 1976.
- *The Runaways* (1972) (part 1 of the Smiler trilogy).
- *The Finger of Saturn* (1973).
- *Flight of the grey goose* (1973) (part 2 of the Smiler trilogy).
- *The Kingsford Mark* (1975).
- *The Doomsday Carrier* (1976).
- *The Crimson Chalice* (1976) (part 1 of the Arthurian trilogy).
- *The Circle of the Gods* (1977) (part 2 of the Arthurian trilogy).
- *The Immortal Wound* (1978) (part 3 of the Arthurian trilogy).

- *Birdcage* (1978).
- *The Satan Sampler* (1979).
- *Fall From Grace* (1980).
- *The Boy on Platform One* (1981).
- *Vanishing Point* (1982).
- *Raven's Wind* (1983).
- *Birds of a Feather* (novel) (1985).
- *Table Number Seven* (1987) – completed by his wife and sister.
- *Comedies and Whimsies* (2007) – collection of short stories.
- *The Minerva Club, The Department of Patterns and Dr. Kang* (2009) – collection of short stories.

VICTOR CANNING

EL DEDO DE SATURNO

7 CIENCIA-FICCIÓN



Lectulandia

